



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Barrio Abajo en Barranquilla, aspectos estéticos y socioculturales de su gentrificación

José Ramón Roca Maury

Universidad Nacional de Colombia
Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad
Bogotá, Colombia
2022

Barrio Abajo en Barranquilla, aspectos estéticos y socioculturales de su gentrificación

José Ramón Roca Maury

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad

Director:

D.I. Mg. Ricardo Rivadeneira Velásquez

Línea de Investigación:

Poéticas Intertextuales

Universidad Nacional de Colombia

Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad

Bogotá, Colombia

2022

Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.

José Ramón Roca Maury

20/04/2022

Agradecimientos

A mi mamá y mi papá por su inagotable colaboración; al programa de Maestría y sus profesoras y profesores; a amigos entrañables como Carlos Quintana y Juan Camilo Suárez, quienes aportaron valiosas ideas y me asistieron desinteresadamente durante el trabajo de campo; a mi inseparable compañero de campo, Roqui, siempre dispuesto a recorrer conmigo el Barrio Abajo; a la Vicedecanatura de Investigación de la Facultad de Artes de la Sede Bogotá que me otorgó un apoyo económico para el desarrollo de la investigación. Finalmente, al profesor Ricardo Rivadeneira, quien dirigió este trabajo suministrando valiosa bibliografía y brindando orientaciones en todo el proceso.

Resumen

Barrio Abajo en Barranquilla. Aspectos estéticos y socioculturales de su gentrificación:

Se trata de una investigación crítica a partir de una mirada histórica y estética, que vincula elementos sociales y culturales para dar cuenta de la producción del espacio en el Barrio Abajo, en Barranquilla. A través de un diálogo establecido entre fuentes documentales y etnográficas, el texto trasiega reflexivamente a lo largo de la historia del barrio: desde el distante caserío decimonónico hasta el blasón del patrimonio cultural barranquillero en el que pretenden convertirlo hoy. En el marco de la reflexión, se dan discusiones críticas en torno a la forma en la que el barrio se ha introducido históricamente en el proyecto de ciudad que configura Barranquilla, llamando la atención sobre sus elevadas dosis de inequidad y exclusión.

Palabras clave: Barrio Abajo, Barranquilla, gentrificación, patrimonio, poética popular.

Abstract

Barranquilla's Barrio Abajo. Esthetical and sociocultural aspects of it's gentrification:

This is a critical investigation made out of historical and esthetical approachments. It joins social and cultural elements, wondering about the way in which is produced urban space in Barranquilla's Barrio Abajo. Throguh a dialogue stablished between documental and ethnographical sources, the book reflexively racks along this neighborhood's history: from the distant decimononical village up to the Barranquilla's cultural patrimony blazon it's currently becoming. On the edge of the reflection, some critical debates around the role played by Barrio Abajo in the historical urban project that has configured Barranquilla are developed.

Keywords: Barrio Abajo, Barranquilla, gentrification, patrimony, popular poetics.

Contenido

	Pág.
Declaración de obra original	VII
Agradecimientos	IX
Resumen	X
Abstract.....	XI
Contenido	XIII
Introducción	1
1.	13
1.1 ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XVIII.....	15
1.2 PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.....	17
1.3 SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX.....	22
2.	53
2.1 ALGUNOS PUNTOS DE PARTIDA	54
2.1.1 LA IDEA DE «BARRIO POPULAR».....	54
2.1.2 LA MODERNIDAD EN BARRANQUILLA.....	55
2.1.3 DE LA ESTÉTICA RELACIONAL A LA POÉTICA POPULAR.....	57
2.2 1900 – 1930.....	61
2.2.1 UN BARRIO PROLETARIO EN EXPANSIÓN	62
2.2.2 BARRIO ABAJO Y SUS VECINOS: UNA FRONTERA URBANA	74
2.3 DESINVERSIÓN EN EL BARRIO ABAJO: EL ÚLTIMO ALIENTO DE LAS BOCAS DE CENIZA (1930 – 1960)	84
2.4 POÉTICA POPULAR EN UNA CIUDAD DECADENTE: LA SINGULARIDAD URBANA DEL BARRIO ABAJO (1960 – 1990)	101
3.	119
3.1 EL CONCEPTO «GENTRIFICACIÓN».....	120
3.1.1 REVALORIZACIÓN	121
3.1.2 DESPLAZAMIENTO	123
3.1.3 EXPRESIONES DE LA GENTRIFICACIÓN.....	124
3.1.4 EL NEOLIBERALISMO: CONTEXTO IDEAL PARA LA GENTRIFICACIÓN	127
3.2 LA GENTRIFICACIÓN DEL BARRIO ABAJO.....	128
3.2.1 EL RETRATO DE LA DESINVERSIÓN: CHAMBACÚ O EL BAJO MANHATTAN.....	128

3.2.2 CARNAVAL DE BARRANQUILLA: UN ANTECEDENTE DE LA PATRIMONIALIZACIÓN DEL BARRIO ABAJO	134
3.2.3 NÚCLEOS DE LA GENTRIFICACIÓN: LA ESQUINA DE LA CARRERA 54 CON CALLE 49B	137
3.2.4 UNA BRECHA BARRIAL: EL PAR VÍAL DE LA CARRERA 50	140
3.2.5 LA MERCANTILIZACIÓN DEL PATRIMONIO INMATERIAL: DE LA FIESTA POPULAR AL ESPECTÁCULO PRIVADO	143
3.2.6 EL BARRIO ABAJO: UN CASO DE GENTRIFICACIÓN CULTURAL.....	145
3.2.7 FORMAS DE DESPLAZAMIENTO ASOCIADAS A LA GENTRIFICACIÓN DEL BARRIO ABAJO	151
3.2.8 ALTERNATIVAS DE PATRIMONIO: ¿RESISTENCIA A LA GENTRIFICACIÓN?	159
4.	167
4.1 SEGURIDAD: MIEDO A LOS ATRACOS Y PELIGRO DE EXPULSIÓN	169
4.2 HÁBITOS DE CONSUMO Y HOMOGENEIDAD DE CLASE: CENTROS COMERCIALES, TIENDAS BARRIALES Y CINES	175
4.3 ASEQUIBILIDAD: LA OFERTA DE CONSUMO CULTURAL	180
4.3.1 LOS ESTADEROS	180
4.3.2 LAS CASAS CULTURALES	185
4.3.3 LA OFERTA CULTURAL INCIPIENTE	188
4.4 LA SEDUCTORA RENOVACIÓN ESTRUCTURAL.....	190
Conclusiones	193
Listado de personas entrevistadas por el autor	200
Bibliografía	202

Lista de figuras

- Figura 1: plano de Barranquilla y el trazado de sus barrios en 2022.
- Figura 2: Barrio Abajo y algunos de sus hitos urbanos en 2022.
- Figura 3: *Barranquilla y Sabanilla*.
- Figura 4: *ausencia del Barrio Abajo en Barranquilla a finales del siglo XVIII, según Porfirio Ospina*.
- Figura 5: *Joaquín Palacio certifica que Juan B. Elbers pagó una cuota de la hipoteca de su almacén en Sabanilla*.
- Figura 6: Escenas populares sobre el Magdalena, Edwar Mark.
- Figuras 7 y 8: calle del Paraíso (48) con carrera del Líbano (45) a principios del siglo XX.
- Figura 9: Boyas en las Bocas de Ceniza.
- Figura 10: *pésame a la familia Pérez*.
- Figura 11: *Ferrocarril de Bolívar*.
- Figura 12: Inauguración del alumbrado público.
- Figura 13: Puentes peatonales improvisados sobre los arroyos de Barranquilla.
- Figura 14: Iglesia de San Nicolás con torres disímiles y la fachada rota.
- Figura 15: *Muelle de Puerto Colombia*.
- Figura 16: *detalle de la esquina inferior derecha del mapa pictórico The Sea Coasts of America*.
- Figura 17: *plano de Barranquilla en 1897 intervenido para resaltar en rojo el área aproximada del Barrio Abajo*.
- Figura 18: *cartografía bajera*.
- Figura 19: *aerofotografía bajera* en 1939.
- Figuras 20 y 21: *predio donde hoy se erige el estadio Tomás Arrieta*. Aerofotografía tomada por SCADTA en 1939 y detalle del plano de 1897.
- Figuras 22 y 23: FAGRAVE, vía 40 con calle *del Dividivi*.
- Figura 24: Empleados de la *Fábrica Italiana de Calzado*, fundada en Barranquilla en 1916.
- Figura 25: Empleados de *Kiko*, fábrica de plásticos fundada en Barrio Abajo en 1932.
- Figura 26: *“obreros dialogando sobre los intereses de los gremios”*.
- Figura 27: *“obreros trabajando a las doce de la noche en la construcción del edificio del Sindicato Nacional de Comercio*.
- Figura 28: Aerofotografía del aeropuerto de Veranillo, en el Barrio Abajo. SCADTA, 1939.
- Figura 39: fachada del aeropuerto de Veranillo.
- Figura 30: Patio de la casa donde se estrelló el hidroavión *Tolima* (p. 62).
- Figura 31: *El Prado, Barrio Abajo y Montecristo*. (p. 64).
- Figura 32: vista aérea de Montecristo (p. 65).
- Figura 33: plano de El Prado georreferenciado sobre el plano de Barranquilla (p. 66).
- Figura 34: *Aseo ante todo* (p. 68).
- Figura 35: los suntuosos jardines del acueducto (p. 70).
- Figura 36: *La Samaritana de Carrizal* (p. 70).
- Figura 37: Líder de *Las Viudas de Montecristo* durante el carnaval 2022 (p. 73).
- Figura 38: Fotografía de uno de los volantes encontrados cuando el hidroavión *Tolima* se accidentó fatalmente (p. 74).
- Figura 39: relación entre el Barrio Abajo y los puertos barranquilleros. Autoría propia
- Figura 40: El dragado de las Bocas, «un saco roto» (p. 75).
- Figura 41: *El bosque, Las Tablitas y Carrizal* (p. 76).
- Figura 42: Pavimentación de la carrera 45 o Callejón del Líbano (p. 77).
- Figura 43: Callejón arenoso inundado (p. 77).
- Figura 44: aerofotografía del puerto fluvial construido en el sector de *Barranquillita* tras la intervención de las *Bocas de Ceniza* (p. 79).
- Figura 45: soluciones de vivienda autogestionada al pie del río, previa construcción del puente Pumarejo (p. 80).
- Figura 46: carrera 53B, entre calles 46 y 47 (p. 82).
- Figura 47: plano que representa la pavimentación existente en Barranquilla en 1944 (p. 84).
- Figura 48: *aerofotografía del Barrio Abajo, el caño de Las Compañías y el río Magdalena en 1939*
- Figura 49: *Jardín Águila* (p. 85).
- Figura 50: Fachada del *Jardín Águila* (p. 86).
- Figura 51: Precariedad urbana en el Barrio Abajo (p. 87).
- Figura 52: Barrio Abajo pintado por Joaquín McCausland (p. 89).
- Figuras 53 y 54: Carnavales populares en los barrios (p. 91).
- Figura 55: *Monos, Farotas y Caimán* (p. 93).
- Figura 56: Vida de barrio (p. 96)
- Figura 57: Don Raúl Angulo Posando frente a una de sus obras, en la esquina de su casa *bajera*. Su atuendo también fue pintado por él mismo.

- Figura 58: Celebración callejera del *Día de los Angelitos* (p. 102).
- Figuras 59 y 60: niños anhelan las mercancías expuestas en la vitrina del almacén *Tia*, en el centro de Barranquilla. Niño descalzo asombrado ante un jinete de juguete (pp. 104 – 105).
- Figura 61: plano del *Bajo Manhattan* y sus hitos urbanos en 2022.
- Figura 62: un estadero (*Agosalsa*), un taller y una vivienda en yuxtaposición, calle 45 (Murillo) con carrera 52 (p. 107).
- Figura 63: Detalle de edificio comercial erigido en 1915 en las inmediaciones del Barrio Abajo (p. 118).
- Figura 64: Lista de precios de entrada a los palcos del Carnaval de Barranquilla 2020 (p. 121).
- Figura 65: La gentrificación del carnaval de Barranquilla (p. 123).
- Figura 66: Sala de Las Reinas en el Museo del Carnaval (p. 124).
- Figura 67: Pasquín *bajero* convocando a reunión para resistir ante la demolición del antiguo colegio Esther de Peláez (p. 125).
- Figura 68: Tres momentos en la historia de la actual Casa del Carnaval (pp. 125 – 126).
- Figura 69: *La Nube Blanca* pintada por don Raúl Angulo Cabrera (p. 128).
- Figura 70: Mural pintado en conmemoración de *La Nube Blanca*. Esquina de la renovada carrera 50 con calle 46 (p. 129).
- Figura 71: Peatón observa murales carnavaleros en la renovada carrera 50, entre calles 43 y 44 (p. 133).
- Figura 72: Por iniciativa de CORPABA, grupo de *Negritas Puloy* es grabado en plena danza (p. 135).
- Figura 73: “*Render de la fuente luminosa que estará en la Plaza*” (p. 136).
- Figura 74: plano que resalta el área de Barrio Abajo cobijada por el PEMP.
- Figura 75: Fotografía del colegio Esther de Peláez demolido (p. 139).
- Figura 76: Construcción de torres de apartamentos en la carrera 44 con calle 50 (p. 142).
- Figura 77: balacera en Barrio Abajo. Policías asesinan a dos supuestos fleteros. *Zona Cero*, abril 22 de 20.
- Figura 78: el moderno edificio del Banco de La República.
- Figura 79: recicladores y habitantes de calle en la intersección entre la calle 41 y 42, entre carreras 53 y 53B.
- Figura 80: las *Torres del Metro*, conjunto de apartamentos erigido sobre las ruinas del antiguo cine *Metro* (a su vez construido sobre las ruinas del aún más antiguo teatro *Apolo*). Esquina de la carrera 53 con calle 53.
- Figura 81: edificio *Esmeralda*, construido en la calle 55 con carrera 53 a finales de la década de 1940.
- Figura 82: el ya desmantelado teatro *Ayacucho*.
- Figura 83: dos parejas sonrientes tomando cervezas en el parque – bulevar que se extiende frente a *Agosalsa*.
- Figura 84: frente al estadero, los vecinos se aglomeran, produciendo el espacio de una forma genuinamente popular.
- Figuras 85 y 86: en *Agosalsa* todos son bienvenidos, desde caninos hasta «enmaizenados»
- Figura 87: el representante a la Cámara por el partido *Cambio Radical*, César Lorduy, haciendo proselitismo político en el *Rancho Bajero*.
- Figura 88: Foto de la portada del perfil del *Rancho Bajero* en *Facebook*.
- Figura 89: domingos de elepé en *Casa Morón*.
- Figura 90: tertulia en *Casa Morón*.
- Figura 91: presentación de *Tubará Reggae* en la *Casa Amarilla*.
- Figura 92: algunos estaderos y casas culturales en el Barrio Abajo, 2022.
- Figura 93: fotograma del video *skate park " plaza de la paz " steven lopez B/quilla*

Introducción

Barranquilla se ha ido configurando, durante los dos últimos siglos, en torno al anhelo de constituirse como una importante ciudad. En ese proceso, sus habitantes se han dejado seducir por algunas de las quiméricas sensibilidades asociadas a la experiencia moderna. Esto se materializa a nivel urbano, de forma que es posible identificar elementos muy concretos que resultan sintomáticos. Uno de esos elementos está dado por los barrios populares, con frecuencia erigidos por comunidades de personas trabajadoras en labores fabriles o industriales, en escenarios urbanos que sobresalen por lo incipiente de sus infraestructuras. Generalmente, la posibilidad de acceder a una oferta laboral de subsistencia motivó a las personas a colonizar «a pulso» este tipo de fronteras urbanas.

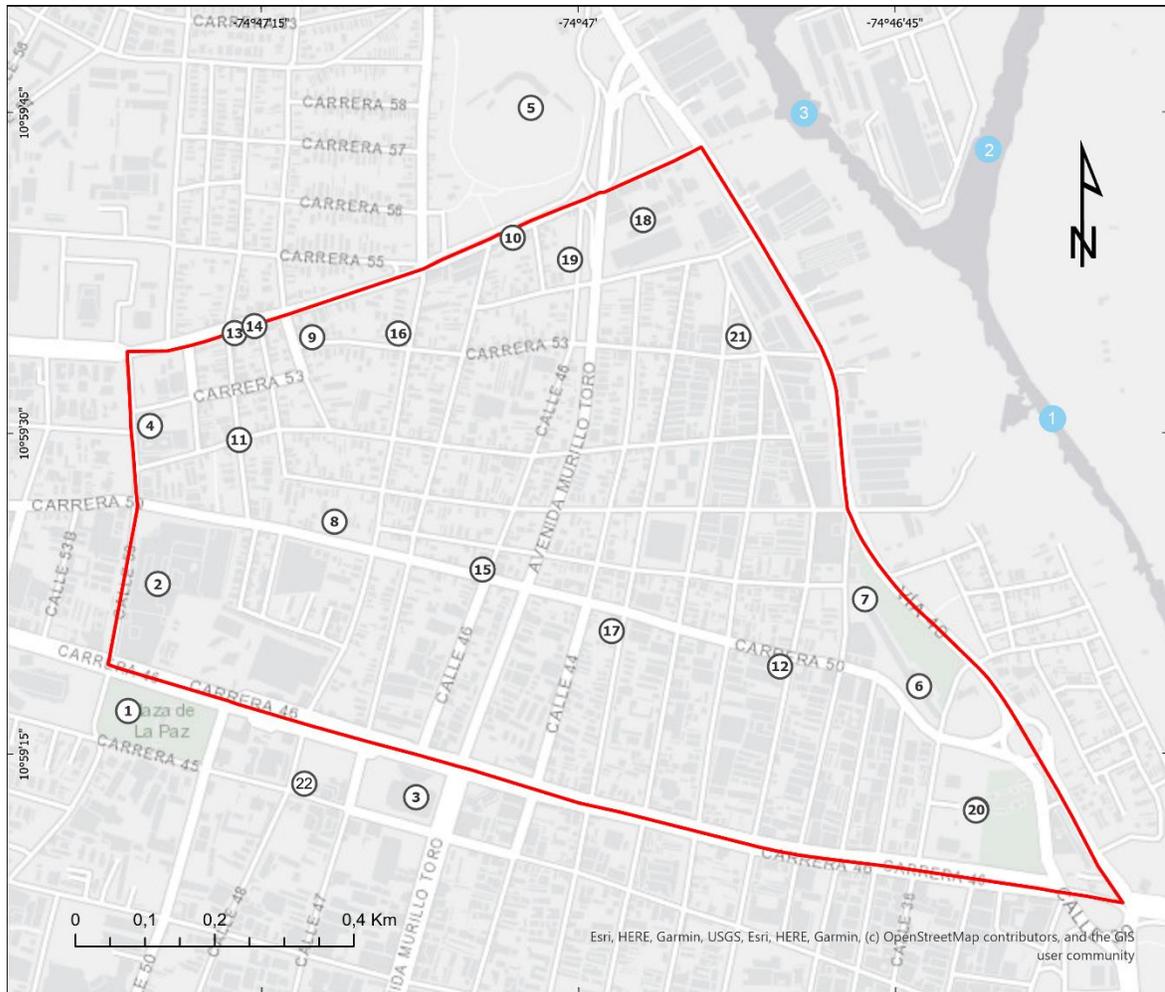
En Barranquilla se puede identificar con relativa claridad este proceso, cuyo protagonista fue el Barrio Abajo, espacio urbano que según Andrés Salcedo “albergó a la primera comunidad proletaria [de] Colombia” (Salcedo, 2008, p. 18). Al reflexionar sobre este sector barranquillero, se develan aspectos característicos de su historia; en su transcurso, este texto se detiene sobre cada uno de ellos. Dichos aspectos tienen que ver con la singularidad sensible que define las relaciones cotidianas de sus habitantes, con las creaciones poéticas que de allí emergen; también tienen que ver con los procesos de gentrificación que actualmente se despliegan sobre el barrio, promoviendo formas variadas de desplazamiento. En este sentido, la investigación no sólo profundiza historiográficamente en la condición del Barrio Abajo como antecedente de las comunidades proletarias colombianas, sino que también se empeña en develar la poética popular que lo caracteriza, advirtiendo cómo su patrimonialización reciente está desencadenando procesos de gentrificación.

Es importante precisar que Barranquilla se erige a escasos kilómetros de la desembocadura del río Magdalena, en la costa norte de Colombia. Su perímetro urbano se ha ido expandiendo a lo largo de la ribera occidental del río, aproximándose cada vez más al litoral Caribe. Aunque el área de Barranquilla no cubre ningún tramo de la costa

marítima, el río funge como conexión entre su espacio urbano y el mar. Tan es así que, hace ya más de cien años, Barranquilla le arrebató a Santa Marta y Cartagena (sus vecinas al norte y al sur, respectivamente) el liderazgo portuario de la región. Esto no sólo le hizo emerger jurisdiccionalmente como ciudad colombiana, sino que además la convirtió en capital del departamento del Atlántico.



Figura 1: plano de Barranquilla y el trazado de sus barrios en 2022. Autoría propia.



Legenda			
 BARRIO ABAJO	1 Caño del Mercado	2 Caño Arriba	3 Caño de Las Compañías
Sitios	7 Estación Montoya	13 Casa del Carnaval	19 Agosalsa
1 Plaza de la Paz	8 Antiguo Teatro Ayacucho	14 Museo del Carnaval	20 Parque Cultural del Caribe
2 Portal del Prado	9 Casa Morón	15 La Nube Blanca	21 Antigua fábrica La Insuperable
3 Banco de la República	10 Rancho Bajero	16 Iglesia Sagrado Corazón de Jesús	22 Skatepark
4 Antiguo cine Metro	11 Esquina de la Rueda de Cumbia	17 La Casa Amarilla	
5 Estadio Edgar Rentería	12 Fábrica de Cultura	18 Faggrave	
6 Edificio de la Aduana			

Figura 2: Barrio Abajo y algunos de sus hitos urbanos en 2022. Autoría propia.

El Barrio Abajo, por su parte, está ubicado en el actual corazón de Barranquilla: al pie de uno de los caños que la conectan con el río Magdalena. Este caño, conocido como *De las Compañías* (gracias a la intensa actividad semi fabril desarrollada durante el siglo XIX en torno a él), se suma al caño *Arriba*, el de *La Auyama*, el *del Mercado* y el *De los Tramposos* para crear una red fluvial fácilmente navegable entre el espacio urbano y el torrencioso Magdalena.

El área actual del barrio se despliega a lo largo de nueve carreras (desde la 46 hasta la 54) y veintidós calles (desde la vía 40 hasta la 53); contiene 77 manzanas, que ocupan, aproximadamente, 86 hectáreas. Allí están distribuidos 1949 predios (Vivas Pertuz, 2013, p. 45), de los cuales el 93% (1811) alberga inmuebles con registro catastral activo (Lastra, Villafañe y Jiménez, 2019, p.51). Casi un 65% de esos inmuebles (1173) funge como vivienda, mientras que otra gran parte se debate entre el uso industrial (6%) y comercial (25 %). El pequeño porcentaje restante está destinado a usos particulares, como educación, servicios religiosos, culturales o «especiales» (ibid.)¹. Adicionalmente, el Barrio Abajo cuenta con seis conjuntos residenciales, que concentran 701 apartamentos, y 3 edificios comerciales, que nuclean 284 «locales» (ibid.). De acuerdo con el geo portal interactivo del Departamento Nacional de Estadística (DANE), a la fecha, el Barrio Abajo alberga un total de 10.082 personas, distribuidas 2.296 hogares. De ese monto total de habitantes, el 46% son hombres, y el 54% restante, mujeres².

Contemporáneamente, casi un 80% de las edificaciones que conforman el barrio posee sólo una planta (Vivas Pertuz, 2013, p. 48), y, a pesar de las remodelaciones y subdivisiones, muchas (sobre todo en el extremo sur) conservan aún elementos asociables a las antiguas casonas decimonónicas de bahareque y techo pajizo. Las edificaciones de dos pisos constituyen casi el 15% y las restantes poseen tres o más plantas (ibid.). El origen no planificado del barrio, que se fue desarrollando mediante la construcción predio a predio, se manifiesta a través de características urbanas muy concretas, como la ausencia casi total de parques y la irregularidad que define las formas y dimensiones de los predios y manzanas. Asimismo, la descomunal elevación de los andenes, y sus accidentados desniveles, obedecen a otra particularidad del barrio, aunque ya no histórica sino geográfica: al estar a orillas de los caños que van al Magdalena, el Barrio Abajo es surcado por caudalosas corrientes pluviales («arroyos») que *bajan* buscando el río. Aunque hace casi una década se vienen adelantando trabajos de canalización en el sector, todavía hay arroyos que se escabullen fugitivos por los callejones *bajeros*, arrastrando a

¹ Aunque la cantidad de predios destinados al uso residencial sea significativamente mayor que los de uso comercial e industrial, “esto no indica que el barrio tenga una vocación residencial” (Lastra, Villafañe y Jiménez, 2019, p. 52), puesto que el área ocupada por las viviendas es menor que el área concentrada por las industrias y los comercios.

² Información recuperada, en febrero de 2022, de geoportal.dane.gov.co/geovisores/territorio/analisis-cnpv-2018/

su paso basura, palos, piedras, colchones viejos, carros, árboles, gente o cualquier otra cosa que se les atravesase.

Los principales referentes teóricos que guían esta investigación estuvieron orientados a profundizar en categorías como «barrio popular», «poética popular», «modernidad en Barranquilla», «gentrificación» y «producción social del espacio». Siguiendo la idea de cultura popular propuesta por Jesús Martín Barbero (2002), concibo los barrios populares como sectores urbanos producidos socialmente a partir de cierta condición de vulnerabilidad (económica, política) compartida por sus habitantes. La oficialidad, el privilegio, el consumo aparecen como elementos que definen, por oposición, a los barrios populares; constituyen todo eso a lo que no pueden acceder las personas que viven en ellos. Cierta relación de alteridad respecto a los lugares oficiales, ideales, se presenta como eje de lo popular, y, paradójicamente, como la fuente de las sugestivas expresiones culturales que esgrime la gente para hacerle frente a la vulnerabilidad.

Paralelamente, me aproximo a la historiografía local para indagar qué se ha entendido en Barranquilla por modernidad. Realizo una lectura crítica del carácter inequitativo y excluyente del proyecto moderno barranquillero, a partir de los contrastes que surgen al estudiarlo desde tres lugares distintos: las anomalías que introdujo a nivel nacional y local (Caballero, 2000), sus expresiones arquitectónicas (Bell, 2003) y su relación con el capital extranjero y la especulación inmobiliaria (Valencia Martínez, 2005).

Asimismo, establezco un diálogo entre Francisco J. Gil (2017) y Suely Rolnik (2019) para leer, retomando la idea de lo popular propuesta por Martín – Barbero (óp. cit.), la singularidad de las relaciones sensibles que se dan cotidianamente en los barrios precarizados: para dar un salto desde la estética relacional del día a día en el Barrio Abajo hasta eso que postulamos aquí como una poética popular *bajera*.

Por otro lado, al abordar la idea de gentrificación (Hackworth, 2007; Zukin, 2010; Smith, 2012; Manzo, 2013; Vollmer, 2019), destaco que consiste en un mecanismo de desplazamiento urbano; que puede (o no) operar de forma indirecta; que responde a los intereses de reinversión rentable que mueven el mercado inmobiliario y que, en muchas ocasiones, resulta intensamente seductora para quienes la viven (sin importar que pueda desembocar en la expulsión). La revalorización (simbólica, física, económica) de la ciudad y el desplazamiento (de cuerpos o sentidos) aparecen como aspectos definitorios de la gentrificación. También destaco que, en el marco del neoliberalismo, la gentrificación se

presenta como una tendencia urbana sistemática; no como un efecto secundario de los procesos de acumulación de capital mediante la renovación urbana, sino como algo inherente a ellos (Hackworth, óp. cit.).

Gracias a la conceptualización de la categoría «gentrificación» a través de etapas diferenciadas (Zukin, óp. cit.; Vollmer, óp. cit.), ésta proporciona una guía adecuada para reflexionar sobre lo que ocurre en el Barrio Abajo. En este espacio urbano es posible identificar expresiones asociadas a cada una de las etapas que han sido definidas por dicho modelo conceptual. Inicialmente, se establece la presencia de un sector urbano «deprimido» por la desinversión pública, en el que la precariedad se manifiesta tanto estructural como económica y socialmente. Naturalmente, esto tiende a abaratar los precios del suelo, generando las condiciones ideales para el establecimiento de barrios populares. Al cabo de un tiempo, personas con capacidad adquisitiva moderadamente mayor a la de las familias fundadoras, y capitales culturales significativamente más elevados, se interesan por los alquileres baratos y la autenticidad barrial. Esto da inicio a una primera oleada de gentrificación, que consiste en el acaparamiento de algunas viviendas y espacios barriales a manos de los cada vez más abundantes recién llegados. Esta expresión inicial de la gentrificación se fundamenta, más que en una revalorización económica, en una revalorización de tipo cultural y simbólica. Pasado algún otro tiempo, justo el necesario para que la revalorización cultural sea un hecho, se desata una segunda oleada de gentrificación, en la que *“los inquilinos llegados en la fase pionera se suelen convertir también en víctimas”* (Vollmer, óp. cit., p. 35).

Con el ánimo de estudiar la producción social del espacio *bajero* en la actualidad; de develar las sensibilidades y relaciones que han surgido en la cotidianidad de la vida barrial gracias a la gentrificación, me remito a Henri Lefebvre (2013). A través de una lectura cruzada con la idea de *performatividad* propuesta por Judith Butler (2001), asumo el espacio y el cuerpo como productos de actos relacionales repetitivos que generan una segunda naturaleza. Ésta se expresa de forma sensible y adquiere un estatus de realidad que trasciende sus propias condiciones de producción: es fetichizada.

Otro conjunto importante de textos está dado por aquellos que hablan, tácitamente o por nombre propio, del Barrio abajo. Aun cuando la historiografía barranquillera (Zambrano, 1979; Posada Carbó 1986, 1989; Solano, 1989; Conde Calderón, 1991; Caballero, 2000; Ospina, 2003; Bell 2008, 2014; Caballero Truyol, 2009; Meisel Roca, 2019) provee

elementos para analizar el pasado de este barrio, casi nunca se refiere a él explícitamente: a pesar de que describen lo que allí ocurría (la agitación portuaria, la actividad fabril, el ferrocarril de Bolívar, la navegación a través del Magdalena, etc.), los textos no suelen ahondar en el tejido barrial que se estaba conformando alrededor. Al considerar el significativo aporte de los habitantes del Barrio Abajo a la modernización local, resulta intrigante la ausencia de narrativas historiográficas sólidas respecto a él. Algo muy similar ocurre con las fuentes primarias, cuyo mutismo en torno al nombre «Barrio Abajo» es absoluto, aun siendo ricas en descripciones sobre lo que allí ocurría.

Afortunadamente, de forma más reciente se han venido publicando trabajos que se concentran en el barrio. Quizá el más antiguo y completo de ellos es *Barrio Abajo. El barrio de donde somos todos*, publicado por el periodista barranquillero Andrés Salcedo en 2008. Más que un trabajo historiográfico, se trata de un documento etnográfico; una producción narrativa que presenta el espectro de relaciones sensibles que configuran cotidianamente ese espacio social. A Juicio de Ariel Castillo Mier³, docente de la Universidad del Atlántico, sobre el Barrio Abajo “*nadie, antes de Andrés Salcedo, se había sentado a escribir*” tan detenidamente. Y, en efecto, hace década y media, cuando fue publicada esta obra, la reflexión escrita y publicada sobre el Barrio Abajo era prácticamente inexistente⁴; por ello, el trabajo de Salcedo abrió “*un camino por el que [se espera] transiten nuevos investigadores*” (ibid.).

A la lista de investigaciones relativamente recientes que se ocupan específicamente de este sector barranquillero se suma una creciente profusión de monografías de pregrado, realizadas en universidades privadas locales, que proponen planes de renovación estructural y revalorización económica en el área (Gutiérrez Celia, 2014; Carriazo Franco, 2019; Tan Kuang, 2020): se trata de obras que se muestran totalmente acríticas ante la relación entre renovación, revalorización y gentrificación. Con un mayor grado de criticidad se presenta otro conjunto de obras que abordan aspectos como el valor patrimonial del Barrio Abajo (Suárez Pérez, 2012), su desarrollo urbano (Vivas Pertuz, 2013) y su

³ En su prólogo al libro de Salcedo, 2008, p. 12.

⁴ A excepción de “*las canciones de Esthercita Forero [y] los artículos breves y escasamente divulgados de Alfonso Fuenmayor, El barrio donde se hace el Diario del Caribe (1978) y de Guillermo Baena de La Espriella, Así recuerdo a Barranquilla (1978)*” (ibid.). A esto es necesario añadirle el texto corto titulado *Barrio Abajo*, escrito por el mismo Alfonso Fuenmayor (2001), y las investigación de Rosario Cochero, Gildardo Monsalve y Pedro Ramos (1986), titulada *Reordenamiento urbano y diseño de vivienda para el Barrio Abajo*.

gentrificación cultural (Lastra, Villafañe y Jiménez, 2019). Paralelamente, en los últimos cinco años también han sido publicados un par de trabajos resultantes de excavaciones de arqueología preventiva (Márquez Prieto, 2017; Rivera Sandoval, 2018); estas investigaciones hacen parte de los requerimientos legales que exige la aprobación de licencias para la renovación urbana en el país.

En virtud de la trascendencia histórica ostentada por el Barrio Abajo, tanto a nivel local como nacional, la posibilidad de reflexionar sobre los acontecimientos que derivaron en su conformación y consolidación se presenta muy oportuna. Sobre todo, si se tiene en cuenta la ambigüedad que supone este espacio urbano: recrea el lugar de habitación de una fuerza proletaria necesaria para la modernización de la ciudad y a la vez revela una profunda inequidad socioeconómica. Dada la capacidad del Barrio Abajo para introducir singularidades poéticas en desarrollo de la vida urbana barranquillera, especialmente durante el siglo XX, es apremiante la necesidad de reflexionar, no sólo sobre los aspectos formales y sensibles de esas expresiones creativas, sino sobre los riesgos que entraña su devenir patrimonio – mercancía. La gentrificación cultural le da rostro al Barrio Abajo hoy, por ello, urgen reflexiones críticas capaces de estudiar a fondo el proceso y destacar sus eventuales implicaciones sociales.

Debo reconocer que el Barrio Abajo siempre me ha motivado por su autenticidad, porque me resulta especialmente singular y cautivante. Durante mi adolescencia, en los últimos años escolares, empecé a asistir a las *Ruedas de Cumbia*: aquellas jornadas licenciosas, de genuina producción popular del espacio urbano, me cautivaron al instante y viven hoy en mi memoria como tipos ideales, almidonados por la nostalgia de aquellos días de candor. En ese momento el Barrio Abajo se me metió entre pecho y espalda y me invadió un deseo apremiante de conocerlo, de recorrerlo, de vivir esa singularidad que me suscitaba pero que me resultaba tan complejo fijar con palabras. Al escudriñar un poco, empezaron a emerger los fragmentos del mito: el Grupo de Barranquilla, el carnaval, la suntuosidad arquitectónica en decadencia, las tiendas, los billares, las ollas, *el Bajo Manhattan*, el Joe Arroyo, etc. Todo dialogaba para atraerme hacia este sector de Barranquilla, pero las contingencias me llevaron en la dirección contraria. Cuando terminé mi etapa escolar me fui de Barranquilla y mi interés por el Barrio Abajo quedó latente, creciendo sordamente mientras me dedicaba a la vida universitaria y sus afanes. Eso sí, cada vez que volvía de vacaciones a la ciudad, la visita a la *Rueda de Cumbia* era uno de esos planes por los que aguardaba más ansiosamente.

Años después, ya en la Maestría, el Barrio Abajo ha reemergido en mi vida, y hacer de él un objeto de estudio en este contexto disipó en gran medida el aura fantástica con la que mi nostalgia adolescente lo almidonaba. Durante el primer año del posgrado, cuando fui a buscar el Barrio Abajo imaginado, me di cuenta de que eso había dejado de existir décadas antes de que yo hubiera nacido. No obstante, la acertada orientación del profesor Ricardo Rivadeneira insistió en la necesidad de ir más atrás, de indagar la condición popular del barrio en sus propios orígenes obreros e inmigrantes. Esto reconfiguró los puntos de partida y me proporcionó bases mucho más sólidas (más allá de mis nostálgicas intuiciones) para nombrar las expresiones poéticas populares que me cautivaban y evaluar críticamente su gentrificación.

En términos generales, este trabajo de investigación se articula a través de una pregunta sobre el rol que ha jugado el Barrio Abajo, particularmente su condición popular, en la configuración de la vida urbana de Barranquilla. Comienzo ubicando en el tiempo el distante momento cuando se conformó el barrio como un caserío aledaño a Barranquilla, a finales del siglo XVIII. La aproximación a este escenario, que se extendió durante el siglo XIX, se da a través de fuentes primordialmente documentales: relatos de viajeros decimonónicos, materiales de prensa local y algunos registros notariales y parroquiales. constituyen el acervo documental que le da fundamento a esta parte de la investigación; gracias a esos papeles ha sido posible construir una imagen histórica del Barrio Abajo primigenio. Una colección importante de fuentes secundarias, surgidas en su mayoría de la historiografía local, se constituye en guía para la lectura de los archivos, que permiten, a su vez, cuestionar las narraciones propuestas oficialmente desde diversos estudios académicos.

En un segundo momento, exploré la expansión que vivió Barranquilla durante el siglo XX, evaluando lo que ocurría con el Barrio Abajo en el marco de esa transformación urbana. Tomando como base una selección de material cartográfico, fotográfico y de prensa, pude identificar algunas de las condiciones particulares que definían la vida en el barrio a lo largo de este período. Intenté hacer dialogar tanto documentos primarios y bibliografía con los testimonios extractados de un conjunto de entrevistas a personas que aún viven y guardan en su memoria datos y anécdotas que resultaron claves para el trabajo. Los testimonios develaron la inequidad y el gran sentimiento de exclusión que se vivió en el Barrio Abajo respecto a la dinámica modernizadora de la ciudad de Barranquilla. Como barranquillero

pude entender algunas expresiones empleadas por familiares y amigos para señalar lo dispar de las oportunidades en nuestra ciudad.

La aproximación al registro etnográfico también sugirió la emergencia por ubicar una poética popular propia del Barrio Abajo, expresada en la singularidad con la que sus habitantes producían socialmente aquel espacio urbano. Haciendo del lugar algo autónomo y auténtico, único en el panorama urbano provisto por Barranquilla durante el siglo pasado, las familias *bajeras* protagonizaron la segunda imagen barrial que aquí se presenta.

En los dos últimos capítulos busqué hacer una lectura desde el presente, pensando la materialidad y memoria del Barrio Abajo hoy. Siguiendo con atención los recientes procesos de patrimonialización desplegados sobre este sector barranquillero, creo que he podido dar cuenta de las principales condiciones que configuran su vida actual.

El tercer capítulo destaca la gentrificación cultural como directriz del nuevo proyecto urbano, ese que pretende hacer del Barrio Abajo uno de los principales puntos en la agenda patrimonial barranquillera. Dada la cercanía que hay entre esa agenda y la celebración del Carnaval, la fiesta adquiere visibilidad crítica en esta parte de la investigación.

Una vez más, el diálogo entre registros etnográficos y documentales constituye el principal medio de aproximación: esto permite contrastar acontecimientos, narrativas y posturas. Presento ante el lector una mirada general de las controversias suscitadas por el proyecto renovador que se cierne actualmente sobre la ciudad. Con más detalle, he intentado evaluar la forma como se está tramitando la declaratoria del Barrio Abajo como Bien de Interés Cultural de la Nación, quizá ya no de manera ingenua sino relacionando dicho proyecto en el marco de los procesos y políticas de gentrificación que se han venido instalando en el barrio.

El análisis de los desplazamientos generados por la renovación urbana nos aproxima a algunos mecanismos de resistencia socio – cultural que usan un grupo de familias del barrio como respuesta a la acción sorda de la administración municipal. Esta sección propone un debate respecto al papel que desempeña la agenda de patrimonialización en este proceso, y sobre las posibilidades efectivas de resistir (o catalizar) la gentrificación como un agente que pone en peligro tanto la identidad física como intangible de un sector

cultural; sin duda, una práctica que se viene dando en muchos lugares más de Colombia y América Latina bajo la presión de fuerzas que ven en la *tabula rasa* una forma de lucro.

A guisa de cierre, el cuarto capítulo se adentra plenamente en la experiencia etnográfica: en las sensibilidades que actualmente suscita la producción social del espacio *bajero*. A la luz de una serie de sesiones etnográficas orientadas a identificar los cambios estéticos y socioculturales que ha introducido la gentrificación en la vida barrial, releo comparativamente algunos momentos históricos: esto lleva a problematizar las sensibilidades y relaciones que hoy en día dinamizan el desplazamiento urbano en el Barrio Abajo. Este capítulo final se obstina en entender cómo se encarna la gentrificación en la visceralidad de los cuerpos que desean y consumen el barrio: cómo la segunda naturaleza del espacio y del cuerpo, esa que se produce a través de relaciones sociales cotidianas, termina por obnubilar la sensibilidad, contribuyendo a materializar la expulsión.

La mayoría de la información etnográfica empleada para la producción de este documento fue obtenida por medio de entrevistas y conversaciones abiertas que sostuve con personas que viven (o vivieron), trabajan, visitan o consumen de alguna forma el Barrio Abajo. Otra porción de material etnográfico fue tomada de Lastra, Villafañe y Padilla (óp. cit.), y también de Salcedo (óp. cit.). A muchas de las personas que me colaboraron las conocí durante los recorridos que hice reiteradamente, a pie, a través del sector. A otros de los colaboradores tuve acceso gracias al contacto de familiares y amigos locales. En casi todas las ocasiones, las charlas se dieron personalmente y dentro del barrio. Cierta número de encuentros, por su parte, se realizaron telefónica o virtualmente. Durante los encuentros presenciales, especialmente con las personas que viven en el sector, traté siempre –en la medida de lo posible– de que tuvieran lugar en las viviendas de los interlocutores. En otras ocasiones, cafeterías, tiendas y parques fungieron como sede. El grueso de estos encuentros etnográficos se desarrolló en el marco provisto por dos temporadas de campo: desde diciembre de 2020 hasta abril de 2021, la primera; y desde diciembre de 2021 hasta mayo de 2022, la segunda.

Este capítulo busca situar al lector en Barranquilla. Tiene como objetivo evaluar el contexto urbano en el que emergió y se consolidó el Barrio Abajo: se pregunta si la Barranquilla decimonónica era considerada una ciudad. En virtud de que este barrio es el producto de procesos de poblamiento que se extienden durante gran parte del siglo XIX, es preciso evaluar qué experiencias genuinamente urbanas se desplegaban en Barranquilla a lo largo de ese período. Del mismo modo, es necesario establecer cómo se relacionaba el incipiente Barrio Abajo con esas experiencias.

Ya que Barranquilla se ha ido expandiendo secularmente, el Barrio Abajo no siempre ostentó una ubicación central: por el contrario, emergió como parte de la frontera decimonónica de expansión urbana. Es posible estimar que, antes de la primera mitad del siglo XIX, este barrio se extendía desde la actual vía 40 hasta la actual calle 45 (*del Dividivi* o *Murillo*), entre las carreras 41 (*callejón del Progreso*) y 53B (*Alondra*). Después de la segunda mitad del siglo XIX, el barrio adquiere sus dimensiones actuales, que involucran la adición de la carrera 54 (*callejón de La María*) y las manzanas comprendidas entre la calle 45 y la actual 53 (*calle del Tanque* o *Caracas*).

Aunque “*Barranquilla no fue fundada sino poblada mayoritariamente por personas autodenominadas libres*” (Ospina, 2003, p. 4), hay un registro oficial que, desde lo administrativo, establece su condición urbana: le reconoce como ciudad. Se trata de la Ley del 7 de octubre de 1857. Inclusive, desde 1813, el Estado de Cartagena de Indias ya reconocía jurisdiccionalmente a la *villa* de Barranquilla⁶. A pesar de la existencia de registros tan concretos, es claro que el poblamiento de un territorio como Barranquilla y la producción permanente de su espacio urbano constituye una serie paulatina y compleja de acontecimientos sociales: su ejecución trasciende significativamente la inmediatez de cualquier declaración, acta o firma. En ese sentido, hace falta revisar con más detalle los acontecimientos que fueron sedimentando, a lo largo del siglo XIX, la idea de que

⁶ “según parece, como reconocimiento a su papel durante los primeros movimientos independentistas. En efecto, durante las guerras de Independencia, Barranquilla facilitó el movimiento de armas y pertrechos patriotas, que ingresaron por la ensenada de Sabanilla” (Caballero, 2000, p. 57). Porfirio Ospina (2003, p. 10) establece que “el título de «villa» [fue] otorgado a Barranquilla por ...Manuel Rodríguez Torices, Presidente Gobernador del Estado de Cartagena, el 7 de abril de 1813”.

Barranquilla era efectivamente -o no- una ciudad. En el proceso, se debe prestar especial atención al impacto que pudieron llegar a tener esos acontecimientos sobre el Barrio Abajo.

1.1 ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XVIII

El grueso de los historiadores locales coincide en la importancia que tuvo la actividad portuaria en la consolidación de Barranquillera. Para algunos, se trata de un proceso de largo tiraje, que se viene gestando desde el siglo XVIII (Solano, 1989, p. 25). Se intuye que, alrededor de doscientos cincuenta años atrás, a orillas del delta del Magdalena habitaba una creciente comunidad con aspiraciones urbanas, conformada primordialmente por familias comerciantes y obreras. Más del veinte por ciento de los barranquilleros eran navegantes o bogas, mientras que otro grupo nutrido de personas constituía una «industria» zapatera de mediana escala, supliendo la demanda de varias poblaciones vecinas (Ospina, 2003, p. 7). Algunos aspectos de la vida de aquella incipiente comunidad quedaron registrados en el censo realizado, en 1777, por Juan García Turín, “*Corregidor y Justicia Mayor del Partido de Tierradentro*” (ibid.).

Sin embargo, es a lo largo del siglo XIX, especialmente en la segunda mitad, cuando se ejecutan las acciones que hicieron que muchas personas empezaran a creer que Barranquilla era una ciudad. El proceso es descrito ricamente por los historiadores locales:

“La ciudad fue transformándose con los elementos del intercambio de manufacturas, con las tiendas de tela, con las cantinas de barrio comercial, con las importaciones y probablemente el contrabando que llevaba siglos de ajetreo por la Guajira, en fin, con el desarrollo y la expansión de la industria urbana. De ese mercado de productos, de lenguas, de costumbres, fue haciéndose una urbe” (Jesús Ferro Bayona, *Diario del Caribe*, 9 de mayo de 1982).

“Con base en una gran proporción de inmigrantes diversos en razas, creencias y nacionalidades, llegados especialmente a partir del siglo XIX, se configura una comunidad heterogéneamente sólida, que concreta un sentido de ciudad fundamentado en la pertenencia y la identidad alrededor de eventos culturales y obras comunitarias urbanas” (Caballero, 2000, p. 12).

De acuerdo con Fabio Zambrano (1979, p. 40), las posibilidades de consolidación urbana de Barranquilla estuvieron determinadas por “*su ubicación geográfica al lado de un caño o «surgidero» y de un puerto de permisión conocido con el nombre de Sabanilla*”⁷. Al destacar la proximidad respecto a los caños, las fuentes secundarias nos sugieren tácitamente la importancia que tuvo, para la consolidación urbana de Barranquilla, el sector en el que hoy se erige el Barrio Abajo. Sin embargo, es contradictoria la escasez de reportes que se refieran concretamente a él o sus habitantes. De hecho, cierta generación de historiadores con trayectoria, como Porfirio Ospina (óp. cit., p. 10) y Jorge Caballero (óp. cit., p. 64), afirma que, entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, el perímetro de Barranquilla se extendía entre las actuales calles 30 y 34, y entre las actuales carreras 44 y 40. Esto supone la inexistencia del Barrio Abajo y nos lleva a creer que, por algún motivo, a pesar de su presencia en el territorio, los habitantes de este sector todavía no eran considerados *barranquilleros*.

Una generación de autores más jóvenes parece haber empezado a replantear este tipo de presupuestos. A diferencia de sus predecesoras, las nuevas propuestas incluyen al Barrio Abajo en el imaginario histórico de Barranquilla hace dos siglos y medio:

“A finales del siglo XVIII en la zona catalogada como el sitio de Libres se empieza a originar y a concebir lo que es la ciudad de Barranquilla y muy cerca de ahí y al caño de las compañías a construir lo que es hoy en día es el Barrio Abajo” (Vivas Pertuz, 2013, p. 12).

“Se podían diferenciar las tres zonas en que se encontraba dividida la ciudad desde finales del siglo XVIII: ♣ El barrio arriba del río, zona regida por la parroquia de San Roque. ♣ El centro, donde vivían las familias más acomodadas junto a la iglesia de San Nicolás, y ♣ El barrio abajo del río, donde se desarrolló el primer núcleo social que puede considerarse propiamente un barrio” (Orozco Acosta, 2011, p. 31).

⁷ “*Sabanilla, una de las bahías que se formaban en el delta del río –cerca de Barranquilla– con una profundidad que permitía fondear a un kilómetro de la costa buques de 1000 a 1500 toneladas*” (Bell, 2014, p. 56).

1.2 PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Las primeras décadas del siglo XIX estuvieron marcadas por el conflicto independentista, que se manifestó localmente a través de la apertura, en 1811, de “*Sabanilla [...] al comercio internacional para la exportación*” (Solano, óp. cit., p. 27). En 1820, tras la victoria republicana definitiva, esta tendencia fue reafirmada por la apertura del puerto “*al comercio de importación y exportación*” (ibid.). Sin embargo, apenas un año después, en octubre de 1821 (y hasta 1849), la licencia fue anulada y Sabanilla “*conservó el estatus de puerto de permisión para la exportación exclusivamente*” (ibid.)⁸.

Las expectativas generadas por el comercio internacional motivaron iniciativas privadas de introducir la navegación a vapor a través del río Magdalena. A partir de la década de 1820 surgen empresas dedicadas a hacerlo realidad, con el empresario alemán Juan Bernardo Elbers a la cabeza. Su primer intento fracasó algunos años después porque “*el Congreso de la República canceló los privilegios otorgados [...] para la creación y explotación del aserradero*” (Caballero Truyol, 2009, p. 407). A pesar de este obstáculo, la perseverancia obstinada de Elbers lo llevó a obtener un nuevo permiso en 1834. Sin embargo, “*la empresa nuevamente ‘naufegó’ por la escasez de capitales, la falta de industrias internas que suministraran materias primas para el aserradero, la carencia de combustible y la ineptitud de los pilotos*” (ibid.)⁹.

La lucha se prolongaría durante algunas décadas de modo que, a mediados del siglo, tras algunos vaivenes administrativos, (Sabanilla es reabierto para la importación y exportación en 1849), se consolidó la navegación del Magdalena como actividad comercial. Se ha reportado (Solano, óp. cit., p. 5) que, a finales de la década de 1840, “*navegaban por el Magdalena dos vapores con una capacidad de cuatrocientas toneladas*”, y que “*la carga*

⁸ Es llamativo que, a pesar de esta disposición política contraproducente, “*las cifras de las exportaciones por Sabanilla correspondientes a los años 1836 - 1847 [...] revelan una gran actividad*” (Solano, 1989, p. 27). Tampoco se debe descartar el impacto que generaba en Barranquilla “*el ingreso de mercancías de contrabando por el puerto de Sabanilla*” (Caballero, óp. cit., p. 58).

⁹ Ospina (óp. cit., p. 13) sostiene que Elbers fracasó porque “*el gobierno otorgó permiso a otro empresario*”, desvirtuando su pretendido monopolio.

de *movilización mensual* reportada para bongos y champanes se aproximaba a las ochocientas toneladas.

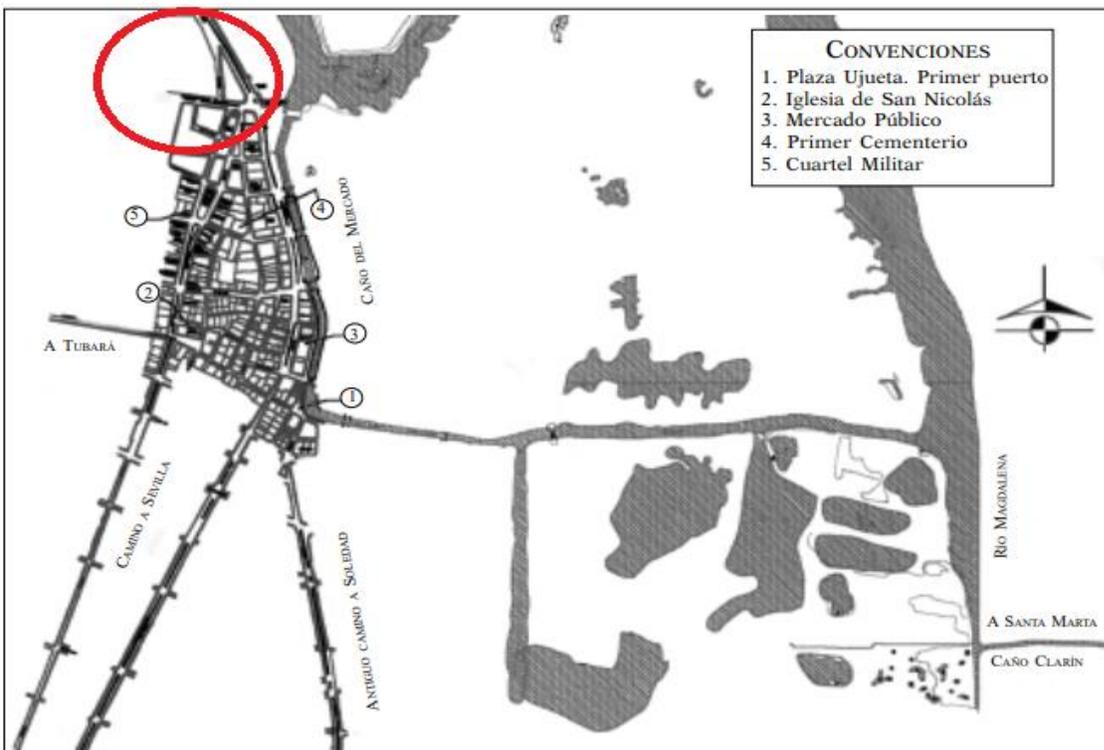


Figura 4: ausencia del Barrio Abajo en Barranquilla a finales del siglo XVIII, según Porfirio Ospina¹⁰

El político costeño Juan José Nieto fue testigo de esas empresas y, en general, de la consolidación del puerto durante la primera mitad del siglo XIX¹¹. Su testimonio es crucial porque permite imaginar, a finales de la década de 1830, una creciente profusión de talleres, aserraderos y herrerías desplegada a orillas del caño de Las Compañías y el caño de La Auyama. A juicio de Nieto, Barranquilla era:

“el lugar más importante [de la región], después de Cartagena, pues es donde se da dirección a los cargamentos de exportación y a las mercancías [...] para el consumo [...] un astillero perpetuo en la construcción

¹⁰ En esta figura, de la autoría de Ospina (óp. cit., p. 11), se estima, a partir del censo de 1777, el área Barranquilla. Añadí un círculo rojo para resaltar la ausencia de las manzanas que corresponderían al Barrio Abajo.

¹¹ Su *Geografía histórica, estadística y local de la Provincia de Cartagena* (1839), además de ser la “primera obra republicana que se escribió en territorio colombiano, [contiene] una de las primeras descripciones que existen de [...] Barranquilla” (Vidal et al, 2013, p. 2).

de buques para la navegación del Magdalena” (Nieto, citado por Vidal et al, 2013, p. 3).

La relación entre actividades comerciales y fabriles es explicada por Eduardo Posada Carbó (1989, p. 12), quien también resalta la importancia regional de río:

“Barranquilla era el río y el río era Barranquilla [...] Provisión de empleos en embarcaciones, puertos y astilleros; comercio de víveres y mercancías; pequeñas sumas por servicios de hospedaje y cocina; hasta expendio de leña y, por supuesto, medio del correo y de noticias; el transporte fluvial determinaba en buena parte la vida de todas las poblaciones a lo largo del Magdalena y sus afluentes”.

Asimismo, Jorge Conde Calderón (1991, p. 43) cuenta que el comercio fluvial:

“significó el comienzo de una tradición industrial local, sustentada en la creación de astilleros, talleres de fundición y otros derivados, como talleres de carpintería y herrerías”.

Tras su arribo, en 1839, Nieto (citado por Vidal et al, 2003, p. 3) encuentra a Barranquilla *“muy adelantada en oficios”*: relata que *“muchos [son] de material y las casas de paja son hermosas y cómodas”* (ibid.). Sobre los talleres y establecimientos fabriles, anota que en ellos se producía *“cal, teja y ladrillo”*, y reporta la presencia de *“una máquina de vapor para serrar maderas y otras de limpiar algodón”* (ibid.).

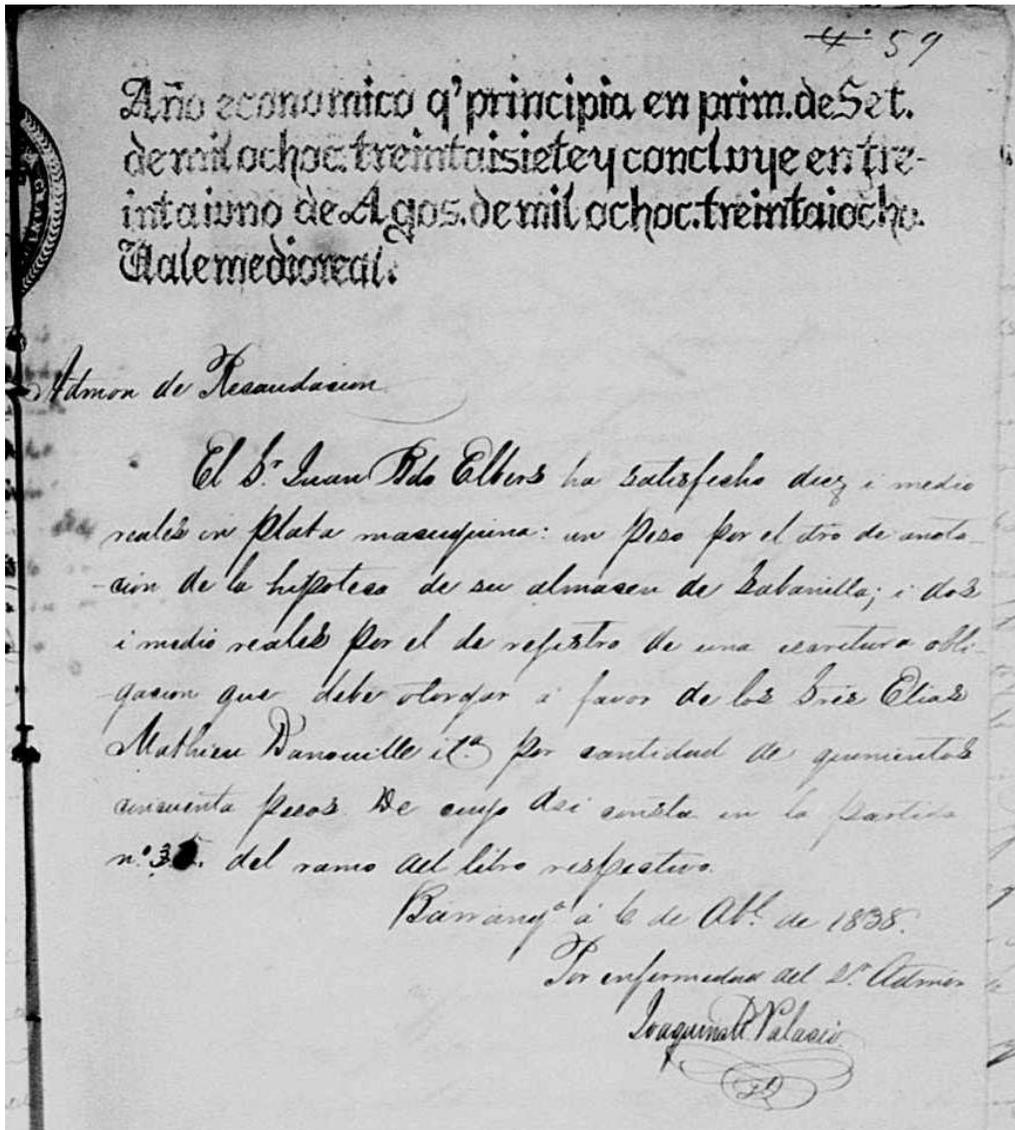


Figura 5:
Joaquín
Palacio
certifica que
Juan B.
Elbers pagó
una cuota
de la
hipoteca de
su almacén
en
Sabanilla¹².

El crecimiento demográfico dialoga con los otros registros para ayudarnos a imaginar los ímpetus urbanos que, de la mano de la actividad comercial y fabril, estremecían a Barranquilla durante la primera mitad del siglo XIX. Se ha reportado que en las décadas comprendidas entre 1813 y 1851 hubo un incremento de casi el 100% de la población: la cifra se elevó de 3.215 habitantes a 6.114 (Ospina, óp. cit., p. 13).

¹² Protocolos de la Notaría Primera de Barranquilla, 6 de abril de 1838.

A pesar de que todo sugiere que las orillas de los caños barranquilleros se estaban llenando de gente durante este período, la primera mitad del XIX está signada por cierto mutismo en torno al Barrio Abajo (de forma similar a lo que ocurre con las últimas décadas del siglo XVIII). La Ley 20 de marzo de 1852 constituye un buen ejemplo. Allí el gobierno central estableció que: “*El cantón de Barranquilla estaba comprendido por [...] dos distritos el de San Nicolás y el de San Roque*” (Zambrano, óp. cit., p. 40). Ya que ambos «distritos» pertenecen al Barrio Arriba, la Ley sugiere que el Barrio Abajo no hacía parte de Barranquilla.

Este tipo de vacíos documentales sobre el Barrio Abajo pueden ser atribuibles a la movilidad de los cuerpos de agua que delimitan el territorio barranquillero: “*los niveles de los terrenos son bastante bajos en esta parte de los caños, y en épocas de invierno y creciente, las aguas se desbordaban*” (Ospina, óp. cit., p. 5). Es presumible que el caño de Las Compañías haya ido alterando su curso y sólo hasta cierto punto del siglo XIX el territorio correspondiente al Barrio Abajo quedó dispuesto para su poblamiento.

Esta posibilidad, sin embargo, ha sido desvirtuada por el registro arqueológico: desde finales del siglo XIX, en el marco de las obras de la Estación Montoya, han sido reportados hallazgos arqueológicos en el sitio. A partir de ellos, se estima que este sector de la ribera del Magdalena ha sido poblado desde tiempos prehispánicos (Villalón Donoso, 2002; Márquez Prieto, 2017; Rivera Sandoval, 2018).

Además, sería ingenuo desconocer toda la serie de factores políticos que, como veremos a lo largo de esta investigación, han llevado a excluir ciertos sectores populares, como el Barrio Abajo, del proyecto hegemónico de producción del espacio en Barranquilla. Desde la dimensión nominal hasta aspectos más concretos de la vida política, como las asignaciones presupuestales, los sectores populares barranquilleros han sido deliberadamente omitidos.

Aunque el testimonio de Juan José Nieto, los indicadores demográficos y algunas fuentes secundarias sugieren cierto ímpetu urbanístico, comercial y fabril en Barranquilla durante la primera mitad del siglo XIX, esta tendencia no resulta tan evidente para todo el mundo. Hay quienes consideran que, gran parte del “*siglo XIX, Barranquilla [fue] un pequeño puerto fluvial prácticamente sin acceso al mar*” (Correa, 2012, p. 241).

1.3 SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Figura 6: Escenas populares sobre el Magdalena pintadas por Edwar Mark (Posada Carbó, 1989, p. 7)

Es pertinente volver sobre la experiencia de Isaac Holton¹³, quien estuvo recorriendo los mismos caminos que Nieto un par de lustros después que él. A diferencia de Nieto, Holton proviene del extranjero y nos relata su experiencia de entrada, en 1852, a través del puerto marítimo de Sabanilla.

Su relato parte del punto de desembarque en el litoral Caribe. Ya que aún no existía el Ferrocarril de Bolívar, allí empieza a recorrer el camino de herradura que comunicaba a Sabanilla con Barranquilla¹⁴. Primero nos habla brevemente sobre el paisaje, la vegetación y la gente:

“El paisaje tenía un aspecto de invernadero sin límites [...] una región seca, estéril y desolada [...] el sol reverbera en las playas ardientes y es un verdadero paraíso de lagartos [...] Esparcidas por el suelo había semillitas de Abrus Precatorius [«chocho trepador»] son de un rojo brillante y tienen una mancha redonda y negra. [Los] escasos habitantes pertenecen al tipo más tosco de granadino” (Holton citado por Vidal et al, óp. cit., p. 5).



¹³ Era de origen norteamericano y se desempeñaba como misionero presbiteriano; también tenía experiencia docente (Vidal et al, óp. cit., p. 4).

¹⁴ Explica que fue guiado por un cartero que, armado de “albarcas, hamaca y espada, [llevaba] semanalmente el correo de Barranquilla a la aduana de Sabanilla” (Holton, citado por Vidal et al, ibid.). Detalla que “en todo un día de a caballo no [vio] más que las chozas pobrísimas de un pueblito llamado La Playa” (ibid.).

Luego, provee elementos muy puntuales para evaluar qué tanto podría decirse que Barranquilla era considerada una ciudad a mediados del siglo XIX: a pesar de que “*tiene mucho mejor aspecto que Sabanilla*” (ibid.), y cuenta con “*dos escuelas para varones*” (ibid., p. 7), prisión e iglesia, son evidentes los vacíos y cabos sueltos que configuraban aquellos anhelos urbanos eternamente postergados. Destaca que “*por ley todas las casas están blanqueadas y algunas son de dos pisos*”; no obstante, desdeña la ausencia de escuelas femeninas y ve con malos ojos la cárcel, en la que el guardia es zapatero y “*las ventanas [...] daban a la calle, [de forma que] los reclusos, siempre que tienen la oportunidad, piden comida [...] a los transeúntes*”. El visitante también critica la iglesia, “*un inmenso cascarón de piso de tierra y sin asientos [...] donde rara vez celebran misa*”. Allí encuentra un órgano “*bastante burdo [que requiere] de dos hombres para hacerlo funcionar*” (ibid., pp. 6 - 10).

Después de llegar a Barranquilla, Holton regresa a Sabanilla porque quiere recorrer el (hoy extinto) canal de La Piña¹⁵. Ya que, antes de la construcción del Ferrocarril de Bolívar (también extinto), el canal y el camino de herradura eran las únicas formas de desplazamiento entre Barranquilla y Sabanilla¹⁶, es sorprendente que este viajero haya dejado un magnífico registro escrito de ambos trayectos. Al indagar los detalles prácticos del viaje, se develan a los obstáculos que debían sortear cotidianamente los bogas y pasajeros que surcaban el canal. Es un ejercicio que ayuda a imaginar la experiencia agotadora de remontar la desembocadura del río Magdalena encima de un temerario bongo, atestado de bultos, zurrones y paquetes:

“La única manera de hacer mover el bongo es con el canaleta del patrón, con las palancas de los bogas [...] y con varas más cortas con un gancho en la punta. El boga apoya la horqueta de la palanca en el fondo fangoso del río y el otro extremo contra el pecho, cerca del hombro, y camina

¹⁵ Se trataba de un recorrido en bongo, tortuoso y prolongado, desde Sabanilla hasta los caños de Barranquilla, al pie del Barrio Abajo. Dadas las condiciones adversas en las que solía cubrirse este trayecto, era visto como “*uno de los principales obstáculos en la arteria vital del comercio granadino*” (ibid., p. 11). Aunque el punto de partida y el de llegada son muy similares a los del camino de herradura, los tiempos y el desgaste se incrementan considerablemente.

¹⁶ El camino de herradura se inundaba y se volvía intransitable en invierno; y al secarse el canal, en verano, era imposible navegarlo.

hacia la popa haciendo mover la embarcación aproximadamente a tres millas por hora” (ibid., p. 10).

El relato prosigue describiendo el paisaje y los riesgos que entrañaba recorrerlo en esas condiciones:

“Por fin salimos, navegando [...] unas veces por canales estrechísimos, otras por amplias extensiones de agua y sin tener que luchar contra la corriente. Por todo el camino, a la izquierda, oíamos el rugir de las olas; es frecuente que más adelante de Sabanilla el viento arrastre y haga perder las embarcaciones en el mar” (ibid., p. 11).

Angustia imaginar la noche que, gracias a la parsimonia del viaje, debió pasar el pobre Holton en la cubierta de la embarcación, acechado por mosquitos, jejenes y temores. Y es irónico que, a pesar de todas las vicisitudes que había experimentado hasta ese punto, sólo al dejar el caño y llegar al Magdalena, *“ancho, turbio y correntoso [...] comenzaron las dificultades¹⁷”* (ibid.):

“las palancas no llegaban hasta el fondo y la orilla era una ciénaga en la que sólo había troncos flotantes. La única solución era navegar muy cerca de la ribera y empujar el bongo contra la corriente con las palancas, los ganchos y el canaleta del capitán [...] así perdimos horas enteras avanzando unas millas, que en un barco de vapor hubiéramos recorrido en minutos” (ibid., pp. 11 - 12).

Además de la información que brinda sobre Barranquilla y su conexión con Sabanilla, hay dos aspectos clave en el texto de Holton. Por una parte, después de su desencuentro con el canal de La Piña, sugiere la necesidad de articular el puerto de Barranquilla con el de Sabanilla¹⁸. Por otro lado, nos interpela el momento en el que escribe: la década de 1850 nos pone ante la fuente primaria más antigua que refiere explícitamente el nombre del

¹⁷ Hay que tener claro que los vapores que surcaban el Magdalena en ese entonces no salían al mar, dadas las condiciones de sedimentación de las Bocas de Ceniza. Sus recorridos eran exclusivamente fluviales.

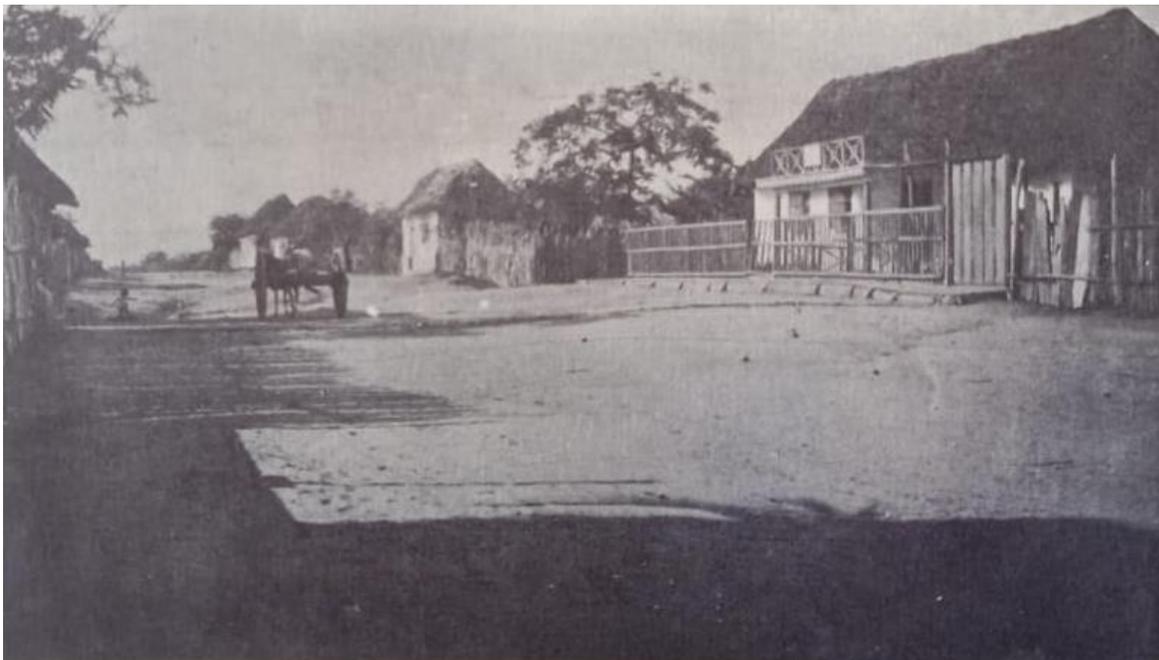
¹⁸ Plantea que, al tratarse de un canal que atravesaba *“tierras aluviales y blandas y [terminaba] seis millas antes del mar [...] Por solo \$100.000 se podría [haber habilitado] para la navegación de barcos de vapor”* (Holton, citado por Vidal et al, ibid., p. 11).

Barrio Abajo. Se trata de un documento expedido, en 1857, por el Concejo de Barranquilla. Allí se explica la división de la ciudad en tres áreas; dos de ellas son nombradas de acuerdo con su posición respecto al río: un barrio situado río *abajo* y otro río *arriba* (y, entre ambos, el Centro).

Las fuentes secundarias también empiezan a referirse al barrio de forma concreta en este período. Andrés Salcedo (óp. cit., p. 26) presume que, por lo menos desde 1849, hubo gente viviendo en este sector de la ciudad. Vincula el asentamiento de personas allí con una epidemia de cólera que aquejaba a los sectores ya consolidados, y que “*en el Barrio Abajo [no dejó] ni una sola víctima*” (Ibid., p. 27). Orozco Acosta (óp. cit., p. 8), por su parte, sostiene que “*En la segunda mitad del siglo XIX, el barrio empezó a extenderse y proliferaron las chozas de paja y cañabrava rodeadas de cercas de palo*”.

Con el ánimo de ahondar en la segunda mitad del siglo XIX, vale la pena dar un salto a la década de 1870, cuando fue inaugurado el Ferrocarril de Bolívar. Desde “*la década de 1860 [se dan] las primeras discusiones sobre la necesidad de construir un ferrocarril en la zona*” (Correa, 2012, 243). En la misma década, “*en 1865, el Estado Soberano de Bolívar tomó la iniciativa de construir un ferrocarril [...] de 14 km [...] entre Sabanilla y Barranquilla., que atravesaría pantanos, manglares, marismas y dunas entre las dos poblaciones*” (Bell, 2014, p. 56). En honor al Estado de Bolívar, la línea férrea era conocida como el Ferrocarril de Bolívar. La ruta Sabanilla-Barranquilla fue cubierta desde el primero de enero de 1871, y “*Sabanilla [fue] rebautizada Salgar en honor del entonces presidente general Eustorgio Salgar*” (Ibid.)¹⁹

¹⁹ .). Al respecto, Bell (2014, p. 56.) añade que “*A lo largo de la vía se tendió la línea del telégrafo, otra innovación más que ayudaría a [...] regular el despacho de los trenes y garantizar una circulación puntual y segura*”.



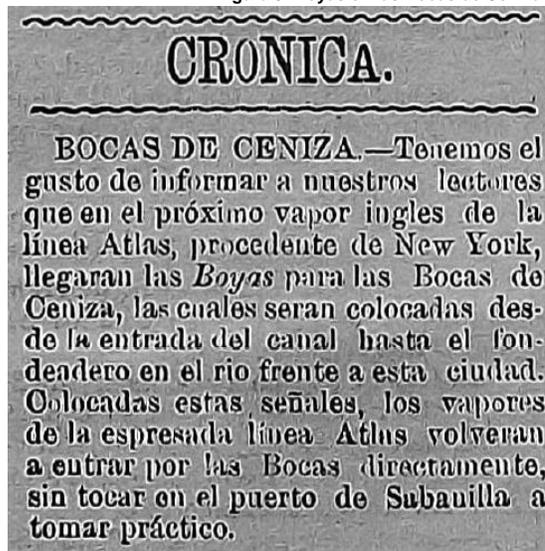
Figuras 7 y 8: calle del Paraíso (48) con carrera del Líbano (45) a principios del siglo XX (*Barranquilla Gráfica*, mayo de 1962).

Toda la ciudad experimentaba cambios que tuvieron que haber llenado de expectativas y temores, incluso, al mayor de los incrédulos. Es sugestivo tratar de imaginar el aturdimiento macondiano de la villa con ínfulas de ciudad, que de la noche a la mañana se había ido llenando de vapores, trenes, bancos, talleres, almacenes, colegios privados, edificios,

bombillos, imprentas, máquinas para hacer hielo, ladrones, etc.; sobre todo, se había ido llenando de gente rara, que llegaba llena de hábitos inusuales desde lugares inconcebibles.

Al evaluar los efectos demográficos de la apertura del Ferrocarril de Bolívar, Ospina (óp. cit., p. 14) constata que, entre 1871 y 1876, la población barranquillera aumentó en más de 40%. Sobre este incremento demográfico, Salcedo (óp. cit., p. 29) añade que “*un buen número de estos nuevos Barranquilleros se radican en el Barrio Abajo*”. El autor explica que, “*gracias a su vecindad con el río Magdalena, [este sector de la ciudad] fue uno de los grandes beneficiados*” con la apertura del ferrocarril (Ibid., p. 28)²¹.

Figura 9: Boyas en las Bocas de Ceniza ²⁰



El Barrio Abajo, que “*ya se encontraba consolidado como zona urbana*” (ibid.), vivía un momento de renovación y expectativa. Según Orozco Acosta (2011, p. 31), “*para 1876 se extendía hacia el norte hasta el callejón de la Luz o carrera 50B, hacia el sur hasta progreso o carrera 41, hacia el este hasta los caños del río, y hacia el oeste hasta Sello o calle 44*”. Por su parte, las memorias de Pedro María Revollo (un reconocido sacerdote católico que se radicó en Barranquilla durante el siglo XIX) sugieren que “*Entre 1877 y 1883 [...] el Barrio Abajo creció enormemente y se abrió la carrera Topacio, conocida más tarde como avenida Colombia (actual carrera 53)*” (Salcedo, óp. cit., pp. 31 - 32).

El punto de partida y llegada del ferrocarril en Barranquilla, la Estación Montoya, concentraba el movimiento de pasajeros y mercancías, agitando la vida barrial. Al ser construida en uno de sus extremos, la estación “*se convierte en eje de un vigoroso movimiento comercial que va cambiando aceleradamente el perfil del Barrio Abajo*” (ibid.,

²⁰ Semanario *El Promotor*, 15 de febrero de 1879, p. 2.

²¹ La toponimia es otro elemento que puede darnos una idea sobre la magnitud de la influencia que tuvo el Ferrocarril de Bolívar sobre el Barrio Abajo, que “*alguna vez también se llamó del Ferrocarril y Vapores del Río*” (Salcedo, óp. cit., p. 27).

p. 29). Fue inaugurada el 20 de septiembre de 1871, y nombrada en honor al “*al empresario antioqueño [...] de la navegación a vapor, Francisco Montoya*” (Correa, óp. cit., p. 249).

La obra de Andrés Salcedo (óp. cit., pp. 28 – 30) esboza fascinantemente la agitación que vivía el Barrio Abajo durante aquellos días:

“De Salgar llega, oculto en el equipaje [...] whiskey escocés, perfume francés y las primeras cámaras fotográficas Zeiss de Alemania. Pero también pescado fresco cogido en aguas de cabotaje y luego vendido por unas viejas en callejón de La Luz [«Callejón de Las Viejas»]. Llevan el producto en grandes poncheras que se colocan en la cabeza y lo pregonan a grito pelado. [...] diariamente, entre las siete de la mañana y las cuatro y quince de la tarde, circulaban diez trenes [...] cuatro de pasajeros y seis de carga [...] Los viajeros que partían de Barranquilla mataban el tiempo esperando el tren en el bar de Ángel Lockardt, que quedaba en frente, mientras leían el periódico y tomaban tinto cargado o tragos secos de «lavagallo». Cada vez que se producía el arribo de un tren, la Estación Montoya bullía de gente ansiosa y expectante. Como agresivos enjambres de avispas se abrían paso hasta el andén mercaderes de todo género [...] En los alrededores, relucientes coches estaban prestos a recoger los pasajeros [...] También merodeaban por el lugar propagandistas de los cercanos prostíbulos”.

Gracias a la apertura fortuita de las Bocas de Ceniza²², los buques transatlánticos atracaban frente a las pequeñas casas sin acueducto, techadas con palma²³. Sofisticadas boyas importadas desde Nueva York iluminaban los contornos del río, a cuya orillas vivían

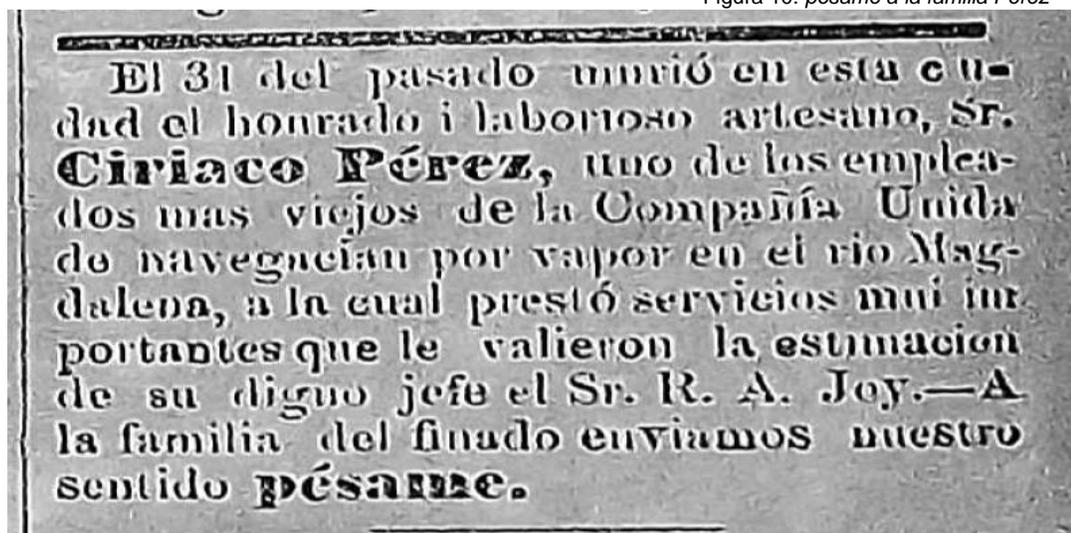
²² “*En la desembocadura del río se presentó, de manera natural, una remoción de las barras de arena, que permitió el acceso de 459 buques hacia Barranquilla*” (Bell, óp. cit., p. 59).

²³ Al describir las viviendas típicas de los sectores populares barranquilleros, Ospina (óp. cit., pp. 48 – 49) precisa que eran de bahareque con cubierta de palma de dos aguas. Sobre las casas del Barrio Abajo, específicamente, agrega que “*llama la atención que su tamaño es mucho menor a las del centro y del que se podría considerar su paralelo en materia socioeconómica de la época, como Barrio Arriba o Rebolo*” (ibid.).

las familias *bajeras*, añorando la modernidad entre velones de cebo y callejones de arena. Como muchos miembros de esas familias trabajaban en las fábricas, talleres y almacenes que proliferaban a orillas del río, su vínculo con la renovación trascendía la simple contemplación: a pesar de que no tenían demasiadas posibilidades de *consumir* la modernidad, aportaban la mano de obra necesaria para *producirla* localmente.

De hecho, algunos aspectos de esas vidas laborales quedaron consignados en la prensa local. Es un registro que, además de los detalles en torno a la actividad portuaria, las cifras de las exportaciones e importaciones, los nombres de los buques y sus capitanes, las tarifas de viaje y los fletes, etc., da luces sobre la vida de los empleados del puerto: es decir, sobre los *bajeros*. A pesar de que no fue hallada ninguna nota de prensa que lo diga explícitamente, no es difícil intuir que muchos empleados del puerto, sobre todo aquellos que ocupaban los cargos de menor alcurnia, vivían en el *caserío* que se había ido constituyendo en inmediaciones de la aduana y el atracadero.

Figura 10: pésame a la familia Pérez²⁴



Por ello, es emocionante encontrarse con publicaciones que celebran el matrimonio de un maquinista; o que envían el pésame a la familia de algún trabajador recientemente fallecido; o que expresan agradecimiento por la ayuda recibida tras un accidente logístico;

²⁴ *El Promotor*, 5 de abril de 1879, p. 2.

o que discuten el “agiotismo” (*El Promotor*, 5 de marzo de 1879) del que eran víctimas los empleados del puerto (que empeñaban sus sueldos al 20% de interés mensual).

A todas luces, el paso de los buques “entre la boca del caño de «La Tablaza» i el puerto denominado «Camacho»” (*El Promotor*, 10 de mayo 1879, p. 3), frente a Barranquilla (ahorrándose el trayecto que las mercancías debían cubrir en tren desde Sabanilla), constituía una verdadera novedad. No sólo en términos económicos y logísticos²⁵, sino también desde la experiencia vivida del Barrio Abajo²⁶: era una forma de poner (físicamente) ante el conjunto de familias *bajeras* el anhelo eternamente postergado de la ciudad moderna.

A pesar de que la apertura de las Bocas fue una condición transitoria²⁷, sentó los precedentes para la construcción de los tajamares (más de medio siglo después):

“El 7 [de abril de 1878] fue pasada por las Cámaras Lejislativa a la sanción del P.E. la lei que manda a construir por administración las obras necesarias para el servicio de la navegación de las Bocas de Ceniza: a saber, un Muelle o atracadero para los buques en el punto conveniente de la ribera del río debajo de la boca del caño abajo, i un ramal para enlazar este muelle con la línea del Ferrocarril (El Promotor, 19 de abril de 1879, p. 1).

La Ley 17 de 1879 fue aprobada el 18 de abril (ibid.). Correa (óp. cit., p. 250) afirma, en el mismo sentido, que desde 1873 empiezan las discusiones en torno a la necesidad de prolongar la ruta y construir un muelle; también fue considerada en aquel momento la posibilidad de “*hacer el dragado de Bocas de Ceniza para hacer navegable el trayecto*

²⁵ En una carta al “*Secretario de Hacienda i Fomento*”, el “*Inspector Jeneral de Aduanas i Marina*”, Ricardo Núñez, celebra el decreto ejecutivo que ordena trasladar la aduana desde Salgar hasta Barranquilla y recomienda “*permitir a los buques la entrada directa por las Bocas de Ceniza, siempre que así lo pidan los interesados obligándose a pagar una suma equivalente al valor del transporte por el ferrocarril de la carga que desembarque dichos buques. [...] Tan grande es la simplificación de las operaciones que producía esa entrada que los importadores, en la mayor parte de los casos, no vacilarían en aceptar la onerosa condición expresada a pesar de su aparente injusticia*” (*El Promotor*, 10 de mayo de 1879, p. 1).

²⁶ “*Durante esa época de esplendor portuario y comercial, la “perilla” de la puerta de oro de Colombia giraba en las edificaciones [...] ubicadas en el territorio actual del Barrio Abajo*” (Orozco Acosta, óp. cit., p. 29).

²⁷ “*Las limitaciones para la navegación [...] se agravaron en la primera mitad de la década de 1880; entre 1877 y 1883 recibió 106 buques [...] en 1884 no recibió ninguno y solo uno en 1885*” (Correa, óp. cit., p. 252). “*En 1887, la reaparición de la barra de arena hizo nuevamente imposible que los buques de gran calado entraran al Magdalena*” (Bell, óp. cit., p. 59).

fluvial hasta Barranquilla y que los buques fondearan allí" (ibid.). Bell (óp. cit., p. 59), por su parte, sostiene que la *"apertura ocasional [...] estimuló el interés público por la apertura de las Bocas de Ceniza como sustituto del ferrocarril y el muelle de Puerto Colombia"*.

Los registros correspondientes a la segunda mitad del siglo XIX están signados por cierta ambigüedad en torno al eventual carácter urbano de Barranquilla: suscitan la idea de un proyecto renovador que se materializa parcialmente, pero que siempre termina siendo postergado de manera irremediable. Si bien es cierto que el Ferrocarril de Bolívar materializó (casi veinte años después de que Holton lo sugiriera) la articulación portuaria marítimo-fluvial, el ruido de las contingencias postergó indefinidamente el afianzamiento del proyecto (hasta el sol de hoy). Lo que ocurría en las instalaciones de la Aduana, a menos de diez años de inaugurado el ferrocarril, es un síntoma de la postergación referida. De ello habla reiteradamente *El Promotor*, entre cuyas páginas se leen las quejas, reclamos, sugerencias, cartas abiertas, peticiones, etc., suscritos públicamente por comerciantes locales y agentes extranjeros.

Hastadas de las demoras, retenciones, sobrecostos, extravíos y las demás vicisitudes que diariamente entorpecían la gestión portuaria, estas personas recurrían a la prensa local para quejarse (dejando un maravilloso testimonio). El 10 de mayo de 1879, citando *"un artículo cuasi revista"* publicado por *El Economista* (No. 6), *El Promotor* (p. 2) lista las acusaciones formuladas contra el director de la aduana:

"1. No haber balizado la barra del río. 2. No haber construido los almacenes suficientes para la Aduana. 3. No haber en el ferrocarril los vehículos suficientes i 4. Que un vapor francés tuvo que llevarse la carga de importación, para Colon, hasta su regreso al puerto de Salgar".

Joaquín María Palacio, quien fungía como director de la Aduana en aquel momento, se defendía alegando que la falta de obreros y almacenes era el principal motivo de los inconvenientes²⁸. A su juicio, los problemas podían ser resueltos estableciendo *"un cuerpo*

²⁸ *"comunico a Ud. estos pormenores, para que el Poder Ejecutivo tenga conocimiento de cómo se trabaja en esta oficina, a pesar de los inconvenientes que se presentan, consistentes principalmente, en la estrechez de los locales i en la escasez relativa de brazos para arrumar los cargamentos"* (*El Promotor*, 12 de abril de 1879, p. 1).

oficial de trabajadores, para el servicio de cuanto se necesite en los almacenes” (El Promotor, 10 de mayo de 1879, p. 1). Ante la eventual pregunta de por qué no gestionaba el Sr. Palacios lo necesario para agilizar la operación, respondía que “Los trabajadores que se emplean en el arrumaje i reconocimiento de las mercancías son asalariados i dependientes del comercio, i la aduana carece de autoridad sobre ellos, lo cual es causa también del embarazo en el despacho” (ibid.).

Para el historiador y sociólogo Juan Santiago Correa (óp. cit., p. 264), uno de los grandes obstáculos que debieron sortear, tanto el Ferrocarril de Bolívar como el muelle de Puerto Colombia, fue una larga y tediosa sucesión de contratos, concesiones, especulaciones y renegociaciones; todas celebradas a la sombra de los intereses de “*figuras importantes de la élite nacional y local que buscaban lucrarse con esos proyectos en perjuicio del erario*”. De cualquier modo, indistintamente de lo amañados que pudieron haber llegado a estar los contratos, la empresa ferroviaria (y después, también el muelle) generó síntomas de consolidación urbana, como el Cementerio Universal (1869), el Hospital de Barranquilla (1871-1875) (Caballero, óp. cit., p. 61) y la primera planta local para el procesamiento de aceite vegetal, en 1874 (Bell, 2008, pp. 66 - 67). Inclusive, es perfectamente factible afirmar que, en medio de las vicisitudes, hubo funcionalidad portuaria²⁹.

²⁹ Mientras el recorrido “*a pie, a caballo o en carretas arrastradas por bestias [tomaba] un día de luz*” (Poveda, citado por Bell, óp. cit., p. 56); y en champán o bongo a través del canal de La Piña, el recorrido implicaba pasar la noche a bordo y perder “*horas enteras avanzando unas millas, que en un barco de vapor [era posible recorrer] en minutos*” (Holton, citado por Vidal et al, óp. cit., p. 12); gracias al ferrocarril, se hizo posible recorrer el mismo trayecto en hora y media (Candelier, citado por Vidal et. Al., ibid., p. 19).



Figura 11: Ferrocarril de Bolívar³⁰

Qué caótica se estaba volviendo la vida a orillas del delta del Magdalena: una administración de aduanas sin edificio³¹, un ferrocarril recién inaugurado que luchaba por dar abasto y un puerto caprichoso que, cuando amanecía *con ganas*, se abría fortuitamente para permitir el calado de busques transatlánticos frente a la incipiente ciudad. No solo el puerto parecía andar a medias, “A [...] *Barranquilla* [en su conjunto] *alguien la definió como una muchacha elegante pero descalza*” (Del Valle Ramón, 1995, p. 35). Ese contraste describe idealmente la postergación del proyecto de renovación

³⁰ Aun cuando su descripción no lo especifica, es probable que este Dibujo de Riou, publicado en *Le Tour du Monde* (Paris), en 1877 (Conde Calderón, 1991, p. 42), esté inspirado en el Barrio Abajo. Las mercancías arrumadas a la espera de su traslado; los improvisados almacenes; los personajes que chequean los paquetes y los otros que dormitan; por supuesto, la locomotora humeante; y, sobre todo, las edificaciones de dos pisos en *material* (como la que se aprecia en el extremo izquierdo de la imagen, a media altura) son indicadores de que lo que vemos no es Sabanilla, sino Barranquilla.

³¹ Ya que éste se encontraba en Salgar (al lado de Sabanilla). Sin haber construido el edificio aún, el Gobierno Central ordena, en 1879, el traslado de ese despacho desde Salgar hasta las inmediaciones de la Estación Montoya, en el Barrio Abajo (*El Promotor*, abril de 1879).

urbanizadora que pretendió aplicarse en Barranquilla durante la segunda mitad del siglo XIX.

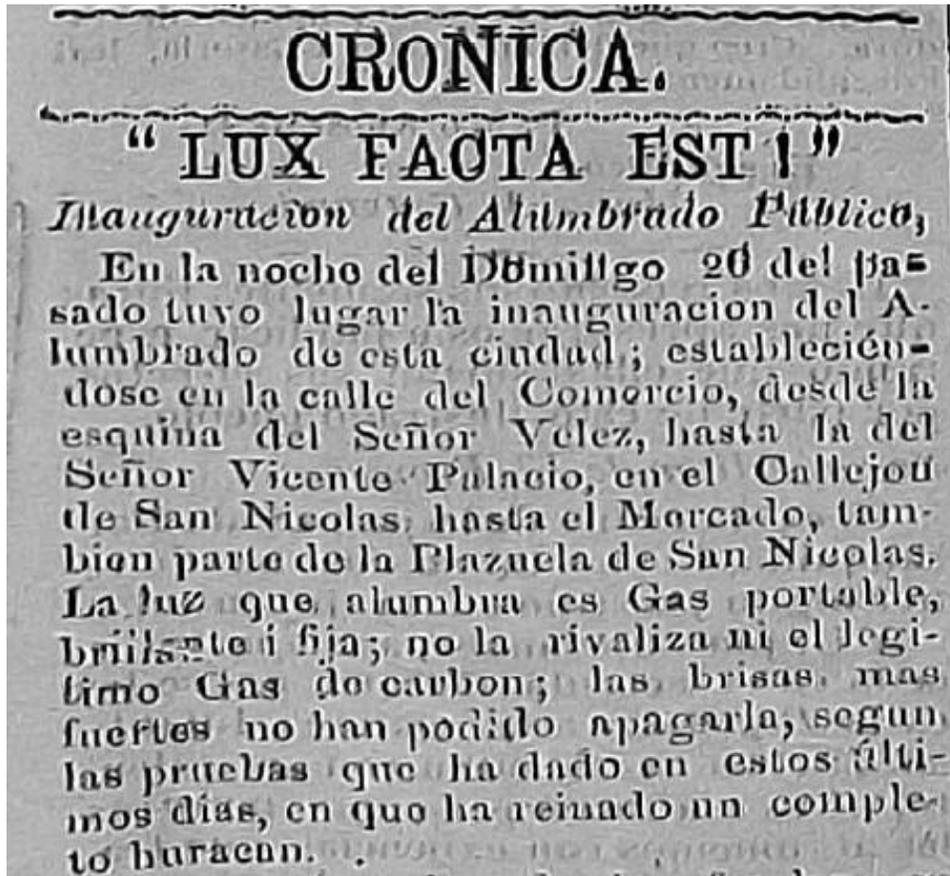


Figura 12: Inauguración del alumbrado público (*El Promotor*, febrero 01 de 1879, p. 3)

La actividad fabril constituye un indicador sintomático. Aunque *“la primera máquina de vapor se había conocido medio siglo atrás con Juan Bernardo Elbers”* (Conde Calderón, óp. cit., p. 45), en el ocaso del siglo XIX inicia en Barranquilla una intensificación de la actividad industrial basada en este tipo de tecnología³². Sin embargo, tal y como Bell y Conde Calderón sugieren, hay que entender esa actividad en el contexto de postergación que definía localmente el proyecto moderno:

“es importante aclarar que la noción de fábrica era aún muy precaria. En realidad, lo que funcionaba eran locaciones semifabriles” (Bell, óp. cit., p. 66).

³² Jorge Conde Calderón (1991, pp. 48 - 54) lista la serie de productos que eran fabricados, que van desde hielo hasta baúles. El trabajo también da cuenta de los propietarios y nombres de las empresas.

“El concepto 'fábrica' utilizado aquí [...] en ningún momento es tomado en el sentido moderno de unidad productiva capitalista” (Conde Calderón, óp. cit., p. 48).



Figura 13: Puentes peatonales improvisados sobre los arroyos de Barranquilla (*Barranquilla Gráfica*, 1963).



Figura 14: Iglesia de San Nicolás con torres disímiles y la fachada rota³³.

El alumbrado público y el acueducto también son indicadores sugestivos: si bien, para finales de la década de 1870, ya se había inaugurado el alumbrado y se había dado inicio a las obras del acueducto, se trataba de iniciativas que terminaban, de algún modo, saboteadas por las contingencias:

³³ Imagen que procede de internet, sin identificación de fecha y autor, de gran utilidad para esta investigación.

“Ya lo hemos dicho, i no nos cansamos de repetirlo: no es posible continuar bebiendo por más tiempo del agua impura y malsana de esta ciénaga, que bebemos hoi. La hermosa ciénaga de otros años ha quedado reducida a una serie de charcos donde se baña la jente buena i enferma; los caballos, asnos y marranos; se lava la ropa de la mayor parte de los habitantes; i se arrojan las basuras i desperdicios de las embarcaciones que llegan con frutos, pescado &&. Las enfermedades que han reinado en Barranquilla con bastante tenacidad, desde algún tiempo, han sido i son causadas, en su jeneralidad, por el agua envenenada de esos charcos. Pero pronto, mui pronto, gracias a Dios i a los empresarios del Acueducto, hasta el más infeliz podrá beber agua del rio, filtrada, a un precio menor del que les cuesta hoi el agua sucia de la ciénaga” (El Promotor, 22 de febrero de 1879, p. 2)

La cobertura ofrecida por las incipientes y muy promocionadas empresas de servicios «públicos»³⁴, más que funcionalidad, suscita la idea de que eran (al igual que muchos otros apartes del proyecto renovador) apenas para mostrar³⁵. De alguna manera, la pompa y la apariencia, la *hazañería*, definían las orientaciones del ímpetu renovador, que vivía más preocupado por publicar un titular sugestivo que por terminar de construir las obras. La idea de que, hace 150 años, Barranquilla constituía efectivamente una ciudad es sugerida por el esmero con el que bancos, casas funerarias o agencias de arquitectos anunciaban sus servicios en la prensa; sin embargo, se ve minada por aspectos como la falta de acceso al agua potable y los callejones arenosos e inundables. Situaciones como la falta de despachos administrativos o la escasez de espacios públicos consolidados se encargaban

³⁴ Lo realmente público es el origen de las prebendas de las que gozaban este tipo de contratistas privados: a pesar de operar con claro y abierto ánimo de lucro, no debían ceñirse al régimen tributario o de riesgo mercantil aplicable a otros sectores de la economía.

³⁵ Aunque la prensa anuncia pomposamente (con un titular en latín y todo) la inauguración del alumbrado público, precisa que, en realidad, sólo fue alumbrada “*La Plaza de San Nicolás, en parte; la Calle del Comercio i una i media cuadras del callejón de San Nicolás. El resto de la población se alumbrará cuando las demás farolas, pedidas, hayan llegado del extranjero*” (El Promotor, 18 de enero de 1879, p. 1). Del acueducto, por su parte, se plantea que “*no es ya una ilusión, como llegó a creerse por algunos [...] Barranquilla podrá decir con orgullo, que ha llevado a cabo una de esas obras que solo poseen las ciudades que marchan a la vanguardia del progreso y la civilización*” (ibid., p. 2).

de cuestionar los ímpetus renovadores, remolcados a punta de ferrocarril, telégrafo, vapores y máquinas:

“no piense U. que vamos a adoptar un tono quejumbroso ni agresivo, para lamentar, supongamos, que nuestra ciudad carezca de Palacio Municipal donde poder hacer accesible la Administración a los negocios públicos; ni un edificio digno donde impartir la instrucción popular [...]; ni cárcel aparente donde poder corregir al que yerra [...]; ni un edificio de mercado decente que ofrezca comodidades al abastecedor i consumidor de los objetos de primera necesidad. Tampoco es nuestra intención deplorar de la absoluta carencia de pavimento en las calles y plazas públicas, exigiendo que algunas de estas hubiese un pequeño Jardín con una modesta fuente [...]; ni alumbrado público” (El Promotor, 3 de mayo de 1879, p. 2).

La agitación expectante, producto de tanta novedad a medias, se desplegaba violentamente por toda Barranquilla. La profusión de mercancías y capitales le *abría las agallas* a los ladrones, que no vacilaban en prenderle fuego a las puertas de las casas para entrar a saquearlas:

“Los ladrones prevalidos de la soledad en que se encuentran las calles se valen del fuego a gran llama para destruir las puertas de las habitaciones [...] esponiendo los edificios a un incendio que puede hacerse extensivo a toda la población” (ibid.).

Muchos de los vecinos, formados en la tradición del liberalismo radical, se debatían entre el temor y las ganas de justicia por mano propia:

“En el caso de seguir los encargados de la seguridad pública esa conducta [negligente ante los robos, los vecinos] tendrán que crearse de por sí las garantías que le son indispensables para no ser despojados del fruto de sus honradas labores, lo cual puede conducir a las oprobiosas escenas de Linch-law” (ibid.).

A pesar de todas las formas de postergación identificadas en el proyecto de renovación que vivía Barranquilla hace siglo y medio, las cifras del comercio internacional dan fe de

que, en aquel momento, “*tenía el puerto más importante del país gracias a la doble función de puerto fluvial y marítimo que le daba el ferrocarril*” (Correa, óp. cit., p. 244).

Pero, más allá del relativo éxito que tuvo la articulación portuaria, y de sus implicaciones positivas sobre el Barrio Abajo, el apresurado crecimiento de los barcos modernos empezó a hacerla obsoleta en poco tiempo³⁶. En virtud de ello, y de la apertura fortuita de las Bocas de Ceniza, se reabre el debate en torno a la necesidad de intervenir la desembocadura del Magdalena. El eje central de esa discusión se preguntaba cuál era la forma más eficiente y asequible de articular el puerto fluvial barranquillero con el mar. Ya que las bahías de fondeo, en el litoral Caribe, se hallaban a más de veinte kilómetros del atracadero sobre el río (*arriba* del punto en el que emergía el delta), el ferrocarril acertó significativamente los tiempos.

Los problemas de fondeo en Salgar y la agilidad de la operación durante los años de apertura fortuita de las Bocas, sugerían que lo más conveniente era construir tajamares y dragar la desembocadura, de forma que el sedimento desapareciera para dar paso a los buques. Para otras personas, sin embargo, la construcción de un gran muelle en Bahía Cupino, un poco más distante de la desembocadura que Salgar (reforzando el sistema ferroviario en el proceso), resultó más conveniente.

Las personas llamadas a decidir optan por la alternativa más económica (en términos monetarios y, como se comprobaría décadas después, ambientales): la construcción del muelle de Puerto Colombia, inconcebible sin el ferrocarril. Esto nos sitúa en la década de 1890, ya casi en el ocaso del siglo. En este caso, también estuvo presente la sucesión ominosa de contratos y concesiones que denuncia Correa (ibid.). Figuras como la del ingeniero cubano, Francisco J. Cisneros, tuvieron gran figuración³⁷.

³⁶ *El problema [...] era que en este punto [Puerto Salgar] la bahía no ofrecía buenas condiciones para la operación marítima*” (ibid., p. 249).

³⁷ Ya que Cisneros trabajó e invirtió en “*iniciativas como la adquisición de la empresa del tren en 1889, el tranvía que despliega sobre las arenosas calles en 1890 y el famoso muelle de Puerto Colombia [en] 1893, [se ha planteado que] fue [alguien] determinante [...] en lo que concierne al transporte marítimo y fluvial*” (Bassi, 2001, p. 3).

Antes de la construcción del muelle de acero y concreto, dado al servicio el 15 de junio de 1893 (y que lleva poco más de una década desplomándose³⁸), factores como los costos de construcción, la premura del proyecto y la fuerza del oleaje exigieron la construcción de dos muelles provisionales en madera. El primero, entregado el 13 de junio de 1887, fue construido en Puerto Belillo, a unos tres kilómetros del sitio donde sería ubicado el segundo muelle provisional y el definitivo. El segundo muelle provisional fue entregado el 31 de diciembre de 1888 y, “a petición del contratista, se cambió el nombre de Puerto Cupino por el de Puerto Colombia” (Correa, óp. cit., p. 255).



Figura 15: Muelle de Puerto Colombia³⁹

La postergación del muelle «real» no fue tan larga. A escasos seis años de su primera versión rudimentaria, en materiales ligeros, ya había sido entregada la versión robusta: los efectos económicos se hicieron sentir pronto: *en 1896 ya había entre 20 y 30 casas comerciales en Barranquilla y su puerto canalizaba un 60% del comercio exterior del país* (ibid., p. 257). Aunque desde la década de 1870, tras la puesta en servicio del Ferrocarril de Bolívar, inicia “*la consolidación del café como el principal y más estable producto de*

³⁸ <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-3463128> ; <https://www.elheraldo.co/local/fuerte-oleaje-derriba-30-metros-del-muelle-de-puerto-colombia-248119>

³⁹ Publicado originalmente por la Revista Ilustrada (Bogotá) año 1. num. 3, agosto 4 de 1898. (Conde Calderón, 1991).

exportación colombiano” (Bell, 2008, p. 65), sólo tras la construcción del muelle las cifras de exportación de este producto alzarían realmente el vuelo: “A los diez años de su inauguración [...] Los 40000 sacos de café que se exportaban en 1874 por Salgar se habían multiplicado por 10” (Abello Vives, citado por Bell, *Ibid.*).

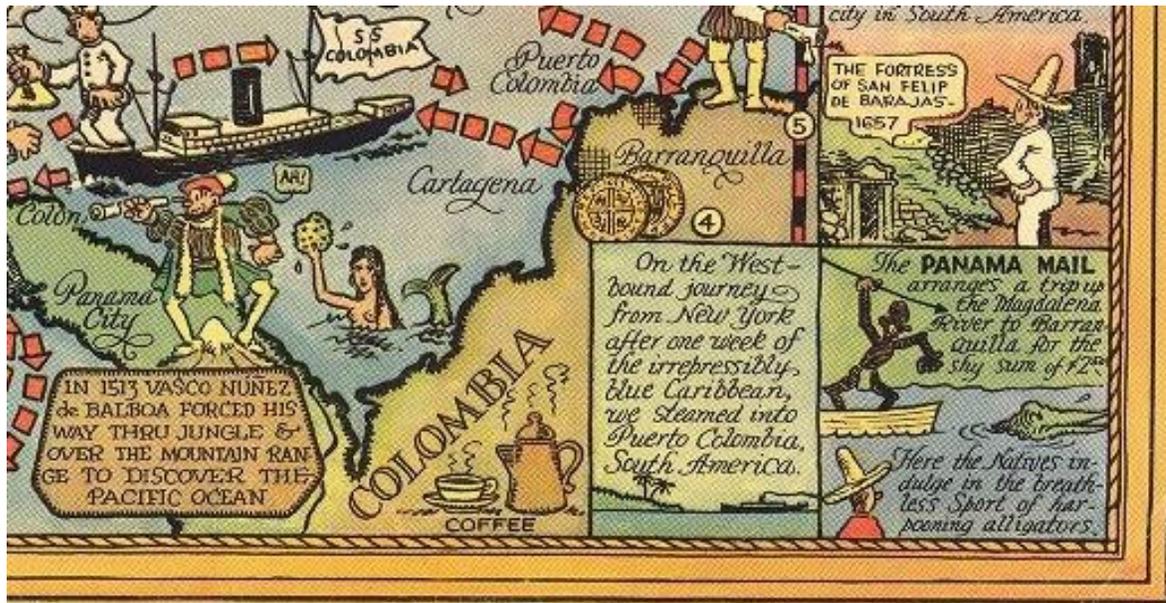


Figura 16: detalle de la esquina inferior derecha del mapa pictórico *The Sea Coasts of America* (1928), hecho por H. Godwin para promocionar las rutas de la Compañía de Barcos de Vapor de Panamá. Muestra la llegada a Puerto Colombia y la posibilidad de ir a ver “nativos [...] arponeando cocodrilos” a orillas del Magdalena, en Barranquilla.

Pero como la idea es mirar el mugre que queda debajo del tapete; detallar la postergación irremediable del proyecto renovador, es preciso volver a los relatos de los viajeros. Resulta interesante contrastar el testimonio de Holton con el Henri Candelier⁴⁰, que también ingresó a través del puerto marítimo, pero, a diferencia del norteamericano, ya encontró el ferrocarril funcionando. El momento en el que Candelier pisa Barranquilla es particularmente sugestivo, porque, muy probablemente, uno de los muelles provisionales de Puerto Colombia aún estaba en construcción⁴¹. La línea férrea y la Estación Montoya, por su parte, no cumplían aún veinte años.

⁴⁰ “Por un período de tres años y con motivo de una beca de estudios etnográficos, el viajero francés [...] visitó la Guajira y convivió con los indígenas de la zona en 1888”

(<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3400/>).

⁴¹ Bell (2014, p. 57) cuenta que las obras de construcción del muelle (que implicaban además extender la línea férrea 7km) iniciaron en 1884; y, como ya se dijo, la versión definitiva de concreto sólo fue puesta en servicio hasta 1893. También se sabe que Candellier estuvo en la Guajira en 1888, y que su viaje duró tres años. Al

El viajero comenta que un remolcador recogió a los pasajeros a una milla de la orilla (reafirmando la idea del muelle sin terminar):

“El primer puerto en Colombia donde hacen escala los vapores de la compañía transatlántica es siempre, según la guía oficial de la compañía, Savanilla [...] pero fue en Puerto Colombia donde desembarqué un día, a las 9 am; el barco francés ancló a una milla de la orilla. Un pequeño remolcador vino a buscarnos a bordo y nos dejó en el muelle construido por contratistas de los ferrocarriles de Barranquilla” (Candelier, citado por Vidal et al, óp. cit., p. 16).

Luego, critica con vehemencia el servicio de transporte local. Su primera impresión fue *“que estaba en un país autocrático y atrasado”* (ibid.), ya que un empleado del terminal le quitó su maleta para ser revisada en la aduana *“y no [se] la entregarían sino al día siguiente después de las 5 pm en Barranquilla”* (ibid.). Los problemas que *El Promotor* describe en la década de 1870 eran muy similares a lo que encontró Candelier en los ochenta. La situación del viajero francés y su maleta retenida dialogan con la afirmación que hace Correa (óp. cit., p. 256) sobre la operación del ferrocarril en la década de 1880: *“a pesar del dinamismo del comercio y de las reglamentaciones expedidas sobre el manejo de la carga y de la Aduana en Barranquilla, el servicio era deficiente”*.

El siguiente desencuentro de Candelier fue con la gastronomía⁴². A pesar de su obstinada reticencia a disfrutar la comida, es interesante la descripción detallada que hace de la comida costeña a finales del siglo XIX; llama la atención que muchos elementos permanecen intactos hasta el sol de hoy:

A las once y media nos trajeron el almuerzo [...] Nos sirvieron un sancocho [...] El caldo era un poco de agua caliente, amarilla, sin sabor, y la carne de res, partida en pequeños trocitos compuesta de hueso en su mayor parte, estaba acompañada por legumbres, bananas yuca, que veía

considerar también las fechas de entrega de los muelles provisionales, es posible presumir que el muelle estaba aún sin terminar.

⁴² Fue a almorzar en Sabanilla y encontró *“un fogón infecto, apenas unas malas sillas para sentarse y una acogida que en nada recordaba la cortesía castellana”* (Candelier, citado por Vidal et al, óp. cit., p. 18).

por primera vez. Después fueron los huevos fritos bañados en grasa, la carne deshilachada con los dedos, un plato enorme de arroz. Y lo que pomposamente bautizaban con el nombre de 'bistek' no eran más que lamelas de carne desecada, delgada como una pieza de cien centavos" (Candelier, citado por Vidal et al, óp. cit., p. 18).

Prosigue con una descripción del trayecto hasta Barranquilla, ahora en tren, ya no en mula ni bongo:

"El tren para Barranquilla salía a las cuatro [...] El ferrocarril construido por una compañía americana, M.C. une esa ciudad al puerto colombiano; se extiende a lo largo del mar hasta Salgar [...] A partir de ese punto pasa a través de sabanas, praderas y plantaciones de algodón, hasta llegar al desembarcadero. La distancia que debe recorrer es de 35 kilómetros más o menos, el trayecto se hace en hora y media. El terreno es enteramente plano, entrecortado por pequeñas ciénagas; los pastos son vivaces y propios para la cría de ganado y caballos" (Ibid., p. 19).

En este punto, presenta la entrada a Barranquilla (es decir, al Barrio Abajo):

"La primera impresión no fue buena. En un recorrido de trescientos metros tuve que chapotear sobre una arena blanda, como si fuera cieno; me hundía hasta más arriba del tobillo, fue un verdadero trabajo. Además, las largas calles alrededor de la estación [Montoya], bordeadas con casas bajas, cubiertas con hojas de palma, hacen que Barranquilla parezca un gran villorrio en una de nuestras viejas provincias" (ibid.).

En virtud de que se acababa de bajar del tren y salir de la Estación Montoya, hay certeza de que las calles de arena blanda que pusieron a chapotear a Candelier eran las del Barrio

Abajo. Asimismo, el reporte de casas bajas y pajizas, y la comparación con un *villorrio*, son indicadores de su presencia en este barrio popular y obrero⁴³.

Respondiendo -con algo de ambigüedad- a nuestra pregunta sobre el carácter genuinamente urbano de Barranquilla, el viajero decimonónico le llama “*villorrio*” y luego destaca su importancia regional: “*Barranquilla es la ciudad más comercial y poblada de la Costa Norte, cuenta con 35000 almas [...] Alcanzó, especialmente en los últimos diez años, un desarrollo considerable*” (ibid., p. 21).

Esa forma de definir a Barranquilla lo pone en diálogo directo con otro viajero que entró por Sabanilla en la década de 1890: el escritor cubano Emilio Bobadilla⁴⁴. Además de algunas notas en la prensa local que lo refieren, y otra de su autoría, el viajero dejó una novela (publicada originalmente en Barcelona, en 1903) cuya primera parte transcurre a orillas de la desembocadura del Magdalena⁴⁵. En la obra, Bobadilla relata cómo era Barranquilla y responde a nuestra pregunta de forma mucho menos ambigua que Candelier. Sentencia que “*Ganga [Barranquilla] no era una ciudad, mal que pesara a los gangueños, era un villorrio*”⁴⁶ (Bobadilla, 1994, p. 22). Con sugestividad describe las calles embarradas que reportó también Candelier, dando detalles prácticos de la vida cotidiana en medio del proyecto moderno eternamente postergado:

El agua barría las calles que eran de arena. Para pasar de una acera a otra se tendían tablones a guisa de puentes o se tiraban piedras de trecho en trecho, por donde saltaban los transeúntes no sin empaparse hasta las rodillas [...] Tres gallinazos con las alas abiertas picoteaban el cadáver de

⁴³ El registro arquitectónico da fe de que, en otros sectores, como el Centro, se erigían edificaciones de dos plantas a finales del siglo XIX. El propio Candelier, por su parte, comenta que “*Al llegar a la Gran Plaza [San Nicolás] y en las calles adyacentes se ven habitaciones parecidas a las europeas, especialmente en la dirección del mercado llaman a ese barrio [el Centro] el barrio europeo*” (ibid., pp. 19 – 20).

⁴⁴ “*Desde el 17 de abril al 20 de junio de 1898 vivió en Barranquilla [...] Emilio Bobadilla, alias «Fray Candil»*” (Bacca, en el prólogo a Bobadilla, 1994, p. 9).

⁴⁵ “*En las memorias de Julio H. Palacio se menciona el paso por Barranquilla [de] Fray Candil. Su paso, además del enfrentamiento con algún sector de la localidad [...] tuvo también como efecto la novela A fuego lento, inspirada en Barranquilla (que aparece con el nombre de Ganga en la obra) y en la que se la describe como un lugar con una corona de gallinazos sobre la torre de la iglesia, sapos en las calles y políticos corruptos de nombres griegos y lectores de revistas francesas atrasadas*” (Bacca, 2003, p. 62).

⁴⁶ “*compuesto, en parte de chozas, y en parte de casas de mampostería, por más que sus habitantes -que pasaban de treinta mil-, negros indios y mulatos en su mayoría, se empeñasen en elevarlo a la categoría de ciudad*” (Bobadilla, óp. cit., p. 22)

un burro que [...] se deslizaba sobre la superficie fugitiva [del río]. Tenían un teatro ¿Y qué? ¡Para lo que servía! [...] Al gangueño no le gusta el teatro. Lo que, en rigor, le gustaba, era empinar el codo” (ibid., pp. 21 – 22).

Da luces sobre la arquitectura, el vestido y los hábitos de algunas familias barranquilleras (o *gangueños*, como él las denomina):

“El tórrido clima era la causa de la desfachatez de semejantes viviendas. En las ventanas no había cortinas ni visillos que dulcificasen el insolente desparpajo del sol del mediodía. Casi, casi se vivía a la intemperie [...] Las señoras no usaban corsé, ni falta, a no ser que repicasen gordo, sino la camisa interior, unas enaguas de olán y un saquito de muselina [...] Tampoco usaban medias, y muchas, ni siquiera zapatos o chanclos [...] No se dio el caso de que ninguna taberna quebrase [...] Ajumarse, entre ellos [los gangueños – barranquilleros], era gracia, una prueba de virilidad. [Las señoras] se pasaban parte del día en las hamacas, con el cabello suelto o en las mecedoras, haciéndose aire con el abanico, sin pensar en nada [...] Los chiquillos andorreaban en pelota por las calles, comiéndose los mocos o hurgándose el ombligo [...] cuando no jugaban a los mates o al trompo en medio de una grita ensordecedora. Otras veces formaban guerrillas entre uno y otro barrio y se apedreaban entre sí, levantando nubes de polvo” (ibid., pp. 25 – 26).

Para Bobadilla también fue evidente la tendencia *hazañosa* que definía las preocupaciones de la gente en Barranquilla: esa misma que se intuye al revisar la prensa de la época. Critica que *“los generales y los doctores pululaban como las moscas”* (ibid., p. 26) y, sin planearlo, nos habla de la postergación del sistema educativo local⁴⁷. Critica, asimismo, la

⁴⁷ Ya que no había colegios públicos ni universidades de ningún tipo, *“cualquier curandero se titulaba médico, cualquier rábula, abogado”*. Y, en efecto, hay una profusión de anuncios en la prensa local, publicada en esta época, que proclaman con reiteración *hazañosa* títulos profesionales de médicos, abogados, arquitectos radicados en Barranquilla. Esa misma prensa anuncia los costos de las colegios privados, relativamente elevados en comparación con lo que valía una casa o un tiquete de barco para Europa. De forma más contemporánea, Eduardo Posada Carbó (2014, p. 49) nos dice que *“Quien se dedique a seguirle los pasos a Barranquilla, descubre de inmediato el surgimiento tardío de la Universidad”*.

oscuridad que le suscitan la precariedad del alumbrado público⁴⁸ y el fanatismo religioso, “que excedía toda hipérbole” (ibid., p. 28).

Ya que, tanto Bobadilla como su personaje y Alter Ego, el Dr. Eustaquio baranda, entraron -como Candelier- a través del puerto marítimo, no puede faltar la crítica al Ferrocarril de Bolívar (que ya tenía casi treinta años):

“el muelle [...] distaba una hora del villorrio [...] Un tren Decauville subía y bajaba por una cuesta pedregosa, y ocurría a menudo que, desatándose los vagones, llegaba la máquina sola a la estación mientras aquellos rodaban por su propio impulso, pendiente abajo, hacia el punto de partida. Los viajeros iban a pie, entre fardos y baúles, en coches indecentísimos, atestados de indios churriosos que fumaban y escupían [...] A medio camino se paraba el tren, como un tranvía, para recoger a algún viajero, cuando no descarrilaba, cosa que a diario sucedía, debido, sin duda, no sólo a lo malo de la vía férrea sino a las borracheras consecutivas del maquinista y el fogonero” (ibid., p. 34).

Paralelamente, el testimonio del cubano funge como advertencia para quienes pretendemos leer el pasado barranquillero a través de la prensa. Reparando en cómo las cuentas se solían “pagar [...] con bombos” (ibid., p. 22), explica que, a veces, los acontecimientos narrados en los periódicos locales habían sido muy distintos a lo que se escribía sobre ellos⁴⁹.

Interesan especialmente sus visitas a los sectores populares, de cuyas calles e interiores dejó ricas descripciones:

“Las calles estaban desiertas, silenciosas y oscuras. Los ranchos de los barrios pobres levantaban en la penumbra sus melancólicos

⁴⁸ “A partir de las diez de la noche, la ciudad, malamente alumbrada en ciertos barrios, quedaba del todo a oscuras, en términos de que muchos, para dar con sus casa, y no perniquebrarse, se veían obligados a encender fósforos o cabos de vela que llevaban con ese fin en los bolsillos” (ibid., p. 28).

⁴⁹ Por ejemplo, tras haber asistido a una fiesta y luego leído la reseña de esa misma fiesta en *La Tenaza* (diario ficticio), su personaje principal comenta: “Luego describía los trajes femeninos, trajes ilusorios, calcando su descripción en una crónica [...] publicada en un viejo periódico de modas. Nadie llevó ninguno de los vestidos de que hablaba” (ibid., p. 22).

ángulos de paja, algunos tenebrosamente alumbrados [...] La vela de sebo que ardía entre largos canelones en la boca de una botella, alumbraba con claridad fúnebre el interior de la choza, donde se veía una grande cazuela, sobre el fogón ceniciento, con relieves de harina de maíz y frijoles pastosos, una mesa mugrienta, varios cromos pegados a la pared, que representaban al Emperador de Alemania con su familia, los unos, y los otros, carátulas de almanaques viejísimos. En el patio había dos o tres arbolillos polvorosos y secos, al parecer pintados [...] el bohío de al lado [...] se comunicaba por el patio” (ibid., pp. 16 – 18).

Entre ellas, se destacan las que es posible vincular con el Barrio Abajo: en cierto punto, el Dr. Baranda va a visitar el río, sobre cuyo “*caudal de escamas argentinas [...] el sol reverberaba calenturiento y ofensivo*” (ibid., p. 23)⁵⁰. El propio Bobadilla, firmando a título propio, describió sugestivamente el río en la columna que le publicó *El Promotor*:

“Hermoso día de calor estival en que todo bostezaba bajo la acción calenturienta de la naturaleza [...] El cielo á trechos gris, á trechos anubarrado, parecía una plancha cóncava de zinc; el río, de color purulento, rodaba manso i turbio oprimido entre márgenes de un verde congestivo. En el barco todo era alegría juvenil en las caras de las lindas barranquilleras i jovialidad de los hombres [...] Gritó el barco con prolongado grito i salimos río arriba, arrullados por la música, deslumbrados por la amplitud luminosa del paisaje fluvial” (Bobadilla, 1898).

Con muestras de un racismo infame, nos reconfirma su presencia en Barrio Abajo, en el que sabemos que han vivido, desde tiempos primigenios, colonias de personas negras

⁵⁰ “*El vapor subía penoso por el río [...] En los catres y las hamacas de los camarotes que estaban sobre cubierta, continuaban algunos viajeros su sueño interrumpido por el madrugón. Por el alcázar, bajo la toldilla, entre baúles y maletas, se paseaban los pasajeros de segunda clase y abajo, hacia la popa, iban los de tercera, confundidos con la tripulación, las bestias y la carga [...] El río llameaba bajo el incendio matutino que envolvía el paisaje. En los remansos, sobre manchas de arena, enormes caimanes, color de granito, tomaban el sol con el hocico abierto. Parecían muertos o esculpidos. De una margen a otra volaban gritando cotorras, loros y pericos, y las lianas que se enredaban a los árboles crujían con las cabriolas y piruetas de los monos [...] Los bogas huían delante del buque en canoas y piraguas tubiformes [bongos] que hacían andar empujándolas con un palo que metían en el agua [...] En los márgenes [del río] se amontonaban rotos y enmohecidos pedazos de locomotoras, de rieles, toda una ferretería inservible [...] El espectáculo [...] era deslumbrante” (ibid., pp. 39 – 41).*

provenientes de distintos puntos de la extensa ribera del Magdalena. Asimismo, la tradición oral refiere la presencia (hoy extinta) de una colonia agrícola china en el actual Montecristo, barrio vecino. La profusión de detalles que ostenta la descripción nos ayuda a valorarla historiográficamente, más allá de su carácter insistentemente peyorativo:

“Negros zarrapastrosos y chinos escuálidos charlaban en su media lengua en las esquinas de los callejones pantanosos. Los chinos tenían tiendas de sedas, abanicos, opio y té [...] De inmundas barracas salía un hedor de cochiqueras. En cada una de ellas vivían promiscuamente hasta ocho personas. Dentro se movían, lavando o planchando, negras y mestizas casi desnudas, con las pasas desgredadas o tejidas a modo de longanizas, mientras sus queridos, tirados en el suelo o a horcajadas en sendos taburetes, dormían la siesta” (Bobadilla, 1994, p. 23).

Llama la atención la reiteración con la que se menciona la presencia de los niños en la calle, ya que es un lugar común a varios registros⁵¹. De forma similar, es llamativa la precariedad del cuerpo policial, indicador claro de la postergación propia de aquel proyecto urbano⁵². Entre la amplitud de sus descripciones, interpela especialmente la que hace de una *Rueda de Cumbia* en el Barrio Abajo, ya que, desde hace menos de dos décadas, las *Ruedas* han readquirido gran vigencia localmente (y el antecedente decimonónico que reporta Bobadilla es muy poco o nada conocido):

“En medio de la calle, entre barracas de huano y bejuco, bullía un círculo de negros. En el centro, desnudo de medio cuerpo arriba, un gigante de ébano tocaba con las manos un tambor largo y cilíndrico que sostenía entre las piernas. El círculo se componía de negras escotadas, con pañuelos rojos a la cabeza, que iban girando en torno al tambor, con erótico serpenteo,

⁵¹ “En la calle, los negritos, en cueros y embadurnados, jugaban con los perros” (ibid.). “[E] «espíritu callejero» [...] aparece acentuado en el hombre del Barrio Abajo que, desde su niñez, va forjando en las calles y esquinas de su barrio un profundo sentimiento de pertenencia y creando unos vínculos poderosos con el entorno urbano donde nació” (Salcedo, óp. cit., p. 49). “En los muelles aturdía la algarabía de los vendedores y los agentes de hoteles de Barranquilla y el grito de los vendedores de frutas tropicales que yo no había visto nunca. Niños negros desnudos me miraban curiosos con sus grandes ojos redondos y blancos, tendiéndome la mano” (Herbert Boy, citado por Salcedo, ibid., p. 31)

⁵² “Los policías, indios y negros con cascos de fieltro hundidos hasta el occipucio, se paseaban desgachados, de dos en dos, con dejadez de neurasténicos. Nadie les hacía caso y siempre salían molidos de las reyertas con los jóvenes de «la buena sociedad»” (Bobadilla, óp. cit., p. 23)

llevando cada una en ambas manos un trinomio de velas de sebo. En el centro, tropezando casi con el tambor, un negro, meneando las nalgas, entre bruscos desplantes que simulaban ataques y defensas, seguía las ondulaciones, cada vez más rápidas y lujuriosas de las negras. Un canto monótono y salvaje acompañaba las sordas oquedades del tambor” (ibid., p. 24)

El cierre de su recorrido por el barrio es una visita a las penosas mazmorras de la cárcel-manicomio. Este punto parece corresponder con el sitio en el que se erigía la Cárcel “La 80” (Cárcel de Obando), que, de acuerdo con Salcedo (óp. cit., p. 205), quedaba en la actual calle 42 (antigua Calle Obando) con la actual carrera 46.

Justo como la prensa, los relatos contienen información abundante sobre la vida en el *caserío* erigido a la orilla del río, pero jamás se refieren a él empleando su nombre. Claramente, Bobadilla no lo hace porque no lo conocía, y eso nos dice mucho sobre cómo era imaginado el Barrio Abajo por los barranquilleros del siglo XIX (y por sus huéspedes).

Por fortuna, existen ya investigaciones (aunque escasas) que hablan del Barrio Abajo por su nombre, enriqueciendo las posibilidades de imaginar cómo era en el pasado. Orozco Acosta (óp. cit., p. 31), por ejemplo, precisa que, para *“la última década del siglo XIX, la ciudad continuó su crecimiento urbano de manera circular, y el barrio Abajo adquirió sus últimos límites⁵³”*. Esos límites son apreciables en el último registro que dejó el siglo XIX, que contribuye a imaginar lo que era Barranquilla en 1897; este registro permite, inclusive, apreciar el modo en que el Barrio Abajo se insertaba en su extensión urbana: se trata del primer plano de la ciudad, levantado ese año por David Granados y Cayetano Moreno. El Barrio Abajo es presentado allí *“con una extensión de setenta y una hectáreas [...] más del dieciocho por ciento del perímetro total de la ciudad”* (Salcedo, óp. cit., p. 32).

⁵³ *“en el norte hasta la María (carrera 54), en el oeste hasta la calle 53, en el sur y el este se mantuvieron los linderos iniciales, y más tarde Olaya Herrera (carrera 46) se definiría como el referente para enmarcar el territorio del barrio Abajo actual”* (Orozco Acosta, óp. cit., pp. 31 – 32).

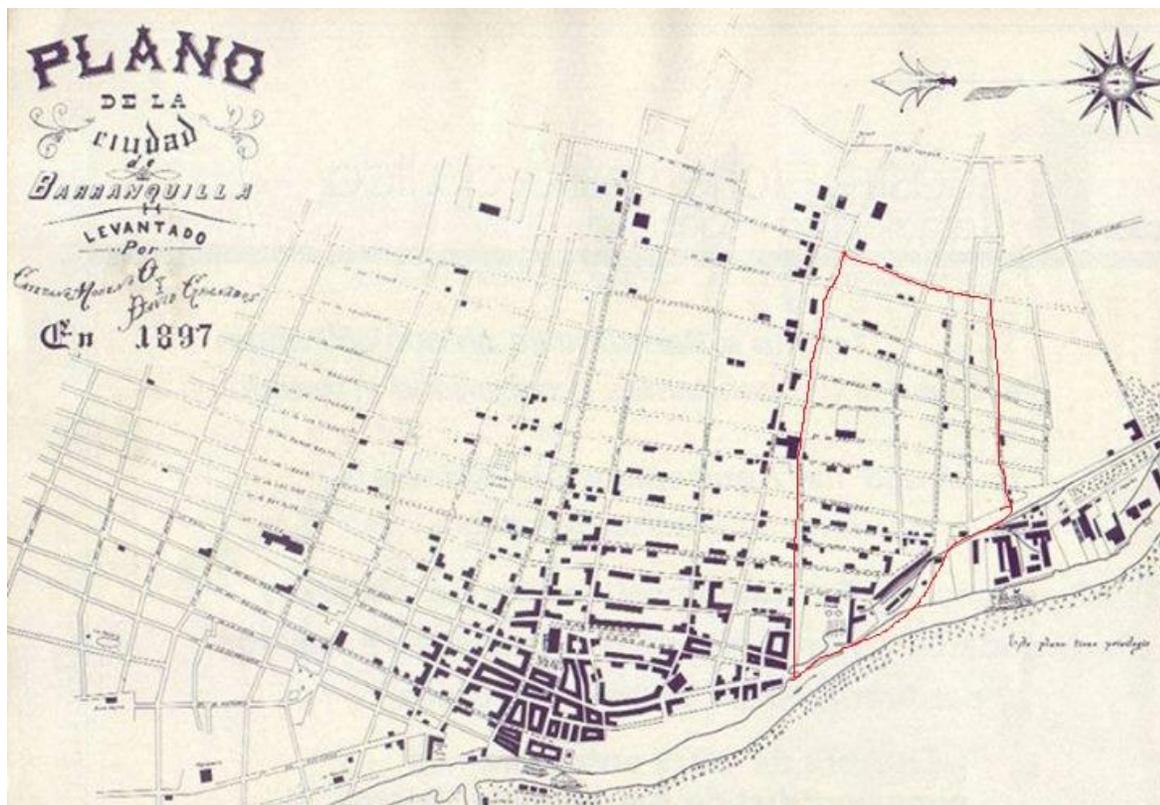


Figura 17: plano de Barranquilla en 1897 intervenido para resaltar en rojo el área aproximada del Barrio Abajo

Sobre la base del diálogo documental presentado, tiene sentido afirmar que, en efecto, a lo largo del siglo XIX (especialmente durante la segunda mitad), hubo ciertos elementos asociables con un eventual proyecto urbano desplegados sobre Barranquilla. Inclusive, no es descabellado pensar, que se trata de un proceso que se fue gestando desde finales del siglo XVIII.

Posada Carbó (óp. cit., p. 12) escribe que *“A pesar de su importancia, las condiciones de navegación variaron muy poco a lo largo del siglo [XIX]. A la vuelta del siglo, la navegación en el Magdalena seguía enfrentando los mismos obstáculos físicos que sufrió la compañía de Elbers”*. Sin embargo, al contrastar los testimonios de personajes como Holton, que llega a Barranquilla en la década de 1850, con los de Bobadilla o Candelier, que lo hacen en el ocaso del siglo, es evidente que, en efecto, sí habían cambiado las condiciones de navegación.

De este cambio también dan fe las cifras del comercio fluvial. Mientras a principios de siglo ningún vapor había navegado el Magdalena, y a mediados dos vapores lo surcaban regularmente (Solano, óp. cit., p. 6), en la década de 1870 la cifra pasó de 12 a 21

(Caballero, óp. cit., p. 60). En el mismo sentido, es evidente otro incremento al revisar la prensa publicada en la década de 1890.

A todas luces, esto contribuye a creer que, tal y como afirma Andrés Salcedo, *el Barrio Abajo pudo haber albergado la primera comunidad proletaria que existió en Colombia*. La renovación de sus espacios a lo largo del siglo XIX, especialmente durante la segunda mitad, sugieren también esa idea. A ello se suma el crecimiento de su población y de sus actividades económicas, concentradas, primordialmente, en la navegación comercial y -de su mano- la producción (semi)fabril.

La condición de puerto con creciente importancia regional, directamente relacionada con ofertas laborales y una profusión de anhelos y expectativas modernas, motivó la llegada de los migrantes ribereños que fundaron y consolidaron el barrio; y que aportaron la mano de obra necesaria para materializar algunos de los sueños empresariales importados por los migrantes extranjeros, que llegaban de lugares remotos, cargados de capitales económicos y culturales.

No obstante, otros elementos del proyecto renovador, como su carácter selectivo y excluyente, en el que los roles modernos quedan claramente separados entre quienes tienen la obligación de producir y quienes se pueden dar el lujo de consumir; su postergación indefinida; o su obstinación por la hazañería, se encargan de minar sus pretendidos cimientos una y otra vez.

Lo que suscitaba Barranquilla en los viajeros extranjeros contrasta, claramente, con lo planteado por los historiadores locales. Esto habla del racismo y el etnocentrismo que los referentes colonialistas imprimen en los visitantes; pero también sobre nuestra propia forma de reflejarnos, desde *abajo*, en esos mismos referentes.

La ominosa brecha social, en torno a la cual se erige el proyecto moderno, dejó su huella en Barranquilla desde su emergencia, y a lo largo de su eternamente postergada consolidación urbana (que continuaremos revisando, dolorosamente, a lo largo de los siguientes capítulos).

Durante el siglo XIX, la experiencia de los habitantes del Barrio Abajo estuvo signada por esa brecha ominosa: por el hecho de vivir en un espacio que era asumido como *un caserío aledaño a Barranquilla y no como parte de ella* (a pesar de que el Concejo así lo estableció

desde 1857). Si bien escenarios como la Estación Montoya o el Puerto de Camacho agitaron impetuosamente la vida barrial, la novedad que introducían parece ficticia a la luz de los velones de sebo y las nubes de polvo.

A pesar de su presencia en el territorio y su significativo aporte al proyecto (eran la mano de obra explotable), los habitantes del Barrio Abajo no eran considerados parte importante de ese proyecto: ni siquiera eran considerados realmente *barranquilleros*. Eso podemos evidenciarlo, no sólo a través del mutismo de los registros, sino también de la vulnerabilidad socioeconómica que se manifestaba en el tamaño de las viviendas y su falta de acceso a servicios o mejoras urbanas.

Lo realmente irónico y singular es que, en medio de las vulnerabilidades, se fue gestando la cautivante producción popular del espacio urbano: uno de los elementos que inspiran este trabajo y a cuyo fascinante universo trataremos de acceder en el segundo capítulo. Resulta igualmente irónico que haya sido justamente esa riqueza lo que sentó las bases del proceso de gentrificación cultural que desde la década de 1990 ha estado reconfigurando la producción social del Barrio Abajo.

2.

BARRIO ABAJO EN BARRANQUILLA: INEQUIDAD MODERNA Y POÉTICA POPULAR

Ya que el primer capítulo logró establecer que una cantidad relativamente importante de personas consideraban que Barranquilla era una ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX, con el ánimo de saltar al siglo XX, vale la pena preguntarse qué tanta modernidad le era atribuida. La idea de que el Barrio Abajo albergó la primera comunidad proletaria del país no sólo involucra el trasfondo provisto por una ciudad, sino que también supone el despliegue (parcial, postergado, agujereado) de cierto proyecto moderno sobre ella.

En el prólogo de *Barranquilla y la modernidad, un ejercicio histórico* (Caballero, 2000, p. 7), la profesora Silvia Arango se pregunta: “¿A principios de siglo [XX], Barranquilla era una ciudad? ¿Qué es una ciudad? ¿Qué es una ciudad moderna?”. Jorge Caballero responde a su profesora: “*Barranquilla es una ciudad a partir de un momento en el tiempo, más o menos verificable*”⁵⁴ (ibid., p. 50).

Los tres apartados iniciales de este capítulo contemplan la posibilidad de esa verificación. También tratan de entender el modo en que el Barrio Abajo se insertaba en aquel inacabado proyecto de ciudad moderna. A través de un diálogo entre archivos de prensa, cartografía, fotografía, etnografía y fuentes secundarias, estos tres apartados rastrean y examinan los elementos asociados al proyecto moderno que *salpicó* al Barrio Abajo a lo largo del siglo XX.

⁵⁴ “La población de Barranquilla fue definida políticamente como ciudad en 1857. Desde ese momento sería lícito, en tal sentido, aplicarle esa denominación” (Caballero, 2000, p. 70).

El apartado final, por su parte, se empeña en develar las singularidades introducidas en Barranquilla por medio de aquellas formas genuinamente populares en las que las familias *bajeras* habitaban el espacio urbano. En cierta forma, se trata de presentar ante el lector esa poética popular que, durante gran parte del siglo pasado, particularizaba la experiencia de visitantes y habitantes del Barrio Abajo. En un sentido general, se destaca la relación paradójica entre la vulnerabilidad de las familias *bajeras* en la desigual ciudad moderna y sus posibilidades de introducir singularidades poéticas en el espacio urbano.

2.1 ALGUNOS PUNTOS DE PARTIDA

2.1.1 LA IDEA DE «BARRIO POPULAR»

Sin duda, existen muchos tipos de barrios populares: se trata de una categoría relativamente amplia, que incluye un espectro diverso de sectores urbanos: por ejemplo, los barrios obreros, que adquieren toda una categoría en la construcción de la ciudad colombiana; los barrios informales, formados muchas veces por desplazados de sus regiones de origen por factores diversos; y otros de vivienda social, construidos por el estado y los particulares. Dado esto, viene bien establecer, en el fondo, qué es lo que hace que un barrio sea popular.

Jesús Martín – Barbero (2002, s.p.) concibe *“la popularidad como un uso y no como un origen, como posición relacional y no como sustancia. Ello significa que el valor propio de lo popular no reside ni en su autenticidad ni en su elementalidad, sino en su significación y vigencia social”*. Esta concepción de lo popular remite a un diálogo: es algo *“opuesto a lo monológico de la cultura oficial, una dialogicidad que es polifonía expresiva de la heterogeneidad de voces que se despliega en la plaza y desata el carnaval”*. Siguiendo a Martín – Barbero, es posible afirmar que lo popular implica una *forma de relación crítica* respecto a un ejercicio de dominación ejecutado *desde arriba*.

En este sentido, un barrio popular puede ser asumido como un sector urbano producido socialmente a partir de cierta condición de vulnerabilidad (económica, política) compartida por sus habitantes. Esa vulnerabilidad tiene que ver con la incapacidad de acceder plenamente a los espacios de consumo urbano, y sitúa a los habitantes de los barrios populares en una posición de alteridad respecto a los lugares hegemónicos del proyecto de ciudad: la oficialidad, el privilegio, el consumo aparecen como elementos que definen, por oposición, a los barrios populares; constituyen todo eso a lo que no pueden acceder las personas que viven en ellos.

Ahora bien, Martín – Barbero es enfático en el carácter relacional de la cultura popular, en el rol que juegan las contingencias sociales en el marco de su producción. Esa relación de alteridad respecto a los lugares oficiales, ideales, se presenta como eje de lo popular, y, paradójicamente, como la fuente de las sugestivas expresiones culturales que esgrime la gente para hacerle frente a la vulnerabilidad. Sin embargo, lo popular no se agota en esa relación: la trasciende a través del amplio espectro de complicidades tácticas que se despliegan entre quienes comparten la condición popular. Asimismo, contribuyen a esa trascendencia el sinnúmero de resistencias mediante las cuales se critica la inequidad estructural que da origen a la condición popular.

2.1.2 LA MODERNIDAD EN BARRANQUILLA

A las particularidades del proyecto moderno en Barranquilla hacen referencia trabajos concebidos desde la historiografía local. A partir de una indagación sobre las manifestaciones arquitectónicas de este proceso, Carlos Bell (2003, p. 19) plantea que *“entre 1946 y 1964 [Barranquilla] logró editar un formato de ciudad moderna con todo el rigor semántico que ellos significaba”*. Aunque reconoce que, en realidad, la vocación industrial de la ciudad se gestó en las primeras décadas del siglo XX (ibid., p. 20), y que a principios de la década de 1940 *“el motor industrial de Barranquilla estaba quedándose sin combustible”* (ibid., p. 22), el autor identifica *“una coyuntura muy favorable”* (ibid.) que le proporcionó a la ciudad:

“una excepcional oportunidad para incorporar los planteamientos de la Carta de Atenas en la configuración de su estructura urbana, aplicar las teorías arquitectónicas del «Movimiento Moderno» en la construcción de los símbolos cívicos, religiosos e institucionales, e importar y adaptar algunas tecnologías [...] para agilizar y racionalizar los procesos constructivos” (ibid., p. 20).

Para Bell es claro que:

“Este aporte de la arquitectura y e urbanismo le permitió en su momento [...] a Barranquilla acelerar su crecimiento económico y dinamizar el sector de la construcción, además de facilitarle los procesos de modernización para vincularse más dinámicamente al mercado interno nacional y a los circuitos económicos mundiales” (ibid.).

Sin embargo, es evidente que, más que al proyecto moderno en un sentido amplio, Bell se refiere a la modernización física de la estructura urbana. A la implementación concreta de obras de renovación que remiten a *“un formato de ciudad que intentaba parecerse mucho a lo que los grandes maestros del Movimiento Moderno pensaban para la ciudad industrial”* (Ibid., p. 227).

No obstante, este arquitecto barranquillero es consciente de que *“en América Latina [...] hace simbiosis de manera distinta lo que proviene de los países hegemónicos”* (ibid., p. 226), y constata que la *“intencionalidad de los arquitectos por construir imaginarios modernos en Barranquilla presentaba enormes dificultades para su materialización, pues la sociedad colombiana en sus valores, en su economía, en sus estructuras y en sus políticas está anclada aún en la premodernidad”* (ibid., p. 227). Introduciendo cierto elemento crítico, el autor explica que la imposibilidad de modernizar a Barranquilla en su conjunto tenía que ver con que *“La arquitectura moderna está cimentada sobre el supuesto de que existe una sociedad democrática, representativa, tolerante, pluralista e igualitaria. [Y que] estas condiciones, sin embargo, todavía requieren mucho desarrollo en nuestro país”* (ibid., p. 228).

Por su parte, Jorge Caballero (óp. cit., p. 35) considera que las expresiones del proyecto moderno en Barranquilla estuvieron *“restringidas a grupos selectos [y] parciales [...] Constreñidas al ámbito de individuos y grupos minoritarios que llevaron a cabo acciones urbanas [...] de modernización”*. Si bien converge con Bell en que ciertas acciones específicas de modernización representan el rostro visible del proyecto moderno barranquillero, amplía el elemento crítico al preguntarse por las disposiciones políticas y económicas que hicieron de aquellas acciones modernizantes algo excluyente; al considerar la inequidad como un elemento constitutivo tanto del proyecto como de las acciones orientadas a materializarlo.

Inscrito en esta misma línea crítica, Iván Valencia Martínez (2005, p. 41) se refiere a la bonanza industrial asociada a las primeras décadas del siglo pasado:

“La ciudad mostraba aires de «modernización»; el barrio El Prado y su novedosa infraestructura dieron inicio a una gran cadena de obras necesarias para la ciudad, financiadas por el capital extranjero con base en los empréstitos otorgados al municipio de Barranquilla a través de los urbanizadores norteamericanos [Parrish y Cía.]”.

A diferencia de Bell, este autor complejiza la idea de una bonanza fabril y urbanística inocente, examinando críticamente los orígenes del capital requerido para echar a andar los proyectos:

“Todo esto se daba en una época en la que el país, gracias al respaldo de la expansión cafetera, alegremente contrataba préstamos en el exterior. No sólo la nación sino los departamentos y municipios estuvieron facultados para buscar y contratar empréstitos” (Ibid.).

Dado el utilitarismo economicista que orientó toda la empresa de modernización local, y la echó por tierra tan pronto como la volatilidad veleidosa de los mercados así lo dispuso, Valencia Martínez (ibid.) plantea que:

“En Barranquilla se insinúa [...] una carrera de pseudomodernidad, la cual avanzaba o se detenía de acuerdo al vaivén de la rentabilidad para los inversionistas extranjeros y de acuerdo a la facilidad de crédito por parte de la banca norteamericana”

Al estudiar el proyecto moderno a escala barrial, tomando como base al Barrio Abajo, se reafirman estas precisiones críticas postuladas por las fuentes secundarias: se hace visible la otra cara de la moneda, la exclusión típica de un modelo de vida desigual y severamente jerarquizado. La posición del barrio se presenta ambigua: en el centro de una incipiente ciudad de crecimiento vertiginoso e ínfulas modernas; llamado a proveer una parte importante de la mano de obra necesaria para materializar la modernidad, indefinidamente postergada; pero con escasas posibilidades de consumir ese sueño moderno, recluido al ámbito productivo y excluido en gran medida de los escenarios de consumo.

2.1.3 DE LA ESTÉTICA RELACIONAL A LA POÉTICA POPULAR

En un texto titulado *Poéticas de lo cotidiano, estéticas de la vida* (Gil, 2017), el profesor Francisco Javier Gil exhorta a considerar “*lo sensible más allá del arte*” (p. 216); a asumir “*lo poético [como algo que] no sólo sucede en ciertos objetos denominados artísticos, [sino que] está en el vivir mismo, en el ejercicio de la sensibilidad e imaginación cotidiana*” (Ibid.). El profesor Gil encuentra “*en el espacio cotidiano [...] una creación silvestre, afirmada desde las intensidades sensibles e imaginativas que cualquiera ejerce sin otra finalidad que el gozo de vivir o las ganas de ir más allá de lo que se es*”. Se trata de reconocer que

“también se poetiza y transforma la existencia cocinando, tejiendo, soñando...” (Ibid., p. 216 - 217).

Resulta muy sugestivo que uno de los elementos centrales de ese planteamiento estuviese dado por lo relacional. Ya que esta investigación también parte de las formas sociales (de relación) que definen la experiencia sensible de la ciudad (que producen el espacio urbano), la interpela el énfasis del profesor Gil en lo relacional. El lugar de encuentro cotidiano con el mundo (en el que puede, o no, emerger lo poético) está definido como una relación sensible: *“es el lugar de exposición, presencia y apertura ante los otros. Podríamos hablar de una estética relacional”* (Ibid., p. 216). Esta condición relacional es llevada a la visceralidad cuando se sitúa en el cuerpo: *“ser cuerpo es estar fuera de sí, inserto en una trama relacional, en una zona de encuentro y vulnerabilidad”* (Ibid.).

Se trata de una estética relacional que nos define, que *“no es algo añadido [sino] parte del mismo hecho de existir, en tanto que existir es estar abierto al mundo”* (Ibid.):

“Los otros no están ante mí, sino en mí [...] lo común, lejos de ser un asunto identitario, aparece naturalmente desde que la persona ejerce lo sensible y lo estético. Estas dimensiones nos definen como sujetos expuestos, vulnerables, afectados” (Ibid.).

Siguiendo una trayectoria reflexiva similar a la del profesor Gil, nuestra pregunta por la producción social del espacio urbano empieza por interrogar la relación sensible entre los cuerpos que habitan el Barrio Abajo (estética relacional), para luego considerar el potencial creativo que entrañan esas relaciones (poética de lo cotidiano). Este salto, de lo estético a lo poético, está definido por la creación: por esas formas de sensibilidad agente que introducen singularidad –por eso que solían preguntar las profesoras Luz Teresa y Beatriz durante las sesiones de avance (lo específico, lo original).

Ahora bien, cuando hablamos de creación, ¿a qué nos referimos? ¿Con respecto a qué se es creativo? ¿Con respecto a qué norma se introduce la singularidad? Para el profesor Gil es claro: se trata de singularidad respecto a los *“mecanismos de control”* que someten la abundancia poética de lo cotidiano (Ibid. p. 214); a *“los poderes [que] sujetan a individuos y colectividades a condiciones fundamentalmente estructuradas bajo el rigor del capital y la productividad”* (Ibid.); al *“aparato tecno-productivo que termina por desdibujar la pluralidad misma de la existencia”* (Ibid.); al hecho de que *“el neoliberalismo contemporáneo [haga] indiferenciable el vivir mismo de la lógica productivista”* (Ibid.).

En sus *Esferas de la insurrección* (2019)⁵⁵, Suely Rolnik dialoga sugestivamente con esta idea. Parte de identificar una “*potencia micropolítica adormecida*” por la “*subjetividad colonial-capitalística-racializante*”. Con mayor detalle y amplitud que Gil, Rolnik le da rostro al monstruo, en un intento por definir esa subjetividad: se trata de un “*régimen de micropolítica reactiva*” ante el deseo, cuyo combustible es la vida (no sólo humana). La autora explica que este régimen opera a través del “chuleo” o proxenetismo, y que el abuso de la vida es su principio micropolítico. Se trata de una forma de relación sensible entre los cuerpos, que produce “*una obstrucción del acceso a los afectos*”. La materialización de esta experiencia subjetiva se manifiesta a través de un “*servilismo voluntario*” y una especie de “*ventriloquismo*”, que obliteran el potencial creativo de la vida como pluralidad.

En oposición a esa micropolítica reactiva, la autora concibe una micropolítica activa, en la que el deseo no permanece sujeto pasivamente a los cánones establecidos con arbitrariedad por las matrices de dominación colonial-capitalística-racializante; sino que se da la oportunidad de “estar a la altura” del malestar⁵⁶; o, en palabras de Gil, el deseo se da la oportunidad de “*transitar por bordes y márgenes, por otros tiempos y espacios*” (Gil, *Óp. Cit.*, p. 223).

Lo que Rolnik -retomando a Guattari y Deleuze- denomina potencia micropolítica, se corresponde con el potencial poético que Gil atribuye a la cotidianidad. En ambos casos, ese potencial habita en un contexto de relaciones sensibles que definen la experiencia intersubjetiva y las trayectorias personales. La emergencia de este potencial se vincula con la agencia singularizante que es posible asumir respecto a las matrices de dominación que nos definen. En el caso de Gil, hay un énfasis en la dominación económica que describe nuestras relaciones de producción y consumo. Para Rolnik, el asunto involucra la intersección de matrices de dominación colonial, racial, clasista, de género, etc.

⁵⁵ La aproximación a este texto inició como fruto de una presentación realizada por el profesor Rolf Abderhamen el 26 de abril del 2021, durante el Seminario *Escribir (con) la imagen*.

⁵⁶ Al igual que en *Poéticas de lo cotidiano*, en *Esferas de la insurrección* la subjetividad es concebida como producto de un fuerte componente relacional: en este caso, Rolnik se refiere a ello como lo “*transpersonal [...] la subjetividad por fuera del sujeto*”. Sin embargo, la autora añade un componente complementario, definido por las trayectorias contingentes que sitúan la historia “*personal*” de cada cuerpo. Así, al igual que una cinta de Moebius, el sujeto aparece como la oposición entrecruzada de estas dos caras (personal y transpersonal), cuya tensión puede intensificarse hasta el punto del malestar: “*cuando la tensión entre ambas caras se intensifica [...] el sujeto es arrojado al vacío [y,] ante la caída, el deseo emerge como lo único que puede reestablecer*” el equilibrio.

Más allá del criterio que defina la dominación, el potencial poético latente en la cotidianidad está dado por los deseos que detonan relaciones capaces de trascender las formas abusivas de dominación que configuran nuestras vidas: se trata de una “*resistencia poética que posibilita que la vida se manifieste desde dimensiones diferentes a la lógica*” que nos preside (Gil. Óp. Cit., p. 217). Al reconocer la precisión de Rolnik (Óp. Cit.) sobre *el abuso de la vida como principio micropolítico de la subjetividad colonial-capitalística-racializante*, podemos entender la poética de lo cotidiano como un conjunto de formas “*relacionales centradas en el cuidado del buen vivir, [que] tienden a perderse, a atomizarse y a perder significado en el mundo capitalista*” (Gil, Óp. Cit., p. 221).

Es muy útil pensar en estos términos el potencial poético que ostenta la cotidianidad, porque permite hablar sobre algunas formas de dominación abusiva que han aquejado históricamente al Barrio Abajo. Para ello, resulta muy pertinente la idea de *lo popular* que postula J. Martín-Barbero (2002). Este autor nos exhorta a concebir lo popular como una forma de relación crítica ante el poder hegemónico, descartando cualquier intento de definirla esencialmente.

Esta condición relacional que define lo popular nos remite a un diálogo que yace inscrito en lenguajes comúnmente rechazados por el registro elitista (la academia, la política oficial): es producido a partir de “*dispositivos de configuración discursiva -por exageración y degradación- del «realismo grotesco» que -según Bajtin- da forma a la topografía popular*” (Ibid, s.p.). Se trata de estrategias discursivas y formas del lenguaje que recurren a “*la burla, la blasfemia, la grosería*” (Ibid.) para entrar en el juego de relaciones asimétricas que produce el espacio urbano.

Es en el marco de estos lenguajes que son concebidos y gestados “*los modos de lucha de la plebe -el motín y la revuelta, las procesiones bufas, las canciones obscenas y las anónimas cartas blasfemas-*” (Ibid., p. 3), que emergen como expresión colectiva de sensibilidades particulares; que convergen en su otredad respecto a las formas elitistas y generan diálogos heterogéneos y multivocales: podríamos hablar de polifonía de reapropiaciones y estrategias de legitimación simbólica. Esta condición *desde abajo* que da rostro a lo popular involucra un “abajo” móvil, definido contingente y momentáneamente por cierta relación de poder.

La condición relacional y crítica que da forma a lo popular dialoga sugestivamente con la poética de lo cotidiano, de Gil; y con la micropolítica activa del deseo, de Rolnik. El hecho de que ambas ideas sean definidas a partir de una relación crítica respecto a la dominación

les atribuye un carácter a todas luces popular: ¿es posible hacer dialogar estas ideas para hablar de una poética popular de la vida cotidiana en Barrio Abajo? ¿En qué medida, las formas de singularización agente que emergen en la cotidianidad de este barrio pueden ser asumidas como actos poéticos que se inscriben en un registro popular? ¿Qué tan populares (en términos de su relación crítica respecto a una forma hegemónica de poder) y poéticas (en tanto creación que introduce singularidad) pueden resultar algunas formas de vida cotidiana en Barrio Abajo? El último apartado de este capítulo (2.4) se empeña en desarrollar con cierto grado de amplitud estas reflexiones.

2.2 1900 – 1930

Dos acontecimientos marcan el principio y el fin de estas tres décadas, durante las cuales el Barrio Abajo (que ya se hallaba urbanamente consolidado) vivía la quimérica efervescencia del proyecto moderno: por una parte, la puesta en servicio del muelle de Puerto Colombia (a finales de la década de 1890), eje de la versión más sofisticada de articulación portuaria que existió entre los antiguos embarcaderos de La María y el litoral Caribe; por otra parte, la construcción de los tajamares de Bocas de Ceniza (1936), otra mega obra ingenieril, que, irónicamente, condenó a la primera a la obsolescencia, la quiebra y el desmantelamiento (a menos de cuatro décadas de haber sido entregada). Fue durante los años contenidos en este intervalo cronológico que la operación compuesta por el muelle de Puerto Colombia, el ferrocarril del Bolívar y los embarcaderos de La María ostentó preponderancia a nivel nacional.

Al contemplar en la distancia la transformación urbana de Barranquilla y de su Barrio Abajo a lo largo de estos años, destaca la intensa inequidad que definía el despliegue del proyecto moderno. El espacio urbano se expandía, sus edificaciones eran transformadas; el precario acueducto fue remodelado con suntuosos jardines mientras nuevas redes de electricidad eran tendidas; algunos de los arenosos callejones inundables fueron desprevénidamente pavimentados, pero, sobre todo, la ciudad fue surcada por inmensas brechas de desigualdad social.

2.2.1 UN BARRIO PROLETARIO EN EXPANSIÓN

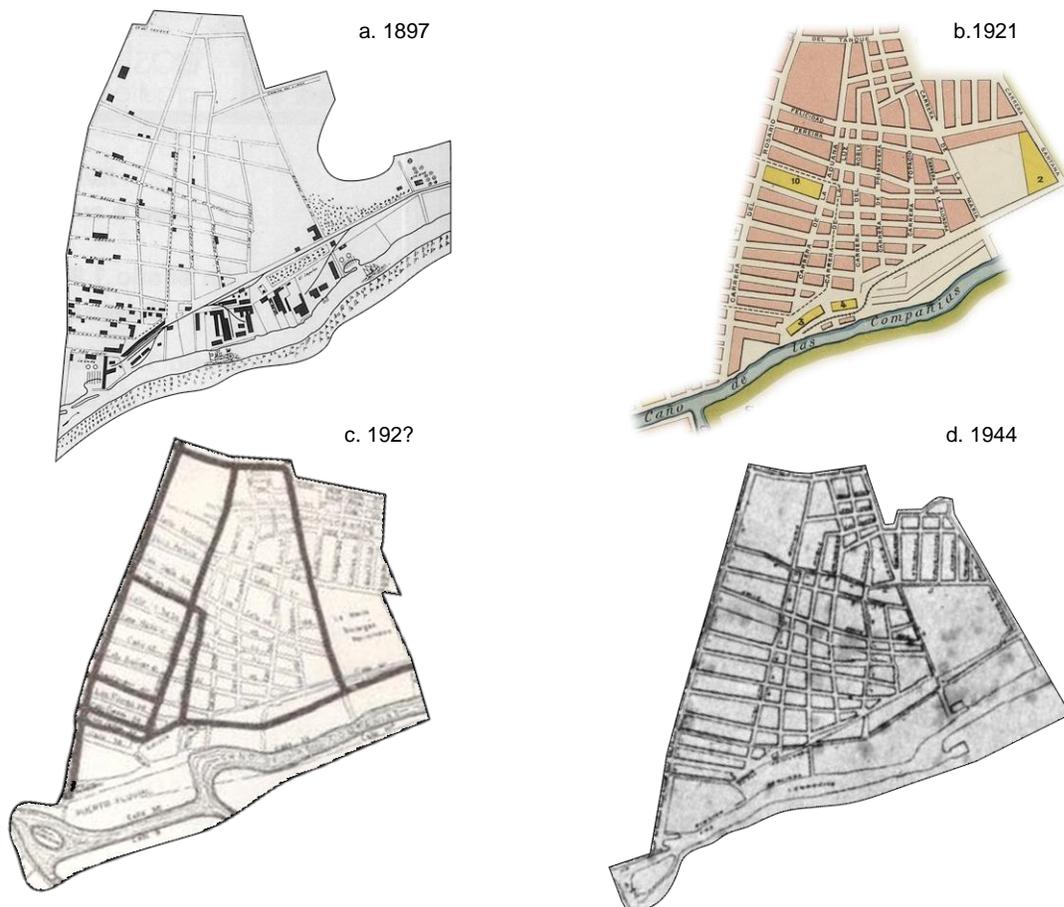


Figura 18: cartografía bajera en la primera mitad del siglo XX⁵⁷

⁵⁷ Estas imágenes detallan el área correspondiente al Barrio Abajo (y Montecristo) en los planos de Barranquilla de a. 1897 (Cayetano Moreno y David Granados), b. 1921 (Ernest Thevenin), d. 1944 (Empresas Públicas Municipales). El plano c. fue producido en la década de 1920, pero no es legible el año exacto. La presencia del bulevar de El Prado permite intuir que corresponde a la segunda mitad de la década. La intervención de y yuxtaposición de las imágenes, y la extracción estos detalles, son de autoría propia.

e. 1939



Figura 19: *aerofotografía bajera en 1939*. Es visible el Barrio Abajo en su totalidad, incluyendo (en la parte inferior) los, ya obsoletos, embarcaderos de La María⁵⁸

El cambio de siglo trajo consigo, entre otras cosas, el registro cartográfico. Uno de los hábitos que se fueron sedimentando en torno a la idea de que Barranquilla era una ciudad moderna fue la representación cartográfica de su espacio urbano. De un solo plano de Barranquilla que nos dejó el siglo XIX, pasamos a una cantidad relativamente amplia de materiales cartográficos producidos durante el siglo XX. Abordamos estos registros, no solo como representaciones figurativas del espacio habitado sino también como un conjunto de posiciones, intenciones y acciones políticas concretas (Rivadeneira Velásquez, 2010, pp. 14 – 16), con el ánimo de indagar, a través de ellos, la historia urbana del Barrio Abajo.

Sobre todo, durante las primeras décadas del siglo pasado, es posible identificar alteraciones importantes en el trazado del barrio, así como la habilitación de predios

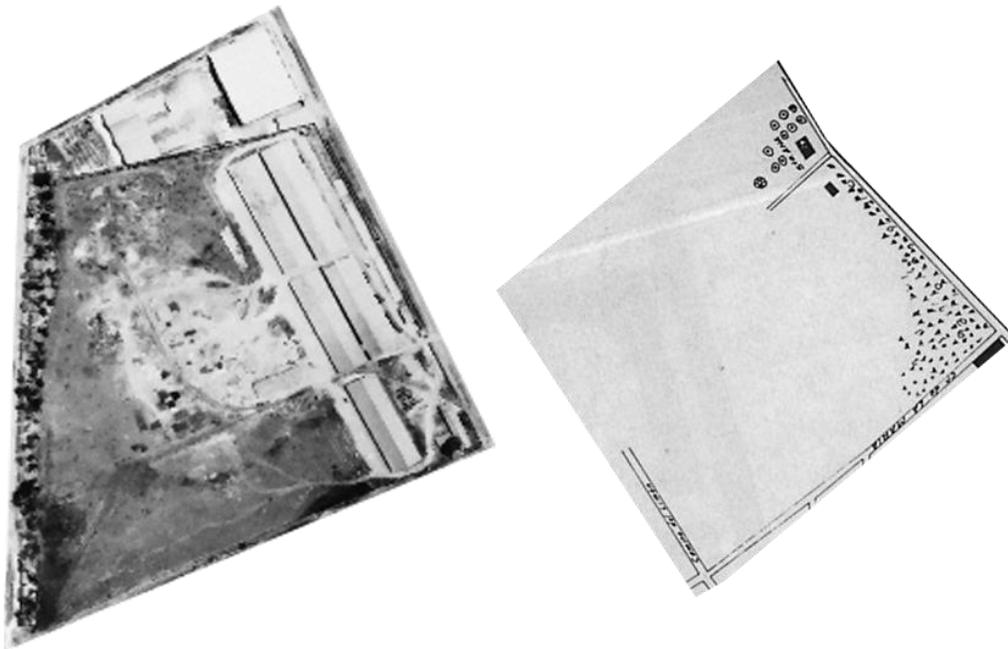
⁵⁸ Esta imagen, por su parte, se produjo a través de la georreferenciación y el retoque digital de la colección de aerofotografías de Barranquilla tomadas por SCADTA en 1939. Al igual que las imágenes anteriores, detalla el área del Barrio Abajo (y de Montecristo). La intervención de las reproducciones de las fotografías originales en *Photoshop* y su georreferenciación en *ArcGis*, así como la extracción de este detalle, son de autoría propia.

loteados y la inminente expansión del perímetro urbano. Adicionalmente, la naturaleza misma de los planos representa una ventaja respecto a cierto sesgo documental sobre el que ya habíamos reparado durante el primer capítulo: a diferencia de los registros escritos y las fuentes secundarias, los planos *muestran* al Barrio Abajo como parte de la ciudad; está ahí, lo vemos; podemos resaltar su perímetro y reflexionar sobre su inserción en la ciudad.

El contraste más evidente entre el plano del siglo XIX y los posteriores está dado por la anexión de *La Cueva de Montecristo*, un conjunto de manzanas trazadas durante la década de 1910 al norte de la carrera de La María (actual 54 o Avenida Once de Noviembre). En la representación de 1921, Montecristo cuenta apenas con cinco manzanas, dos de ellas en forma triangular. La representación de finales de la década de 1920 muestra una manzana adicional de cuatro lados, pero con uno de ellos cortado por la incipiente carrera Santana (actual carrera 62). En este plano también es visible el surgimiento de tres nuevas manzanas de menor tamaño encima de la calle de La Felicidad (actual 49), que en el plano de 1897 aparece representada como *Campo del Limón*.

El trazado de la carrera Santana, y la consecuente extensión de las calles del Paraíso (calle David Pereira en el mapa de 1921; actual calle 47) y de La Felicidad, significó la circunscripción de otro predio, en cuyo extremo norte funcionaba, según el plano de 1921, la *Empresa de Hilados y Cultivos de Algodón*. De acuerdo con Salcedo (óp. cit., p. 172), allí “*funcionó, hasta 1945, la llamada Bodega Vieja, un inmenso solar donde se guardaban los vagones del [...] tren [...] que dejó de funcionar en 1940*”.

Al detallar el predio en las aerofotografías producidas por SCADTA en 1939, se aprecia la edificación de la empresa, con la misma forma y orientación con la que fue representada en el mapa. Son visibles también cinco edificaciones adicionales, erigidas a lo largo del borde oriental del predio (paralelas al río), que probablemente sirvieron de bodegas para los vestigios del tren. Incluso el plano de 1897 ya localiza una edificación en ese punto, al lado de un escenario llamado “Sta. Ana”, que es el nombre del barrio que hoy se erige a poca distancia de allí. Este mismo nombre coincide también con el de la actual carrera 62, que, precisamente, constituye la frontera de dicho barrio.



Figuras 20 y 21: *predio donde hoy se erige el estadio Tomás Arrieta*. Aerofotografía tomada por SCADTA en 1939 y detalle del plano de 1897. En el caso de la ilustración izquierda, después de intervenir las reproducciones de las fotografías originales en *Photoshop* las georreferencié en *ArcGis* y extraje este detalle. La ilustración derecha, por su parte, la produje recortando este detalle del plano ya digitalizado.

En la actualidad ese predio alberga el estadio de Beisbol Tomás Arrieta, erigido en 1946 “con ocasión de los V Juegos Centroamericanos y del Caribe” (ibid.). Como parte de las políticas de revalorización cultural que promueve la administración local, en 2018 el estadio fue rebautizado en honor a *Édgar Rentería*, beisbolista de las Grandes Ligas nacido en Montecristo.

Otro contraste importante entre el plano decimonónico y sus predecesores está dado por la división del predio circunscrito por la carrera de El Topacio (actual 52), la carrera de la María, la calle del Paraíso y el borde del caño, a lo largo del cual corre hoy la vía 40. En la esquina nororiental de ese predio había funcionado, desde finales del siglo XIX, la *Fábrica de Aceite Recino*, cuyo edificio aparece representado en el plano de 1897. La división del predio dio lugar al trazado de la actual carrera 53, representada en el plano de 1921 como carrera de la Alondra.

Esta intervención urbana produjo diez nuevas manzanas, que, como se evidencia en las aerofotografías tomadas por SCADTA, fueron consagradas al uso residencial, primordialmente. Únicamente el espacio ocupado por la fábrica se transformó en manzana de uso industrial: gracias al nuevo trazado, quedó ubicada entre las carreras de La Alondra y La María y entre la actual calle Murillo (o 45, antigua calle del Dividivi) y la vía 40. Allí, en 1946, empezó a operar la Fábrica de Grasas y Aceites Vegetales (FAGRAVE), que hasta el sol de hoy continúa activa.

“De mi casa pa’l Tomás [Arrieta] cogía subiendo Aduana hasta Murillo que tenía una sola calzada y enseguida cuando iba llegando a Roble, me pegaba ese olorcito rico a manteca de coco que salía de la empresa Fagrave. Y a mitad de cuadra había un «picó»: El Margot, propiedad de un man muy popular que le decían «Rebulicio» que le daba clavo a los discos de Aníbal Velásquez [sic]” -rememora César Morales, bajero de toda la vida (2014, p. 112).



Figuras 22 y 23: FAGRAVE, vía 40 con calle del Dividivi⁵⁹

Todo el sector comprendido entre la calle de La Felicidad (49) y la calle del Tanque (actual 53)⁶⁰ experimentó la misma división, de forma que las cuatro manzanas que aparecen representadas en el plano de 1897 se triplican en el de 1921. Esta serie de modificaciones en el trazado urbano y los predios habitables se relaciona estrechamente con la convulsión comercial y fabril que venía estremeciendo a la ciudad desde hacía un siglo. Claramente, los capitales necesarios para emprender tales proyectos de renovación urbana estaban de

⁵⁹ Disponible en: <https://archivohistoricodelatlantico.com/noticias/industria-puerto-ciudad-de-como-tomo-forma-barranquilla-parte1/> (recuperado en enero de 2022)

⁶⁰ Ya que éste constituía uno de los puntos más elevados de la Barranquilla de finales del siglo XIX, allí fue erigido el tanque del acueducto. Esa estructura aparece representada en el plano de 1897.

alguna forma vinculados con la actividad portuaria, que además fungía como eje gravitatorio del poblamiento barrial.

Esa primera comunidad proletaria que existió en Colombia erigía sus casas y trazaba sus callejones polvorientos en medio de la agitación producida por el incesante tráfico marítimo-fluvial; se consolidaba como comunidad urbana de orden barrial, organizada en torno a cierta condición común: la ausencia de medios productivos más allá de la propia fuerza de trabajo. Con frecuencia, esta fuerza laboral era consagrada asalariadamente a la actividad portuaria.

Una vez más, Andrés Salcedo (óp. cit., pp. 33 – 34) provee una rica descripción de este momento de expansión urbana y demográfica que experimentó el Barrio Abajo a principios del siglo XX:

“Atraídos por el intenso movimiento [...] fueron llegando al Barrio Abajo gentes de otras regiones de la costa y el interior del país, así como extranjeros. [...] La confluencia de gentes [...] fue creando una tipología humana de variada composición al coexistir -y mezclarse- vecinos de clase media baja y gente de aluvión. [...] En medio del creciente auge, la Vía 40 y los alrededores del barrio se fueron llenando de grandes empresas [y] textiles. Además de innumerables comercios, talleres, tiendas, zapaterías, panaderías, peluquerías, pensiones, ferreterías, fábricas de hielo y bodegas”.



Figura 24:
Empleados de
la *Fábrica
Italiana de
Calzado*,
fundada en
Barranquilla en
1916
(*Barranquilla
Gráfica*, 1962).



Figura 25:
Empleados de
Kiko, fábrica
de plásticos
fundada en
Barrio Abajo
en 1932 (ibid.).

La primera huelga organizada en Colombia, en 1910 (Pulgarín Osorio, 2009, p. 43), es otro acontecimiento que nos da luces sobre la consolidación de esta comunidad obrera, basada en la condición proletaria compartida por sus integrantes. En este caso, fueron las personas empleadas en el puerto fluvial quienes organizaron la base del movimiento, logrando convocar “a trabajadores de todos los sectores” (ibid.). A pesar de la escasez de registros que den cuenta de esta huelga, con base en los ejemplares del semanario *El Promotor* publicados a finales del siglo XIX, es posible intuir que las condiciones laborales de los cargueros, bogas, asistentes, dependientes y demás trabajadores rasos del puerto eran precarias. Víctimas del agiotismo y la usura; en ocasiones lacerados o mutilados en el ejercicio de sus labores; parcialmente excluidos del proyecto de modernización que se pretendía desplegar sobre la ciudad, los obreros portuarios -muchos de ellos, habitantes del Barrio Abajo- reconocieron su alteridad común respecto a los lugares de privilegio establecidos por la vida urbana, esgrimiendo su queja digna a través de aquella huelga primigenia.



Figura 26: La revista *Barranquilla Gráfica* de mayo de 1963 describe esta fotografía como: "obreros dialogando sobre los intereses de los gremios"

Las condiciones laborales desfavorables no sólo afectaban a quienes desempeñaban los cargos rasos en el puerto, los trabajadores aduaneros, por su parte, carecían de un edificio adecuado para el desarrollo de sus gestiones⁶¹. La convergencia de estas situaciones, muy probablemente, contribuyó a caldear los ánimos de los huelguistas pioneros.

⁶¹ Desde la década de 1870, la burocracia local y nacional discutía bizantinamente sobre la necesidad de trasladar la aduana, desde Salgar a Barranquilla, equipando a sus trabajadores con los elementos necesarios para el desarrollo adecuado de sus funciones (incluyendo un edificio). De hecho, en 1876 es expedido un decreto que ordena tal traslado, a pesar de que en Barranquilla aún no había sido construido ningún edificio que reemplazara al *Castillo de Salgar*, en el que funcionaba entonces la administración aduanera. Probablemente basado en este decreto, Jorge Caballero (2000, p. 60) afirma que "*la Aduana pasó a funcionar en Barranquilla desde 1876*". Sin embargo, Adolfo Meisel (et al., 2019 p. 59) sostiene que la Aduana continuó funcionando en Salgar hasta 1915, cuando se incendió el *Castillo* y el entonces presidente de la República, Marco Fidel Suárez, ordenó la construcción del palacete neoclásico que remata suntuosamente una de las esquinas del popular Barrio Abajo. Alexandra Orozco (2011, p.13), por su parte, afirma que "*Las instalaciones originales, en Barranquilla, sufrieron un voraz incendio en 1915, por lo cual se dispuso la construcción de un nuevo edificio*".

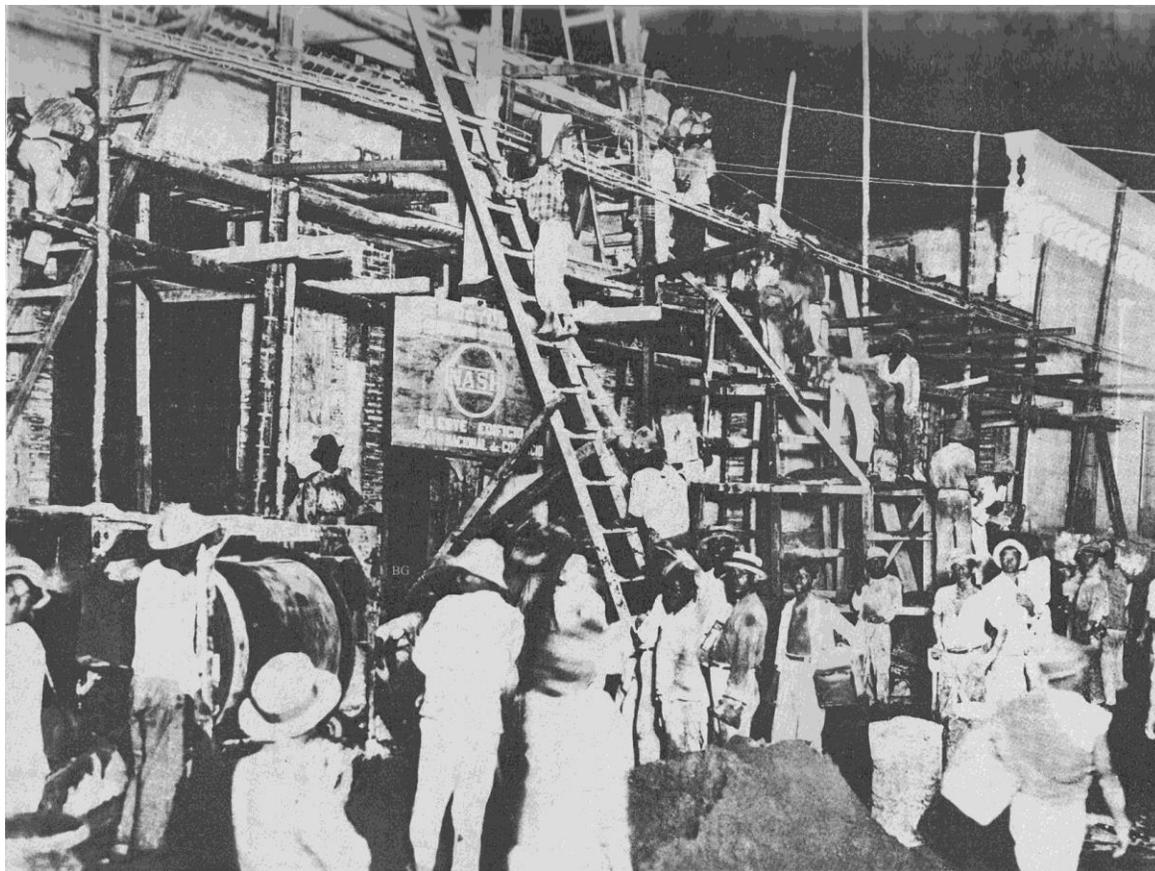
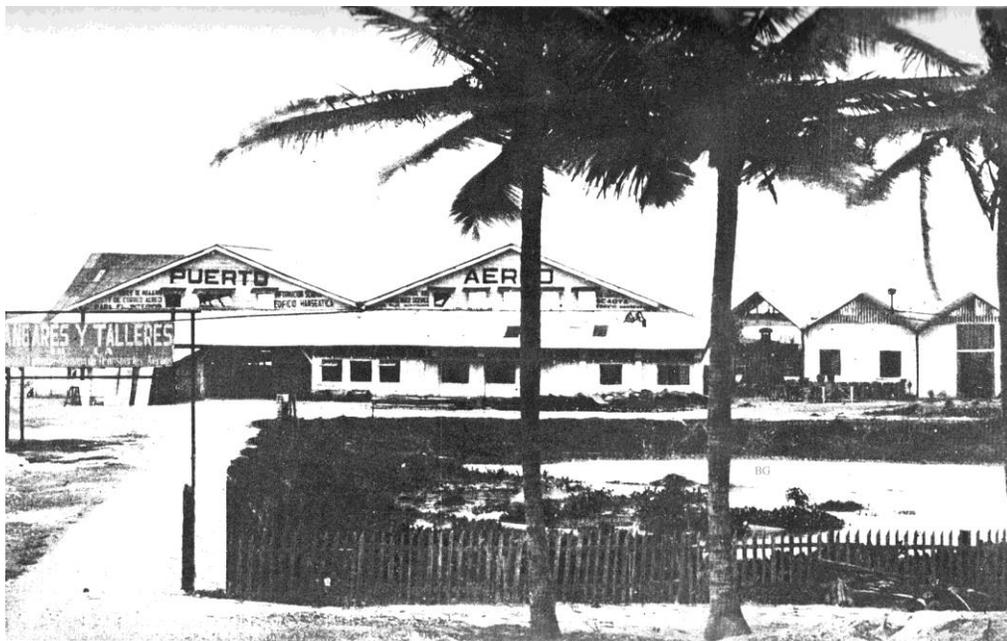


Figura 27: La revista *Barranquilla Gráfica* de abril de 1961 describe esta fotografía como: "obreros trabajando a las doce de la noche en la construcción del edificio del Sindicato Nacional de Comercio"

Y, a pesar de que deberían esperar más de diez años después de la huelga, los trabajadores de la aduana, en 1921, por fin, vieron abrirse las puertas del edificio que los acogería cómodamente durante sus jornadas laborales. Esta modificación del paisaje urbano, contigua la Estación Montoya, intensificó aún más la agitación barrial que provocaba el incesante tráfico de pasajeros y mercancías a través de este punto estratégico para la actividad comercial barranquillera.

Apenas un año antes, otro elemento renovador había irrumpido con la misma fuerza en el Barrio Abajo. Se trata de los hangares de la primera aerolínea comercial americana: la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo (SCADTA), cofundada por capitales alemanes y barranquilleros en 1919. Esta incipiente y vanguardista iniciativa comercial hizo acuatizar hidroaviones, desde 1920, sobre la ancha pista de color purulento provista por el Río Magdalena. A escasas cuadras del ya consolidado Barrio Abajo, el aeropuerto de Veranillo (al servicio de SCADTA) se aunó al puerto fluvial y la estación del tren (una especie de «brazo» del puerto marítimo) para reafirmar la preponderancia del sector.



Figuras 28 y 29: Aerofotografía del aeropuerto de Veranillo, en el Barrio Abajo. SCADTA, 1939. Y fotografía de la fachada del aeropuerto de Veranillo (Desconozco la fecha y la autoría de la imagen pues la encontré fortuitamente en línea. Recuperado en enero de 2022 de <https://www.facebook.com/groups/92719899572/search/?q=scadta>).

A pesar de que sus estílicos salarios impedían a la mayoría de las familias *bajeras* comprar tiquetes para volar, o pagar fletes de correo aéreo, se les tuvo que hacer habitual el rugir de los motores y el rumor de las hélices; también tuvieron que ser habituales las curiosas salidas a los patios, para divisar, entre el follaje oloroso de los árboles, la imagen distante de aquellos inconcebibles aparatos que, de un día para otro, habían empezado a surcar impetuosamente el cielo.

Seguramente, no faltaba el *bajero* de curiosidad destacada que caminaba las escasas centenas de metros que separaban los puertos entre sí, para constatar por experiencia propia que, en efecto, las personas habían aprendido a volar. El fantasma de Macondo recorría los callejones arenosos y se volaba las paredillas para meterse a los patios de las casas; se colaba por las ventanas y se quedaba dormido en los contados zaguanes del Barrio Abajo: se instalaba en las exaltadas subjetividades *bajeras*.

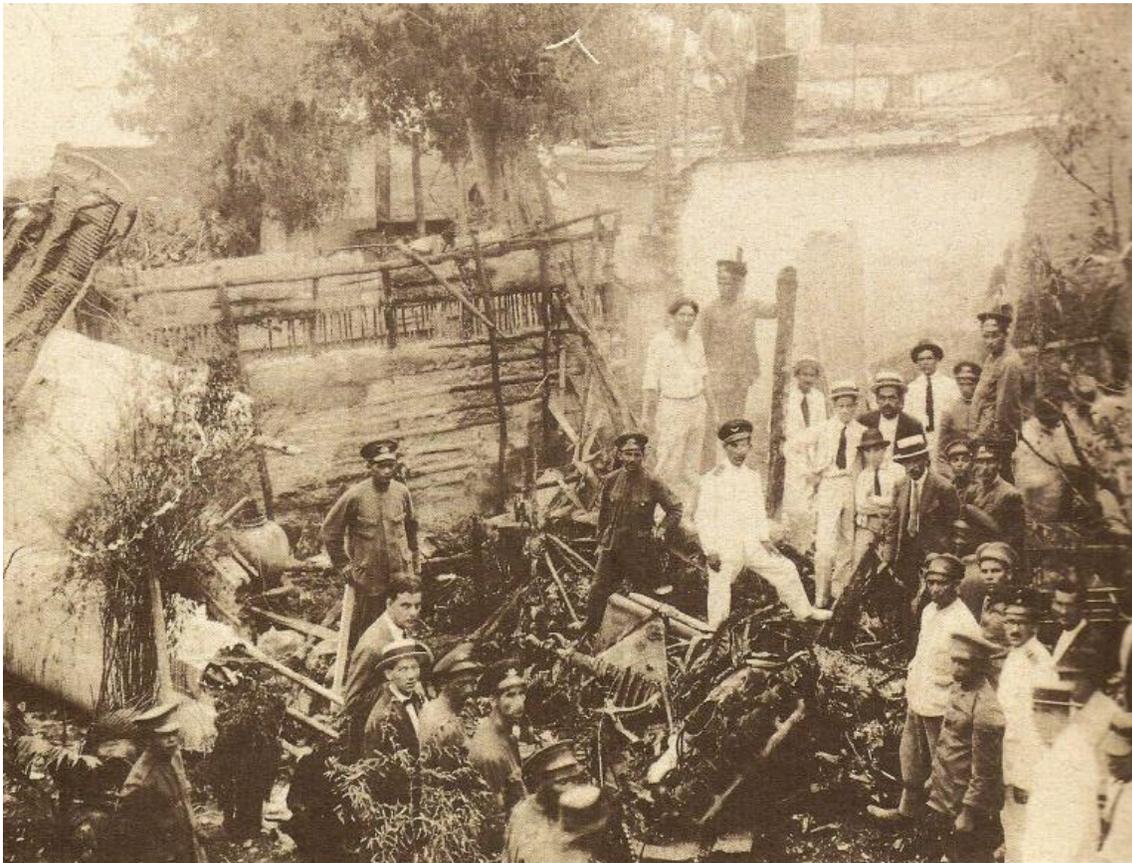


Figura 30: Patio de la casa donde se estrelló el hidroavión *Tolima*. Recuperado en enero de 2022 de *El Heraldo* (<https://www.elheraldo.co/entretenimiento/ernesto-cortissoz-historia-de-un-vuelo-alto-y-fugaz-639787>).

También tuvieron que ser contundentes el horror y la desconfianza que sintieron las familias *bajeras* cuando aquella increíble empresa colombo-alemana, que vendía el cielo y que se había instalado en una esquina del barrio, anunció la fatídica muerte de su presidente y cofundador, el ilustre barranquillero Ernesto Cortissoz. Junto a él, un piloto, un mecánico y tres pasajeros más se estrellaron a bordo del hidroavión *Tolima* contra el patio de una casa en 1924⁶².

Aquel episodio de ensueño inspirado por la aviación barranquillera degeneró en la pesadilla del accidente fatal. No es difícil imaginar el temor que sentía la gente en el Barrio Abajo al considerar la posibilidad de que cayera uno de aquellos temerarios aparatos en llamas sobre sus casas pajizas, particularmente vulnerables ante los incendios. Sobre el temor *bajero* a los incendios, Andrés Salcedo (óp. cit., p. 126) afirma que, en efecto, “*los innumerables techos de paja representaron el principal factor de riesgo*” y que “*Muchos de los habitantes del barrio pasaban las noches alarmados y temerosos*” (ibid.)⁶³.

⁶² En un comunicado publicado por *El Tiempo*, el 9 de junio de 1924, SCADTA sostuvo que el accidente fue ocasionado por una colilla de cigarrillo que encendió una pila de volantes promocionales del proyecto de intervención de las Bocas de Ceniza, al que también estaba vinculado Cortissoz. De hecho, el objetivo del viaje era lanzar los volantes desde el avión para dispersarlos a través de la ciudad.

⁶³ Como parte de su trabajo etnográfico, el autor presenta el testimonio de Lilia Miranda, una *bajera* que rememora cómo, durante su infancia, en la década de 1950, “*cada vez que oíamos la sirena de los bomberos quedábamos paralizados. Todos en casa nos preguntábamos si nuestro hogar sería el próximo*” (Salcedo, 2008, p. 126).

2.2.2 BARRIO ABAJO Y SUS VECINOS: UNA FRONTERA URBANA



Figura 31: *El Prado, Barrio Abajo y Montecristo*. Detalle del mapa de Barranquilla de 1921 (E. Thévenin) y plano proyectual de El Prado (Compañía Urbanizadora El Prado, 1920). El resaltado de los contornos de Barrio Abajo (rojo), Montecristo (azul) y El Prado (verde) son de autoría propia, así como el recorte de los mapas originales y su yuxtaposición georreferenciada.

A pesar de los contratiempos que le recordaban a Barranquilla y, especialmente, a sus sectores populares, que ese cuento de la modernidad era mucho más complicado de lo que hubieran querido, hechos como el poblamiento informal de Montecristo, un pequeño barrio constituido por menos de una decena de manzanas al otro lado de la actual Carrera 54 (antiguo Callejón de La María), frente al extremo occidental del Barrio Abajo, nos ayudan a dimensionar el ímpetu con el que se consolidaba la primera comunidad proletaria del país.

El rumor de que a orillas de la desembocadura del río había un lugar donde se podía ir a trabajar y a vivir la modernidad se movía con las aguas y los vapores, atrayendo familias inmigrantes que habían dejado atrás las inundadas riberas orientales del Magdalena. Algunas de estas personas se establecieron, desde mediados de la década de 1910, al otro lado de la frontera urbana que definía el perímetro de Barranquilla: el Barrio Abajo.



Figura 32: es interesante la claridad con la que se percibe la expansión de la frontera urbana en el extremo superior izquierdo de esta aerofotografía de Montecristo, originalmente tomada por SCADTA en 1939. La extracción de este detalle, y el resaltado de su contorno, son de autoría propia.

Al dar un paso más allá de esa frontera, expandiéndola (Smith, 2012), los pobladores originarios de “*La Cueva de Montecristo*” no sólo retaron públicamente el modelo de ciudad moderna y desigual que se pretendía imponer; también cuestionaron por vías de hecho su régimen asimétrico de propiedad privada: esto se materializó tras su «invasión» de una de

las varias hortalizas cultivadas por inmigrantes orientales en distintos puntos marginales de la Barranquilla de antaño⁶⁴.

Otra alteración significativa para la vida urbana del Barrio Abajo a principios del siglo pasado fue la construcción del famoso barrio El Prado. Estrechamente vinculada con el proyecto moderno, esta obra de renovación urbana reconfiguró los ideales que tenía Barranquilla (y toda Colombia) sobre lo que debía ser una ciudad. Justo como en el caso del modesto Montecristo, sólo una calle separaba al suntuoso Prado del popular Barrio Abajo (la actual Calle 53, antigua Calle del Tanque).



Figura 33: planos de El Prado (Urbanizadora El Prado, 1920) y Barranquilla (Ernest Thévenin, 1921). Su georreferenciación sobre el mapa base de Google Earth (con el fin de yuxtaponerlos) es de autoría propia.

El fantasma de la frontera urbana, que ya había aparecido con relativa timidez en *La Cueva de Montecristo*, reemerge en el Prado; pero, en este caso, el ímpetu y la robustez de sus capitales lo hace lucir más amenazante:

“En 1922 se inicia la urbanización El Prado [...] y el mundo feliz que habían construido los bajos empieza a resquebrajarse. [...]

⁶⁴ De acuerdo con la tradición oral, los inmigrantes orientales fueron abandonando la actividad horticultora después de la segunda mitad del siglo pasado: “se fueron como llegaron, un día estaban ahí y, de repente, ya no” (Testimonio de Doña Anita Oñoro, vecina del sector de Santa Ana, nacida en la década de 1940. La información fue provista al autor el 17 de enero de 2021 durante una conversación en la vivienda de Doña Anita).

Mientras el Prado contó, desde sus inicios, con inmejorables servicios públicos, el Barrio Abajo carecía todavía de alcantarillado. En sus baños, las familias disponían de una pequeña poza donde se depositaba el agua sucia que, periódicamente, era achicada y vertida, a manera de riego, en los patios y en el frente de la casa, sobre la tierra de la calle. La letrina familiar era un simple hueco que debía cubrirse con tablas y desinfectarse constantemente con creolina para evitar que los malos olores de los excrementos se esparcieran por el resto de la casa. [...] Cuando terminan de asfaltarse en reluciente macadán las amplias calles y avenidas del Prado queda establecida, cruda, brutalmente, la inesperada frontera -la cicatriz- entre la prosperidad y el lumpanato, entre el pueblo raso y el beautiful people” (Salcedo, óp. cit., pp. 35 – 36).

La crudeza de la desigualdad que define el proyecto de ciudad moderna es develada por Salcedo, que la ilustra visceralmente a través del vaho de letrina fétida que se expande dentro de las casas y las vidas cotidianas. Mientras que en las higiénicas casonas de El Prado vivían los dueños de las fábricas y agencias comerciales de Barranquilla, entre baños finamente enchapados, salones frescamente aireados y habitaciones suntuosamente ornamentadas, el grueso sus trabajadores sorteaba los embates del hacinamiento, el desabastecimiento de agua y la acumulación de residuos contaminantes.

La disposición de basuras domésticas, residuos fabriles y cadáveres de animales en las fuentes de agua para consumo, que ya desde el siglo XIX constituía un problema⁶⁵, continuaba siendo uno de los principales problemas urbanos. De hecho, podemos afirmar

⁶⁵ *El Promotor*, 22 de febrero de 1879, p. 2.

que fue uno de los detonantes que estimuló el excluyente proyecto de ciudad que adquiriría forma en aquella frontera conflictiva y desigual⁶⁶.



Figura 34: *Aseo ante todo* es el título con el que *Barranquilla Gráfica* publicó (septiembre de 1963) esta fotografía. En ella es visible un niño siendo bañado en la calle de un barrio popular barranquillero.

La relación establecida, a principios del siglo pasado, entre Parrish, “«su» Prado” y el abastecimiento de agua y energía eléctrica en Barranquilla no es inocente (Valencia

⁶⁶ En una entrevista publicada por el *Diario del Comercio*, el 23 de octubre de 1922, Karl Parrish, fundador de El Prado, sostiene que la idea de la urbanización surgió después de que sus hijos se enfermaran “*de disentería por tan mala agua del acueducto*” y porque su mujer “*no podía soportar los mosquitos*”.

Martínez, óp. cit.). A pesar de que la prensa de la época y la historiografía local se han empeñado en enaltecer la gestión de empresarios extranjeros como él, tratando de destacar su aporte a la consolidación urbana de Barranquilla, los intereses económicos y políticos que motivaron su gestión develan una perspectiva menos idealista de la historia.

Con un discurso macabramente similar al que pregonan actualmente los alcaldes de turno, orquestados desde la casa Char, Parrish consideraba que *“la administración de una ciudad es como cualquier otro negocio”* (Posada Carbó, 1986, p. 12). La noción gerencial que hoy pretende vender Alejandro Char y su séquito político era ya común un siglo atrás, cuando el capital extranjero, guiado por personajes como Karl Parrish, veía en la renovación urbana de Barranquilla un nicho de reinversión rentable.

Iván Valencia Martínez (óp. cit., pp. 39 – 41) explica cómo las ansias inagotables de rentabilidad acercaron a Parrish y su empresa urbanizadora a la gestión de los servicios públicos barranquilleros. En este caso, el interés tuvo que ver con su incapacidad para proveer adecuadamente los servicios en “su” Prado, comprendiendo *“la necesidad de llevar a cabo un plan de mejoramiento de todos los servicios públicos”* (ibid., p. 38) en la ciudad.

Sacando provecho de sus influencias políticas en Norteamérica y Colombia, gestiona una serie de préstamos destinados a mejorar el abastecimiento de agua y energía eléctrica en Barranquilla. En el proceso, se cerciora de que *“la aprobación de los dineros por parte de la banca extranjera [dependiera de] la creación de unas empresas que orientaran [su] manejo. [De este modo,] la firma de los hermanos Parrish resulta encargada de las obras de acueducto, alcantarillado, pavimentación de obras en el Mercado y Pabellón de Carnes, algunas de las cuales benefician directamente a la Compañía Urbanizadora El Prado”* (ibid., p. 39)⁶⁷.

⁶⁷ “sobre la base de un empréstito cuantioso de un sector de la banca privada estadounidense para la modernización de los servicios, la municipalidad concesionó en delegados de dichos empresarios la gestión de los mismos. Esta gestión fue dirigida por el administrador norteamericano Samuel Hollopeter, durante más de 20 años” (Varela Barrios, 2007, p. 221).



Figura 35: A pesar de la suntuosidad de sus jardines, el acueducto no era capaz de abastecer a una parte importante de los barrios barranquilleros, como el Barrio Abajo⁶⁸



Figura 36: En esta fotografía, titulada *La Samaritana de Carrizal* (*Barranquilla Gráfica*, julio de 1962), “una humilde mujer carga su garrafón lleno de agua para servirse del elemento que falta por estos rincones apartados de la urbe” (ibid.).

Valencia (ibid., p. 38) deja claro que “los empresarios norteamericanos pensaban [...] en la solución al problema de los servicios públicos de la ciudad, sólo cuando [...] las soluciones no resultaban viables a la escala de «su» barrio”. De esta forma, explica que,

⁶⁸ Colección privada de Gildardo A. Tovar. Material inédito publicado en línea. Recuperado en diciembre de 2021 de:
<https://www.facebook.com/RecoriendoMiViejaBarranquilla/photos/a.3719598108093990/3719640778089723>

anteponiendo sus intereses personales, empresarios como Parrish emplearan sus influencias políticas para “*invertir capital a las obras rentables en «su» barrio mientras que las del resto de la ciudad se consiguen hipotecando el tesoro municipal con la banca norteamericana*” (ibid., p. 41).

Llama la atención que hace un siglo, mucho antes de que se discutiera sobre «neoliberalismo», el capital norteamericano haya hecho de la renovación urbana de Barranquilla, y de su abastecimiento de agua y electricidad, un nicho de reinversión rentable. Este hecho se presenta como algo premonitorio a la luz de los debates actuales sobre cómo el capital, en procura de perpetuar sus ciclos de acumulación, traspasa fronteras nacionales buscando espacios urbanos para renovar, al tiempo que privatiza empresas públicas municipales (Harvey, 2013; Hackworth, 2007).

La álgida inequidad de la frontera urbana en la Barranquilla de hace cien años se manifiesta a través de otro acontecimiento que ha sido vinculado con la Urbanizadora El Prado y sus ejercicios de especulación inmobiliaria: la conformación de la Liga de Inquilinos, el 30 de diciembre de 1920. Para Antonio del Valle (1995, p. 35), se trata de “*Dos caras de la misma moneda: la riqueza y la pobreza*”. La historia de la Liga no hace más que corroborar dolorosamente la idea de que el proyecto urbano que dio origen a Barranquilla siempre ha sido sustancialmente inequitativo. También presenta a los funcionarios de la administración de turno, que además fungían como peones o dueños del capital inmobiliario: como los autores dolosos de dicha inequidad⁶⁹.

Una de las principales metas de la Liga consistía en exigir a la administración local el cumplimiento de la Ley 46 de 1918, art. 7, en la que el Congreso de la República establecía que los municipios con más de quince mil habitantes debían destinar el 2% de su presupuesto a la construcción de vivienda obrera (Valencia Martínez, óp. cit., p. 34). De cara a la insistencia con la que la Liga exigía el derecho de sus miembros, y de su creciente capacidad de convocatoria pública⁷⁰, la administración, encabezada por Leonardo Falquez en la alcaldía y Eparquio González en la gobernación, emitió la Resolución No. 85 de noviembre 14 de 1923: allí se prohíben las reuniones de la Liga de Inquilinos de

⁶⁹ Tanto Julio Montes como Leonardo Falquez, destacados arrendatarios y propietarios de la época, ocuparon la alcaldía. De hecho, fue el segundo quien prohibió las reuniones de la Liga de Inquilinos.

⁷⁰ “*El día 14 de noviembre de 1923 se congregaron más de cinco mil personas en el Circo de Toros para dar cumplimiento a la Asamblea de la «Liga de Inquilinos»*” (Valencia Martínez, 2005, p. 35).

Barranquilla y se insta a la policía a proceder “*de manera perentoria y enérgica a reprimir cualquier actuación de carácter popular*” (*Diario del Comercio*, noviembre 15 de 1923, citado por Valencia Martínez, *ibid.*, pp. 35 – 36).

A la luz de los proyectos de renovación y vivienda que, tanto a nivel formal como informal, se desarrollaban en las inmediaciones del Barrio Abajo, algunos elementos se tornan evidentes: por una parte, que el asunto de la vivienda, al igual que en otras ciudades colombianas a principios del siglo pasado, representaba una necesidad apremiante creciente, y que la forma en la que debía ser resuelta era objeto de acalorados debates y conflictos de intereses⁷¹. Por otro lado, corroboramos que la posición del Barrio Abajo, justo en el centro de ese campo de disputa provisto por la frontera urbana, hacía de él (a pesar de la precariedad de sus condiciones habitacionales) uno de los ejes gravitatorios del proyecto urbano en Barranquilla.

A uno de sus costados, sobre un terreno «invadido» con digna modestia, fue erigido un barriecito obrero de menor tamaño; a pesar de su pequeñez y de ser visto “*desdeñosamente por los bajeros*” (Salcedo, *óp. cit.*, p. 34), ese pequeño barrio hoy ostenta tanta «tradición» y solidez urbana como el Barrio Abajo, o el propio Prado. De hecho, a diferencia de la tendencia que ha marcado el poblamiento reciente de este último, muchas de las familias que contribuyeron al poblamiento originario de Montecristo continúan, de algún modo, vinculadas a él. En otro de los costados del Barrio Abajo se erigía, pomposamente anunciado y financiado a través del nepotismo⁷² y la especulación inmobiliaria⁷³, El Prado; sobre su reluciente superficie quedó reflejada la ominosa inequidad de una ciudad, para algunos, parcial y excluyentemente moderna (Caballero, *óp. cit.* p. 35) y, para otros, pseudo moderna (Valencia Martínez, *óp. cit.*, p. 41).

⁷¹ “*La situación se agudizaba por la poca atención que el gobierno local mostraba por solucionar el problema de vivienda para los trabajadores y, también, porque Barranquilla fue la ciudad que más creció, entre 1918 y 1938, en un 134%, por encima de Bogotá, 131%*” (*ibid.*, p. 44)

⁷² *la urbanización del barrio El Prado sirvió de base para un radio más amplio de negocios [dependientes de su] vinculación con los órganos del Estado*” (Valencia Martínez, *óp. cit.*, pp. 39 – 40). “*No cabe duda de que la compañía urbanizadora más fuerte era la de Parrish & Cía. No sólo por su condición pionera, sino porque también había sido fortalecida con la asignación de contratos de la nación*” (Ospina, 2003, p. 23).

⁷³ “*El proyecto [del Hotel El Prado] no tardó mucho tiempo, estableciéndose en la ciudad un nuevo binomio de especulación: Compañía Urbanizadora El Prado y la Casa Comercial «Evaristo Obregón y Cía.» [...] en poco tiempo [...] mostrando una actitud de rapiña hacia [...] la producción de obras de infraestructura [...] Parrish y Obregón lograron controlar un significativo porcentaje de las obras [...] en Barranquilla*” (Valencia Martínez, *óp. cit.*, pp. 38 – 41).



Figura 37: Líder de *Las Viudas de Montecristo* durante el carnaval 2022⁷⁴

⁷⁴ Recuperado en abril del 2022 del perfil de *Facebook* de la comparsa:
<https://www.facebook.com/profile.php?id=100073796018604&sk=photos>

2.3 DESINVERSIÓN EN EL BARRIO ABAJO: EL ÚLTIMO ALIENTO DE LAS BOCAS DE CENIZA (1930 – 1960)



Figura 38: Fotografía de uno de los volantes encontrados cuando el hidroavión *Tolima* se accidentó fatalmente (Barranquilla Gráfica, 1963).

La década de 1930 estuvo marcada por las iniciativas modernizantes emprendidas desde el gobierno liberal. Durante la administración de Enrique Olaya Herrera, se materializa un proyecto al que se le venía dando vueltas desde hacía casi sesenta años: la intervención de las Bocas de Ceniza. Desde la década de 1870, cuando las Bocas «se abrieron» fortuita y naturalmente por lapso de algunos años, existía el anhelo de mantenerlas abiertas. Además, durante las dos primeras décadas del siglo XX hubo discusiones y se ejecutaron estudios preliminares para la intervención; incluso, “*En 1925, el Gobierno nacional adjudicó el contrato de las obras [pero] el incumplimiento del contratista y el incremento en los costos ocasionaron que el Ministerio de Obras*” suspendiera los trabajos (Bell, 2014, p. 59).

Tal como se plantea en el primer capítulo, la necesidad de articular el puerto marítimo, en bahía Cupino (Puerto Colombia), con el puerto fluvial, en Barranquilla, fue imperante a lo largo de todo el siglo XIX. Si bien el ferrocarril de Bolívar y el muelle de Puerto Colombia mejoraron significativamente las condiciones de articulación portuaria, gracias a testimonios como el de Emilio Bobadilla o Henri Candelier tenemos idea de las fallas y postergaciones que padecía la articulación hacia finales de la década de 1890. En virtud de esos cabos sueltos, el debate de abrir la desembocadura del Magdalena para permitir el ingreso de buques de gran calado, a través de una intervención antrópica, readquirió vigencia durante la primera mitad del siglo XX. Carlos Bell (2008, p. 67) sostiene que la

apertura del Canal de Panamá y la competencia del puerto de Buenaventura jugaron como argumentos a favor del proyecto⁷⁵.

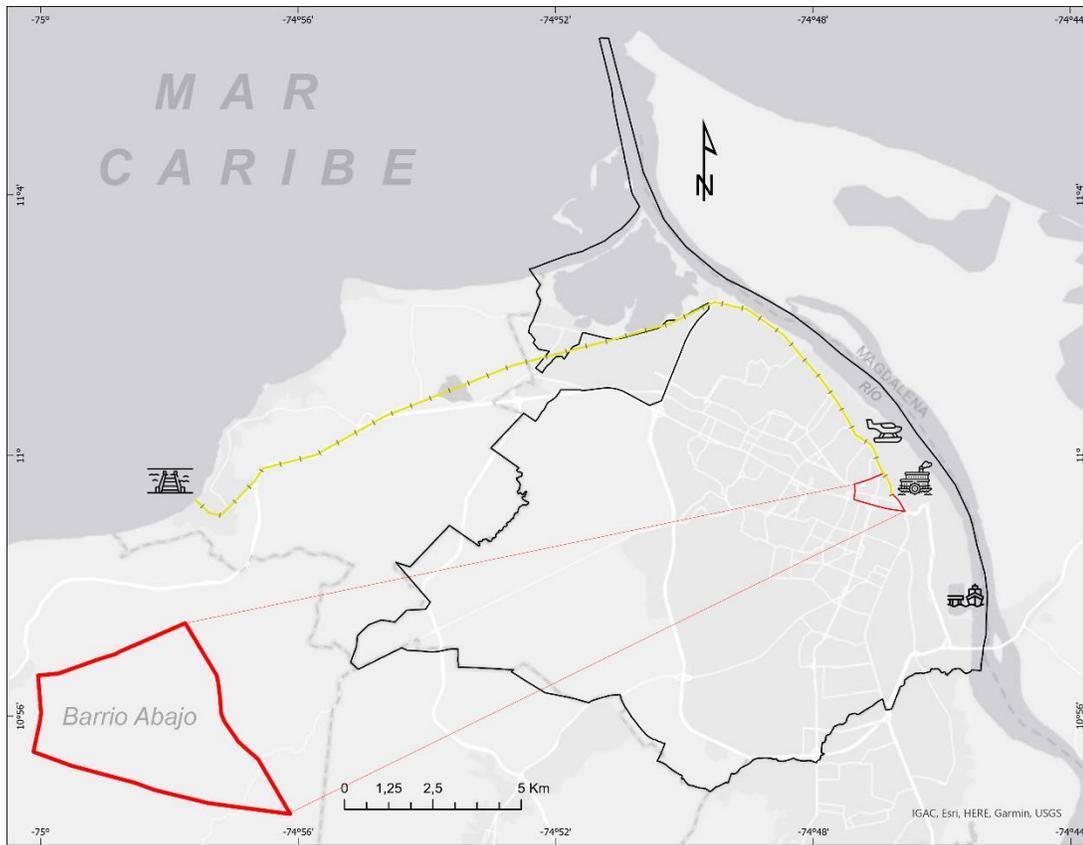


Figura 39: relación entre el Barrio Abajo y los puertos barranquilleros. Autoría propia

Después de los consabidos rituales burocráticos, celebrados en torno a una ominosa danza de coimas y comisiones, “en 1933 se pudo firmar un contrato con el empresario norteamericano, residente en la ciudad, Robert Parrish” (Bell, 2014, p. 60), para iniciar las obras (claramente, no podía quedar por fuera ese apellido). “Con el objeto de enfrentar la

⁷⁵ “El puerto de Barranquilla comenzó a perder primacía para la economía colombiana cuando el canal de Panamá se dio al servicio en 1914. Al año siguiente, se construiría el Ferrocarril del Pacífico para conectar las zonas cafeteras con el puerto de Buenaventura, y a partir de 1935 este lo superaría en los volúmenes de carga de exportación e importación” (ibid., p. 60).

competencia portuaria y tornar más eficiente la operación” (Bell, 2008, p. 69), la administración local se propuso la construcción del nuevo puerto interior del río y los tajamares de Bocas de Ceniza. *“Fue la obra de ingeniería hidráulica más importante de Colombia en el siglo XX y la de mayor impacto ambiental en el litoral Caribe”* (ibid.).



Figura 40: El dragado de las Bocas, «un saco roto»⁷⁶.

El traslado del puerto fluvial, desde los embarcaderos de La María en el Barrio Abajo hasta Barranquillita, un par de kilómetros río arriba, reconfiguró la oferta laboral asalariada en la ciudad y, con ella, el poblamiento urbano de los sectores populares. La comparación de dos soluciones de vivienda popular, concebidas paralelamente desde la formalidad de la urbanización planificada y la informalidad de la «invasión» (Las Nieves y San Isidro, respectivamente), indica que la oferta laboral del nuevo puerto fluvial contribuyó significativamente a la consolidación de los barrios populares que hoy se erigen al sur de Barranquilla (Valencia Martínez, óp. cit.).

⁷⁶ *La Libertad*, mayo 26 del 2021 (<https://diarioliberal.com/sitio/2021/05/26/el-dragado-de-bocas-de-ceniza-un-saco-roto/>).



Figura 41: *El bosque, Las Tablitas y Carrizal*, soluciones de vivienda autogestionada en el sur de Barranquilla, saliendo por *La Cordialidad*. (Barranquilla Gráfica, 1962).

Este “segundo aliento”, aunado a las mejoras parciales en materia de pavimentación, acueducto y electricidad que se venían desarrollando selectivamente desde finales de la década de 1920, estimuló a los empresarios privados a invertir en la construcción de proyectos suburbanos de clase media-alta, como El Recreo, Las Delicias y Olaya (Ospina, 2003, p. 21).

A pesar de que, en realidad, ni siquiera tras la intervención de las Bocas Barranquilla volvió a ostentar el título de puerto internacional de mayor importancia en Colombia, factores como la renovación y expansión urbana, los índices de producción industrial y la tasa de producto interno bruto permiten afirmar que, entre mediados de la década de 1940 y finales de la siguiente, el crecimiento económico de Barranquilla fue estupendo (Bell, 2008, pp., 69 – 71; Ospina, óp. cit., pp. 26 – 28).

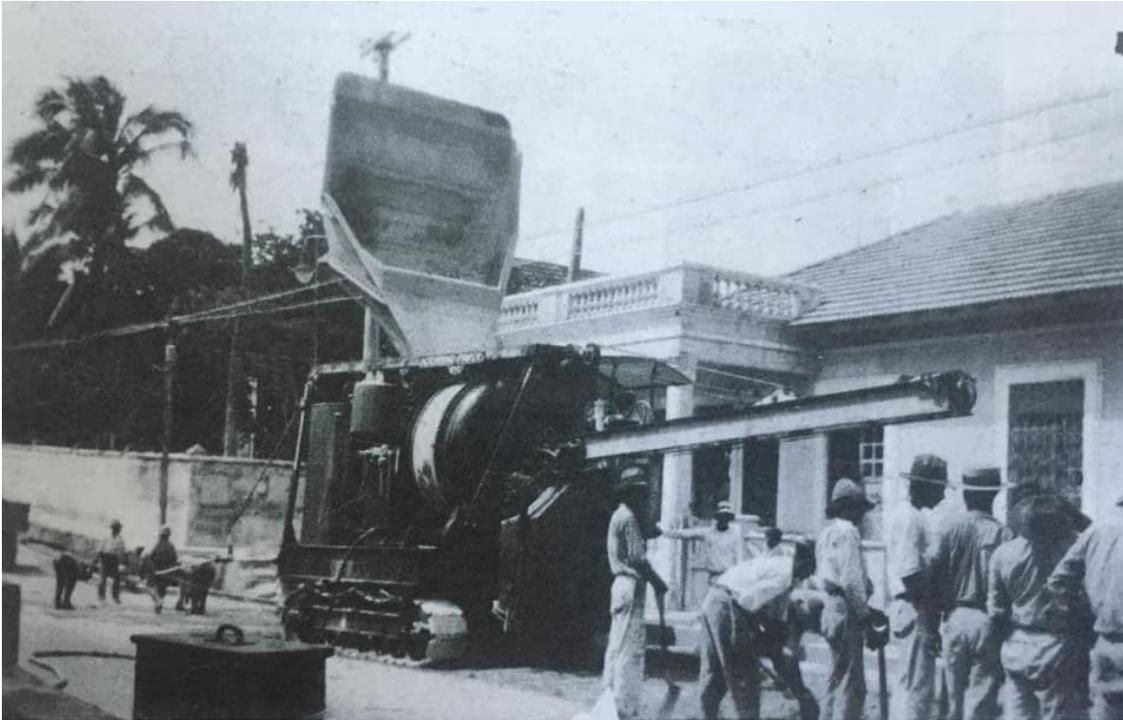


Figura 42: Pavimentación de la carrera 45 o Callejón del Libano (De La Espriella, 1985)



Figura 43: Callejón arenoso inundado, rodeado de casas pajizas. (Barranquilla Gráfica, 1968).

No obstante, como veremos a continuación, ese supuesto crecimiento económico no se hizo evidente en la ciudad como totalidad; por el contrario, parece haberse materializado exclusivamente en ciertos barrios cercanos a los intereses del capital inmobiliario. Hubo otros espacios de la ciudad que, ante la desinversión pública y el deliberado olvido político, tuvieron que descubrir “*cruda, brutalmente, la inesperada frontera -la cicatriz- entre la prosperidad y el lumpanato, entre el pueblo raso y el beautiful people*” (Salcedo, óp. cit., pp. 35).

Al cabo de pocos años, la intervención de las Bocas de Ceniza resultó siendo una obra muy controversial, en virtud de todo lo que debió ser sacrificado para su realización. También suscitó muchas críticas su insostenibilidad técnica, dados los constantes problemas de calado que, hasta el sol de hoy, genera la sedimentación del río Magdalena (literalmente es luchar contra la corriente)⁷⁷.

Entre sus implicaciones más ominosas contamos la desaparición de Isla Verde, “*un desastre ecológico del siglo XX en el Caribe Colombiano*” (Núñez Cabarcas, 2004). En este caso, la modificación del río alteró sus flujos sedimentarios, desintegrando una serie de islotes que emergían frente a Salgar y se extendían por la costa hasta la ensenada de Cupino. Además de la devastación fatal del ecosistema que se constituía en torno a Isla Verde, el licenciado Helkin Núñez Cabarcas (ibid.), originario de Puerto Colombia, llama la atención sobre las violentas arremetidas marinas que han agobiado a los habitantes de Salgar, Pradomar y Sabanilla tras la desaparición de la barrera natural sedimentaria.

A nivel urbano, la intervención de las Bocas no resultó menos controversial. Por una parte, significó el desmantelamiento progresivo del sistema de articulación provisto por el binomio muelle-ferrocarril. Ya que los buques de gran calado debían atracar frente a la ciudad, fue necesaria la adecuación de un nuevo puerto sobre el río, unos kilómetros más al sur del Barrio Abajo. Como es presumible, el cierre del ferrocarril impactó contundentemente la vida en el Barrio Abajo. La oferta laboral concentrada por los embarcaderos de La María (Carrera 54), la Estación Montoya y la aduana, que priorizaba a este sector en virtud de su colindancia, se dispersó hacia los nuevos barrios populares que crecían velozmente, ampliando la frontera sur de Barranquilla (Llanos, 2016, p. 117). Muchos de ellos, como

⁷⁷ *Blu Radio*, agosto 31 del 2021 (<https://www.bluradio.com/blu360/caribe/sedimentacion-en-bocas-de-ceniza-ha-reducido-la-pesca-en-un-75>)

San Isidro, Montes o San Felipe, se constituyeron a través del «loteo» y la apropiación de predios por vías de hecho⁷⁸.



Figura 44: aerofotografía del puerto fluvial construido en el sector de *Barranquillita* tras la intervención de las *Bocas de Ceniza* (SCADTA, 1939).



Figura 45: soluciones de vivienda autogestionada al pie del río, previa construcción del puente Pumarejo (*Barranquilla Gráfica*, 1965)

⁷⁸ “En Barranquilla, la invasión de tierras para surgimiento de barrios es una alternativa que, si bien inicia en el año 1916 con Montecristo, se insinúa para la década del 30 como una solución a la falta de vivienda” (Valencia Martínez, óp. cit., p. 44).

Estos nuevos proyectos también contribuyeron a alterar el contexto urbano en el que se insertaba el Barrio Abajo, que cedía paulatinamente su condición de frontera geográfica para empezar a ser percibido como parte del centro de Barranquilla. Sin embargo, algunos elementos sugieren que, aunque ahora constituía parte del centro geográfico de Barranquilla, el Barrio Abajo continuaba siendo una frontera urbana.

¿Qué ocurría con el Barrio Abajo, en medio de una ciudad en expansión multidireccional?
¿Qué estaba pasando con el barrio de los trabajadores del ferrocarril cuando éste fue clausurado? ¿Cómo se manifestó el traslado de los embarcaderos en el Barrio Abajo?
¿Cómo jugaba la inequidad del proyecto urbano moderno en este sector de la ciudad?

Carlos Bell (2008, p. 69) describe algunas alteraciones urbanas que se daban en el barrio durante las décadas de 1930 y 1940. Su indagación ubica cambios en materia de arquitectura, primordialmente concentrados en las edificaciones de uso industrial:

“la tendencia art deco [...] empieza a aparecer en las edificaciones industriales como Tejidos Celta, la Cooperativa de leche –1937–, la fábrica de aceites Gracetales, la industria harinera Generoso Mancini y la fábrica de sedas y paños Filta S.A”.

No obstante, sobre el mismo sector en 1940 escribe Salcedo (óp. cit., p. 35):

“se clausura definitivamente la línea férrea a Puerto Colombia. El tráfico fluvial languidece hasta prácticamente desaparecer. El sector entero entra en barrena. A semejanza de la ciudad entera, cada vez más alejada del río y del mar”.

Dado que nos aproximamos a la mitad del siglo XX, van apareciendo personas que recuerdan algunos aspectos de la vida en el Barrio Abajo de aquel entonces. Por ejemplo, el señor Joaco Cáceres, conductor jubilado de la empresa transportadora Sánchez Polo, recuerda que, durante su infancia, en la década de 1940, eran muy escasas las viviendas que contaban con fluido eléctrico, explicando que:

“En realidad, no hacía demasiada falta. Dormíamos con las ventanas abiertas y era tanta la brisa que toca levantarse a medianoche a cerrarlas. -Tras extender su dedo anular derecho, exhibiendo una uña ligeramente cóncava y grisácea, comenta- Ésta uña me la volé tres veces porque se me tiró la puerta, de un

«brisón». Como no existían los televisores, ni los computadores, ni los celulares, simplemente nadie pensaba en que no había electricidad. Las neveras eran un lujo que nunca habíamos tenido, por eso no lo extrañábamos. Lo único medio complicado era la iluminación, porque el fuego de las velas a veces incendiaba los techos de las casas. Como mi papá había trabajado en el puerto, se quejaba de que, con todo lo que él había visto entrar por ahí, que él mismo había ayudado a cargar, nosotros seguíamos aún expuestos a un incendio por no tener bombillos. Yo no le entendía. Al contrario, era feliz jugando a atravesar el dedo sobre la llamita de la vela sin quemarme y, cuando estaba más grande, a patear bolas de candela. Eso más nunca lo hice porque, un día, los hijos de los García le quemaron un pedazo de casa a la mamá con una bola de candela»⁷⁹.

⁷⁹ Información provista durante una conversación con el autor, en la vivienda de don Joaco, el 28 de diciembre de 2021. Aunque el Sr. Cáceres dejó de vivir en Barrio Abajo hace un par de décadas, aun lo frecuenta regularmente.



Figura 46: carrera 53B, entre calles 46 y 47. Al fondo se aprecian las cúpulas de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús⁸⁰.

⁸⁰ A pesar de que la iglesia elimina cualquier duda de que se trata, efectivamente, del Barrio Abajo, desconozco la autoría y la fecha en la que fue tomada la fotografía. La encontré de forma azarosa en internet, sin referencia alguna. La dirección exacta la deduje gracias a la posición de la iglesia y de la calle 47, que se estrella al fondo con la carrera 53B. Recuperada en noviembre de 2021 de <https://www.facebook.com/groups/569028023727261>

Por su parte, Edna Marengo, nacida en el Barrio Abajo en la década de 1950, recuerda con desagrado que cuando tenía más o menos siete años estuvo muy enferma a causa de una infección gástrica que le generó el consumo de agua contaminada:

“Mi mamá me hacía tomas de limonaria, manzanilla y otras yerbas, y me daba el horrendo bicarbonato que, aún hoy, me cuesta bajar. Cuando me vio el médico le dijo a mi mamá que el problema era el agua y que no siguiera dándome más remedios a base del mismo suministro”⁸¹.

Otra idea de cómo podía lucir el Barrio Abajo en la década de 1940 está dada por la cartografía. Este punto de la historia barranquillera dejó dos registros cartográficos de especial valor, que es posible analizar comparativamente para establecer algunos puntos sobre la vida barrial en la época de clausura del ferrocarril: se trata de la primera aerofotografía panorámica del país⁸², por una parte; y de un plano levantado por la empresa de acueducto de la ciudad, por otra. Realizado por encargo de las Empresas Públicas Municipales, el plano representa la *“pavimentación [entonces] existente”*. Allí, el Barrio Abajo muestra menos de diez calles pavimentadas, y su nombre, igual que el de Montecristo, no aparece escrito en ningún punto del documento (a diferencia de lo que ocurre con barrios vecinos como Boston, El Prado, Recreo, Delicias e incluso Chiquinquirá). Por su parte, la panorámica consiste en un conjunto de 131 aerofotografías individuales tomadas, en 1939, por los pilotos de SCADTA. Tras una fina labor de montaje, la Universidad del Norte publicó (Meisel Roca, 2019) la panorámica resultante al unir los materiales. No obstante, el trabajo de montaje uninorteño no contempló la necesidad de georreferenciar las fotografías, por ello, la imagen resultante tiene bordes negros y puntos ciegos, así como alteraciones sutiles a nivel de escala. Dado esto, fue preciso volver a reproducir el material original, reeditararlo y, ahí sí, producir una nueva imagen panorámica. Este trabajo fue de autoría propia.

⁸¹ Información provista durante una conversación con el autor, en casa de Doña Edna, el 06 de enero de 2022.

⁸² Consiste en un conjunto de 131 aerofotografías individuales tomadas, en 1939, por los pilotos de SCADTA. Tras una fina labor de montaje, la Universidad del Norte publicó (Meisel Roca, 2019) la panorámica resultante al unir los materiales. No obstante, el trabajo de montaje uninorteño no contempló la necesidad de georreferenciar las fotografías, por ello, la imagen resultante tiene bordes negros y puntos ciegos, así como alteraciones sutiles en materia de escala. Dado esto, fue preciso volver a reproducir el material original, reeditararlo y, ahí sí, producir una nueva imagen panorámica. Este trabajo fue de autoría propia.

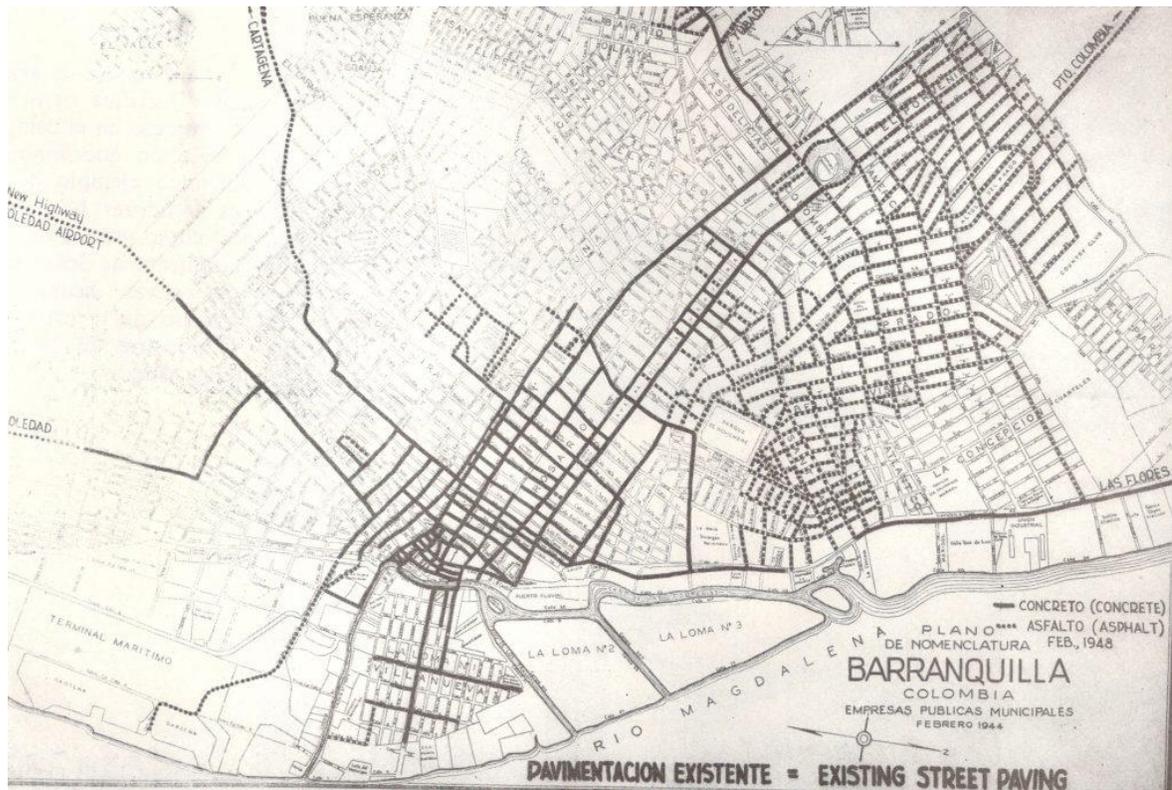


Figura 47: plano que representa la pavimentación existente en Barranquilla en 1944 (Empresas Públicas Municipales).

Al detallar el área correspondiente al Barrio Abajo en la aerofotografía destacan, a primera vista, los patios de las casas, cuyos árboles sobresalen por encima de los tejados gracias a la espesura de sus follajes. En comparación con las edificaciones del centro, en las que los patios se reducen significativamente, al tiempo que su número de plantas aumenta, las construcciones en el Barrio Abajo ceden su protagonismo a la vegetación.

Este documento también nos brinda la oportunidad de detallar el aspecto (desde arriba) de algunos lugares emblemáticos del barrio, sobre los que abundan anécdotas y referencias. Por ejemplo, el *Jardín Águila*, una maravillosa edificación de estilo *Art Decó* erigida en la década de 1930 por el arquitecto cubano Manuel Carrerá, en la calle Murillo (45), entre carreras 45 y 46. Fue demolido a en 1972 para dar paso a *La Checa*. El *Jardín* fue construido por encargo de la Cervecería Águila, que surgió después de que la familia Obregón adquiriera la Cervecería Barranquilla y suprimiera la producción de las otras marcas, consagrándose exclusivamente a la producción de la *sin igual y siempre igual*.



Barrio Abajo en la Barranquilla de la década de los 40's

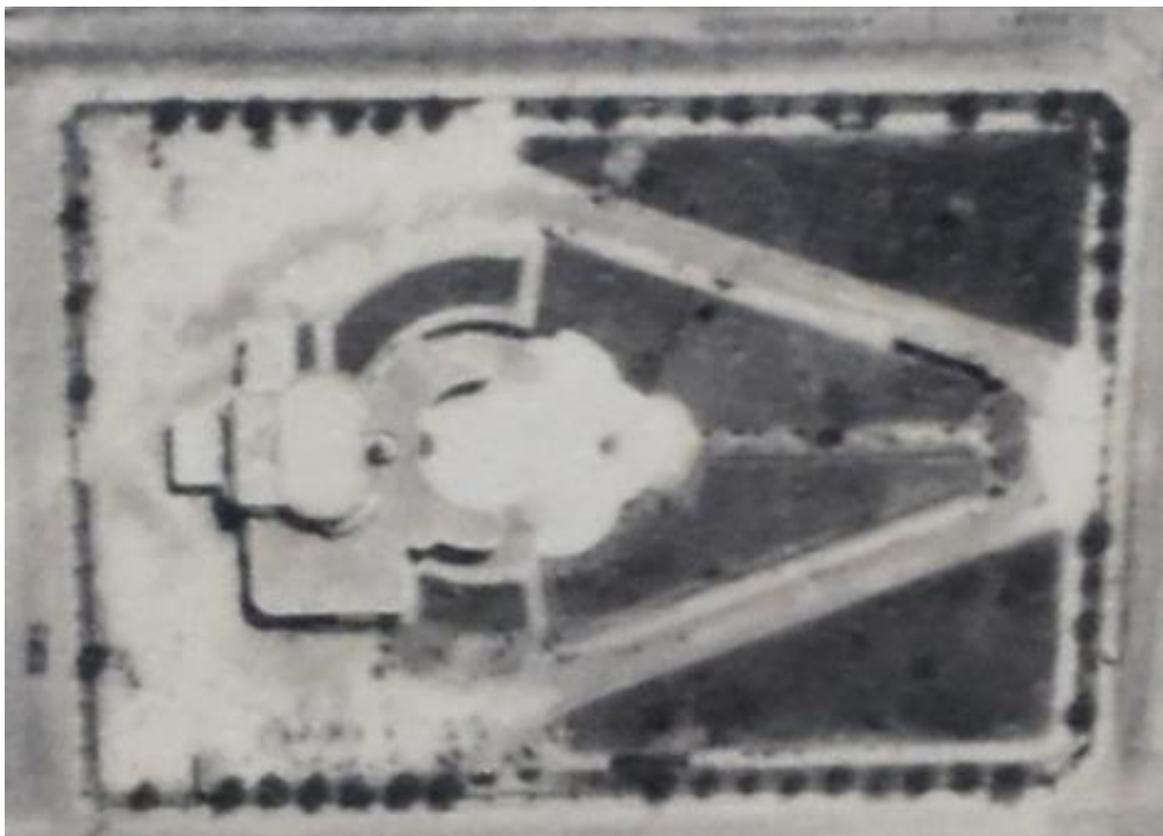
BARRIO ABAJO

Lugar

- | | | |
|------------------------------------|--|----------------------------|
| ① Edificio de la Aduana | ⑦ Escuela Tercera para Varones | ⑫ Embarcaderos del Mercado |
| ② Estación Montoya | ⑧ Iglesia Sagrado Corazón de Jesús | ⑬ Intendencia fluvial |
| ③ Jardín Águila | ⑨ Bodega vieja | ⑭ Bavaria |
| ④ Cine Metro | ⑩ Fagrove | ⑮ Cárcel de Obando |
| ⑤ Parque 11 de Noviembre | ⑪ Embarcaderos de La María o Puerto de Camacho | ⑯ Tienda El Tokio |
| ⑥ Edificio de las Mejoras Públicas | | ⑰ Scadta |

Figura 48: aerofotografía del Barrio Abajo, el caño de Las Compañías y el río Magdalena en 1939⁸³

⁸³ Esta imagen (de autoría propia) fue constituida digitalmente a partir de la edición y georreferenciación de varias decenas de aerofotografías tomadas en 1939 por pilotos de la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo (SCADTA). Presenta el encuentro entre el Barrio Abajo (cuyo contorno resaltamos en azul), el caño de Las Compañías y el río Magdalena. Al mirar con detenimiento, se aprecia frente al Barrio Abajo el puerto de La María o de Camacho (ya en vísperas de su obsolescencia), en el que atracaban los vapores, bongos y champanes decimonónicos. En el extremo derecho del campo es visible el islote que fungía como atracadero del caño del Mercado, únicamente transitable en embarcaciones pequeñas y ligeras, dada su estrechez. Al otro lado, en el extremo izquierdo, se aprecia unos de los primeros aeropuertos de América: los hangares de la propia SCADTA, con su distintivo y colosal letrero "Barranquilla" expuesto en letras blancas y fondo negro sobre el techo de la edificación principal. Las fotografías originales se pueden consultar en el Archivo Histórico del Atlántico.

Figura 49: *Jardín Águila*. Detalle de aerofotografía tomada por SCADTA en 1939.

A pesar de que Alfredo Morelos⁸⁴ -quien no tiene edad para haber asistido al *Jardín*- recuerda que, cuando era niño, escuchaba que allí sólo podían entrar los empleados de la cervecería, César Morales (óp. cit., p. 16) rememora sugestivamente sus aventuras adolescentes en aquel lugar:

“Los domingos íbamos al Jardín Águila a tirar pase con el bollito de turno, a gozar con los discos de Pacho Galán, Aníbal Velásquez, la Billo’s, Cortijo y su Combo, Fajardo, Pacheco y su Charanga, Mon Rivera y el tremendo Ray Barreto, que eran la sensación del momento [...] El bailarín estrella era Pepe Calvo. Jamás he visto a nadie mejor que Pepe pa’ tirar pases. ¡Todo un espectáculo! Cuando sonaba el disco Almendra, de Los Alegres All Stars lo dejábamos en la pista, para que se fajara con el solo de bajo de

⁸⁴ Es un coreógrafo, hoy septuagenario, vecino del sector de Barrio Abajo. Su colaboración en el proceso investigativo fue invaluable. A diferencia de otros colaboradores etnográficos, Morelos es amigo cercano de mi padre, por ello, las conversaciones con él se dan de forma habitual.

Kako [...] Aunque el «Flaco» Miguel, nuestro pupilo del Barrio Abajo, la vacilaba bacano. Y la «Negra» América era la vedette [...] ¡Qué negrona caballeros! Le decíamos «La Escalera» porque todos la queríamos montar, pero al final tacábamos burro, porque Amércia nos zafaba elegantemente [...] Siempre fue fiel a su negro Luis, su materire”.



Figura 50: Fachada del Jardín Águila. Figura hallada en línea. Recuperada en noviembre de 2021 de https://m.media-amazon.com/images/I/61EKY0BLpDL._AC_SL1000_.jpg

Al poner en diálogo estos materiales, podemos intuir que un porcentaje muy reducido del dinero que prestó Parrish a nombre de la ciudad, con el fin de mejorar sus servicios públicos y pavimentar sus calles, fue invertido en el Barrio Abajo. Su lectura indica que, por el contrario, los recursos fueron reservados para la adecuación de los nuevos barrios planificados como el Prado, cuyos empresarios eran quienes, casual y convenientemente, estaban llamados a ejecutar los presupuestos. El caso *bajero* constituye una evidencia patente de que Jorge Caballero (óp. cit., p. 35) tenía razón al afirmar que las expresiones del proyecto moderno en Barranquilla estuvieron “*restringidas a grupos selectos [y] parciales [...] Constreñidas al ámbito de individuos y grupos minoritarios que llevaron a cabo acciones urbanas [..] de modernización*”.



Figura 51: Precariedad urbana en el Barrio Abajo, *Diario del Caribe*, martes 15 de septiembre de 1962

Mientras las fuentes secundarias afirman que, “Entre 1925 y 1945, la ciudad demostró tener la empresa de acueducto y alcantarillado más eficiente del país [porque] su cobertura alcanzaba el 87% de la población” (Faimboin Y. & Rodríguez citados por Varela Barrios, *óp. cit.*, p. 222), al conversar con bajeros *de toda la vida*, algunos de las más ancianos (nacidos en la década de 1940) recuerdan que hasta bien entrada la década de 1970

todavía era común que las casas no tuvieran inodoros⁸⁵. A grandes rasgos, la indagación suscita la idea de que, por algún motivo, Samuel Hollopeter y sus jefes, los empresarios del acueducto, continuaban (al igual que muchas personas durante el siglo XIX) considerando al Barrio Abajo un caserío anexo a Barranquilla, mas no una parte significativa de su espacio urbano.

Y este punto puede resultar controversial porque hay quienes consideran, como César Morales (2014, p. 53), que “*el barrio [Abajo] era el epicentro de la ciudad*”. En este mismo sentido, el egregio periodista barranquillero, Alfonso Fuenmayor, anotó que “*si alguien quiere tener una idea bastante aproximada de lo que era Barranquilla [...] El Barrio Abajo [...] le proporcionará la imagen que busca*” (1978). En otra ocasión, el mismo Fuenmayor (2001) comentó: “*Hay sectores de la ciudad—bien escasos, ciertamente— que conservan casi intacta la expresión y el espíritu de la vieja Barranquilla [...] Seguramente donde esta impresión es más nítida, de contornos más definidos, es en el Barrio Abajo*”⁸⁶. Ariel Castillo Mier⁸⁷, por su parte, planteó que “*el paradigmático Barrio Abajo [...] concentra tantos elementos definitorios de la historia de la ciudad, hasta el punto de confundirse con ella misma*”.

Sin embargo, al analizar comparativamente lo que ocurría con la ciudad y el barrio a lo largo del siglo XX, es evidente una deliberada desinversión pública en este sector, orientada a priorizar el desarrollo y la consolidación urbana de otros barrios más próximos a los intereses de los urbanizadores privados. Aunque escenarios privados, gratamente recordados por las personas del barrio (como el *Jardín Águila*), sugieran la idea de inversión y consumo urbano, parece tratarse de excepciones puntuales. Lo paradójico de todo esto es que, en la segunda mitad del siglo pasado, la falta de acceso de los habitantes del Barrio Abajo a un fluido de agua potable, energía eléctrica o calles pavimentadas haya sido vista por algunas personas como un pintoresco retrato de la Barranquilla primigenia.

⁸⁵ Testimonio de Doña Josefa Gómez y su hermana, Elvia. La información fue provista durante una conversación con el autor, en la vivienda de las entrevistadas, en enero de 2022.

⁸⁶ Originalmente publicado en la sección Aire del Día, en el periódico *El Herald*. Como otros textos de A.F., este fue republicado por la revista Huellas de la Universidad del Norte.

⁸⁷ En el prólogo a Salcedo (óp. cit.).

2.4 POÉTICA POPULAR EN UNA CIUDAD DECADENTE: LA SINGULARIDAD URBANA DEL BARRIO ABAJO (1960 – 1990)

Figura 52: Barrio Abajo pintado por Joaquín McCausland



La desinversión pública que evidenciamos desde las primeras décadas del siglo XX en el sector popular del Barrio Abajo, olvidado por los nuevos afanes de la rentabilidad inmobiliaria, tiende a generalizarse en el resto de la

ciudad durante la segunda mitad del siglo. En la década de 1950, la caída de los precios del café (Bell, óp. cit., p. 70) converge con la salida del capital norteamericano de las Empresas Públicas Municipales (Varela Barrios, óp. cit.), de modo que se empieza a hablar de una “*etapa de crisis que se mantuvo hasta finales del siglo XX*” Llanos (óp. cit., pp. 119 - 120)⁸⁸.

Sobre las razones atribuidas al colapso económico de la ciudad “*historiadores y analistas no terminan de ponerse de acuerdo*” (Varela Barrios, óp. cit.). Hay quienes hablan de “*problemas complejos de navegabilidad y acceso de las embarcaciones modernas al puerto sobre el río Magdalena [y] una cierta decadencia del desarrollo industrial*” (ibid.); otros, identifican el “*reemplazo de la navegación por transporte terrestre, la estrechez del mercado costero y el centralismo del gobierno nacional*” como motivos relevantes (Llanos óp. cit.).

Como la desinversión en el Barrio Abajo había empezado mucho antes de la crisis general de la ciudad, ésta no se hizo sentir de forma demasiado contundente. El cierre del ferrocarril y el traslado de los embarcaderos premonizó, en cierta medida, lo que ocurriría después a mayor escala. Un número importante de industrias y talleres permanecieron en el barrio, manteniendo parcialmente la oferta laboral en torno a la que se conformó la primera comunidad proletaria del país. Sin embargo, cada día se fue haciendo más

⁸⁸ Edgar Varela (óp. cit., p. 222) refiere “*un colapso de su desarrollo económico [de Barranquilla], el cual tendió a detenerse e, incluso, a retrotraerse en sus ámbitos más significativos a partir del medio siglo*”.

contundente su distanciamiento respecto a las dinámicas comunitarias desplegadas barrialmente. Resulta sintomática de ese distanciamiento una serie amplia de campañas vecinales, desarrolladas a finales de la década de 1990, con el ánimo de atenuar la actividad industrial.

El distanciamiento puede explicarse por el hecho de que los habitantes del Barrio Abajo dejaron de ver en los talleres y las fábricas una oferta laboral atractiva o asequible, de modo que lo que otrora representaba sus posibilidades de trabajar y subsistir empezó a ser percibido como un foco de fealdad e inseguridad. Podríamos decir que hubo un desplazamiento en el significado (Moctezuma, 2016, pp. 86) atribuido hasta ese momento al Barrio Abajo: dejó de ser visto como ese lugar al que se podía ir a vivir y buscar trabajo.

Es importante reconocer que, a pesar de las condiciones habitacionales desfavorables que representó la segregación urbana del Barrio Abajo para sus habitantes, fue allí donde surgió lo popular; en medio de las nubes de polvo arremolinadas por la impetuosa brisa ribereña fue que se desplegaron las formas de producción social del espacio urbano que inspiraron este trabajo. Era justamente en virtud de ese arcaísmo que Alfonso Fuenmayor sentía que viajaba en el tiempo y volvía a la Barranquilla decimonónica.

Al pensar en el Barrio Abajo, en su arcaísmo y, más concretamente, en las formas de relación sensible que allí se dan, pareciera ser evidente la presencia de una especie de poética popular: de una serie de creaciones *desde abajo* que singularizan la experiencia urbana; que generan alternativas de relación sensible en un contexto aparentemente definido por imaginarios hegemónicos de ciudad (capitalista, moderna, neoliberal). Las particularidades de la vida en Barrio Abajo dan lugar a experiencias urbanas situadas. El conjunto de estas experiencias pareciera definir una estética urbana singular que, en tanto crítica del “deber ser”, es popular; y, en tanto creativa respecto a ese “deber ser”, es poética.



Figuras 53 y 54: Carnavales populares en los barrios (*Barranquilla Gráfica*, 1964)

La expresión más representativa de esa poética popular del Barrio Abajo es quizás el carnaval. La magnitud y fama de esta forma de producir socialmente el espacio urbano ha hecho de ella una imagen convencional sobre los ejercicios de creación popular en nuestra sociedad. El Carnaval de Barranquilla se ha convertido en un referente nacional e internacional sobre actos de creación popular urbana; y el Carnaval en Barrio Abajo, a su vez, se ha convertido en referente interno de la creación popular en Barranquilla.

Sin embargo, nuestro interés por la vida cotidiana supone volver detenidamente sobre los actos poéticos que carecen de esa representatividad: sobre esos actos de apariencia intrascendente que poseen un carácter micro-político (Rolnik, 2019). Por ello, a pesar de que el carnaval esté hecho *desde abajo*; a pesar de que sea producto del diálogo orquestado entre muchos de estos actos poéticos populares, su representatividad y renombre actual tienden a hacer de él algo trillado.

Vale la pena pensar en la emergencia de otros actos poéticos populares: de los que carecen de representatividad y fama. En su prólogo al libro de Salcedo, Ariel Castillo empieza por resaltar la poética de la cotidianidad bajera: nos habla de un Barrio Abajo en el que se gesta “*un arte de vivir, una escuela de vida signada por la gracia en el hacer y el decir*” (Castillo en el prólogo a Salcedo, óp. cit., p. 11). El libro nos interpela de forma particular ya que, no sólo se sitúa en el Barrio Abajo, sino que se aproxima a él a través de la “*reconstrucción de sucesos y figuras anónimas, de estirpe popular, [...] mediante el registro de su cotidianeidad*” (Ibid., p. 13).



Figura 55: *Monos, Farotas y Caimán*. Fragmento de una serie de pinturas producida por Nitho Cecilio en honor a las *Danzas Tradicionales del Carnaval de Barranquilla*. Todas las imágenes están «firmadas» por las cúpulas de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

Dos elementos resaltan en la frase que acabamos de citar: lo cotidiano y lo popular. Si partimos de reconocer lo popular como una *forma de relación* crítica respecto a un ejercicio de dominación *desde arriba* (Martin-Barbero, 2002), debemos preguntarnos ¿respecto a qué era popular el Barrio Abajo en aquel entonces? ¿Ante qué forma de hegemonía constituía una alternativa crítica ese espacio urbano? ¿Qué singularidades creativas introducía este barrio en el marco del proyecto hegemónico de ciudad que existía entonces? O, en otras palabras, ¿Cómo operaba la poética popular del Barrio Abajo? ¿A través de qué experiencias sensibles se manifestaba? ¿Qué tipo de actos creativos daban lugar a esas experiencias sensibles?

Al volver sobre el libro de Salcedo (óp. cit., p. 18) con estas preguntas en mente aparece esta evocación del Barrio Abajo a mediados del siglo pasado:

“Qué hermoso era entonces el Barrio Abajo. Cuando uno se adentraba por sus estrechos callejones, donde se levantaban modestas casuchas de paja y bahareque junto a bellas y confortables viviendas de aspecto colonial, tenía la sensación de encontrarse en un pequeño pueblo sin ninguna relación con el resto de la ciudad. De hecho, sus habitantes eran autosuficientes: sobrevivían sin necesidad de salir del barrio [...] era una comunidad cerrada con tradiciones culturales propias sin homologación posible con el resto de la ciudad; allí todos se conocían y se saludaban por su nombre cuando se encontraban en los altos sardineles.

En sus calles y callejones se crearon [...] interrelaciones humanas que iban mucho más allá del trato convencional entre vecinos, lo que desarrolló todo un sistema de comportamientos y hábitos que acabaron por definir el carácter de los bajeros como grupo humano, caracterizado por la capacidad de vivir como propio cada acontecimiento de vecindad y colindancia [...] Las puertas de las casas estaban siempre abiertas y en algunas podía divisarse el patio en el fondo, que por regla general era frondoso y lleno de vida. Por todas partes se escuchaban cantos de gallos y pregones de palenqueras. Todo el barrio era una fiesta y los niños correteaban libremente por los callejones. Allí la arquitectura, en vez de separar a la gente, como ocurría en otros sectores, la unía”.

Se trata de una descripción bastante romántica e idealista. El barrio es presentado como ese espacio idílico que aloja los recuerdos adolescentes de un autor que escribió casi a sus setenta años. El énfasis en la intensidad con la que fluían las relaciones entre vecinos nos remite a nuestro propio punto de partida: la producción *social* del espacio urbano. La evocación nos presenta un espacio autónomo en el que las relaciones sociales se agotan de manera endógena: su riqueza e intensidad es tal que constituyen un sistema equilibrado en sí mismo. El microcosmos barrial emerge ante el lector, almidonado y magnificado por la nostalgia del autor.



Figura 56: Vida de barrio (Barranquilla Gráfica, 1963).

Más allá de las notas románticas que le imprime Salcedo, el relato nos interesa por su idea de que el Barrio Abajo introducía una experiencia singular en el marco del proyecto urbano que regía en la Barranquilla de entonces. Esta singularidad tiene que ver con su autosuficiencia y con *“la capacidad [de sus habitantes] de vivir como propio cada acontecimiento de vecindad y colindancia”*. El hecho de que *“Allí la arquitectura, en vez de separar a la gente, como ocurría en otros sectores, la unía”*, sugiere que la singularidad – para Salcedo– está dada por la unión de las personas. La relación social contiene, a juicio de este autor, el potencial poético que involucra la creación de una alternativa. La diferencia entre lo que ocurría en Barrio Abajo y lo que *“ocurría en otros sectores”* se manifiesta concretamente a través de la cercanía que describe los vínculos vecinales:

“El verdadero encanto [...] no radica, desde luego, en su arquitectura, que es desigual y, en muchos casos, caótica; ni en sus calles, avenidas, plazas, monumentos y demás lugares que puedan tener algún significado histórico o carácter recreativo, pues son escasos y, con pocas excepciones, de una vulgaridad ofensiva,

sino en la singular manera en la que se expresa la vida comunitaria [...] En su cálida y solidaria vida de barrio” (ibid., p. 101).

El pintor e instructor de boxeo Raúl Angulo Cabrera, que ha vivido desde que nació (a principios de la década de 1950) en una casa en la carrera 53 con calle 48, también identifica la estrechez de las relaciones vecinales como uno de los elementos representativos de la singularidad *bajera*.

Para él, esa estrechez se manifestaba de formas diversas que iban, desde la decoración colectiva de las calles en fechas especiales, con serpentinas, cadenetas y carteleras, hasta el cuidado del Otro: a guisa de ejemplo, explica que “*cuando un borracho se quedaba en el sol uno lo recogía y lo dejaba en la sombrita, y si era de por ahí, iba y avisaba en la casa para que lo fueran a buscar*”⁸⁹. De hecho, al ser cuestionado sobre *qué se hacía antes en Barrio Abajo que ahora ya no*, don Raúl baja la mirada y responde con severidad: “*la unión*”. Al tratar de indagar más sobre los motivos de tal desintegración, don Raúl responde que no sabe, que cuando ha tratado de indagarlo “*la gente se entristece y poco hablan de eso*”⁹⁰. Agrega que, en su caso, la pintura le resulta más efectiva que la conversación para referirse a ello.



Figura 57: Don Raúl Angulo Posando frente a una de sus obras, en la esquina de su casa *bajera*. Su atuendo también fue pintado por él mismo. Foto de autoría propia, marzo de 2021.

Pero más allá de cercanos, ¿Cómo eran esos vínculos? ¿Qué otros adjetivos los describen? ¿Qué más podríamos decir sobre ellos? ¿Cómo se daba *la producción social del espacio urbano en Barrio Abajo*? Continúo releendo a Salcedo y encuentro el relato de Lilia Miranda, una mujer que llegó a vivir al barrio en 1940, cuando tenía seis años. En cierto punto del relato (ibid., p. 41), Miranda describe “*la población del Barrio Abajo*” y algunas formas de relación entre sus miembros:

⁸⁹ Esta información fue proporcionada al autor durante una conversación, el 17 de febrero de 2021, en la tienda que queda en la esquina de la casa de Don Raúl.

⁹⁰ (ibid.).

“La población del Barrio abajo abarcaba toda la escala social. Aunque había pobres, menos pobres y uno que otro acomodado, existía un sentido de comunidad y primaba la idea de que todo el mundo cumplía una función dentro de una estructura que trascendía lo que hoy llamamos estratos”.

El testimonio de Miranda (ibid.) enfatiza en el origen rural de muchas de las familias que habían llegado a conformar el Barrio Abajo: ve en ese origen rural uno de los elementos generadores de la singularidad poética que estamos tratando de rastrear. Añade también información relativa a las expectativas modernas de empleo asalariado que, en su momento, motivaron a estas familias campesinas a instalarse en el barrio:

“En el Barrio Abajo vivía mucha gente como nosotros, que llegó de los pueblos y se instaló allí para estar cerca de las fuentes de trabajo. Muchos trajeron consigo sus costumbres rurales y sus formas de pensar campesinas. Había familias que cultivaban pequeñas huertas y criaban animales en los patios”

Además de las expectativas laborales, otro de los elementos que estuvo estrechamente ligado con la llegada de inmigrantes rurales al barrio estuvo dado por los pasajes. *“Aunque fueron construidos en todos los barrios fundacionales de Barranquilla [...] se calcula que en todo el Barrio Abajo hubo más de diez”* (ibid., p. 44). Se trata de conjuntos residenciales “primitivos”, que ofrecían una alternativa de alquiler barato para quienes recién llegaban al barrio, cortos de plata y llenos de expectativas. Salcedo (ibid., p. 45) explica que:

“Los pasajes estaban divididos en pequeños apartamentos o en simples habitaciones, en donde se hacinaban entre diez y doce familias. En los de menor rango, cada familia disponía de una sola habitación y debía compartir con los otros inquilinos un baño común y una única cocina [...] En el caso de los pasajes de apartamentos, éstos, aunque separados por una delgada pared, constaban de dos habitaciones con cocina y baño y tenían frente a la calle”

Ya que se trataba de un “tente en pie” mientras era posible el establecimiento de condiciones habitacionales menos precarias, *“Muchos de estos inquilinos se mudaban al poco tiempo, cuando conseguían un alojamiento mejor, próximo a un lugar de trabajo*

estable" (Ibid., p. 44). No obstante -continúa Salcedo-, "*otros se quedaban allí durante años y años, esperando que les sonriera la fortuna*" (ibid.).

El autor precisa que "*Los habitantes de un pasaje debían ceñirse a un riguroso régimen de convivencia determinado por la proximidad*" (ibid., p. 46): aspectos que iban desde el cuidado necesario para que el humo despedido al cocinar no invadiera las habitaciones, hasta los turnos asignados para el lavado de la ropa – "*aprovechando al máximo las horas de sol*" (ibid.)–, daban forma a ese régimen. La proximidad en espacios licenciosos como el baño, en el que hay lugar a la desnudez, involucraban formas de relación social aún más particular:

"El baño temprano era todo un ceremonial. Frente a los baños hacían cola hombres y mujeres que se alistaban para ir al trabajo, con la toalla al hombro y sujetando entre los dientes el cepillo [...] Muchos impacientes y malhumorados, daban golpes en la puerta para afanar a quien estuviera ocupando el baño y demorándose allí más de la cuenta. Las muchachas se hacían acompañar a los baños por la madre u otro miembro de la familia, para mantener a raya las miradas lujuriosas de los varones" (ibid.).

Como es esperable, en el marco de este intenso hacinamiento surgían conflictos; el riguroso régimen de convivencia no era infalible:

"Era suficiente que alguien regañara al hijo de un vecino o que un hombre detuviera la mirada más de la cuenta en la mujer ajena para que surgieran las discordias, las desavenencias y, en los casos más extremos, la discusión y la pendencia, con intercambio de insultos y golpes" (ibid., p. 47).

Los pasajes nos hablan de una cercanía vecinal exacerbada, en la que lo poético de "*vivir como propio cada acontecimiento de vecindad y colindancia*" raya en la precariedad generada por el hacinamiento. "*La gente nacía, crecía, se reproducía y moría en estas habitaciones donde, por lo delgado de las paredes, no cabían los secretos*" (ibid.). A través de algún tipo de artificio cultural; en virtud de cierto tipo de mecanismo de producción de subjetividad (la modernidad), los deseos de "progreso" y cosmopolitismo que embargaban a muchas de estas personas, las hacían dejar sus pueblos para embutirse precariamente, con hijos y pareja de abordo, en aquellos pasajes residenciales. Además de contingencias

políticas y económicas como la violenta guerra, combustible por excelencia de las migraciones internas en Colombia, los deseos de ser modernos (con lo que eso significara para cada quien) movilizaron a centenares de cuerpos a dejar de ser campesinos para asumirse obreros; a dejar de vivir con acceso directo a los medios productivos para convertirse en proletarios.

Hasta este punto, por mucho uno se pregunte sobre el potencial poético que pueda llegar a ostentar este tipo de proximidad vecinal, aturde el hecho de que, más que voluntaria, fuese forzada por la precariedad económica y el hacinamiento. Vale la pena pensar en la vulnerabilidad económica y política que define la condición de los inmigrantes rurales: en eso que aparece como el eje de la proximidad vecinal cotidiana de los pasajes *bajeros* (en cuyo seno estamos tratando de rastrear lo poético). Cierta forma de relación con el poder político y económico que regía en la ciudad definía la condición de estos grupos de personas, que eran llamadas a ocupar posiciones vulnerables: se trata de una condición a todas luces popular, definida por la otredad común respecto a cierta forma de poder hegemónico.

Cuando releemos el texto de Salcedo con esto en mente, empieza a emerger la poética popular cotidiana que estamos buscando:

“también había momentos de solaz compartido, noches plenas de sabor fiestero, maneras similares de entender y afrontar la vida y altas cuotas de solidaridad, e incluso, de complicidad [...] Cuando alguien se mudaba, los vecinos ayudaban a cargar en fila india los escasos enseres. Desocupados los cuartos, llegaban nuevos vecinos. Era la vida, rotando y rebotando por las paredes de esos entrañables condominios humanos, testigos de pequeñas y grandes historias del barrio” (ibid.).

La historia de Alfredo Morelos (el coreógrafo vecino del Barrio Abajo que ya mencionamos), quien tuvo la oportunidad de vivir en uno de estos pasajes durante su infancia, posee un fuerte componente de singularidad asociado a la solidaridad vecinal. Aunque su familia no provenía de ninguno de los pueblos ribereños comúnmente originarios de los antiguos *bajeros*, sino de San Isidro, una invasión construida en Barranquilla en la década de 1930, su inmersión en el mundo de los pasajes fue profunda.

Al ser interrogado sobre la proximidad vecinal en aquel barrio de su ya distante infancia, Alfredo sonrío y cruza la pierna, acomodándose en la mecedora de mimbre que se balancea obstinadamente en el zaguán de su actual casa, en el barrio Boston. Me dice: *“mira, ¿tú ves esta casa donde yo vivo? Esta casa me quedó a mí gracias a la proximidad vecinal de la que hablas”*⁹¹.

Sorprendido, detallo la casa (en la que ya había estado antes): una bonita vivienda de fachada neoclásica, techada con auténtica teja barranquillera. Los gruesos muros enmarcan amplias ventanas abatibles de madera, que dialogan sugestivamente con un juego de celosías de concreto que garantiza el flujo de brisa. Desde el zaguán, al fondo, se divisa el verdor del patio, en el que ya Alfredo ha tenido que empezar a construir apartamentos de alquiler para poder continuar manteniendo la propiedad.

El hombre, ya septuagenario, cuenta que cuando era muy niño y su familia llegó a aquel pasaje del Barrio Abajo (hoy demolido) conocieron al antiguo dueño de la casa donde él vive actualmente. Esto fue posible porque Boston y el Barrio Abajo son vecinos, están únicamente separados por el predio que hoy ocupa la Plaza de la Paz. En aquel momento, comenta Alfredo, allí había casas, aunque no tenían nada que ver (estilísticamente) con la arquitectura popular y la precariedad urbana del Barrio Abajo.

El antiguo dueño de la casa de Boston se hizo muy amigo de los padres de Alfredo, quienes incluso establecieron lazos de compadrazgo con él. Dado que el amigable vecino no se reprodujo ni se casó, y no tenía relaciones demasiado estrechas con sus hermanas, el tiempo fue sedimentando fuertes lazos de solidaridad vecinal. En virtud de esos lazos, fueron Alfredo y sus padres quienes atendieron al vecino durante sus achaques de vejez. A falta de herederos y agradecimiento de sobra, el vecino decidió legar su patrimonio inmobiliario a la familia Morelos, que hasta aquel momento continuaba sometida al yugo del inquilinato.

Al continuar rastreando la poética popular cotidiana, tomando como base la intensa estrechez de las relaciones vecinales, aparece el testimonio de Alex Ortega⁹², un hombre nacido en 1944 en el Barrio Abajo. Allí creció y luego, ya adulto, se mudó. Su relato nos saca del hacinamiento de los pasajes, situándonos en una casa familiar “completa”, con patio y cajas de aire; nos acerca a la experiencia de las familias inmigrantes que, habiendo

⁹¹ Esto sucedió durante una conversación sostenida con el autor el 15 de diciembre de 2020.

⁹² Originalmente provisto a Salcedo, en el marco de su actividad etnográfica (óp. cit., pp. 103 - 104)

encontrado una fuente de ingresos menos estética, podían salir del pasaje para empezar a habitar una casa:

“Con las reformas que le fuimos haciendo, la nueva casa se volvió bastante acogedora. Hasta tuvimos un jardincito con un frondoso jazminero que perfumaba nuestras noches. En la cola del patio, una cerca de palitos nos separaba de la casa de la señora Inés Buendía. La cerca tenía palos sueltos, asegurados apenas con un aro de alambre, para que los habitantes de una y otra casa pudieran transitar sin problemas [...] Las familias del Barrio Abajo eran numerosas y muy unidas. Se visitaban unas a otras. Mi papá y sus amigos iban los sábados a jugar billar o a echarse su partida de dominó, regada con buenas frías, en alguna tienda. En cierta forma, la vida en nuestras calles tenía algo de pueblerina: nadie trancaba las puertas [...] En general, la integración era fácil”.

De lo planteado por Ortega, resulta especialmente llamativa la porosidad y penetrabilidad de las fronteras que definen el espacio familiar privado. En este caso, la proximidad vecinal cotidiana se manifiesta a través de esas fronteras porosas, fácilmente penetrables (puertas abiertas y patios conectados). El hacinamiento precario de los pasajes deja de ser el eje de la proximidad vecinal; ahora ésta se expresa como flujo abierto de cuerpos a través de espacios “privados”.

Salcedo también relata que, en ciertos momentos, las formas de relación cercana entre vecinos tenían sede en el espacio público: las calles eran reapropiadas popularmente de forma que *“cumplían su papel esencial en la vida urbana, el de estimular el encuentro y la comunicación cara a cara entre los miembros de una comunidad”* (Ibid., p. 49). Dado que la calle es uno de los componentes más representativos del espacio urbano, las relaciones sociales allí desplegadas nos interesan especialmente:

“En las aceras la gente se saludaba, se preguntaba por la salud y los hijos, se interesaba por los asuntos domésticos. Los sardineles fueron los primeros escenarios del amor [...] Como no había parques, los niños se encontraban y jugaban en la vía pública [...] La calle, rebosante de vida, les pertenecía a todos en el Barrio Abajo, [allí] todo y todos se han mezclado [...] Con estos excesos

de comunicación ejerció ciudadanía en sus calles el habitante del que fue el barrio más unido de Barranquilla” (Ibid., pp. 50 - 51).



Figura 58: Celebración callejera del *Día de los Angelitos* (Barranquilla Gráfica, 1963)

El espacio público en el Barrio Abajo era cotidiana y popularmente reapropiado por sus habitantes, quienes caprichosamente hacían de él salón de baile, cancha de fútbol, estadero, campo de béisbol, lugar de trabajo, etcétera. Salcedo destaca, entre otras formas de reapropiación popular del espacio público, el uso de las esquinas como escenarios de conversación vecinal. El autor sostiene que los bajeros las visitaban, “*armados tan sólo de sus lenguas viperinas*” (Ibid., p. 58), con el ánimo de calmar “*su curiosidad cultivada en el escándalo y [decidir] muchas cosas*” (Ibid.).

Tal era la inspiración que generaba el espacio público en los *bajeros*, que en la actualidad existe un creciente acervo de pinturas que retratan sus casas coloridas y elevados sardineles. Artistas como Néstor Loiza, Joaquín McCausland y Raúl Angulo se han apegado a un estilo más realista, mientras que otros, como Nitho Cecilio, juegan con las referencias urbanas para ilustrar intuiciones móviles y ensueños distantes.

Esa proximidad vecinal, en cuyo seno hemos situado la posibilidad poética de singularidad agente (de *crear* diferencia), solía materializarse cotidianamente en las esquinas del Barrio Abajo: se constituían en espacios para “echar chisme”. A través de ellas fluía caudalosamente cierto tipo de intersubjetividad popular “ominosa”, que discute y critica la intimidad del vecino. Una vez más, la proximidad entre quienes cohabitaban el espacio barrial se manifiesta ante nosotros en forma de fronteras porosas y penetrables. En este caso no se trata de fronteras físicas, sino de las que apartan la información íntima familiar de la que discutimos legítimamente en público.

Con ánimo concluyente podríamos plantear que, a lo largo del siglo XX, el Barrio Abajo ocupó un lugar preponderante en el agujereado proyecto de la modernidad barranquillera. Hemos tenido la oportunidad de evaluar el lugar ocupado por este sector barranquillero en su contexto de emergencia urbana, evidenciando una relación ambigua con el proyecto moderno: por una parte, las familias *bajeras* estaban llamadas a proveer la fuerza de trabajo necesaria para mover las industrias y el puerto en Barranquilla; por otro lado, carecían de posibilidades efectivas para consumir y disfrutar el proyecto moderno. En otras palabras, Barrio Abajo recrea el lugar de habitación de una fuerza proletaria necesaria para la modernización de la ciudad y a la vez es un lugar que muestra una gran inequidad

El primer barrio planificado del país (El Prado), emblema de la modernidad barranquillera, fue erigido apenas a una cuadra del popular Barrio Abajo. Sin embargo, sus sofisticados bulevares y sus modernos equipamientos urbanos nada tenían que ver con las condiciones de vida en el barrio obrero de al lado. En cierta medida, es posible afirmar que el proyecto de ciudad que configuró el espacio barranquillero durante el siglo pasado estuvo basado en execrables formas de desigualdad social. A pesar de que los ensueños y los deseos de la modernidad eran compartidos invariablemente por habitantes de barrios populares o ricos, condiciones estructurales de inequidad privaron a muchas familias de la posibilidad de materializarlos. El doloroso panorama que emerge al mirar la historia urbana de Barranquilla es el de una ciudad fragmentada y excluyente; obstinada en segregar y explotar; aficionada a la pompa y la hazañería.



Figura 59: niños anhelan las mercancías expuestas en la vitrina del almacén *Tía*, en el centro de Barranquilla (*Barranquilla Gráfica*, 1963).



Figura 60: niño descalzo asombrado ante un jinete de juguete (ibid., 1961)

Lo paradójico es que, en medio condiciones tan desfavorables, se haya gestado la riqueza poética de la primera comunidad proletaria que hubo en Colombia. Fue justamente en medio de las calles destapadas y las casas sin acueducto que se fueron forjando las sensibilidades propias de la cultura popular barranquillera. Quizás, precisamente como respuesta a la inequidad, las personas que habitaban el Barrio Abajo fueron capaces de

proponer alternativas de ciudad. La predilección de los personajes vinculados al Grupo de Barranquilla por el Barrio Abajo no hace más que corroborar la singularidad de este espacio urbano. De alguna forma, nos recuerda que, más allá de la ostentación suntuosa y corrupta, materializada en proyectos como El Prado, “*El verdadero encanto [de Barranquilla] radica [...] en la singular manera en la que se expresa la vida comunitaria [...] En su cálida y solidaria vida de barrio*” (Salcedo, óp. cit., p. 101).

3.

PATRIMONIO Y BIENES CULTURALES: ¿CATÁLISIS O RESISTENCIA A LA GENTRIFICACIÓN DEL BARRIO ABAJO?

“Pero el Barrio Abajo, tal como todavía se le conoce, no va a durar mucho tiempo. El Barrio Abajo se va a acabar y ya empezó a acabarse [...] ha sido un milagro que se haya conservado en su vieja pureza. Su transformación está en marcha” (Alfonso Fuenmayor, 1978).

Tras haber trasegado reflexivamente a través de la historia remota del Barrio Abajo, conviene preguntarse por el panorama actual. El capítulo a continuación se sitúa en la contemporaneidad. Lo hace mediante una evaluación crítica de los procesos de patrimonialización que hoy se despliegan sobre este sector barranquillero.

A grandes rasgos, vale la pena considerar la agenda de la patrimonialización en la ciudad. En una nota publicada por *El Heraldo* el 29 de agosto del 2021⁹³, Ignacio Consuegra señala que *“Barranquilla es la única ciudad de Colombia con dos conjuntos urbanos declarados Bien de Interés Cultural a nivel nacional: el Centro y El Prado”*. A esa lista pretende sumarse el Barrio Abajo, que ya fue declarado Bien de Interés Cultural a nivel distrital.

El antecedente establecido por Alfonso Fuenmayor al romantizar la precariedad urbana del del barrio resultó premonitorio de lo que ocurriría a partir de la década de 1990: en este momento se empieza a gestar un proceso de gentrificación cultural en el sector. Al analizar

⁹³ JIMÉNEZ, Laura (2021). *Ruta del patrimonio, la joya intocable de Barranquilla*. El Heraldo. Recuperado en enero de 2022 de:
<https://www.elheraldo.co/barranquilla/ruta-del-patrimonio-la-joya-intocable-de-barranquilla-845625>

la gentrificación cultural del Barrio Abajo, Lastra, Villafañe y Jiménez (2019, p. 14) argumentan que el Decreto 012 de 2014 (POT Barranquilla 2012 – 2032) intensificó y legalizó este proceso. En este sentido, consideramos que la patrimonialización del barrio opera como un vehículo para su gentrificación.

A pesar de ello, existen iniciativas comunitarias (ya consolidadas a nivel barrial) que buscan una reapropiación del valor patrimonial: que pretenden emplearlo como una forma de resistencia a la gentrificación. Es preciso evaluar el proceso de patrimonialización del Barrio Abajo, tratando de establecer en qué medida puede actuar como catalizador o como resistencia a la gentrificación.

3.1 EL CONCEPTO «GENTRIFICACIÓN»

En un sentido estricto y simplificado, la gentrificación refiere el *desplazamiento* urbano de personas con poca capacidad adquisitiva a manos de otras con mayor cantidad de dinero para gastar: una “*reestructuración del espacio urbano a favor de una clientela más adinerada*” (Hackworth, 2007, p. 98). A nivel etimológico, el término está constituido por la verbalización del sustantivo *gentry*, empleado en inglés británico para referirse a la alta burguesía y a la baja nobleza⁹⁴. Podría decirse que la gentrificación implica, entonces, que miembros de grupos sociales económicamente privilegiados, anclados a contextos urbanos, *ejecuten la acción de desplazar* a otras personas en situación de desventaja socioeconómica.

Andrej Holm “*el investigador sobre gentrificación más conocido de Alemania*” (Vollmer, 2019, p. 24.), identifica la revalorización urbana y los cambios de población como esencia de los procesos de gentrificación (ibid.). En este sentido, Lisa Vollmer (ibid.) establece que “*la gentrificación implica tanto la revalorización de la infraestructura como la sustitución de segmentos poblacionales pobres por otros más pudientes*”. Sin embargo, «gentrificación» es una categoría susceptible de ser empleada para referirse “*a experiencias y hechos*

⁹⁴ La definición de los fenómenos de desplazamiento urbano a partir de esta categoría tan puntual obedece a las contingencias históricas en las que fue propuesta: en 1964, la socióloga británica Ruth Glass, a quien se le atribuye haber acuñado el término, realizaba trabajo de campo en Islington, un barrio de Londres. Allí reparó en que “*Las casas victorianas más amplias, degradadas en periodos previos (y utilizadas como casas de huéspedes o en régimen de ocupación múltiple)*” (Glass citada por Vollmer, 2019, p. 24), estaban siendo objeto de revalorización física y económica. El valor de las viviendas no sólo se elevó, sino que se hizo inaccesible para “*la mayoría de los originales inquilinos obreros, [que] son desalojados [mientras] el carácter social del distrito se transforma en su totalidad [sic]*” (ibid.).

radicalmente diferentes" (Smith, 2012, p. 78). A lo largo de los cincuenta y seis años que han transcurrido desde que Glass acuñó el término, se ha ido develando un sinnúmero de formas de revalorización y desplazamiento asociadas a la gentrificación. Es necesario revisar algunas de ellas para tener una idea relativamente sólida de lo que implica este mecanismo de desplazamiento urbano.

3.1.1 REVALORIZACIÓN

Ya que "*La Gentrificación es [...] consecuencia de la revalorización capitalista de la ciudad, de la revalorización de su entorno construido y de su urbanidad*" (Vollmer, óp. cit., p. 33), hace falta considerar este fenómeno con detenimiento. La revalorización se expresa tanto física como económica y simbólicamente. A nivel físico, el valor de los inmuebles es incrementado a través de la renovación estructural, que bien puede ejecutarse sobre espacios públicos o privados. En el caso público, la intervención de las administraciones locales y nacionales resulta indispensable. Ya que constituye una consecuencia indirecta de la renovación, la gentrificación responde a acciones políticas implementadas deliberadamente. A pesar de que resulte controversial, es evidente que los gobiernos locales actúan al servicio de la acumulación privada, promoviendo "*el despliegue selectivo de políticas que estimulan el desarrollo inmobiliario en ciertas secciones de la ciudad*" (Hackworth, óp. cit., p. 98).

En virtud de que las acciones y decisiones que promueven deliberadamente la gentrificación responden a posicionamientos ideológicos concretos, Hackworth establece que se trata de "*mucho más que una expresión política neutra del mercado inmobiliario. [Es algo que] involucra el reemplazo de expresiones físicas de igualitarismo [...] como la vivienda pública*" (ibid.)⁹⁵. La gentrificación exige el desmantelamiento del andamiaje dispuesto estatalmente para "*atenuar la inequidad del capitalismo*" (ibid., p. 120): es decir, el desmantelamiento de *lo público*. La ominosa transformación de derechos como la salud, la vivienda o la educación en mercancías constituye un mecanismo de gentrificación:

⁹⁵ A pesar de que en Colombia no ha existido realmente esa figura, y podría generar algo de ruido la extrapolación apresurada de la lectura de Hackworth a contextos tan singulares como Barranquilla, hay que considerar que la gentrificación ha dejado de aparecer como algo aislado para ser entendida como "*un proceso aparentemente sistémico, integral al futuro cercano de la urbanización propuesta por el capitalismo avanzado*" (Hackworth, 2007, p. 99). De hecho, "*Cada vez se identifican procesos de gentrificación en más países, incluido el sur global*" (Vollmer, 2019, p. 91). Resulta, pues, evidente que "*Incluso más allá de los continentes más desarrollados (Norteamérica, Europa y Australasia) el proceso también ha comenzado*" (Smith, 2012, p. 85).

contribuye a minar las posibilidades que tienen las familias de ingresos moderados para continuar habitando la ciudad.

La supresión o reemplazo de las expresiones de igualitarismo urbano se relaciona, por ejemplo, con la ausencia de regulaciones sólidas sobre el mercado inmobiliario: de medidas en efecto capaces de proteger el derecho de los inquilinos a la ciudad. Dicha ausencia hace que las renovaciones físicas deriven en revalorización económica, que se manifiesta a través de incrementos sustanciales tanto en los precios de venta como de alquiler de las edificaciones. No resulta complicado intuir que, “*A medida que [...] los alquileres y los valores de las propiedades se crecen, [...] los residentes de toda la vida se ven expulsados*” (Manzo. 2013, p. 70).

Asimismo, la oferta de consumo urbano, en un sentido amplio (restaurantes, hoteles, almacenes, tiendas, bares, estaderos, parqueaderos, etc.) tiende a encarecer. “*Nuevos cafés y boutiques [apabullan] los bares de clase obrera y salones de descanso, [siendo] pronto seguidas por almacenes de cadena con nombres de marca*” (Zukin, 2010, pp. 1 – 2). Para el caso neoyorquino se ha reportado que, tras el cierre de los viejos comercios, empezaron a proliferar “*cafés y tiendas especializadas que atienden a los nuevos residentes ricos del barrio*” (Manzo, óp. cit., p. 70). En esa misma ciudad, se destaca la tendencia establecida por “*Restaurantes chic [que] ocuparon los showrooms de las fábricas abandonadas*” (Hackworth, óp. cit., p. 101).

De la mano de la revalorización física y económica de un barrio se da su revalorización simbólica, que involucra cambios en la percepción que tienen las personas sobre él. El significado atribuido pública y cotidianamente al barrio revalorizado da paso a nuevas formas de asumirlo: por ejemplo, un barrio otrora percibido como peligroso o sucio empieza a ser visto como nicho reinversión rentable; o un barrio en el que las familias con poca capacidad adquisitiva solían ver un sitio para vivir y trabajar empieza a ser proyectado como baluarte de un excluyente mercado de bienes culturales.

Sharon Zukin (óp. cit.) analiza los procesos de revalorización simbólica a través de la idea de autenticidad urbana. Proponiendo una explicación que destaca la demanda y los hábitos de consumo, define la autenticidad como “*el derecho de [...] un barrio a ofrecer a sus residentes, trabajadores, propietarios [...] y vendedores [...] la oportunidad de echar raíces*” (ibid., p. 62). Esas «raíces» refieren el gusto y la comodidad eventualmente experimentados por las personas que permanecen en el barrio, haciendo de él su hogar o lugar de trabajo.

Sin embargo, la autora es clara en que esa experiencia auténtica puede ser producida con deliberación, respondiendo a intereses comerciales y políticos muy concretos. En este sentido, advierte que cuando “*la cultura [emerge] como estrategia y tema de la reurbanización*” (ibid., p. xiii), de forma que los barrios se hacen objeto de “*promoción [...] en términos de identidades culturales distintivas, [...] la autenticidad se convierte en una herramienta de poder*” (ibid., p. 3). O, en palabras de Lidia Manzo (óp. cit., p. 68): “*Aquello que denominamos «autenticidad urbana» [...] puede ocultar mecanismos de poder y de clase en el contexto de la gentrificación y el desplazamiento*”.

3.1.2 DESPLAZAMIENTO

En todos los casos de gentrificación, como señalan Vollmer y Holm, las personas son desplazadas; no obstante, los desplazamientos pueden expresarse de formas significativamente distintas. Siguiendo a Peter Marcuse, Bernt y Holm (2009, pp. 313 – 314) distinguen algunos tipos de desplazamiento asociados a la gentrificación.

El más evidente está dado por el desplazamiento físico de inquilinos, consecuencia del aumento en los alquileres: ya que la revalorización exige una inversión de dinero, se espera que dicha inversión sea asumida, con sus respectivas rentas, por los consumidores finales de los inmuebles (que son los inquilinos). Esto se traduce en incrementos significativos de los cánones de arrendamiento, así como en la oferta de consumo urbano en general (desplazamiento económico). En caso de que los inquilinos se rehúsen a pagar los nuevos e inflados alquileres, ya sea por incapacidad o por falta de voluntad, la caducidad programada de los contratos opera como un seguro para los intereses de los propietarios arrendadores⁹⁶.

Al agregar “*una dimensión temporal a la definición de desplazamiento*” (ibid., p. 313), Marcuse distingue además entre desplazamiento inmediato y «en cadena», haciendo énfasis en la necesidad de asumir la expulsión asociada a la gentrificación como un proceso sistemático, imposible de entender a partir de casos aislados. Así se van haciendo evidentes formas más sutiles de expulsión, como la presión producida por la partida

⁹⁶ De esta forma, se articula un mecanismo que obliga a los inquilinos a asumir indirectamente los costos de remodelar una vivienda o un local que, a pesar de usufructuar (bajo la figura de arrendamiento), no les pertenece. La facilidad con la que los propietarios pueden reemplazar a los inquilinos garantiza que se puedan apropiarse del valor de las mejoras, sin importar que su costo haya sido asumido indirectamente por los dispensables inquilinos.

sistemática de los vecinos, que es considerada una modalidad de desplazamiento en sí misma.

Proyectando el desplazamiento, ya no hacia el pasado al considerar los casos previamente ocurridos, sino hacia el futuro, Marcuse propone también la idea de desplazamiento «por exclusión». En este caso, es la reducción del número de viviendas asequibles lo que indica el fenómeno: cuando una familia de inquilinos se muda voluntariamente y el inmueble es renovado, su costo incrementa, de forma que queda suprimida la posibilidad de que otra familia de ingresos similares ocupe el mismo espacio. En otras palabras, “*el número de unidades de vivienda disponibles para una familia de inquilinos en esas condiciones se reduce*” (ibid.).

3.1.3 EXPRESIONES DE LA GENTRIFICACIÓN

El conjunto variopinto de formas en las que los barrios pueden ser revalorizados y sus habitantes desplazados da lugar, a su vez, a distintas expresiones de la gentrificación. Cada una de estas expresiones responde a contingencias locativas e históricas, por ello, es un fenómeno que “*Puede afectar a zonas residenciales o industriales [...], puede estar impulsado por inversores institucionales o por constructores y puede afectar a residentes y a comercios*” (Vollmer, óp. cit., p. 89). Aunque a nivel teórico se ha esbozado el esquema «clásico» de la gentrificación (ibid., pp. 33 – 40), la catalogación de patrones variables tiende a extenderse cada día.

Dentro del formato más común, se habla de un proceso que se desarrolla en etapas diferenciadas. Inicialmente, se establece la presencia de un sector urbano «deprimido» por la desinversión pública, en el que la precariedad se manifiesta tanto estructural como económica y socialmente. Las edificaciones permanecen deterioradas y sus daños estructurales pueden llegar a representar riesgos patentes para la integridad de los habitantes. La posibilidad de acceder a escenarios sociales urbanamente consolidados se reduce significativamente, bien sea porque se hallan demasiado estropeados o porque simplemente no existen. Naturalmente, esto tiende a abaratar los precios del suelo, generando las condiciones ideales para el establecimiento de barrios populares (muchos de ellos suelen ser erigidos en escenarios urbanos que sobresalen por lo incipiente de sus infraestructuras).

Al cabo de un tiempo, personas con capacidad adquisitiva moderadamente mayor a la de las familias originarias del barrio, y capitales culturales significativamente más elevados,

se interesan por los alquileres baratos y la autenticidad barrial: por la producción genuinamente popular del espacio urbano. La teoría suele referirse a estas personas como «pioneros de la gentrificación» (ibid., p. 34)⁹⁷ o «gentrificadores marginales» (Smith, óp. cit., p. 174)⁹⁸. Esto da inicio a una primera oleada de gentrificación, que consiste en el acaparamiento de algunas viviendas y espacios barriales a manos de los cada vez más abundantes recién llegados. No obstante, este tipo de gentrificación se da forma puntual y, generalmente, obedece a iniciativas individuales totalmente alejadas de los macabros monopolios que lideran el mercado inmobiliario.

Esta expresión inicial de la gentrificación se fundamenta, más que en una revalorización económica, en una revalorización de tipo cultural y simbólica: *“las prácticas de los pioneros [...] modifican a ojos de la opinión pública la imagen del barrio, o lo dan a conocer [...] La revalorización simbólica [...] se refleja en un aumento de su presencia mediática”,* que contribuye a la transformación del sector *“en un lugar interesante [...] para la clase media”* —establece Lisa Vollmer (óp. cit., p. 34).

No obstante, explica la autora, *“el hecho de que la cultura trabajadora se ponga en valor no quiere decir en absoluto que estas personas puedan permanecer luego en los barrios gentrificados. Es característico de la gentrificación destrozar las mismas estructuras culturales que utiliza”* (ibid., p. 80). Sharon Zukin (óp. cit., p. xi), por su parte, describe el proceso como *“promociones mediáticas que traducen la identidad barrial en una marca [orientada a] los gustos de las nuevas clases medias urbanas, que se hallan inicialmente atraídas hacia esta identidad, pero terminan por destruirla”*.

Pasado algún otro tiempo, justo el necesario para que la revalorización cultural sea un hecho, se desata una segunda oleada de gentrificación, pero, en este caso, es la figura de propiedad -más que la de alquiler- la que dinamiza el proceso. A diferencia de los pioneros, los gentrificadores con capacidad para adquirir los inmuebles colman las expectativas de rentabilidad que mueven el sector inmobiliario. *“En este [nuevo] proceso de revalorización,*

⁹⁷ *“personas que cuentan con algo de capital económico, pero sobre todo cultural: artistas que necesitan un taller, estudiantes que quieren abrir un bar, jóvenes que buscan dónde vender la ropa que cosen. Buscan espacios para vivir y trabajar en barrios con alquileres bajos”* (Vollmer, óp. cit., p. 34).

⁹⁸ *“Los gentrificadores marginales son importantes, especialmente en las primeras etapas del proceso, y pueden ser identificados por sus atributos culturales y sus estilos de vida alternativos, pero en la medida en la que el proceso continúa y el valor de las propiedades aumenta, su capacidad de permanecer en la zona depende menos de su cultura que de su cartera”* (Smith, óp. cit., p. 174).

los inquilinos llegados en la fase pionera se suelen convertir también en víctimas de la gentrificación” (Vollmer, óp. cit., p. 35).

El desplazamiento de los primeros gentrificadores, cuyo capital, más que económico, es cultural, ocurre cuando éste se convierte en un problema espacial: *“El capital cultural se transforma en el espacio en capital económico”* (ibid., p. 78). Esa transformación es posible gracias al mercado inmobiliario, que permite capitalizar la producción social del espacio urbano y venderla, tratarla como mercancía. Al vender una propiedad en un barrio que se ha revalorizado culturalmente, los promotores inmobiliarios son conscientes del deseo que experimentan las personas por vivir allí; esto genera las condiciones ideales para la especulación y el incremento irrestricto de los precios: *“se expropia el capital cultural [...] y se revaloriza en términos económicos”* (ibid., p. 77).

No obstante, este modelo «clásico» de gentrificación puede variar, dando lugar a expresiones distintas que también han sido catalogadas académicamente. Una de estas expresiones está dada por la «gentrificación de obra nueva» (ibid., pp. 93 – 96), que genera controversias porque, al tratarse de espacios previamente desocupados, suscita la idea de que no existen posibilidades de desplazamiento. Sin embargo, al construir vivienda nueva en un solar vacío sí existen posibilidades de gentrificación: ésta opera a través de la revalorización económica del suelo, cuyo precio puede incrementar significativamente debido a las nuevas viviendas erigidas en el sector. De esta forma, a través de la construcción de vivienda nueva, se articula un mecanismo de desplazamiento urbano indirecto, en el que los habitantes con poca capacidad adquisitiva pierden sus posibilidades de continuar viviendo en un sector en el que los alquileres se elevan a la par de las nuevas torres de apartamentos.

Asimismo, se ha catalogado la expresión «comercial» de la gentrificación, que aparece estrechamente ligada al desplazamiento económico. En este caso, más que afectar de forma directa los espacios de vivienda, se concentra en escenarios laborales, en los que, gracias al aumento en los alquileres y la alteración de los hábitos de consumo, las personas no pueden continuar trabajando. La reocupación de estos espacios dedicados a la actividad comercial no tarda demasiado, puesto que una vez salen los antiguos trabajadores, nuevos inversionistas, con capacidad para pagar cánones de arrendamiento más elevados, acaparan las plazas. Dada la revalorización cultural que generalmente acompaña estos procesos, la nueva oferta comercial suele estar orientada hacia los capitales culturales “elevados” de los vecinos recién llegados.

3.1.4 EL NEOLIBERALISMO: CONTEXTO IDEAL PARA LA GENTRIFICACIÓN

La gentrificación obedece a una combinación compleja de factores económicos, políticos y estéticos. A pesar de que sus expresiones y motivos parecieran a veces confundirse, es importante entender que consiste en un mecanismo de desplazamiento urbano; que puede (o no) operar de forma indirecta; que responde a los intereses de reinversión rentable que mueven el mercado inmobiliario y que, en muchas ocasiones, resulta intensamente seductora para quienes la viven (sin importar que pueda desembocar en la expulsión). El valor es el eje del desplazamiento “gentrificador”: los juegos que incrementan o reducen el valor atribuido a un sector urbano son la base de los procesos de gentrificación. El valor puede ser físico, social, comercial, cultural, estético o de cualquier índole. Lo importante es su condición comercial. Siempre que haya alguien dispuesto a pagar, a comerciar con ese valor, habrá posibilidades de que la revalorización de un sector urbano degenere en su gentrificación.

La preponderancia del valor comercial en este fenómeno hace de las ciudades con políticas neoliberales un contexto ideal para su desarrollo. De hecho, *“la gentrificación no solamente está conectada al más amplio proceso del urbanismo neoliberal sino que además puede ser vista como su knife-edge”* (Hackworth, óp. cit., p. 120). A grandes rasgos, el neoliberalismo ha sido definido como una tendencia global a la mercantilización de todos los aspectos de la vida (Vollmer, óp. cit., p. 55): como el incremento significativo de las posibilidades que tiene el capital para fluir libremente a través del espacio, replicando e intensificando sus procesos de acumulación. El flujo del capital no significa la democratización de los bienes y servicios a los que da acceso, sino el acaparamiento de nuevos espacios que quedan consagrados a la acumulación. Aunque fluya y sea invertido en lugares insospechados, localizados más allá de todas las fronteras concebibles, el capital continúa perteneciendo a quienes lo invierten. Tan es así, que el retorno del capital (y sus rentas) a su origen constituye un requerimiento: es necesario que la inversión sea rentable; que logre convertir el espacio en un mecanismo de acumulación de capital. Esto supone una reconfiguración severa, no solo de las propiedades físicas del espacio, sino de la formas en las que es socialmente producido.

Así, en las ciudades con agendas políticas neoliberales el espacio es visto como nicho de reinversión rentable. Su adecuación urbana no responde a las necesidades o condiciones vitales de las personas que lo ocupan, sino a los intereses de rentabilidad de los

inversionistas. La ciudad neoliberal no se construye pensando en cómo van a vivir sus ciudadanos, sino en cuánto van a ganar sus promotores (quienes, usualmente, ni siquiera viven allí). En el trasfondo exacerbadamente comercial provisto por el neoliberalismo, la desvalorización y revalorización de los espacios urbanos opera idealmente, de forma que su manipulación deliberada es una fuente inagotable de diferenciales de renta.

Es evidente que tales condiciones entrañan riesgos significativos de desplazamiento urbano, puesto que no todas las personas que habitan la ciudad cuentan con la capacidad adquisitiva para garantizar la rentabilidad de las inversiones. Una sociedad en la que los insumos para la vida (vivienda, salud, educación, agua, alimentos) se reducen a un negocio termina, eventualmente, por dejar fuera a quienes no pueden o no quieren pagar. La vida de esas personas aparece como algo insostenible, económicamente inviable: su presencia en la ciudad neoliberal constituye un obstáculo para el proyecto urbano. Por ende, la inequidad aparece como una condición inherente a dicho proyecto, una consecuencia obligada de la configuración de la ciudad a partir de juegos de valor comercial (y no de las condiciones vitales de los ciudadanos).

3.2 LA GENTRIFICACIÓN DEL BARRIO ABAJO

Luego de haber precisado algunos elementos claves para entender la idea de gentrificación, es factible rastrear sus manifestaciones concretas en el contexto provisto por el Barrio Abajo. Al contrastar la realidad barrial con los modelos de gentrificación propuestos a nivel teórico es posible evidenciar expresiones de este fenómeno de desplazamiento urbano. El ámbito más representativo de la gentrificación actual del Barrio Abajo está dado por la revalorización cultural. Otros aspectos sintomáticos de la gentrificación «clásica», como la desinversión pública antecedente y el deterioro físico y social del entorno también se expresan con vehemencia en este sector barranquillero.

3.2.1 EL RETRATO DE LA DESINVERSIÓN: CHAMBACÚ O EL BAJO MANHATTAN

Al caminar a través del Barrio Abajo es perceptible una frontera que, a pesar de no estar delimitada de forma visible, casi nadie puede pasar por alto. Es común que emerja una reticencia prevenida ante el peatón que, *bajando* hacia la ribera, alcanza la altura de la calle 45 (Murillo) para adentrarse en lo que el Joe Arroyo denominaba *El Bajo Manhattan*. Se trata del sector comprendido entre la Vía 40 y Murillo, a lo ancho de todo el barrio.

En la actualidad, es uno de los sectores más interesantes de transitar, porque alberga una actividad fabril significativamente más intensa que el resto del barrio. El fantasma de la primera comunidad proletaria del país transita por esta porción del Barrio Abajo contemporáneo, a través de cuyas calles se despliega impetuosamente la producción popular del espacio urbano.

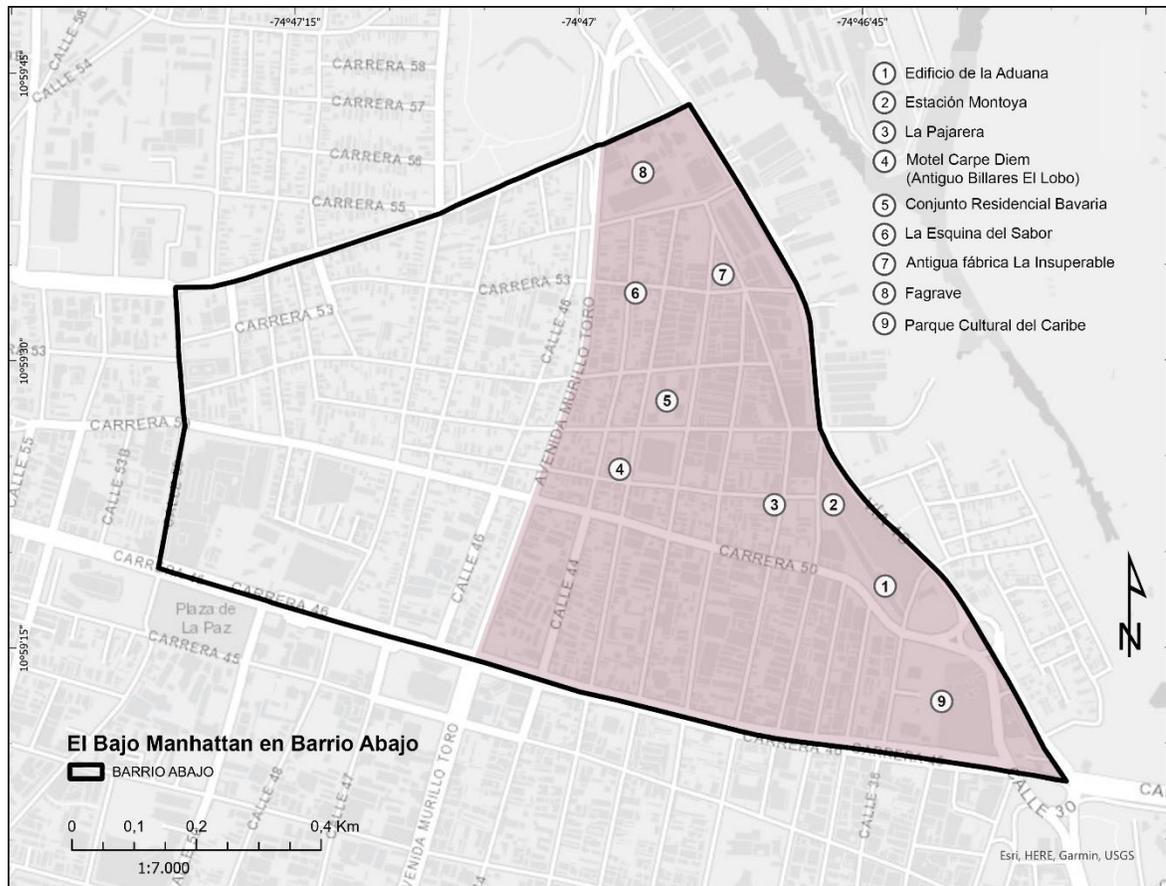
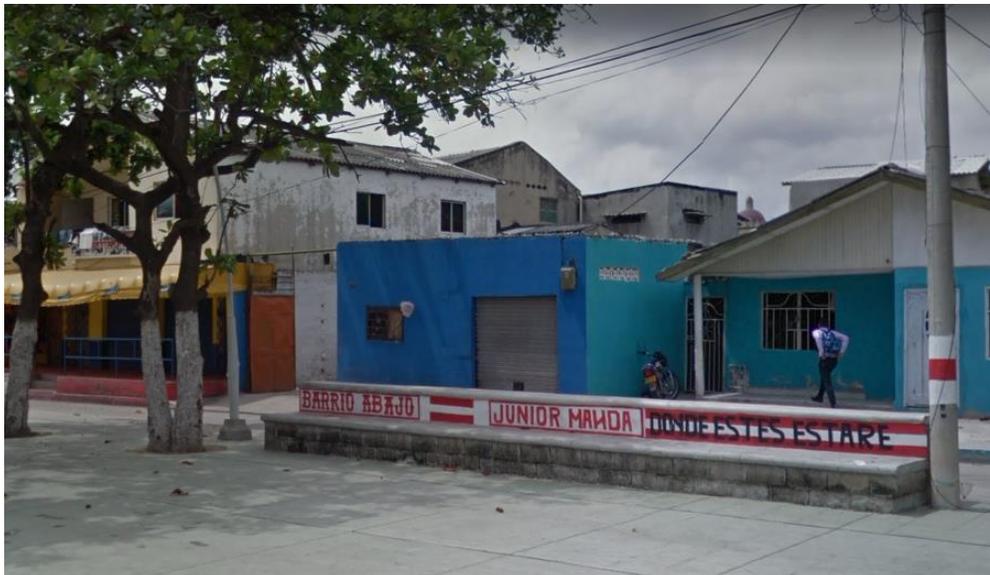


Figura 61: plano del *Bajo Manhattan* y sus hitos urbanos en 2022. Autoría propia.

Hombres jóvenes y robustos, uniformados con overoles, botas y cascos, proliferan en las tiendas que se erigen en cada una de las esquinas. Las casas y las calles son similares a las que están en la parte más alta del barrio, sin embargo, muchas de ellas fungen hoy como talleres y bodegas. Las edificaciones de uso fabril irrumpen violentamente en el perfil urbano, cuya discontinuidad se ve acentuada por la brusquedad con la que los andenes se interrumpen, subiendo y bajando veleidosamente.

Figura 62: Un estadero (Agosalsa), un taller y una vivienda en yuxtaposición, calle 45 (Murillo) con carrera 52



Más allá de eso, la diferencia entre la parte baja y la parte alta del barrio resulta imperceptible a la vista. La única excepción está sobre la calle 42, entre carreras 53 y 53B: allí emerge, como sacado de una máquina del tiempo, un pequeño sector sin pavimentar, sobre el que se erigen, colosales y fantasmagóricas, las ruinas de la antigua fábrica de harina de trigo *La Insuperable*: un testigo mudo de la quimérica modernidad del Barrio Abajo. Al pie de la fábrica en ruinas, una caseta construida con materiales ligeros alberga un estadero con una gran esfera de espejos que recibe, en distintos momentos del día, grupos de obreros sedientos saliendo de turno⁹⁹.

Los habitantes de calle salen y entran anodidamente de sus cambuches, mientras una profusión de perros flacos juguetea violentamente bajo el inclemente sol. En efecto, es singular la experiencia urbana que suscita este lugar. La desinversión y la precariedad han ido gestando formas de habitar la ciudad que distan significativamente de la norma. Este punto podría ser considerado como un genuino espacio licencioso urbano.

⁹⁹ Aunque este sector del Barrio Abajo ha sido reapropiado como lugar de trabajo por muchas familias proletarias barranquilleras, al conversar con algunos de los trabajadores se evidencia que en realidad son muy pocos los que viven en el barrio. La mayoría nunca ha vivido ahí, de forma que se desplazan diariamente desde sus barrios de origen, casi todos ubicados al suroccidente de la ciudad.



Figura 63: Detalle de edificio comercial erigido en 1915 en las inmediaciones del Barrio Abajo. Fotografía de autoría propia

Hacia la parte más baja del *Bajo Manhattan*, ya en inmediaciones de la Aduana y la Estación Montoya (llegando al río), empiezan a aparecer más remanentes del aquel distante e inequitativo proyecto moderno. La suntuosidad de edificaciones como *La Pajarera* (esquina de la calle 40 con carrera 50B)¹⁰⁰, la Intendencia Fluvial (en la unión entre la calle 30, la vía 40 y la carrera 46) y la propia Aduana (vía 40, entre calles 36 y 39; hoy Biblioteca Piloto del Caribe y Archivo Histórico del Atlántico) sugieren al peatón que, a pesar del evidente deterioro que aqueja a algunas de ellas, se halla en un lugar preponderante para la historia republicana de nuestro país.

De hecho, el contraste entre suntuosidad y deterioro es el síntoma más patente de la desinversión concentrada que antecede un proceso de gentrificación urbana (Hackworth, óp. cit., p. 100; Harvey, 2013). El deterioro producido por la desinversión no aparece como

¹⁰⁰ Se trata de una casona esquinera de dos pisos y estilo neoclásico. Los *bajeros* comentan que originalmente perteneció a un agente comercial a quien le gustaban muchos los pájaros, en cuyo cautiverio hallaba satisfacción. De ahí el remoquete dado a la edificación. También se dice que posteriormente, durante la época de la desinversión, funcionó como inquilinato, barbería y taller de modistería. Actualmente alberga un centro de reciclaje.

una condición insospechada del desarrollo urbano; por el contrario, se presenta como la consecuencia concreta de actos políticos deliberados, ejecutados en aras de favorecer intereses económicos perfectamente rastreables.

Hace varias décadas, los habitantes del Barrio Abajo empezaron a percibir esa frontera invisible que constituye la calle Murillo. En medio de la desinversión general que ha marcado gran parte de la historia barrial, resaltaba la desinversión concentrada que dio origen al *Bajo Manhattan*. A juicio de algunos *bajeros*, la conformación de esta frontera dentro de la frontera obedece a un proceso de gentrificación temprana, en el que el capital industrial, hacia la década de 1980, empezó a reconfigurar la ocupación del barrio:

*“Este problema del Barrio Abajo tiene más de treinta años, esto comenzó por la zona que uno llama Chambacú. En esa zona residencial empezaron a adquirir todas las viviendas [...] para transformarlas en lo que está hoy; en empresa”*¹⁰¹.

En este sentido, Cochero, Monsalve y Ramos reportaban, en 1986 (p. 55), que el Barrio Abajo constituía *“un sector de recepción de población proveniente de otros lugares del país, con la idea de conseguir mejores posibilidades de trabajo”*. Sin embargo, los mismos autores identifican esa situación como un elemento “gentrificador”: *“Esto está incidiendo en la valorización del terreno y [...] el alquiler de las viviendas, produciéndose una salida de sus habitantes”* (ibid.).

En efecto, las personas que actualmente viven en el sector recuerdan los desplazamientos de la década de 1980. Es el caso de don Iván Guillermo Moreno, un carpintero que nació, en agosto de 1950, en la calle 54, entre carreras 46 y 50 (justo en la frontera entre Barrio Abajo, Boston y El Prado). Allí aún vive, en una casa que, excepcionalmente, conserva sus paredes de bahareque. El techo de palma fue reemplazado por teja barranquillera hace varias décadas, y un grueso y altísimo sócalo negro cubre casi media fachada, disimulando el mugre. Sobre las familias *bajeras* que dejaron el barrio en la década de 1980, don Iván comenta¹⁰²:

¹⁰¹ Testimonio de Jorge Luis Tapias, habitante y dirigente cívico del barrio. La información fue originalmente provista durante una entrevista realizada en junio de 2018 por Lastra, Villafañe y Jiménez (óp. cit., p. 57).

¹⁰² El comentario fue realizado por Don Iván el 29 de abril del 2021 durante una conversación con el autor. Ya que mi papá accede a los servicios de carpintería de Don Iván hace muchos años, los encuentros con él se dan con relativa regularidad y confianza.

“La mayoría de los negros del Barrio Abajo se fueron a la invasión La Manga porque acá vivían arrendados. Quedan unas diez o quince familias, de un centenar”

En el marco de ese proceso de gentrificación inicial, se fueron gestando iniciativas de organización comunitaria. Sobre la base de esas experiencias organizativas se empezaron a cimentar algunos de los mecanismos que hoy son reconocidos por la academia como formas efectivas de resistencia ante la gentrificación del Barrio Abajo (Lastra, Villafañe y Jiménez, óp. cit.). Al final de este capítulo nos aproximamos críticamente a algunas de estas expresiones reconocidas como resistentes.

De hecho, esas expresiones corroboran la idea de que, desde hace más de treinta años, se percibe un deterioro urbano significativo en la porción del Barrio Abajo que yace *por debajo* de la calle Murillo. Asimismo, sugieren una reducción patente en la vocación residencial de ese sector.

3.2.2 CARNAVAL DE BARRANQUILLA: UN ANTECEDENTE DE LA PATRIMONIALIZACIÓN DEL BARRIO ABAJO

Figura 64: Lista de precios de entrada a los palcos del Carnaval de Barranquilla 2020. Recuperado en julio de 2020 de <https://boletapalcoscarnaval.com/>



Tronco de Palco	285.000	Calle 79
Ejercito	310.000	Calle 79
Prende la Vela	250.000	Calle 77
Fanfarría	250.000	Calle 77
Farotas	220.000	Calle 75
Puya Loca	220.000	Calle 75
Arlequin	217.000	Calle 72
Rumbero	160.000	Calle 70
Fantasia Carnavalera	160.000	Calle 70
Tremenda Gozadera	120.000	Calle 58

con vía 40

PALCOS CARNAVAL 2020

Tremenda Gozadera, Arlequin y Fantasia Carnavalera incluyen descorche gratis, Arlequin también incluye cerveza ilimitada el primer día

TELEFONO: 3608980 / 3608978
 CEL: 3163197930 / 3002735924 / 3004067109
 E-MAIL: ventasuniontravel@gmail.com
 DIRECCION: CARRERA 42F #76 - 69

El proceso de patrimonialización del Barrio Abajo se sitúa, inicialmente, en la celebración del Carnaval de Barranquilla. Desde la década de 1990 se dan las gestiones administrativas necesarias para la declaratoria del Carnaval como patrimonio distrital, en principio; nacional después, y, finalmente, de la humanidad. Esto, a través de los escalafones institucionales propios de cada ámbito, siendo la Secretaría de Cultura de la Alcaldía de Barranquilla el primero y la UNESCO el último¹⁰³.

De la mano de la patrimonialización del carnaval vino su comercialización. Al momento de

¹⁰³ “el Concejo de Barranquilla, por Acuerdo 033 del 9 de septiembre de 1991, autorizó al Alcalde Mayor de Barranquilla para que participara en la creación de la sociedad de economía mixta “Carnaval de Barranquilla S.A” [...] El objeto de dicha sociedad consistía, entre otros, en organizar el Carnaval de Barranquilla nacional e internacionalmente. La sociedad de economía mixta “Carnaval de Barranquilla S.A.” se constituyó mediante Escritura Pública No. 9 del 7 de enero de 1992, de la Notaría 5º del Círculo de Barranquilla” (Consejo de Estado, 5 de mayo del 2020). Posteriormente, “La Ley 706 de 2001 declaró como Patrimonio Cultural de la Nación al Carnaval de Barranquilla” (ibid.). Finalmente, en 2003, tras la realización del famoso dossier de Lola Salcedo, la UNESCO declaró al carnaval como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

la constitución de la sociedad de economía mixta Carnaval S.A., se estableció que “el Municipio de Barranquilla tendría por lo menos una participación del 51% del capital social” (Consejo de Estado, 5 de mayo del 2020, p. 2)¹⁰⁴. Sin embargo,

“A través del Acuerdo No. 056 del 29 de diciembre de 1993, el Concejo de Barranquilla modificó el Acuerdo 033 de 1991 para autorizar que los aportes de los accionistas particulares en el capital social de la mencionada sociedad pudieran superar el 51%, pero el Distrito de Barranquilla debía mantener una participación no inferior al 45%. Por Escrituras Públicas Nos. 1474 del 8 de julio de 1994, 1569 del 15 de junio de 1995 y 945 del 29 de febrero 1996, otorgadas, respectivamente, en las notarías Séptima, Segunda y Tercera del Círculo de Barranquilla, se efectuaron reformas al capital de la sociedad, con lo cual se redujo la participación del Distrito de Barranquilla en un porcentaje inferior al 51%. El 19 de septiembre de 1996 la Junta Directiva de la Sociedad Carnaval de Barranquilla, autorizó al Gerente General para que constituyera la Fundación Carnaval de Barranquilla. Entre esta Fundación y la Soc. Carnaval de Barranquilla S.A. se firmó un convenio, el cual profundizó el manejo que los particulares tienen sobre la fiesta del carnaval” (ibid.).

Respecto a este tipo de situaciones, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia ha señalado que “las políticas de patrimonio [...] están fuertemente asociadas con [las] preocupaciones [de sus beneficiarios] sobre la definición de la propiedad, el uso y la circulación de los bienes y saberes patrimonializados” (Chaves, Montenegro y Zambrano, 2010, p. 11). Es claro que la asimilación de las actividades del Carnaval con la categoría de «bienes» supone la posibilidad de que circulen comercialmente y entraña riesgos

¹⁰⁴ Revisión eventual a la Acción Popular emprendida por MARCIO MELGOSA TORRADO Y OTROS contra el DISTRITO DE BARRANQUILLA y LA SOCIEDAD DE ECONOMÍA MIXTA CARNAVAL DE BARRANQUILLA S.A. Exp. 08001-33-31-006-2007-00010-01. Recuperado en noviembre de 2021 de <https://www.consejodeestado.gov.co/wp-content/uploads/2021/01/CarnBquilla.pdf>

patentes de exclusión.



Figura 65: Sala de Las Reinas en el Museo del Carnaval (Núñez, 2020)¹⁰⁵.

Martes, 9 noviembre 2021 ISSN 2745-2794

Semana

Suscribirse

Crear cuenta

Iniciar sesión

Semana TV

Economía

Impresa

Más ▾

Galerías  

Opinión



La gentrificación del carnaval de Barranquilla

Es una vergüenza que los agentes políticos locales entreguen la tradición a una banda de mercachifles.

27/2/2015

Figura 66: la gentrificación del carnaval de Barranquilla, *Semana*, 27 de febrero de 2015.

Uno de los primeros diseños de Carnaval S.A., figura paradójica que surge como administradora oficial de lo licencioso, fue trasladar los desfiles más representativos de la fiesta a la Vía 40. Esto hace que, obligatoriamente, todos desemboquen en el auténtico

¹⁰⁵ “tiene más de 40 vestidos reales exhibidos. En los medios de comunicación se publicitó como el “plato fuerte de la oferta museística”, sin embargo [...] es una auténtica EGOTECA del Country Club en Barrio Abajo [...] Este criollismo de Salón de la Fama, lo único que hace es desvirtuar [...] la intención de salvaguarda y difusión de nuestras manifestaciones” (Núñez, 2020, s.p.)

Barrio Abajo. Este es el primero de una serie de acontecimientos cuya sucesión, durante los últimos treinta años, ha transformado sustancialmente la concepción que tiene Barranquilla de su Barrio Abajo. A partir de ese momento, inició un proceso en el que, paulatinamente, el barrio popular y alguna vez obrero reafirma su condición fronteriza en una lucha por convertirse en centro urbano consolidado (y excluyente).

A través de la atribución de valores patrimoniales medibles y, por ende, comercializables; de políticas públicas de reinversión, renovación, y «recuperación» urbana; de la producción de una *marca* barrial, la especulación del capital nos recuerda que el Barrio Abajo es una frontera dentro de la ciudad: se esmera en *conquistarla* y ponerla al servicio de sus reinversiones rentables; de hábitos de consumo cada vez más suntuosos e inasequibles desde lo popular.

3.2.3 NÚCLEOS DE LA GENTRIFICACIÓN: LA ESQUINA DE LA CARRERA 54 CON CALLE 49B

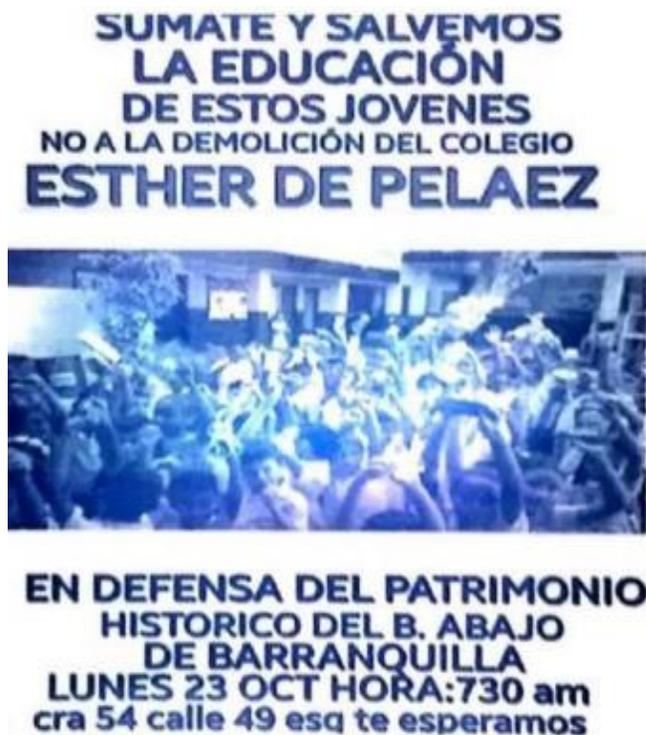


Figura 67: Pasquín *bajero* convocando a reunión para resistir ante la demolición del antiguo colegio Esther de Peláez (Lastra et al, óp. cit., p. 53).

La segunda conquista de los grupos que hacen uso de la gentrificación del Barrio Abajo estuvo íntimamente ligada a la primera. En este caso, se hizo material a través de la intervención del empresario local León Caridi. Guiado por un reconocido habitante del Barrio Abajo, llamado César Morales, Caridi adquirió una casona ubicada en la esquina de la carrera 54 con calle 49b —“a una cuadra de la llamada «Calle del Crack»” (Morales, 2014, p. 45).

Este espacio albergó escenarios significativos para generaciones antiguas de *bajeros*. En una época, fue sede de la Escuela Tercera para Varones. Posteriormente, en la década de 1970, fue empleado como locación de *Regálame una noche*, *Watergate* y *La torta*, algunas de las verbenas más representativas del barrio. En otros momentos de su historia albergó escenarios más anodinos, como un taller y una casa de reciclaje.

La casona fue renovada y, con ella, la cuadra entera. Una vez oculto bajo incontables capas de pinturas coloridas, su pasado obrero, *feo* y con poca salida comercial dejó de ser un estorbo. A finales de la década de 1990, el espacio abrió oficialmente sus puertas como La Casa del Carnaval, albergando, ya no a los mecánicos del taller, ni a los recicladores, ni a los verbeneros, ni a los estudiantes del barrio, sino a los burócratas de Carnaval de Barranquilla S.A. (quienes encontraron particularmente sugestiva la idea de instalar allí sus oficinas).

Este punto neurálgico para la gentrificación del Barrio Abajo se ha ido expandiendo desde aquel momento, de modo que hoy han desaparecido todas las viviendas que existían entre la calle 49 y la calle 51, incluyendo la esquina de la cuadra siguiente en dirección hacia el oriente; en esa esquina se erigía el emblemático colegio Esther de Peláez, cuya demolición generó escozor entre las familias *bajeras*. Hoy se erigen allí, respectivamente, La Casa del Carnaval, el Museo del Carnaval y un nodo de Industrias Creativas del SENA¹⁰⁶.

Entre otros, Don Raúl Vanegas Iglesias, edil de la localidad Norte – Centro Histórico y *bajero* de toda la vida, rechaza enfáticamente la demolición del colegio. A su juicio, el escenario constituía “*un legado de las damas rosadas en cabeza de la señora Esther de Peláez para las poblaciones afrodescendientes del Barrio Abajo*”¹⁰⁷. Junto a él, un grupo de familias *bajeras* fueron impunemente atacadas por la policía la mañana del 5 de enero de 2018, cuando se plantaron en la esquina de la carrera 54 con calle 49 tratando,

¹⁰⁶ Algunos vecinos del sector, que han presenciado la transformación desde sus ventanas, cuentan que las familias antiguamente asentadas en esos predios se fueron a barrios fuera del perímetro urbano, como La Pradera, Nuevo Horizonte (Soledad) o Villas de San Pablo.

¹⁰⁷ La información fue originalmente proporcionada a Lastra, Villafañe y Jiménez (óp. cit., p. 75) en una entrevista realizada en junio de 2018.

infructuosamente, de detener la demolición.



Figura 68: Tres momentos en la historia de la actual Casa del Carnaval, en la esquina de la carrera 54 con calle 48. Evidencia patente de que La ciudad se transforma en “una **réplica** suave, elegante y **más cara** de lo que solía ser” (Zukin, 2010, p. x).

Al analizar lo ocurrido con este colegio, Lastra, Villa fañe y Jiménez (óp. cit., p. 73) establecen que su demolición arbitraria, ejecutada mediante “*acuerdos amañados con un*

*grupo de negritudes*¹⁰⁸, obedece directamente a las necesidades de Carnaval S.A. y su Casa del Carnaval: los autores explican que “*la oferta educativa sólo responde a la mano de obra que ellos demandan, [que] responde a la oferta de industrias creativas*” (ibid.).

3.2.4 UNA BRECHA BARRIAL: EL PAR VÍAL DE LA CARRERA 50



Figura 69: *La Nube Blanca* pintada por don Raúl Angulo Cabrera. Fotografía de autoría propia¹⁰⁹

Uno de los síntomas más frecuentemente vinculados con los procesos de gentrificación está dado por la renovación física de los espacios urbanos. De hecho, hay quienes asumen la gentrificación como una expresión sistémica del urbanismo neoliberal (Hackworth, *op. cit.*). Ya que los ciclos de desinversión deliberada y reinversión concentrada anteceden la gentrificación de un barrio central (Smith, 2012), como el Barrio Abajo, la «recuperación»

¹⁰⁸ De acuerdo con *El Heraldo* (octubre 20 de 2017), las negociaciones fueron encabezadas por la entonces secretaria distrital de educación, Bibiana Rincón, y la muy cuestionada ex ministra de educación, Karen Abudinem, con los padres de familia, Junta de Acción Comunal y Junta de las Negritudes. Aunque Rincón afirma en la prensa que “*Tenemos actas de cada una de las reuniones que tuvieron con la doctora Karen y las cuatro que han tenido conmigo. Y ellos aceptaron esta decisión*”, su mentira es tan evidente como el rechazo de las familias bajas ante la demolición.

¹⁰⁹ Sobre el suelo de la sala de la casa de don Raúl Angulo Cabrera reposa, aún sin terminar, esta pintura que retrata *La Nube Blanca*, antigua panadería, tienda y tertuliadero del Barrio Abajo. Antes de la renovación, solía erigirse en la esquina de la carrera 50 con calle 46.

de las áreas sometidas a la precarización física empieza por su remodelación.

En pleno corazón del Barrio Abajo fue implementado un proyecto de renovación de gran escala. Se trata de la ampliación de la carrera 50, cuya ejecución involucró la demolición de cuadras enteras y la apertura de un par vial en medio del barrio popular de calles estrechas y singularidad poética. Las obras fueron ejecutadas a mediados de la década de 2010, dando como resultado un total del dieciocho cuadras intervenidas. Variablemente, fueron demolidas la acera izquierda o derecha de las calles y, en algunos casos (como a la altura de la calle 48), ambas. De forma similar a lo ocurrido con la renovación del sector aledaño a la Casa del Carnaval, una parte importante de las familias que alguna vez ocuparon estos predios se mudaron a barrios erigidos por fuera del perímetro urbano, concentrados primordialmente en la llamada área metropolitana.

La intervención de la carrera 50 ha suscitado controversia, de forma que abundan tanto entusiastas como detractores. Desde la academia, por ejemplo, se han alzado voces críticas que, incluso antes de la ejecución de la obra, alertaban sobre el detrimento patrimonial (arquitectónico) que entrañaba: es el caso de la profesora Rosemary Suárez Pérez (2012, p. 249), de la Universidad del Norte, quien denuncia el traumatismo urbano ocasionado por la demolición de las viviendas que yacían frente a la entrada vehicular del centro comercial *Portal del Prado*. Según la autora, al momento de la ejecución de la obra, los funcionarios del IGAC tenían conocimiento de que “*¼ del carril vehicular fue usurpado por los propietarios del centro comercial*” (ibid.) (que son los Char), sin embargo, exigir que se demoliera esa porción del centro comercial y no las viviendas habría implicado “*ir en contra de los mismos hilos de poder que mueven a la ciudad*” (ibid.).

El geógrafo Efraín Llanos Henríquez, por su parte, alertó sobre el potencial de la obra como núcleo de la gentrificación barrial: “*hay una conjunción de intereses [...] que llevan a que probablemente en ese sector del Barrio Abajo, en torno al par vial de la carrera 50 [surjan] procesos de gentrificación*”¹¹⁰. Algunos habitantes del barrio también han manifestado su descontento ante “*el poco provecho que [...] ha traído*” la renovación de la carrera 50. Por ejemplo, don Raúl Vanegas Iglesias identifica la contaminación auditiva y ambiental como uno de los perjuicios más significativos de la obra¹¹¹.

¹¹⁰ La información fue originalmente proporcionada a Lastra, Villafañe y Jiménez (óp. cit., p. 62) en una entrevista realizada en marzo de 2017.

¹¹¹ La información fue originalmente proporcionada a Lastra, Villafañe y Jiménez (óp. cit., p. 63) en una entrevista realizada en junio de 2018.



Figura 70: Mural pintado en conmemoración de *La Nube Blanca*. Esquina de la renovada carrera 50 con calle 46

Sin embargo, otras personas que también habitan el barrio, por su parte, no extrañan demasiado las casonas demolidas y aprecian la sensación de «seguridad» que trajo la renovación. De acuerdo con Omar Cantillo, quien nació, creció, vive y trabaja como barbero en el barrio, esa sensación ha ampliado su clientela y, por ende, sus ganancias¹¹².

El broche de oro del proyecto de gentrificación en este punto del Barrio Abajo surgió hace 10 años, y consiste en un multitudinario evento de carnaval denominado *Baila la Calle*. Realizado sobre la renovada carrera 50, entre calles 53 y 45 (en las entrañas del Barrio Abajo), este evento congrega un grupo importante de personas que pagan alrededor de cincuenta mil pesos por concepto de entradas individuales. Ya que el baile es “a la calle” las personas “entran” a una porción de ésta cercada con vallas metálicas; una extensa serie de “polisombras” garantiza que nadie pueda consumir visualmente el espectáculo

¹¹² “Antes de que «arreglaran» la [carrera] 50 no se podía pasar por debajo del puente [que quedaba a la altura de la calle 46]. Eso era una «atracadera» todo el día. A veces no respetaban que fuera gente del mismo barrio, ni que fuera a pleno sol”. Esta frase de Omar Cantillo, tomada de una conversación casual en su peluquería, el 4 de enero de 2021, sugiere su idea de que, antes de la renovación, la carrera 50 estaba «dañada».

desde afuera, sin haber pagado.

La principal atracción que vende *Baila la Calle* se agota en varias tarimas (al estilo megaconcierto) que compiten por atraer a los exaltados asistentes – turistas. Sobre ellas, frente a una profusión suntuosa de pantallas, luces y rociadores de humo, animadores que se presentan como cantantes se estremecen dando alaridos, mientras pretenden seguir la pista que suena estruendosamente al fondo.

A pesar de que el evento es referido como *Baile*, no es frecuente ver gente bailando. La mayoría de los asistentes consume pasivamente el espectáculo, sentada o, entumecido el brazo hacia arriba, sirviendo de trípodes a las cámaras de la inconmensurable cantidad de celulares que se obstinan en grabar *lo que sea*. Durante las últimas versiones, picós (*pick ups*) o equipos de amplificación de sonido para la fiesta local han empezado a reemplazar algunas de las tarimas, entrando en la comercialización de un fenómeno de base popular.

Al conversar con los *bajeros* que viven en las casas frente a las cuales se realiza el evento, es común la queja en torno a la prohibición de vender cosas durante la celebración. Ya que este evento multitudinario hace parte del gran proyecto de Carnaval concebido y desarrollado desde el interés corporativo que representa Carnaval S.A., existen concesiones oficiales para la comercialización de alimentos, bebidas, souvenirs o cualquier otra cosa. Ante la opulencia del consumo desplegada en sus narices, frente las puertas de sus casas, las personas que no pueden vender ni comprar nada, impunemente excluidas de la celebración, cierran las ventanas y se acuestan temprano empeñadas en que el ruido de las tarimas no les recuerde con tanta intensidad la frustración que genera la inequidad.

3.2.5 LA MERCANTILIZACIÓN DEL PATRIMONIO INMATERIAL: DE LA FIESTA POPULAR AL ESPECTÁCULO PRIVADO

Uno de los líderes de ASOBAILES¹¹³ manifestó, durante una rueda de prensa ofrecida enero de 2018, que *Baile a la Calle* surgió tras una llamada de atención en torno al riesgo que supone, para la conservación patrimonial del carnaval, su comercialización. En efecto,

¹¹³ Esta figura emerge como una táctica de organización implementada por los antiguos gestores de verbenas populares barranquilleras. Tras la regulación del espacio público que condenó a las verbenas a su desaparición, en la década de 1990, las personas que solían “montarlas” se asociaron para tratar (infructuosamente) de dialogar desde el nuevo registro institucional impuesto por Carnaval S.A.

el Consejo de Estado señala, como antecedente de una acción popular interpuesta contra el distrito de Barranquilla y Carnaval S.A., que “*La misma UNESCO [...] «ha censurado, en pronunciamiento hecho por la Subdirección General para la Cultura, la excesiva comercialización de la fiesta»*” (Consejo de Estado, óp. cit., p. 3).

En virtud de que estas formas de patrimonio inmaterial se consuman en las relaciones que establecen las personas, la alteración significativa de esas formas de relación fue asumida como un factor de riesgo. La más fuerte alteración identificada en aquel momento tenía que ver con el carácter comercial que habían adquirido las celebraciones: dada la condición genuinamente popular de muchos de los antiguos asistentes (sus bajos niveles de capacidad adquisitiva), una parte sustancial de ellos fue excluida.

El carnaval, otrora fiesta popular, fue degenerando en una serie de espectáculos privados cuya esencia parece determinada por la exclusión comercial. El carnaval como hecho urbano, irremediamente anclado a la ciudad que le da vida, tornó en bien cultural. Justo de la misma forma que la mercantilización de la ciudad supone un cuestionamiento del derecho que todos deberíamos tener para acceder a ella (Harvey, óp. cit.), el derecho al carnaval se vio cuestionado desde el momento en que fue asumido como un bien comercializable: el Consejo de Estado (óp. cit., p. 6) lo pone en términos de «amenaza» al “*derecho colectivo a la defensa del patrimonio cultural de la Nación*”

Ahora bien, el Carnaval no sólo dejó de ser popular para convertirse en privado: también dejó de ser una fiesta y se transformó en espectáculo. La disposición física de los cuerpos durante las celebraciones de carnaval nos habla sobre esta alteración. Bajtin (2005, p. 8) señala que “*durante el carnaval es la vida misma la que se juega e interpreta [...] sin escenario, sin tablado, sin actores, sin espectadores*”. En el caso del carnaval barranquillero, el surgimiento de tarimas, palcos, escenarios, asientos y, en términos generales, una frontera entre espectadores y artistas significó la aniquilación de la fiesta. Las personas que antes iban a bailar en una fiesta de carnaval fueron reemplazadas, en el lapso de los últimos treinta años, por personas con mayor capacidad adquisitiva, que pagan entradas relativamente costosas y, en lugar de ir a bailar, llegan, se sientan, y consumen pasivamente un espectáculo.

Los disfraces no tienen ya la intención de ocultar la identidad de quien los porta, creando espacios genuinamente licenciosos; los disfraces del carnaval actual son concebidos con la intención de atolondrar con colores, brillos y destellos de movimiento sensual las adormecidas sensibilidades de los turistas; de persuadir a gringos y cachacos, apabullados

por el frío y la gris monotonía de sus ciudades extranjeras, a gastar lo que traigan, atónitos ante el despliegue exuberante de movimiento y sofocados por el asfixiante calor tropical.

3.2.6 EL BARRIO ABAJO: UN CASO DE GENTRIFICACIÓN CULTURAL



Figura 71: Peatón observa murales carnavaleros en la renovada carrera 50, entre calles 43 y 44

Una vez que el entramado burocrático fue instalado en pleno corazón del Barrio Abajo (en la Casa del Carnaval), la gentrificación se desplazó desde la celebración carnavalera hacia el barrio propiamente dicho. Más que en la fiesta, excepción licenciosa, el valor patrimonial-comercial empezó a ser identificado en cada uno de los aspectos que definen, cotidianamente, la vida en el Barrio Abajo. Esa quimera que suele ser referida como «cultura barrial» inició su proceso de patrimonialización, tratando de seguir la misma ruta de escalas (local, nacional y global) a través de la cual trasegó el carnaval. Se trata, pues, de una estrategia de revalorización cultural: eso que, de acuerdo con Vollmer (óp. cit., pp. 34 – 35), anuncia el inicio de un proceso de gentrificación clásico.

A pesar de que el Barrio Abajo es reconocido como un nicho patrimonial independiente del carnaval, no cabe duda de la estrecha relación que existe entre ambas declaratorias. El documento que más claramente habla sobre la gentrificación cultural de este sector barranquillero evidencia tal estrechez: se trata del cuestionado POT 2012 – 2032, aprobado en condiciones antidemocráticas establecidas por la administración del ex –

alcalde Alejandro Char Chaljub¹¹⁴. Allí, se establece la figura de Polígonos Especializados de Competitividad (PEC), que refieren:

“Sectores que concentran actividades especializadas [...] generando una propuesta de servicios particulares de alto nivel [...] Aquellos sectores de la ciudad que [...] poseen aglomeraciones en donde se da el predominio de un solo uso [e] impulsan la competitividad de la ciudad [...] verdaderos focos para el dinamismo competitivo de la ciudad”¹¹⁵.

El área correspondiente al Barrio Abajo contiene un PEC llamado «Carnaval», cuyo objetivo es consagrar la vocación productiva de ese espacio urbano a la explotación económica de las actividades del carnaval. Este es el punto en el que los procesos de patrimonialización dejan de ser paralelos para hacerse tangentes: aquí se encuentran, cara a cara, en los mismos términos, en un momento dado.

No obstante, la patrimonialización del barrio siguió su rumbo independiente, involucrando aspectos sociales y manifestaciones culturales que trascienden ese contexto festivo. La producción social del espacio urbano correspondiente al Barrio Abajo, en su conjunto, entró a ser considerada un bien patrimonial y comercial. La marca barrial empieza a ser producida sobre la base de la autenticidad (Zukin, óp. cit.; Manzo, óp. cit.), mientras los habitantes se debaten entre resistir y sucumbir ante la seducción del proyecto renovador.

“Sin embargo, el hecho de que la cultura trabajadora se ponga en alto no quiere decir en absoluto que estas personas puedan permanecer luego en los barrios gentrificados” (Vollmer, óp. cit., p. 80). De ello nos habla otra de las particularidades que de lo que está

¹¹⁴ “a la [...] norma le asisten diversos cuestionamientos respecto a su legalidad y legitimidad, en escenarios políticos y judiciales; entre estos destacan una presunta irregularidad en los tiempos para su discusión y aprobación [...] que llevaron a que este se aprobara por decreto y no por acuerdo” (Lastra, Villafañe y Jiménez, óp. cit., p. 34).

¹¹⁵ Anexo 3 de la norma, Documento Técnico de Soporte. Libro I, componente general.

ocurriendo en Barrio Abajo: la relación inusual entre patrimonio y renovación urbana.



Figura 72: Por iniciativa de CORPABA, grupo de *Negritas Puloy* es grabado en plena danza. Febrero de 2021

En este caso, en virtud de que el valor patrimonial reside en las relaciones sociales -que son inmateriales- y no en la estructura física del barrio, escasean las restricciones en materia de demolición y construcción de obra nueva. El conservacionismo típico de muchos procesos de patrimonialización, que suele entorpecer los planes renovadores del capital inmobiliario, es anulado por derecha en el Barrio Abajo, en el que no existen

restricciones significativas para la renovación estructural.



Figura 73:
"Render de
la fuente
luminosa
que estará
en la Plaza
[de La Paz
(entre
carreras 45
y 46 y
calles 48 y
46)]", *El
Heraldo*,
julio 25 de
2019

De hecho, al volver sobre el cuestionado POT 2012 – 2032 encontramos elementos llamativos en torno al uso del suelo y la altura permitida para la construcción en los predios del Barrio Abajo. El documento establece que en algunas de las zonas que constituyen el barrio pueden ser erigidas edificaciones comerciales "tipo 6" (de 16 a 20 pisos), multifamiliares "tipo 4" (15 pisos) e industriales "tipo 4" (8 pisos) (Orozco Acosta, óp. cit., pp. 58 – 65).

Existe otro antecedente con influencia significativa en el proceso de patrimonialización del barrio, y que además afecta directamente los procesos de renovación estructural. Se trata del Plan Especial de Manejo Patrimonial (PEMP) del Centro de Barranquilla, del que se desprende el Plan Especial de Protección del Centro Histórico de Barranquilla y su Área de Influencia¹¹⁶. Esta tendencia planificadora surge como consecuencia de que el Centro de Barranquilla fue declarado patrimonio cultural de orden nacional en 1999.

La delimitación del área patrimonial reconoce parte del Barrio Abajo como zona de influencia¹¹⁷; no obstante, un plano titulado *Normativa*, que asigna tratamientos

¹¹⁶ Disponible en: <https://www.barranquilla.gov.co/cultura/patrimonio/pemp/pemp-centro-historico/cartografia-pemp-ch-barranquilla>

¹¹⁷ Entre las calles 37 y 42, y entre las carreras 46 y 50.

urbanísticos a cada zona, presenta esa parte del barrio como área de “*Renovación urbana*”. Al detallar los inmuebles que se erigen allí, un segundo plano, titulado *Normativa Urbana* (que contiene la “*Clasificación Patrimonial y los Sectores Normativos*”, establece que la gran mayoría son “*No compatibles con el contexto*” y poseen “*Características tipológicas alteradas*”; el mismo documento identifica media docena de lotes “*Construibles*”.

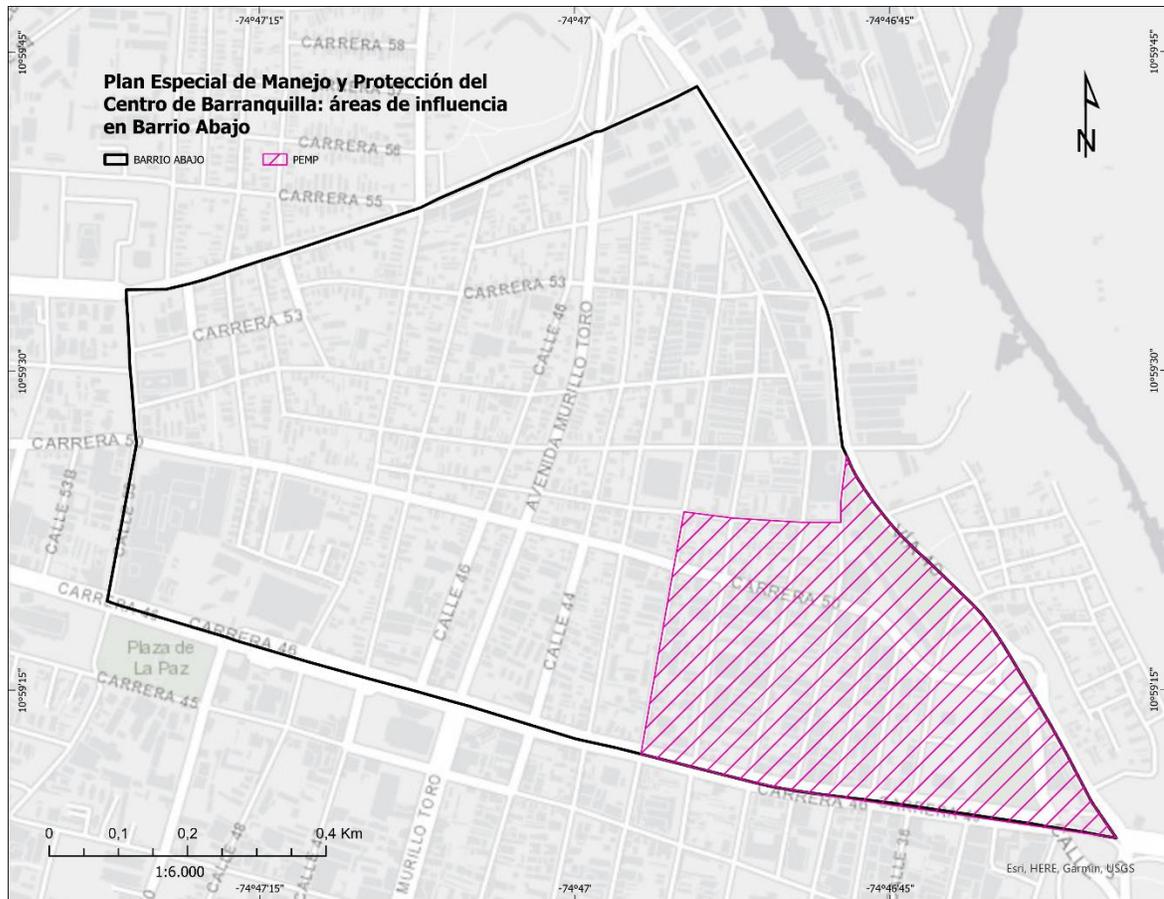


Figura 74: plano que resalta el área de Barrio Abajo cobijada por el PEMP. Autoría propia.

Al espacio licencioso para la reestructuración urbana provisto por el POT y el PEMP se suma la creciente profusión de monografías de pregrado, realizadas en universidades privadas locales, que proponen planes de renovación estructural y revalorización económica para el Barrio Abajo (Gutiérrez Celia, 2014; Carriazo Franco, 2019; Tan Kuang, 2020). Estas obras no se muestran críticas ante el riesgo “gentrificador” que entraña la patrimonialización orientada al mercado. Tampoco parecen reconocer en la revalorización física y económica el primer paso hacia el desplazamiento urbano.

La forma en que se relacionan la patrimonialización del barrio y su renovación urbana

reafirma la idea de que allí se está desarrollando un proceso de gentrificación cultural: la primera opera como un mecanismo de producción de autenticidad y bienes culturales, mientras que la segunda es ya reconocida como uno de los síntomas clásicos de la gentrificación (especialmente cuando, pretendiendo expandir los diferenciales de renta, aparece tras una racha de desinversión severa¹¹⁸, como en el caso del centro de Barranquilla y su Barrio Abajo).

Incluso la prensa local, usualmente parcializada por el clientelismo político, proporciona una fuente de información que corrobora la idea de que el Barrio Abajo está empezando a ser gentrificado a través de la revalorización cultural. Las notas, indiferentes ante el desplazamiento o la expulsión, presentan con obstinada reiteración el discurso almidonado del patrimonio inmaterial y la *economía naranja*, contribuyendo a la incrementar el valor simbólico de este sector barranquillero.

Es importante recalcar que, además de los efectos que puede generar un proceso de gentrificación sobre las estructuras físicas urbanas, son contundentes las alteraciones que introduce en la producción social del espacio. La vida barrial aparece como un ámbito urbano muy sensible ante la gentrificación, incluso más que las propias estructuras físicas que son reconfiguradas. Sobre todo, en un caso como el del Barrio Abajo, en el que esa vida barrial se desarrolló históricamente con tanta singularidad, los efectos de la terna renovación-revalorización-desplazamiento se presentan particularmente nefastos. Al definir los límites del barrio en términos socioculturales (más que estructurales o espaciales), apreciamos con mucha más claridad los efectos devastadores de la gentrificación.

Sin embargo, la singularidad de la vida barrial; esa fuerza poética contenida en la particularidad con la que las personas “*viven como propio cada hecho de vecindad y colindancia*” constituye un arma de doble filo: por una parte, produce “*la percepción de autenticidad, [esa] sensación de inmediatez, de pertenencia, de comunidad y de cohesión que muchos anhelan*” (ibid., p. 80) y que es susceptible de ser mercantilizada; ese insumo tanpreciado para la revalorización cultural antecedente a la revalorización económica y, por ende, a la expulsión. Pero, paralelamente, la singularidad barrial aparece como el único medio para resistir: como una táctica genuinamente popular para reconocer la alteridad común respecto al privilegio y asumirla como eje comunitario. Sólo a través del

¹¹⁸ Smith, óp. cit., pp. 295 – 302.

reconocimiento de una vulnerabilidad común la gente del barrio ha logrado organizarse y poner en marcha mecanismos efectivos de resistencia: bien sea ante un proyecto que explota indiscriminadamente su mano de obra y los relega a la precariedad urbana (como en el siglo XX), o ante uno que pretende expropiar su autenticidad barrial y convertirla en rentabilidad privada, expulsándolos del barrio en el proceso (como en la actualidad).

3.2.7 FORMAS DE DESPLAZAMIENTO ASOCIADAS A LA GENTRIFICACIÓN DEL BARRIO ABAJO

Figura 75: Fotografía del colegio Esther de Peláez demolido, publicada por el diario *La Libertad* el 6 de enero de 2018. Por algún motivo (quizás asociado a la censura) la nota de prensa fue retirada del archivo en línea de *La Libertad*.



Lisa Vollmer (óp. cit., p. 28) reconoce la expulsión como un factor inherente a la gentrificación. A diferencia de otras perspectivas que describen la gentrificación “como una «revitalización», un «renacimiento del centro urbano» o una «regeneración»”¹¹⁹, la autora hace énfasis en que la “revalorización tiene la intención de cambiar el barrio, pero también a las personas que viven en él: éstas deben marcharse para que nuevas clases más pudientes refinancien las inversiones”¹²⁰. Citando a Andrej Holm, la autora hace énfasis en que “La expulsión es la esencia de la gentrificación, no un efecto colateral no deseado” (ibid., p. 24). Vicente Moctezuma (2016, p. 86), por su parte, denuncia que “algunas posturas niegan el desplazamiento como un elemento intrínseco a los procesos de gentrificación”. Este autor exhorta a sus lectores a “mantener una conceptualización crítica que inquiete por los desplazamientos y exclusiones sociales, en un contexto de transformación espacial [...] marcado por la desigualdad de clase y el poder político del capital”.

¹¹⁹ “¿Quién puede poner peros a un nuevo parque o a un alumbrado que por fin funciona? [...] El problema de la gentrificación no es que los barrios sean más bonitos y ofrezcan una mayor calidad de vida. Pero es cierto que existe un vínculo entre la revalorización, la gentrificación y la expulsión” (Vollmer, óp. cit., p. 28).

¹²⁰ “solo cuando la mejora de los barrios está unida a expectativas de ganancia económica, ésta lleva a la expulsión. Lo que por desgracia suele ser el caso” (ibid.).

En ese sentido, vale la pena establecer con cierto grado de claridad qué tipo de actores entran en la escena de la gentrificación barrial, qué roles desempeñan, cómo se relacionan y, sobre todo, cómo se desplazan y expulsan entre sí. Los actores involucrados en la gentrificación de este sector urbano son de índole diversa. Encontramos, por una parte, a los funcionarios y propietarios del capital gentrificador; en principio, debería existir una diferenciación entre capital público y privado, pero en este caso la frontera es prácticamente inexistente, puesto que quienes especulan son también llamados a tomar las decisiones administrativas en el sector público (igual que en la época de Parrish o del ex – alcalde y arrendatario Leonardo Falquez) (Valencia Martínez, óp. cit., p. 34).

Por otro lado, están los gestores culturales. Son personas que, a pesar de no estar vinculadas de forma directa con Carnaval S.A., la alcaldía o el Ministerio de Cultura, se involucran de forma activa con la gestión de los eventos que pueden llegar a tener algún tipo de valor patrimonial. Este grupo incluye personas dedicadas a actividades de índole diversa, como pintores, bailarines, administradores, académicos, contadores, periodistas, etc. Más que una profesión, la gestión cultural aparece como un compromiso activo con la idea de que el Barrio Abajo ostenta valor patrimonial y puede, o no, estar motivada por intereses económicos.

El caso de los pintores del Barrio Abajo, cuya variable grupo es difícil definir, ilustra el rol de los gestores culturales y su relación ambigua con la comercialización de la cultura barrial. Varios de ellos, como Nitho Cecilio o Raúl Angulo, más que enriquecerse vendiendo la marca *Barrio Abajo*, encarnan la historia del *bajero* de toda la vida, que creció inspirado por la estética popular de su barrio y, hecho artista, la plasma con reiteración inagotable en su obra. Si bien es claro que los artistas exponen su obra a los avatares de la mercantilización, es evidente la diferencia entre el lucro indiscriminado de los capitales gentrificadores y la economía de subsistencia configurada por estos pintores en torno al arte inspirado en el Barrio Abajo, constituyéndose en agentes de resistencia cultural frente al desarrollismo impuesto por los capitales económicos que gobiernan la urbanización de la ciudad¹²¹.

Por su parte, los habitantes anónimos también se involucran con el proceso de gentrificación barrial. De forma menos activa que los gestores, inversionistas o los

¹²¹ David Harvey. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid, Akal, 2013.

funcionarios del gobierno, las personas comunes y corrientes que viven en el Barrio Abajo toman parte del proceso, acogiéndolo con esperanza ingenua o formulando sus inconformidades en torno a su inequidad.

Es importante tener claro que este tipo de categorías esquemáticas no son camisas de fuerza que contienen irremediablemente a las personas. Por el contrario, precisamos ser conscientes de que la gente transita caprichosa e insospechadamente entre ellas, cuestionándolas constantemente. Sin embargo, para efectos de este ejercicio reflexivo, tiene sentido discriminar a las personas de acuerdo con la posición desde la cual asumen y se relacionan con el proceso de gentrificación del barrio.

Ya que la gentrificación obedece a factores que tienen que ver con la oferta y la demanda del mercado inmobiliario, pero aparece más comprometida con los primeros que con los segundos (Smith, óp. cit., p. 101; Vollmer, óp. cit., p. 61), la influencia que alguien puede llegar a ejercer sobre espacio fronterizo nos da una idea del lugar que ocupa en todo este complejo proceso de reestructuración urbana. De esa influencia, de hecho, dependerán las posibilidades que tenga ese alguien de desplazar o ser desplazado.

Vollmer (óp. cit., pp. 37 – 38) hace énfasis en que “*Además de [...] expulsión directa, hay otras [formas] de expulsión indirecta, también llamada expulsión simbólica o presión desplazatoria*”. Moctezuma (2016, p. 86), por su parte, establece que el desplazamiento asociado a la gentrificación no siempre involucra el traslado físico de cuerpos: nos invita a entender el desplazamiento en un sentido amplio, como algo que “*opera [...] en los significados y discursos que se construyen sobre el lugar*” (ibid.). Así, al mirar detenidamente el caso del Barrio Abajo, constatamos que son varias las formas de desplazamiento que la gentrificación cultural ha ocasionado.

Dado que son directos, se presentan con mayor claridad los desplazamientos físicos asociados a la renovación estructural. Obras como la Casa y el Museo del Carnaval, o el par vial de la carrera 50, exigieron la demolición de casas, pasajes, tiendas, colegios y talleres, arrasando con las formas de relación social que allí se desplegaban y, por ende, con los cuerpos que las establecían. Aun cuando, más allá de los desplazamientos puntuales, estas obras no han generado un incremento sustancial de los precios del suelo del Barrio Abajo, operan como ejes de la gentrificación y empiezan a *poner las piedras* destinadas a cimentar el proyecto renovador. Son puntos álgidos dentro del barrio a través de los cuales se empieza a expandir cancerosamente la excluyente renovación urbana.

Los desplazamientos físicos inician tímidamente y, de la noche a la mañana, cuadras completas desaparecen para dar paso a pares viales y sedes burocráticas.

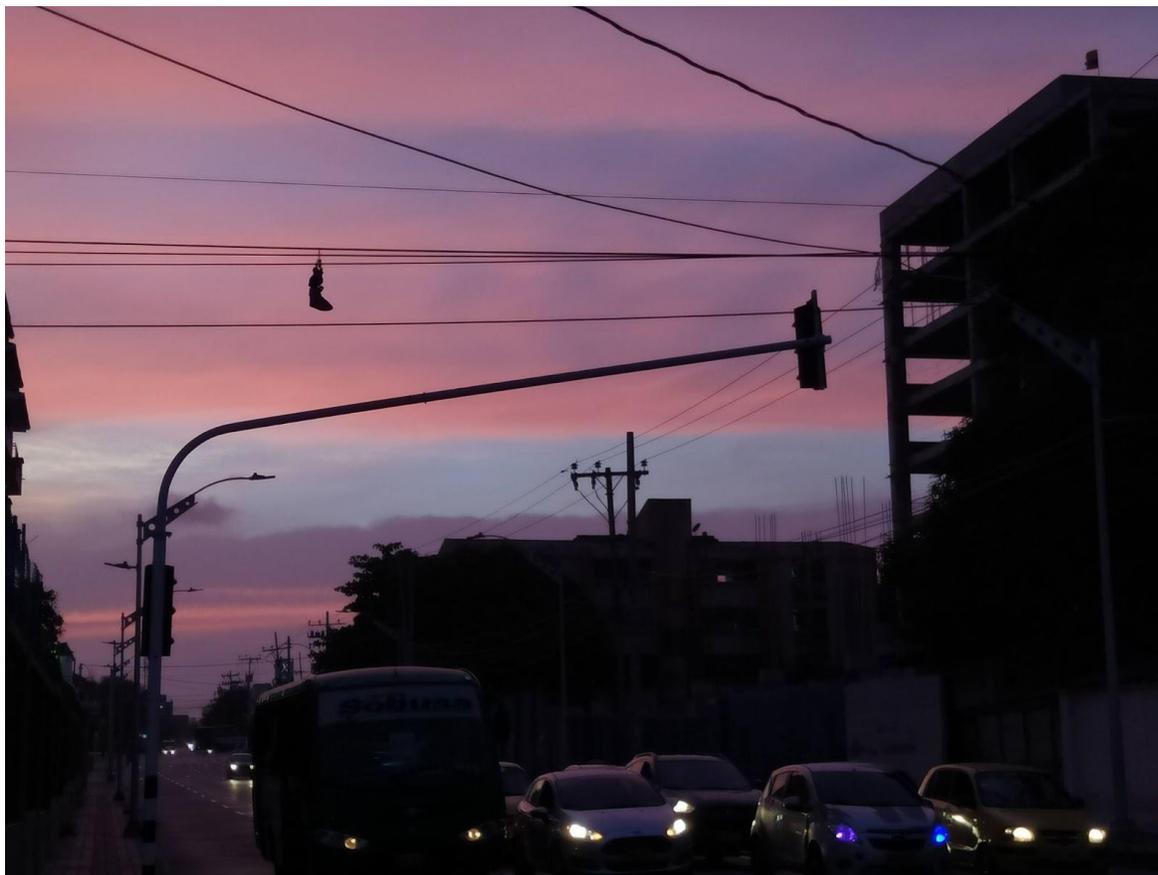


Figura 76: Construcción de torres de apartamentos en la carrera 44 con calle 50. Enero del 2021

Ahora bien, aunque los precios de los lotes individuales muestren una relativa estabilidad, la construcción cada vez más frecuente de torres de apartamentos dentro y en las inmediaciones del barrio ha desatado cierta forma ya catalogada de desplazamiento urbano indirecto: la llamada «gentrificación de obra nueva». Un buen ejemplo es provisto por los precios del metro cuadrado en el único proyecto de “vivienda social” que se construye en este momento dentro del perímetro urbano de Barranquilla. Dicho proyecto es ejecutado por la constructora privada *Coninsa* en la esquina de la carrera 44 con calle 51, a escasas dos cuadras del Barrio Abajo (cuya frontera es la carrera 46). Consiste en torres de apartamentos de dos o tres habitaciones, con áreas privadas que no superan los cincuenta metros cuadrados. El precio de venta (sobre planos) es de ciento cincuenta millones de pesos, pero al tratarse de un proyecto de Vivienda de Interés Social (VIS) los compradores pueden acceder a algunas decenas de millones por concepto de subsidio gubernamental.

No obstante, al comparar los precios de venta en ese proyecto con los de los apartamentos del conjunto vecino, *Parque Central* (que tiene ya varias décadas de haber sido construido), es evidente un incremento sustancial. Tras una breve indagación telefónica sobre los apartamentos disponibles para la venta, fue posible establecer que también cuentan con dos o tres habitaciones, y los de mayor tamaño superan los noventa metros cuadrados. El valor de esos apartamentos oscila entre ciento veinte y ciento cincuenta millones de pesos. A pesar de que el precio de venta de las viviendas es similar, y los promotores inmobiliarios se esmeran en vender la idea de que, por ese precio, los apartamentos nuevos resultan una ganga, al considerar el metraje resulta evidente que el supuesto proyecto de vivienda social opera como un mecanismo efectivo para la gentrificación de obra nueva: contribuye a incrementar los precios del suelo en el sector, encareciendo, de paso, alquileres y servicios.

Paralelamente, en el Barrio Abajo florecen expresiones de la gentrificación comercial. El caso más notorio está dado por *El Portal del Prado*, que, a pesar de llevar el nombre del pomposo barrio vecino, se erige colosalmente en territorio *bajero*. Si bien es cierto que desde hace varias décadas funcionaba allí el almacén *Sears*, que pudiera aparecer como una oferta comercial de sofisticación similar, la expansión de este escenario sobre los predios de las casonas de la familia Bellingrodt (antiguamente erigidas en la esquina de la calle 54 con carrera 50) transformó radicalmente el panorama comercial del barrio. El almacén *Sears* fue adquirido por la familia Char, que lo transformó en *Súper Almacén Olímpica* (SAO) y lo convirtió, al cabo de unos años, en centro comercial. Esto involucró el acaparamiento de gran parte de la oferta de consumo urbano en el sector.

Entre los desplazamientos ocasionados por la apertura del *Portal del Prado* se cuenta el de los cines a cielo abierto, recordados con gran nostalgia por las familias del barrio (Salcedo, óp. cit., pp. 87 - 97): aquellos genuinos escenarios de solaz vespertino fueron cerrando paulatinamente tras la apertura del *Portal*, entre cuyas novedades se incluyen las salas de la cadena *Cine Colombia*. Los restaurantes, heladerías y cafeterías del sector también encontraron en la plazoleta de comidas del centro comercial una serie importante de cadenas competidoras. Incluso los lavaderos de carros han sido desplazados por la llegada de la gran mole comercial, en cuyos sótanos es posible mandar a hacerle todo el *overhaul* a cualquier vehículo cabinado. La obstinación por acaparar la oferta urbana es tal que, en su último piso, el centro comercial habilitó una mega discoteca (*Trucupey*), lo que constituye una iniciativa claramente sintonizada con la apretada agenda de la revalorización cultural *bajera*.

Por otro lado, identificamos desplazamientos indirectos en materia del significado que la gente atribuye al barrio: es decir, a la forma en la que lo conciben y se relacionan con él. Hemos evidenciado que, desde sus albores, el Barrio Abajo ha sido asumido de formas muy distintas por los barranquilleros, trasegando desde la indiferente connotación de caserío aledaño a la ciudad hasta Bien de Interés Cultural Nacional¹²². En el proceso se ha hecho evidente una clara intervención gubernamental: sin duda, *“Las instituciones públicas [han impulsado] la revalorización [o desvalorización] cultural y discursiva [del] barrio”* (Vollmer, óp. cit., p. 85).

Inicialmente, cuando las Bocas de Ceniza fueron intervenidas y el puerto trasladado río arriba, se dio el primer desplazamiento «semántico» de los que habla Moctezuma: el barrio dejó de ser percibido como un sitio en el que se podía llegar a vivir y, sobre todo, trabajar. Una vez trasladada la exuberante oferta laboral, la dinámica de poblamiento de las comunidades proletarias en Barranquilla se reorientó hacia el sur de la ciudad, dando origen a barrios como Las Nieves o La Chinita y a la inevitable conurbación con Soledad.

Tras ese desplazamiento se asentaron las condiciones de desidia política, vulnerabilidad económica y precariedad urbana en las que se gestó la poética popular del Barrio Abajo. Allí quedó «acuñado» el nuevo significado que Barranquilla le empezaba a atribuir, el de:

“un pequeño pueblo sin ninguna relación con el resto de la ciudad [en el que] sus habitantes eran autosuficientes: sobrevivían sin necesidad de salir del barrio [...] era una comunidad cerrada con tradiciones culturales propias sin homologación posible con el resto de la ciudad” (Salcedo, óp. cit., p. 18).

A partir de ese momento se fue sedimentando la idea de que ese pedacito de Barranquilla se había detenido en el tiempo, y que allí la gente vivía con la frescura que traían, durante todos los días del año, las impetuosas brisas ribereñas; de que mientras la ciudad se proyectaba modernamente hacia el norte, con sus casonas neoclásicas en el Viejo Prado y los sofisticados volúmenes que jugaban con los desniveles de la Ciudad Jardín; y hacia el sur y el occidente, debatiéndose entre la vivienda autogestionada y la especulación por

¹²² En su artículo 303, el POT 2012 - 2032 establece la necesidad de declarar al Barrio Abajo como Bien de Interés Cultural, siguiendo los lineamientos establecidos por el PEC Carnaval.

loteo sin servicios (Valencia Martínez, óp. cit.), el Barrio Abajo permanecía ajeno a aquellas disputas fronterizas.

En cuestión de medio siglo (1920 – 1970) cuajó la idea de que el Barrio Abajo yacía anquilosado en los recuerdos de los buques que partieron y los trenes que más nunca lo hicieron; de que no extrañaba el acueducto que nunca tuvo ni el pavimento que jamás sepultó la arena de sus callejones; de que estaba complacientemente resignado tras haber visto pasar la quimera de la modernidad, que la saludó desde la lejana inequidad y, como por agua la vio venir, por agua la vio partir; de que allí las personas veían pasar los días sinceramente emocionadas ante la espera anual del tan anhelado carnaval.

Es paradójico que sea justamente en virtud de la fuerza poética que adquirió ese significado, de la singularidad que introducía en el monótonamente abyecto panorama urbano de Barranquilla, que se dé un tercer desplazamiento «semántico». En este caso, estaría orientado a revalorizar esa fuerza poética, expropiándola y transformándola en autenticidad urbana, puesta en venta al mejor postor: en palabras de Lisa Vollmer (óp. cit., p. 80), “*se puede expropiar el capital cultural de los actores suburbanos para una revalorización económica*”.

Una vez que el veleidoso mercado inmobiliario identificó en el Barrio Abajo posibilidades patentes de reinversión rentable, movió las influencias políticas necesarias para poner en marcha este tercer desplazamiento. Este es un caso en el que la oferta inmobiliaria se da a la tarea de reconfigurar la demanda de acuerdo con sus intereses de rentabilidad.

Tornó urgente la necesidad de cambiar la idea que tenía Barranquilla sobre el antiguo barrio popular con pasado obrero. Esas condiciones de precariedad urbana, claramente causadas por la deliberada desinversión de capital público, deben ser «disfrazadas» (como en el carnaval) con una intensa profusión de ruido, brillo y color, que encandilen a los compradores y reorienten su demanda hacia la oferta que el capital inmobiliario ha encontrado más rentable hacer.

Dado que “*la gentrificación es una decisión política y no un efecto natural de los flujos financieros abstractos*” (Vollmer, óp. cit., p. 83), la colaboración de los empleados que el capital inmobiliario infiltra en el gobierno se torna imprescindible. Sin ellos, sería imposible

que, de la noche a la mañana, las plazas y parques aledaños al barrio sean renovadas¹²³, los usos del suelo y las licencias de altura modificadas, y las personas y sus formas de producir el espacio urbano exotizadas y expuestas macabramente como «bienes» patrimoniales. Sin ese sutil empujoncito público, carecería de sentido “*botar la plata en un barrio de negros y atracadores [...] nadie se querría meter allá*”¹²⁴.

El proyecto gentrificador precisa desplazar el significado que Barranquilla le da a su Barrio Abajo: necesita rescatar lo pintoresco y exótico que pueda albergar la precariedad (como culposamente hacía Alfonso Fuenmayor) para que tenga sentido la inversión. La gente con capacidad adquisitiva tiene que sentir el deseo de invertir sus ahorros en un apartamento en el Barrio Abajo, por ello, hay que saber vender el barrio. No se puede notar la inequidad, tiene que quedar más clara la autenticidad.

¹²³ Porque dentro del barrio no hay.

¹²⁴ Conversación casual con Darío Galván, quien se ha desempeñado como Jefe de Proyectos en una promotora inmobiliaria que opera en Barranquilla. La información fue provista en diciembre de 2021, en una heladería del Portal del Prado.

3.2.8 ALTERNATIVAS DE PATRIMONIO: ¿RESISTENCIA A LA GENTRIFICACIÓN?

Si bien es cierto que muchos habitantes del Barrio Abajo acogen con agrado la patrimonialización de su barrio, ignorando sus riesgos patentes de gentrificación, existen familias *bajeras* que implementan tácticas orientadas a hacer frente a dichos riesgos. Uno de los casos más representativos es el de la Corporación para la Conservación del Patrimonio del Barrio Abajo (CORCONPA), fundada el 01 de febrero de 2018 en el marco de la lucha contra la demolición del colegio Esther de Peláez. Esta corporación actualmente es presidida por doña Marbel Barros de Osorio, cuya familia ha vivido en el barrio hace tres generaciones. La historia de doña Marbel ha estado marcada por un elemento relativamente inusual en el contexto popular que nos ocupa: acceso a la educación superior en pre y posgrado. En distintas universidades locales, incluyendo la Universidad del Atlántico, la actual presidenta de la corporación ha tenido la posibilidad de explorar su propia relación con el patrimonio y los bienes culturales. De hecho, no parece una casualidad que las experiencias organizativas que gravitan en torno a CORCONPA hayan contado con su liderazgo.

A través de estos mecanismos de organización comunitaria, algunos habitantes tradicionales del barrio que cuentan con el capital cultural necesario para evaluar críticamente la situación actual han tratado de generar consciencia entre sus vecinos. Al respecto, don Raúl Vanegas Iglesias explica:

“le hemos venido diciendo a nuestros vecinos que sus casas están bien ubicadas; aunque no conocimos hasta hace poco el concepto de gentrificación. Hemos venido regando la bola, diciéndoles que no venda, que su casa es patrimonio. Es un proceso de concientizar a la población”¹²⁵

También ha tenido visibilidad la Corporación Arte y Cultura Barrio Abajo (CORPABA), presidida por Mauro Núñez Martínez. Otros personajes con relativa visibilidad, como José Ignacio -El Pavo- Cassiani (líder de *La rebelión de las marimondas del Barrio Abajo*), también han encontrado en CORPABA una plataforma desde la cual unirse a la lucha

¹²⁵ La información fue originalmente proporcionada a Lastra, Villafañe y Jiménez (óp. cit., p. 73) durante una entrevista realizada en junio de 2018.

fronteriza en la que actualmente se debate el significado, el patrimonio y el territorio del Barrio Abajo.

De forma similar a CORCONPA, pero con una agenda política menos clara y un capital cultural más reducido, CORPABA ha emprendido iniciativas orientadas a la organización comunitaria. Una de ellas estuvo dada por una propuesta, presentada ante el Ministerio de Tecnologías de la Información y Comunicaciones, para la creación de una emisora barrial. En la propuesta suscrita ante el Ministerio¹²⁶, Núñez Martínez precisa que el objetivo general del proyecto consiste en:

“Crear una emisora comunitaria étnica Llamada: Barrio Abajo mil y más historias que contar, en la ciudad de Barranquilla. Con el fin de emitir y producir información de interés público, programas educativos, musicales y de importancia testimonial de la misma comunidad del territorio en mención”.

El lugar común que más claramente congrega estas dos corporaciones es su apelación al patrimonio como forma de blindaje ante el desplazamiento. Aunque el discurso de CORCONPA cuente con las herramientas teóricas para ponerlo en términos más concretos (gentrificación), tanto una como otra corporación pone en marcha mecanismos para que los habitantes del Barrio Abajo tengan la posibilidad de reapropiarse de los procesos que actualmente se despliegan sobre él: ambas tratan de evitar que las familias *bajeras* sean desplazadas de los espacios para la toma de decisiones, la producción de discursos y, en últimas, para garantizar sus posibilidades de continuar viviendo allí.

Sin embargo, es preocupante que estas propuestas sólo conciban la resistencia ante la gentrificación desde el patrimonio, que, tal y como hemos evidenciado, constituye uno de sus catalizadores. Ambas corporaciones se unen a la danza propuesta por la administración, en la que la agenda del patrimonio se despliega ampliamente sobre la superficie barrial.

Allí se abren discusiones en torno a la constitución de los llamados «bienes culturales» y sobre quiénes están llamados a comercializarlos. Cuando el reconocimiento del valor patrimonial que ostenta una serie de hechos culturales (la producción social de un espacio

¹²⁶ Disponible en: https://www.mintic.gov.co/micrositios/emisorascomunitariasetnicas/735/articles-177199_recurso_pdf.pdf

urbano, en este caso) da lugar a su comercialización, es preciso evaluar los riesgos de enajenación que entraña el valor comercial, preguntándose: “¿*patrimonio para qué y para quién?*” (Lastra, Villafañe y Jiménez, óp. cit., p. 25).

Un aspecto importante en la propuesta de CORCONPA es su definición de patrimonio: a diferencia de lo que establece la administración, la corporación identifica formas de patrimonio tanto material como inmaterial en el Barrio Abajo. Ya que el conservacionismo es un elemento egregio de los tratados de patrimonio material, y un enemigo acérrimo de la renovación urbana, pensar el patrimonio barrial en términos materiales puede derivar en mecanismos concretos para regular la renovación urbana.

De hecho, la corporación ha emprendido iniciativas orientadas a frenar el acaparamiento del suelo por parte del capital industrial. Éstas no se restringen a la concientización vecinal, sino que involucran, además, denuncias sobre usos indebidos del suelo. La propia doña Marbel recuerda la proliferación de fábricas en el Bajo Manhattan (durante la década de 1980) como un antecedente en su lucha personal por la protección del patrimonio barrial¹²⁷.

Ahora bien, vale la pena preguntarse en qué medida, a pesar de las genuinas intenciones de resistencia que mueven las corporaciones, sus acciones no corren el riesgo de terminar por contribuir a la agenda de patrimonialización barrial (y, por ende, a la gentrificación). O, en otras palabras, ¿cómo es posible formular una agenda de patrimonialización inmaterial que no entrañe riesgos patentes de desplazamiento y exclusión? ¿Es posible en lo absoluto? ¿De qué forma se puede hacer de la cultura popular un patrimonio sin correr el riesgo de convertirlo en una mercancía?

La cuestión del valor es crucial: ¿valor patrimonial es necesariamente equiparable a valor comercial? ¿Qué alternativas de valor pueden entrar a ser consideradas en la agenda del patrimonio? Un ejemplo interesante es documentado por Lisa Vollmer (óp. cit.), quien da cuenta del surgimiento de un fuerte «nosotros» vecinal en el barrio berlinés de Kreuzberg. Entre los habitantes de ese barrio, la idea de valor es más cercana a la calidad de vida urbana que a la rentabilidad privada.

¹²⁷ Información provista durante una conversación telefónica con el autor sostenida en marzo del 2021. Dada mi crítica ante la patrimonialización, doña Marbel se mostraba un poco desconfiada al principio, sin embargo, fue posible intercambiar algunas ideas epistolar y telefónicamente. El contacto telefónico lo obtuve con la ayuda de la periodista cultural Natalie Berdugo Cañón (que hace años es mi amiga personal).

Esta forma de organización comunitaria ha aparecido como respuesta a procesos de turistificación y renovación que se vienen desplegando hace un tiempo en la zona. Al ser conscientes de que dichos procesos se alimentan de la autenticidad barrial, los vecinos sostienen que “*El valor de estos barrios, que se ha ido creando durante décadas, no puede acabar en los bolsillos de aquellos que ahora quieren su tajada, a costa de expulsar a las personas*”. Exigen que, por el contrario, el valor se vea reflejado “*en calidad de vida y humanidad para los que viven en el barrio y se apoyan mutuamente*” (Bizim Kiez, citados por Vollmer, *ibid.*, pp. 157 – 158).

La autora llama la atención sobre la táctica empleada para resistir a la revalorización cultural:

“[los habitantes de Kreuzberg] *Van incluso un paso más allá y afirman que son ellos los que hicieron que el barrio resultase atractivo: atractivo para nuevos residentes y para los intereses de las inmobiliarias. Le dan la vuelta al discurso oficial sobre «barrios desfavorecidos» y concluyen que, por ello, tienen derecho a permanecer y a no ser expulsados*” (*ibid.*, p. 160).

Resulta sorpresiva la forma en que los habitantes se involucran en el desplazamiento del significado atribuido al barrio, que va de zona urbana deprimida a sector atractivo para vivir e invertir. En lugar de recibir pasivamente las nuevas narrativas impuestas *desde arriba*, la gente las reapropia y las altera, incluyéndose y poniéndolas al servicio de sus propios intereses comunitarios.

De hecho, en el propio Barrio Abajo se ha vuelto común una forma de resistir al desplazamiento: un mecanismo empleado por muchas familias *bajeras* para aferrarse al territorio y permanecer en él. A pesar de no ser una táctica exclusivamente *bajera*, se ha impuesto como uno de los elementos que ha transformado significativamente la estructura física de las viviendas en el barrio. Naturalmente, eso también supone una fuerte alteración en las formas de producir socialmente el espacio urbano. Dicha táctica de resistencia al desplazamiento consiste en subdividir las viviendas unifamiliares en apartamentos, transformando las casas en edificios multifamiliares de una planta. El área libre de los patios, a veces, es empleada para la construcción de más viviendas (como en hizo Alfredo Morelos en la casa que heredó).

Esta forma de reconfiguración espacial reduce significativamente los espacios habitacionales, creando apartamentos elongados que se configuran incómodamente a lo largo de un pasillo recto, cuyo espacio muchas veces se funde con las habitaciones, de forma que es necesario atravesar las primeras para acceder a la parte posterior de la vivienda, que suele albergar el baño y la cocina.

Al preguntar a algunas de las familias que intervinieron sus viviendas de esta forma sobre los motivos de tal decisión, predominan la expectativa económica que suscita la posibilidad de alquilar apartamentos; lo oneroso que resulta el mantenimiento de una casa de grandes dimensiones; la reducción cuantitativa de los miembros que conforman las familias; y, primordialmente, la posibilidad de continuar en el barrio, de "*sentarse en la puerta de la casa y saludar a todo el que pasa*".

Es interesante que, a pesar de la reducción significativa de los espacios habitacionales, elementos definitorios de la experiencia urbana que proveían las casas grandes tienden a conservarse: uno de esos elementos está dado por la posibilidad de que la puerta de la entrada a la vivienda permanezca abierta gran parte del día, de modo que se proyecte efectivamente el espacio público en el privado (que sea posible estar dentro de la casa sin sentirse enteramente aislado de la calle).

Quienes viven en los pequeños apartamentos elongados aún pueden sentarse a coger fresco por las tardes, cuando baja el sol, en "la puerta de la calle" (como las familias numerosas que vivían en las casas antes de su división). Algunas casas del barrio tienen modestos zaguanes que cumplen esta función; quienes viven en otras, menos favorecidas por el casi inexistente urbanismo de la época (desprovistas de jardín), acomodan sus mecedoras sobre el andén o la calzada, haciendo aún más probable que la gente que pasa se detenga a saludar.

Aunque las casas sean divididas, sus ocupantes comparten cotidianamente estos espacios, que operan de forma similar a los patios de la época que relata Andrés Salcedo. El acceso al patio también resulta importante. Si bien los apartamentos no cuentan con una distribución espacial que se ajuste a los estándares del diseño y la habitabilidad contemporánea, responde a necesidades y hábitos locales: como, por ejemplo, acceder a un patio, más allá de si es privado o no.

Es quizás por eso que, en lugar de vender la casa y comprar un apartamento nuevo en alguno de las torres que se elevan en el barrio y sus alrededores, las personas prefieren

intervenir sus viviendas, reacomodándose a la estrechez del nuevo espacio, pero conservando aspectos habituales como los que hemos identificado.

Las fuentes primarias y secundarias dialogan para sugerir que, actualmente, el Barrio Abajo está siendo objeto de procesos de gentrificación cultural. La agenda de patrimonialización en la ciudad, claramente vinculada con el antecedente provisto por el Carnaval de Barranquilla, ha ejercido una influencia preponderante en el proceso análogo que vive el barrio. Al analizar el caso del carnaval es posible concluir que el proceso hegemónico que hace uso de la idea de patrimonio ha operado como un catalizador de la gentrificación.

El vaciamiento, en un sentido amplio, es lo que connota la idea de gentrificación. En el Barrio Abajo, ese vaciamiento se ha expresado tanto a nivel de desplazamiento físico de cuerpos (vaciamiento del espacio) como de alteración del significado atribuido a este sector urbano.

Los síntomas de la gentrificación del Barrio Abajo se han manifestado en distintos momentos de su historia, y quizás el desplazamiento del puerto fluvial a su ubicación actual dio lugar al primero de esos momentos. Ese primer desplazamiento supuso el replanteamiento de la idea de que el Barrio Abajo era un lugar en el que se podía ir a vivir y conseguir empleo.

Identificamos un segundo momento de gentrificación significativo, asociado a la llegada de capitales industriales en la década de 1980. En aquel momento el desplazamiento se manifestó de forma física (familias que vivían en alquiler y se fueron a fronteras urbanas en consolidación, persiguiendo el anhelo de la propiedad privada) y «semántica».

A diferencia de lo que ocurre contemporáneamente, estos dos antecedentes de gentrificación en el Barrio Abajo carecen de vínculos con la agenda patrimonial. Tanto el uno como el otro responden a dinámicas económicas menos sofisticadas y, sobre todo en el segundo caso, su imposición en el espacio urbano estuvo marcada por un distanciamiento respecto a la comunidad *bajera*. Tan es así, que se convirtió en uno de los detonantes de la resistencia vecinal, organizada en torno al rechazo hacia las fábricas.

A partir de la década de 1990, tras la declaratoria del carnaval como patrimonio inmaterial, y del centro como Bien de Interés Nacional, se desata el proceso de gentrificación cultural del Barrio Abajo. Los vínculos que unen ambos procesos se hacen evidentes al revisar los

documentos oficiales, que expresan una política deliberadamente orientada a consagrar este espacio urbano a la explotación comercial del carnaval como bien cultural.

Ya que las políticas se encargan de garantizar las condiciones de rentabilidad privada, atentando en muchos casos contra las propias expresiones patrimoniales que supuestamente buscan proteger, se hace prácticamente imposible distinguir entre funcionarios públicos e inversionistas privados (hecho común a gran parte de la historia de Barranquilla). Resulta particularmente preocupante que este tipo de alianzas den lugar a “estructuras de gobernanza que escapan en gran medida al control y a la legitimación democrática” (ibid., p. 57), como, por ejemplo, el execrable binomio conformado por la Fundación Carnaval de Barranquilla y Carnaval S.A. (recientemente sancionado por el Consejo de Estado).

Aunque normalmente las políticas de conservación patrimonial suelen ser un dolor de cabeza para los gentrificadores, que se ven atados de manos ante las cuotas de conservacionismo que comúnmente incluyen estas declaratorias, no es el caso del Barrio Abajo. Allí el patrimonio es inmaterial, y en el caso de la declaratoria del centro como Bien de Interés Nacional (que sí involucra un componente material) el barrio sólo figura como “área de influencia”. En adición a elementos como la centralidad estratégica de este sector urbano y su proximidad al río Magdalena, las políticas de patrimonio se encargan de configurar unas condiciones de posibilidad privilegiadas para el desarrollo de procesos de gentrificación.

Sin embargo, al ser arbitrariamente impuestas *desde arriba*, las políticas de renovación y patrimonialización son asumidas críticamente por algunos vecinos. Claramente, hay también un número importante de personas que se deja seducir por el embellecimiento superficial de la renovación, sin calcular o ser siquiera conscientes de los riesgos de desplazamiento inherentes al cambio. No obstante, quienes sí se organizan han configurado mecanismos para tomar partido en la disputa por esa frontera urbana. La configuración de dichos mecanismos ha sido posible, sobre todo, tras el reconocimiento efectivo de la alteridad común respecto al privilegio urbano, de la vulnerabilidad compartida por algunas familias habitantes del Barrio Abajo

A pesar de la organización, es preocupante que ninguna de las formas de resistencia logre trascender la agenda de patrimonialización; ésta, como evidencia el caso del carnaval, opera como un catalizador efectivo de la gentrificación. En virtud de que el valor patrimonial es también comercial, las políticas de patrimonialización pueden resultar un arma de doble

filo: pueden terminan vendiendo el patrimonio que están llamadas a proteger; son susceptibles de manipulación por parte de los funcionarios e inversionistas que las formulan y ejecutan.

Por ello, los bienes patrimoniales, especialmente aquellos que ostentan una condición inmaterial, requieren un manejo sagaz en contextos como la ciudad neoliberal, que está plagada de «tiburones» hambrientos de rentabilidad privada; de mercachifles inescrupulosos capaces de vender hasta un hueco.

Es preciso que las corporaciones preocupadas por resistir a la gentrificación del barrio sean conscientes de estas discusiones y se aproximen a experiencias y luchas similares. Que se reapropien del barrio desde la agenda patrimonial pero también más allá de ella. Que no dependan del mercado de bienes culturales como directriz general de la economía barrial, sino que sean capaces de jugar con tantas alternativas como sea posible.

4.

EL BARRIO ABAJO HOY: HÁBITOS SENSIBLES EN EL MARCO DE LA GENTRIFICACIÓN

La reflexión historiográfica y crítica sobre el Barrio Abajo y su gentrificación, genera la posibilidad de identificar algunos aspectos estéticos y socioculturales inherentes a dicho proceso. Este capítulo final tiene como objetivo una aproximación reflexiva a las relaciones sensibles que se han ido sedimentando a partir de la gentrificación barrial. Al reflexionar sobre las singularidades poéticas introducidas por el Barrio Abajo en Barranquilla, destaca la proximidad vecinal como base. La estrechez de las relaciones sociales cotidianas fue identificada como eje gravitatorio de la poética popular *bajera*. En esa media, vale la pena preguntarse por el estado actual de esas relaciones; por la forma en la que se han visto afectadas gracias a la gentrificación barrial: ¿cómo la gama de relaciones sensibles que configura al Barrio Abajo se ha ido modificando gracias a la revalorización cultural? ¿Qué alteraciones significativas se han dado, como producto de las renovaciones urbanas, en el marco de las relaciones habitualmente establecidas entre las familias *bajeras*? ¿Cómo la gentrificación afecta eso que denominamos la producción social del espacio barrial?

Henri Lefebvre (óp. cit.) invita a concebir el espacio urbano como el «producto» de las relaciones sociales. Sin embargo –explica–, no se trata de un producto equiparable a “«*objetos y cosas*» nacidos de las manos de los hombres o de sus máquinas, sino [de] aspectos principales de [una] segunda naturaleza, efecto de la acción de las sociedades sobre «*la naturaleza primigenia*», sobre los datos sensibles” (ibid., p. 54). Judith Butler (2001) presenta la experiencia del cuerpo sexuado de forma muy similar: exaltando su condición de producto de las relaciones sociales establecidas cotidianamente (de actos repetitivos); enfatizando cómo, a través de la inscripción de estas relaciones sociales cotidianas y repetitivas (*performances*) en el cuerpo, se van sedimentando sensibilidades y deseos puntuales; destacando el modo en que la repetición de actos y gestos relacionales origina esta «segunda naturaleza» (de carácter esencialmente social). Justo como sucede con los cuerpos que lo habitan, el espacio urbano es “*creado, moldeado y ocupado por actividades sociales en el curso de un tiempo histórico*” (Lefebvre, óp. cit., p. 130).

Este énfasis en la naturaleza relacional de los espacios (bien sean corporales, urbanos, o de cualquier índole) resalta las imprecisiones que supone asumirlos de forma absoluta. De ahí la advertencia de Lefebvre (ibid., p. 145): al asumir el espacio como «cosa en sí», como algo que trasciende las relaciones sociales que definen su producción, terminamos por fetichizarlo. Cuando esto sucede, los aspectos que definen esa segunda naturaleza *“devienen más «reales» que la misma realidad, es decir, que la actividad productiva, apoderándose de ella”* (ibid., p. 136). El ejercicio social de producir esa segunda naturaleza urbana hace de la ciudad un espacio de representación, en el que nos relacionamos mediante performances que se despliegan una y otra vez, infatigablemente.

Esto no solo se manifiesta a través de la constitución de una forma socialmente impostada de sentir (en la producción estética de esa segunda naturaleza), sino que también tiene implicaciones socioculturales: contribuye a definir las relaciones habitualmente establecidas entre las personas. Ya que la gentrificación parte de alteraciones significativas sobre el espacio urbano (revalorización simbólica y económica, renovación física, desplazamiento de poblaciones y significados), es fácil intuir que también altera la forma en la que es socialmente producido; es decir, altera las sensibilidades y las relaciones de la gente.

Al considerar con detenimiento las iniciativas de revalorización simbólica que el mercado de bienes culturales promueve actualmente en el Barrio Abajo, se notan modificaciones en las relaciones sensibles que configuran este espacio urbano: es posible afirmar inequívocamente que la experiencia de vivir, trabajar o visitar el barrio ha cambiado. La actividad etnográfica arrojó indicadores de ese cambio; categorías empleadas por la gente que habita el barrio cotidianamente para referirse a las experiencias han sido objeto de alteración. En ciertos casos, la alteración aparece como algo sutil cuya identificación requiere fineza sensible; en otros, su contundencia suprime la necesidad de presentación o indicación alguna.

Ya que nuestro recorrido ha sido cronológicamente extenso, disponemos de un espectro relativamente amplio de momentos y acontecimientos de la historia barrial para establecer análisis comparativos, develando los cambios. La base de estos contrastes está dada por la información recopilada y organizada durante la producción de los primeros tres capítulos. En su gran mayoría, esos datos fueron obtenidos a través de trabajo etnográfico y documental. Por supuesto, el diálogo habitual con fuentes secundarias de carácter teórico e historiográfico continúa enriqueciendo reiteradamente nuestra reflexión.

4.1 SEGURIDAD: MIEDO A LOS ATRACOS Y PELIGRO DE EXPULSIÓN

La renovación urbana no se limita a intervenciones físicas sobre el espacio construido. Como indica el caso del Barrio Abajo, la renovación involucra procesos de revalorización simbólica. Uno de los criterios que con frecuencia orienta esa revalorización está dado por la «seguridad». En este sentido, se plantea que la *“difusión de ideas sobre la inseguridad y la violencia urbana [...] ha tenido un importante eco en el sector inmobiliario y constructivo”* (Mayorga, 2016, p. 9). Al respecto, Juan Carlos Pérgolis explica que el modo de vida y el gusto de los ciudadanos *“fueron permeados por el imaginario de seguridad a partir del encierro y el aislamiento que los medios y la finca raíz coincidieron en mostrar como ideal de vida”*¹²⁸.



Figura 77: balacera en Barrio Abajo. Policías asesinan a dos supuestos fleteros. Zona Cero, abril 22 de 2022¹²⁹.

Como es presumible, el Barrio Abajo no constituye la excepción: hay quienes consideran que la renovación urbana y la revalorización cultural han hecho de él un sector urbano que suscita seguridad; que, de alguna u otra forma, su gentrificación se ha traducido en mayor

¹²⁸ PÉRGOLIS, Juan Carlos. Entre rejas los conjuntos residenciales encierran los miedos. *Periódico UNAL*, 26 de diciembre de 2019.

¹²⁹ <https://zonacero.com/judiciales/balacera-en-barrio-abajo-2-presuntos-fleteros-fueron-abatidos-por-la-policia-190892>

seguridad para quienes lo habitan. Así lo expresa Delia Cortina, quien se desempeña como administradora en un local de zapatos deportivos dentro del Portal del Prado¹³⁰:

“Yo ya voy para trece años trabajando aquí, y antes de la obra [de la ampliación de la carrera 50] a mí me daba susto hacer la escuadra ahí abajito [en la esquina de la carrera 50 con calle 53], cuando iba a bajar al parqueadero. Siempre estaban los muchachos esos que limpian vidrios y uno no sabe cómo decirles que no le toquen el carro. Si no les das plata te lo rayan, y, si bajas el vidrio para darles, te roban el celular. Después de que ampliaron eso [la calle] y pusieron un vigilante ahí en la esquina el problema se acabó”.

Ante la pregunta por el número de atracos de los que fue víctima, doña Delia responde: *“gracias a Dios, ninguno, mijo, pero porque Dios es grande”*. Añade que sí le rayaron su vehículo un par de veces. Más que una excepción, este tipo de testimonios parecen constituir una tendencia. Al indagar sobre qué tipo de amenazas ha neutralizado el nuevo proyecto urbano, hay cierta convergencia en torno a «los atracos». Justo como ocurre en muchos otros sectores de Barranquilla, el atraco aparece como conminación omnipresente para todas aquellas personas que osan traspasar ciertas fronteras urbanas (que no sólo se expresan en términos espaciales, sino también horarios).

El señor Venancio Díaz¹³¹, por ejemplo, asevera enfáticamente que *“hace veinte años uno no podía pasar por el Banco de La República después de nueve de la noche”*. La sede del banco ocupa el predio del desaparecido *Jardín Águila*, y, de acuerdo con Díaz, era uno de los puntos predilectos de los atracadores para acechar y atacar a sus víctimas. Explica que, sacando provecho de las galerías que forma la estructura del edificio a lo largo de la calle 45, los asaltantes solían emplearlo como corral para arrinconar a los desprevenidos peatones nocturnos.

¹³⁰ La información fue provista durante una conversación con el autor en febrero del 2021. Ésta se desarrolló en una heladería dentro del Portal del Prado. El contacto con Doña Delia se dio a través de mi madre, quien la conoce desde su juventud.

¹³¹ Es un mecánico de sesenta y siete años que lleva algunas décadas trabajando en el sector. Actualmente atiende a sus clientes de manera informal en la calle aledaña al extremo norte del Cementerio Universal: se trata de un ejercicio cotidiano de apropiación popular del espacio público (con fines laborales). Comenta que la lucha por esa plaza de trabajo es ardua pero que, al tener una clientela conocida y antigua, la rentabilidad hace que valga la pena. La información fue provista durante una conversación con el autor en enero de 2021.

A diferencia de doña Delia, el señor Díaz basa su aseveración en las cuatro veces que lo despojaron de “*las herramientas y el par de pesos*” que se había ganado durante su jornada laboral. Al ser interrogado sobre lo que ocurre en ese punto hoy, se muestra satisfecho con la presencia de los centinelas armados que, de cierto tiempo para acá, custodian día y noche el banco y sus inmediaciones. Asimismo, valora la reciente extensión de la plaza de La Paz, que vino acompañada por su propia batería de cámaras, lámparas, centinelas y, por supuesto, fusiles.



Figura 78: el moderno edificio del Banco de La República¹³².

De acuerdo con la perspectiva desde la cual emergen estos testimonios, intervenciones urbanas como la ampliación y renovación de la carrera 50 o la construcción y expansión del Portal del Prado han contribuido a aminorar las probabilidades de atraco en el Barrio Abajo. A su vez, se plantea que esa percepción repercute directamente sobre la llegada

¹³²

https://www.skyscrapercity.com/threads/barranquilla-renovaci%C3%B3n-urbana.568428/page-257#lg=attachment_xfUid-30-1654697780&slide=0

de nuevos consumidores al barrio. Duván Sierra¹³³ comenta regocijado, mientras contempla con admiración los cuatro carriles atiborrados de vehículos particulares que hacen la escuadra frente a su negocio:

“Es que ahora sí no hay problema con meterse pa’ cá. Vea, antes esto [el negocio] yo lo tenía acá a la vuelta, a dos casas de la esquina. Y no le voy a decir que no, me dio pa’ estabilizarme y vivir ese tiempo. Pero no era igual, no llegaba sino la misma gente de por acá, si acaso uno que otro perdido por ahí de noche. Pero ahora que me pasé pa cá, ahora sí es verdad que llega todo el mundo. Eso, vea, carros, camionetas, motos, gente a pie, así como vos” - se ríe y añade- “No, mentiras. Pero en serio, mejoró esto, llega de todo ¡y eso que no tengo parqueadero!”.

Se plantea también que las mejoras en materia de seguridad barrial tienden a concentrarse en la parte alta del sector, desde la calle 45 hasta la frontera norte, trazada por la calle 53. Estas mejoras, además de la inefable sensación de tranquilidad, se relacionan, a su vez, con la ausencia de personas cuyos comportamientos puedan suscitar la idea de inseguridad. Este parece ser el punto de inflexión del argumento, porque a pesar de que el discurso de la seguridad señala categóricamente los atracos como eje del problema, hay otro tipo de acciones urbanas que son comúnmente asumidas como indicadores de inseguridad. El caso del Barrio Abajo evidencia que, en la práctica, la lucha contra la inseguridad no se reduce a perseguir y apresar a los atracadores (mucho menos a combatir las causas estructurales de la violencia urbana, como la inequidad); sino que involucra campañas paralelas orientadas a perseguir, criminalizar y, finalmente, expulsar a quienes emplean el espacio público para vivir, trabajar, drogarse, etc. Existe una serie amplia de acciones que, a pesar de no tener ningún tipo de relación directa con los atracos, son asumidas como sus indicadores.

Un buen ejemplo de ello está dado por «los marihuaneros», quienes, de acuerdo con algunas personas que viven y trabajan en el barrio, representan un síntoma inequívoco de inseguridad. La señora Nidia Escorcía, ama de casa *bajera* y madre de dos adolescentes y una niña, declara su pánico ante la posibilidad de que alguno de sus retoños entre en

¹³³ Es un inmigrante de origen antioqueño, de cuarenta y ocho años, que se presenta como propietario de uno de los estancos que han abierto sus puertas sobre la renovada carrera 50. La información fue provista durante una conversación, en el estanco, en diciembre de 2021.

contacto con “*esa abominación*”. Haciendo eco del puritanismo cristianizado que profesan en el culto evangélico al que asiste, indica que la marihuana constituye una de las formas asumidas por «el demonio» para tentar a los seres humanos y arrastrarlos a su abyecta perdición –los jóvenes hijos de la señora Nidia, de diecisiete y quince años, se miran y sonríen mientras su madre continúa parafraseando la prédica del domingo anterior.



Figura 79: recicladores y habitantes de calle en la intersección entre la calle 41 y 42, entre carreras 53 y 53B. Tomada de Google Street View.

Al ser interrogada sobre la relación entre el consumo de marihuana y los atracos, la mujer argumenta que, por desesperación, “*el vicioso roba, mata y es capaz de cualquier cosa*”; y que no encuentra nada factible que una persona pueda trabajar en sus horas hábiles y consumir marihuana en sus ratos de solaz. De forma muy similar, este tipo de discursos suelen criminalizar formas controversiales de producir el espacio público, como dormir en él, emplearlo para vender cosas o reciclar. Se trata de expresiones que vinculan la presencia de vendedores ambulantes, recicladores o habitantes de calle con el fantasma de la inseguridad: que asumen necesaria y apresuradamente a estas personas como atracadores potenciales.

Si bien es cierto que las probabilidades de atraco son concretas al recorrer el Barrio Abajo (durante el curso de la investigación se materializaron un par de veces), resulta paradójico

que esto sea esgrimido como justificación para desplazar y expulsar. El peligro real que representa la gentrificación no parece ser asumido como uno de los miedos que acechan la seguridad *bajera*: las personas se muestran más preocupadas ante la posibilidad de un atraco que de ser desplazadas. Sin embargo, al considerar críticamente la situación actual del barrio, el desplazamiento asociado a la gentrificación se presenta como uno de los riesgos más intensos que deben sortear las familias *bajeras*. Podría incluso decirse que se trata de algo especialmente riesgoso, porque acecha seductora y silenciosamente, y no sólo amenaza con despojar a las personas de sus pertenencias inmediatas, sino de algo mucho más trascendente: su derecho a la ciudad.

4.2 HÁBITOS DE CONSUMO Y HOMOGENEIDAD DE CLASE: CENTROS COMERCIALES, TIENDAS BARRIALES Y CINES



Figura 80: las *Torres del Metro*, conjunto de apartamentos erigido sobre las ruinas del antiguo cine *Metro* (a su vez construido sobre las ruinas del aún más antiguo teatro *Apolo*). Esquina de la carrera 53 con calle 53¹³⁴.

Martha de Arrieta es una señora que vive hace más de veinte años en un décimo piso, ubicado en la calle 55 con carrera 53, sobre la frontera que separa al Barrio Abajo de El Prado. Doña Martha recuerda con desagrado el “*cascaron viejo y maluco*” en el que se había convertido el cine *Metro* (antiguo teatro *Apolo*), mientras enfatiza en lo agradable que le resultó su demolición y la construcción, sobre sus ruinas, del conjunto de

¹³⁴ <https://pbs.twimg.com/media/EptpoU9XUAUGVPX?format=jpg&name=large>

apartamentos *Las Torres del Metro* (en cuyo primer piso fue abierta una *Olimpica 24hrs*¹³⁵). Confiesa que sólo asistió al *Metro* de niña, cuando era el *boom* (y ni siquiera vivía por ahí), explicando que, con los años, ese cine se convirtió en un sitio aburrido al que “*ya nadie quería ir*”; que cuando compró el apartamento y empezó a habitarlo, evitaba pasar por el antiguo cine, porque le daba un poco de miedo. Emocionada con el ejercicio de rememoración, doña Martha relata que, cuando ella “*estaba pelá, lo último en guarachas era ir al Villa Country* [primer centro comercial de Barranquilla que tuvo salas de cine] *a ver las películas*”. Para que no queden dudas, precisa que, antes que el obsoleto cine, prefiere la presencia de la *Olimpica* a dos cuadas de su apartamento, porque puede conseguir lo que necesite a cualquier hora. Añade, finalmente, que las *Torres del Metro* también le agradan, puesto que, además de darle «mejor aspecto» al sector, allí “*compró una amiga del banco* [donde ella trabaja], *y viven dos amiguitos de Leo* [su hijo] *del [Colegio] Alemán*”¹³⁶.



Figura 81: edificio *Esmeralda*, construido en la calle 55 con carrera 53 a finales de la década de 1940. Desde su décimo piso doña Martha de Arrieta contempla con gusto la renovación urbana.

Esta connivencia ante la imposición del formato homogéneo que ofrecen las salas de cine de los centros comerciales llama especialmente la atención, sobre todo al considerar lo

¹³⁵ A pesar de que el *Portal del Prado* cuenta ya con un *Súper Almacén Olímpica* (SAO), dada su atención ininterrumpida (día y noche), la *Olimpica* erigida a escasos metros llegó a reafirmar el monopolio comercial de los Char sobre el sector (especialmente porque es el único almacén de su tipo facultado legalmente para vender después de once de la noche).

¹³⁶ Información provista al autor durante una conversación personal sostenida en enero del 2022. Ya que Martha es mi tía, la conozco y la visito regularmente desde que tengo uso de razón.

que representaban los cines barriales para las familias *bajeras*. Si bien el *Apolo* (cuya edificación fue la primera erigida donde hoy se elevan las *Torres del Metro*) se antoja un poco pretencioso con sus “*palcos decorados con detalles versallescos*” (Salcedo, óp. cit., p. 89) y su “*telón de boca en terciopelo rojo*” (ibid.), se inscribe en la singular tradición de los teatros – cines a cielo abierto que tuvieron gran acogida local durante el siglo pasado. Entre ellos, Salcedo (ibid., pp. 93 – 95) destaca el *Ayacucho* [...] *Situado en el callejón de Aduana [carrera 50], entre Felicidad [calle 48] y [calle 50] San José, al lado del a fábrica de helados Boston*”. Al evocar lo que allí ocurría, el autor detalla aspectos de gran singularidad, suscitando la idea de que se trataba de un espacio configurado a partir de experiencias genuinamente populares:

“había que hacer unas colas tremendas para entrar [y salir] y luego esperar a que el teatro se llenara. O que llegara la película, que rotaba por varios cines de la ciudad [...] Todos los vecinos del teatro sabían que iba a empezar la función cuando sonaba la polka Barrilito, tocada en un disco rayado por un animoso acordeón alemán. [...] el Ayacucho siguió pasando durante años el Movietone, con los informes de la guerra, que ya había terminado hace mucho tiempo. [...] En invierno había veces en las que, en plena proyección de la película, se desgajaba un aguacero y la gente corría a refugiarse en la parte techada, que sólo tenía cinco filas de asientos. Quienes no cabían, pero no querían perderse el final de la película, tenían que aguantarse de pie el chaparrón. [...] si la película era mala, los asistentes [...] tenían una manera muy particular de hacérselo saber al administrador: soplaban por un extremo las cajetillas de chicles Adams, haciendo vibrar el celofán que las envolvía. El ruido [...] era infernal. [...] La participación del público en la acción que transcurría en la pantalla era intensa. En las escenas eróticas se oían comentarios lascivos, [...] los malos eran abucheados e insultados y aplaudidos los buenos, especialmente «el muchacho», como se le llamaba al protagonista”.

Al contrastar esta descripción con la experiencia de asistir a una sala de cine en un centro comercial contemporáneo, salta a la vista la abismal distancia estética que las separa. Tras ser concebidas homogéneamente, siguiendo un formato que se repite inagotablemente

ciudad tras ciudad, las salas contemporáneas suprimen cualquier posibilidad de singularidad contingente.



Figura 82: el ya desmantelado teatro Ayacucho¹³⁷.

La información provista por doña Martha da luces sobre algunos de los hábitos sensibles que configuran su experiencia urbana. Por una parte, su idea de belleza en la ciudad parece estar anclada a la arquitectura “retiniana” contemporánea, que se esmera por invisibilizar a toda costa los rastros del paso del tiempo sobre los materiales (Pallasmaa, 2005, pp. 33 – 34). De hecho, a pesar de que su propio apartamento pertenece a una edificación de finales de la década de 1940, fue remodelado siguiendo los ideales de blancura clínica y vidrios azules que dan forma a los edificios construidos actualmente en la ciudad. Sobre esto, doña Martha explica que hizo retirar todas las molduras que adornaban originalmente el techo y las paredes, y ordenó reemplazar el embaldosado ajedrezado por grandes láminas de reluciente porcelanato. Asimismo, todas las celosías de calados fueron suprimidas. Con la misma suerte corrió el balcón, que constituye hoy

¹³⁷ https://c1.staticflickr.com/1/750/31838107896_2c38a9a9c6_b.jpg

una extensión (prácticamente desocupada) de la enorme y blanquísima sala, en cuyo centro reina un gigantesco televisor «inteligente».

Otro aspecto que llama la atención sobre la experiencia urbana de doña Martha tiene que ver con sus hábitos de consumo: es posible afirmar que responden a ese tipo de gustos que “*sacan a los residentes antiguos de sus zonas de confort, reemplazando gradualmente los espacios que soportan su modo de vida por soportes vitales para una comunidad cultural distinta*” (Zukin, óp. cit., p. 4). La nueva oferta, provista por comercios como *La Olímpica*, contribuye al desplazamiento de las tiendas y estancos del barrio, que “*han sido siempre lugares de reunión social y consultorio psiquiátrico del vecindario. [A las que] iba –y sigue yendo– la gente a comprar lo urgente e indispensable [pero también] para comentar los hechos más recientes de la comunidad*” (Salcedo, óp. cit., p. 62). Salcedo describe sensiblemente las tiendas como escenarios que, “*a partir de cierta hora, [...] se transforman en bares y, en algunos casos, en garitos donde [...] Los bajeros se aglomeran*” (ibid., pp. 62 – 63); y, hace ya quince años, al escribir su libro, advertía cómo los nuevos comercios rivalizaban con ellas:

“*a despecho de los nuevos hábitos de compra impuestos por los grandes almacenes de cadena, ahí siguen [...] esos abigarrados santuarios de la memoria colectiva*” (ibid., p. 62).

El contraste con la nueva oferta urbana es evidente: ningún aspecto de esa singularidad social impresa en las tiendas barriales emerge al visitar *La Olímpica*. Allí, el silencio hace eco entre las repetitivas estanterías, frías como el aire que emana del acondicionador. En ese contexto, clientes y empleados establecen relaciones apresuradas y distantes, estrictamente funcionales. Dado el anonimato y la transitoriedad que caracteriza estas relaciones (“*nunca ves al mismo cajero dos veces*”¹³⁸), cualquier iniciativa de trascender su formalidad utilitaria puede llegar a ser asumida como indicador de inseguridad. De esta forma, el caudaloso flujo social que Salcedo sitúa en las tiendas barriales es expulsado (con ellas) a manos de los nuevos y sofisticados comercios, claramente orientados hacia la demanda que exigen los hábitos de consumo de personas como doña Martha.

Paralelamente, este testimonio ilustra con relativa claridad las pretensiones de homogeneidad de clase que guían las sensibilidades asociadas a la gentrificación

¹³⁸ Zukin, óp. cit., p. 7.

(dinamizando los desplazamientos): da cuenta de los “*deseos de las nuevas clases medias para diferenciarse*” (Manzo, óp. cit., p. 73). Al exaltar la presencia de las *Torres del Metro*, doña Martha explica que su agrado radica en que allí vive una colega suya y algunos condiscípulos de su hijo. En cierta medida, ve en las *Torres* una frontera urbana, otrora ocupada por un escenario «de mal aspecto» y ahora habilitada como espacio habitable para «gente como ella»: de su clase. Claramente, la presencia de las personas que trabajaban o asistían al antiguo cine no correspondía con las expectativas de homogeneidad de clase que orientan su experiencia de ciudad.

4.3 ASEQUIBILIDAD: LA OFERTA DE CONSUMO CULTURAL

4.3.1 LOS ESTADEROS



Figura 83: dos parejas sonrientes tomando cervezas en el parque – bulevar que se extiende frente a *Agosalsa*. Mayo 17 de 2022¹³⁹.

Doña Nelly Cantillo, anfitriona del estadero *Agosalsa*, sale una y otra vez al parque – bulevar que está sobre la calle Murillo (45), entre carreras 51 Y 53B (justo frente al estadero), a saludar –indistintamente de si la gente va llegando o simplemente pasando. *Agosalsa* abre sus puertas sin falta todos los sábados y domingos, y, cuando eso ocurre, Doña Nelly no escatima en atenciones y sonrisas. A don Félix Marrugo, la concentración que exige su labor de picotero le roba la sonrisa por momentos; sin embargo, cualquier

¹³⁹ <https://www.facebook.com/agosalsa.marrugo>

saludo casual basta para redibujarla sobre su rostro barbado y canoso. Encima del local, que en realidad es la planta baja de una casa, se erige un apartamento del que se asoma ocasionalmente una persona o se enciende alguna insospechada luz.



Figura 84: frente al estadero, los vecinos se aglomeran, produciendo el espacio de una forma genuinamente popular. Cuando fue tomada esta fotografía aún no había sido renovado el parque – bulevar. Enero 4 de 2015 (<https://www.facebook.com/agosalsa.marrugo>).

Toda la fachada de la primera planta fue derribada, de forma que solo un par de columnas sostienen el plafón. Cuando el negocio cierra, esteras metálicas se encargan de sellar las grandes áreas descubiertas. El espacio del jardín fue enchapado y elevado, extendiendo la pista de baile desde el interior de la edificación prácticamente hasta la calzada. Barandas de colores intensos delimitan el área frontal del predio, dejando un espacio siempre abierto para el tránsito de personas. El resonar de picó sale de *Agosa/sa*, atraviesa el parque – bulevar, se lanza sobre los cuatro carriles y el separador de la calle Murillo (45) para terminar, finalmente, estrellándose contra la paredilla de *Fagrave*, que lo desfigura en ecos y vaivenes resonantes.

La estructura abierta y disposición fluida del espacio, típica de los estaderos en Barranquilla, hace que el movimiento social no se restrinja al interior del local: a pesar de

vender cervezas y licor, el espacio se abre al público como escenario de encuentro más que como negocio. De forma similar a lo que solía ocurrir en *La Troja* hace algunos años, la gente va llegando con su propio licor y se atiborra frente a la edificación a bailar y parrandear públicamente. Quien desea comprar su licor adentro (un poquito más costoso que en los estancos y tiendas próximas) bien puede hacerlo. Quien sólo va a gozar de la música y el ambiente festivo, también (puede, incluso, hacer uso gratuito del baño).



Figuras 85 y 86: en *Agosalsa* todos son bienvenidos, desde caninos hasta «enmaizenados». Mayo 17 y marzo 21 de 2022, respectivamente (<https://www.facebook.com/agosalsa.marrugo>).

Es frecuente que, en el marco de eventos relevantes en el ámbito barrial (como la elección de la reina popular o la final de *Los Caimanes* en el *Tomás Arrieta*), este parque-bulevar albergue una profusión de personas en genuina producción popular del espacio público. Las casas aledañas al estadero permanecen hasta la madrugada con las puertas abiertas, y sus habitantes despliegan asientos, mesas, cavas y bafles sobre el parque, que funge entonces como pista de baile. Algunos de los vecinos incluso sacan vitrinas y anafes empleados para la venta de carimañolas, chuzos y arepas de anís, entre otras peculiaridades gastronómicas. Los niños juegan fútbol en la cancha renovada, mientras que los adolescentes merodean infatigablemente alrededor del barrio sobre sus motocicletas. Muy ocasionalmente llega un camión viejo en cuya troja carpada se suben los muchachos de la cuadra, y que, acto seguido, sale velozmente a recorrer algunas cuadras. Se trata de un auténtico despliegue de estéticas populares sobre la ciudad, que torna en escenario licencioso.



Figura 87: el representante a la Cámara por el partido *Cambio Radical*, César Lorduy, haciendo proselitismo político en el *Rancho Bajero*. Febrero de 2022 (<https://cesarlorduy.com>)

A la vuelta de allí, en la carrera de La María (54), entre calles 45 y 46, lleva décadas funcionando el *Rancho Bajero*, cuya sede está dada por el amplio y fresco patio de una casa. Se accede al lugar a través de un alargado callejón rojo, que desemboca en el patio, sobre el cual se abre la bóveda azul turquí del cielo barranquillero. Los sábados suelen ofrecer eventos con temas variados, orientados a públicos y mercados específicos. Los domingos, por su parte, se reúne allí, a partir de las tres de la tarde, un grupo relativamente invariable de personas de mediana edad que se conocen ya a fuerza de costumbre. Algunas de ellas, como Balbina Lara, vienen de otros municipios: ella llega cada domingo desde su casa de Puerto Colombia en un taxi de confianza que, además, la recoge al cabo de unas horas para regresarla. Su hermana, inseparable acompañante y bailarina egregia del *Rancho*, afirma llevar alrededor de quince años siguiendo esa rutina.



Figura 88: Foto de la portada del perfil del *Rancho Bajero* en *Facebook* (<https://www.facebook.com/ranchobajero.re>)

Cada domingo también hacen su aparición Álvaro Mantilla y Ana María Granados, una pareja sexagenaria que tiene una cevichería en la esquina de la carrera 43 con calle 49, diagonal a la estación de policía. Con sutileza despreocupada, don Álvaro me saluda con un gesto al verme atravesar el callejón rojo. Ya que fueron él y su esposa quienes me hablaron del lugar y me invitaron a conocerlo, me brinda un trago de whiskey y me invita a sentarme a su mesa. Los conozco por intermedio de mis padres, que suelen ir a comer en la cevichería. Acto seguido, doña Ana me invita a bailar, y mientras seguimos las cadentes notas de *Al paso*, en la voz de Cheo García, me va explicando *a vuelo de gallina gorda* las historias de cada uno de los grupos que ocupan las mesas.

A pesar de su seductora autenticidad, el *Rancho* no es abierto como *Agosalsa*. Los eventos de los sábados suelen cobrar tarifas de entrada, y los precios del licor y las picadas tienden a trascender los niveles de ingreso de la mayoría de las familias *bajeras*. Tan es así, que muchos de sus asiduos clientes llegan desde muy lejos en vehículos previamente contratados. Dado que el *Rancho* no se despliega abiertamente sobre el espacio público, no congrega grupos significativos de personas (más allá de sus clientes); en esa medida,

tampoco podría decirse que promueve dinámicas de producción genuinamente popular del espacio urbano.

4.3.2 LAS CASAS CULTURALES



Figura 89: domingos de elepé en Casa Morón. Mayo 1 de 2022 (<https://www.instagram.com/moroncasa>)

En esta tendencia se inscribe un grupo de «casas culturales» que, de un tiempo para acá, han abierto sus puertas en el barrio. Una de las más antiguas y reconocidas es Casa Morón, propiedad del profesor universitario Camilo Morón y Lorena, su esposa. Arquitectónicamente, el espacio no difiere demasiado del resto de las modestas casas *bajeras*; sólo el patio, relativamente adecuado para la realización de los eventos, lo particulariza. La pareja explica que adquirió la casa hace algunos años, atraída por la autenticidad del Barrio Abajo. Antes vivían en Chiquinquirá, otro barrio central de

Barranquilla, pero decidieron mudarse a la casa *bajera* porque, además de ser más cómoda para vivir, está ubicada en un lugar ideal para la consolidación de su «emprendimiento cultural»¹⁴⁰.

Figura 90: tertulia en Casa Morón. Mayo 26 del 2022¹⁴¹



Ya que las tarifas de *Casa Morón* no son realmente inasequibles, el cambio que introdujo en la oferta de entretenimiento barrial no resultó tan significativo en materia económica: es frecuente el cobro de un *cover* que suele oscilar entre los cinco y diez mil pesos, y el precio de las cervezas no supera los cuatro mil pesos (en las tiendas del barrio una cerveza vale dos mil quinientos pesos). Sin embargo, a nivel estético (ya no económico) *Casa Morón* sí

¹⁴⁰ Información provista durante una conversación, en el patio de *Casa Morón*, en febrero de 2021. El acercamiento a este espacio se dio a través de la periodista barranquillera Natalie Berdugo C., quien es mi amiga personal desde nuestra época escolar.

¹⁴¹ <https://www.instagram.com/moroncasa>

introdujo alteraciones importantes: si bien la oferta musical varía, e incluso se realizan eventos temáticos en ciertas ocasiones, este constituye uno de los escasos lugares en los que se puede ir a escuchar música *anglo* en el Barrio Abajo. Asimismo, es posible acudir a encuentros creativos, exposiciones y otro tipo de jornadas que buscan diversificar, deliberadamente, la oferta de consumo cultural en el sector. Dado su capital cultural relativamente elevado y el rol que juegan en el proceso de revalorización cultural del barrio, podría decirse que Morón y su esposa desempeñan el rol de «gentrificadores marginales».

Otra de estos espacios emergentes en el barrio se vende al público como *Casa Amarilla*, y fue abierto por Jean Caballero y Ruby Mutis, otra pareja de recién llegados¹⁴². En este caso, el espacio no funge como vivienda sino exclusivamente como negocio. Aunque su nombre lo presenta como «casa», la arquitectura está compuesta por un gran hangar rectangular en el que se realizan los eventos. Esta estructura fue erigida en el área que ocupaba el patio de la casa, y la construcción original funge hoy como entrada al lugar y despacho administrativo. Los eventos que se realizan en *Casa Amarilla* también incluyen jornadas «culturales», sin embargo, la mayor parte de la actividad es acaparada por las fiestas.

A diferencia de *Casa Morón*, *Casa Amarilla* suele cobrar tarifas elevadas por concepto de entrada (varias decenas de miles de pesos, en promedio). A nivel estético, su oferta se concentra en «toques» de *DJ's* contemporáneos que programan abigarradas mezclas a partir de temas y *beats* refritos. En ocasiones también se puede encontrar allí presentaciones de música en vivo. Al igual que las entradas, el costo de las cervezas tiende a ser relativamente elevado, especialmente porque los propietarios se han obstinado en vender cerveza artesanal e importada. Luchando contra las palomas que insisten en vivir dentro del hangar (y rociar sus excrementos por todo el lugar), Jean explica que la decisión de hacerse distribuidores de cerveza artesanal estuvo motivada por la idea de “*darle un toque bacano al sitio, algo que lo diferenciara*”.

¹⁴² La información relativa a *Casa Amarilla* fue provista durante una conversación con el autor en diciembre de 2021. Al igual que en el caso de Morón, fue mi amiga periodista, Natalie Berdugo C., quien gestionó el contacto.



Figura 91: a diferencia de *Agosalsa* o *Casa Morón*, la *Casa Amarilla* reproduce el formato de escenario tipo concierto que lo aproxima a las estéticas homogéneas del entretenimiento global. Presentación de *Tubará Reggae* en la *Casa Amarilla* el 22 de septiembre de 2019 (<https://www.instagram.com/casaamarillacultural>).

De hecho, la cerveza artesanal no aparece como un aspecto privativo de la *Casa Amarilla*: justo a la vuelta, sobre la carrera 50, entre calles 44 y 43, abrió sus puertas la cervecería *III XV* («tres quince»). Este negocio se unió a los escasos sitios del Barrio Abajo en los que se puede escuchar música *anglo*, pero a diferencia de lo que ocurre donde Morón, la oferta incluye además el expendio de cerveza “de autor”. Con ofertas de cerveza que varían según la temporada, marca propia y una adecuación física que trata de capitalizar estéticamente el carácter industrial del barrio, la cervecería *III VI* suele congregarse grupos de jóvenes estudiantes, profesionales o ejecutivos que, a pesar de no vivir en el barrio, afirman sentirse atraídos por su autenticidad urbana. Tan es así que, a escasas cuadras del barrio, en la calle 47, entre carreras 43 y 44, funciona ya un tímido punto de *Fierabrás*, otra de las cervecerías artesanales de estética *anglo* que han surgido en la ciudad.

4.3.3 LA OFERTA CULTURAL INCIPIENTE

Esta tendencia de sofisticación y encarecimiento (homogenización) de la oferta cultural se ha visto reafirmada tras la apertura de un local sin nombre cuya sede es provista por una antigua fábrica. El enorme edificio está situado en la carrera 52, entre calles 48 y 47, y, dada la ausencia de anuncios, sólo es posible advertir su presencia por las noches, cuando grupos de jóvenes se reúnen en la entrada y se escuchan los ecos de la música. El costo

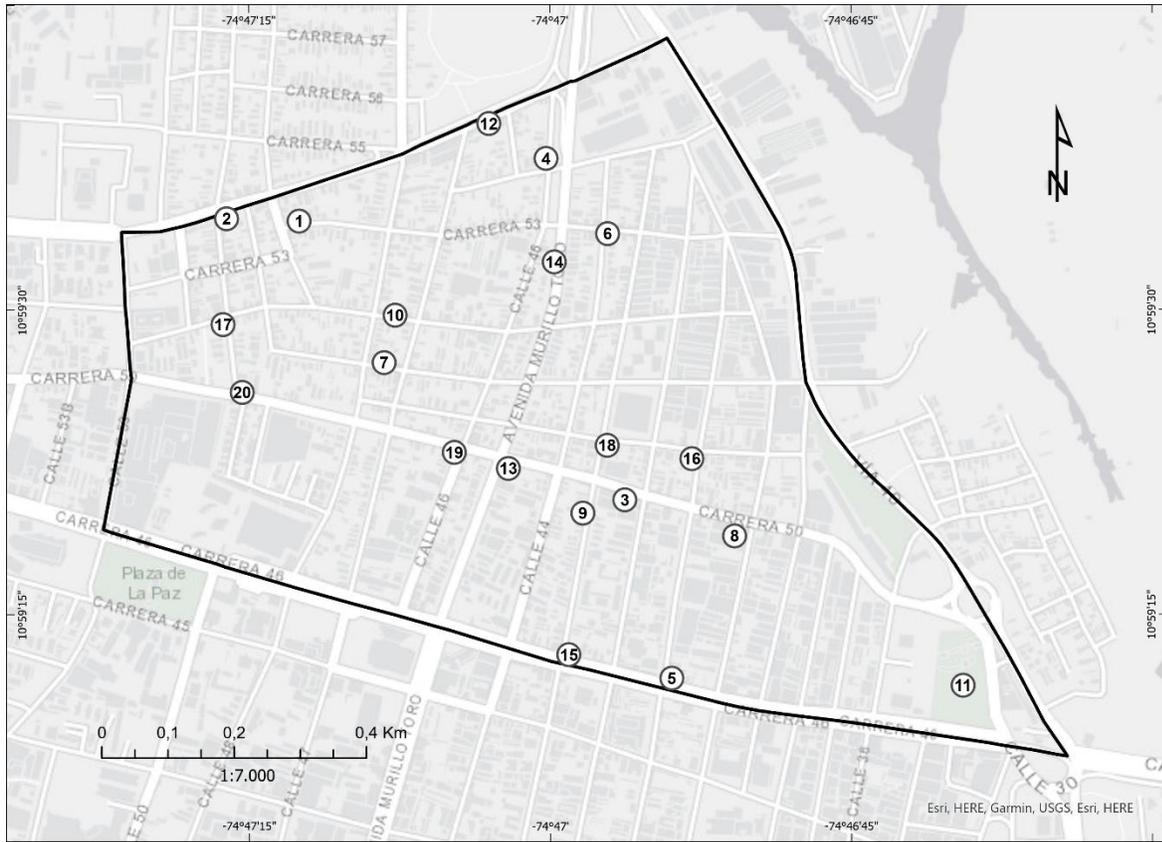
de acceso oscila entre los veinte y treinta mil pesos (dependiendo del evento), y las cervezas son ligeramente más costosas que en sitios como *Casa Morón*. Estéticamente, el lugar se consagra a las convenciones formales del estilo industrial decadente que fue reapropiado por las culturas urbanas *anglo* durante la segunda mitad del siglo pasado.

Robustos travesaños de acero reforzado sostienen el elevado techo de láminas metálicas, que cada tantos metros es horadado por extractores de calor y tragaluces. De los travesaños cuelgan gruesas cadenas, también de acero: se presentan como versiones agigantadas de los extravagantes collares de grandes y plateados eslabones que «adornan» el cuello de muchas de las personas asistentes. Al entrar, es posible advertir una que otra cresta teñida de salmón o fucsia, una cabeza rapada, y varias cabelleras abundantes que se sacuden monótonamente tratando de seguir el ritmo musical. Al bajar la mirada, proliferan botas de cuero con tachas y pantalones *chicles* de impenetrable oscuridad (nada que ver con las holgadas y coloridas guayaberas o los frescos pantalones de lino olán que se ven en *Agosalsa* o el *Rancho Bajero*).

Hace un mes, justo frente a este “*spot* rockero”, abrió sus puertas *Raíces*, un local de baile y venta de cerveza adecuado sobre las ruinas de una casona abandonada. Ya que el techo de la estructura se desplomó hace mucho tiempo, grandes troncos de laurel se elevan entre las columnas y arcos de los salones, que yacen repletos de bejucos, lianas y raíces (lo que dio origen al nombre del sitio). Este espacio funge sólo como recibidor, puesto que los asistentes se acomodan en el inmenso patio que se explaya en la parte posterior del predio. Allí los frondosos jardines ensombrecen a las parejas mientras bailan sobre el suelo arenoso, que embadurna por igual el calzado y las botas de los pantalones. Especialmente si ha llovido, las patas de las mesas y las sillas se hunden en la blanda superficie del suelo, presionadas por el aplomado peso de algún borracho que se quedó dormido.

La música en *Raíces* sí trata de recoger las tradiciones estéticas locales, distanciándose con deliberación de las influencias importadas que últimamente se han impuesto en el barrio. El costo de asistir a este espacio es moderado: las cervezas cuestan más o menos lo mismo que en *Casa Morón*, y sólo en las ocasiones en que hay algún evento especial se cobra un valor moderado por concepto de entrada. Claramente, *Raíces* contribuye a la gentrificación cultural del sector. Su localización frente al *spot* rockero, y apenas a una cuadra de la renovada carrera 50 (sobre la que también funciona la *III VI* y, a unos metros, la *Casa Amarilla*), lo inscribe en la tendencia de revalorización que se manifiesta a través de la nueva oferta cultural. No obstante, de forma similar al caso de *Morón* o del propio

Agosalsa, no irrumpe con tanta violencia como otros nuevos comercios en el ámbito económico que define dicha oferta.



Estaderos, Tiendas y Casas Culturales en Barrio Abajo		
□ BARRIO ABAJO	⑦ Casa Cultural Raíces	⑭ Restaurante y Estadero La Pausa
① Casa Morón	⑧ Fábrica de Cultura	⑮ Tienda La 43
② Casa del Carnaval	⑨ La Casa Amarilla	⑯ Tienda La Ideal
③ Cervecería (315)	⑩ Licores La Negra	⑰ Tienda La Insuperable
④ Estadero Agosalsa	⑪ Parque Cultural del Caribe	⑱ Tienda La Preferida
⑤ Estadero El Tesoro	⑫ Rancho Bajero	⑲ Tienda La50.com
⑥ Estadero La Esquina del Sabor	⑬ Restaurante y Estadero La Janeth	⑳ Tienda Los Arrayanes

Figura 92: algunos estaderos y casas culturales en el Barrio Abajo, 2022.

4.4 LA SEDUCTORA RENOVACIÓN ESTRUCTURAL

Breiner, el mayor de los hijos de la señora Nidia Escorcía, expresa su gusto por algunas de las mejoras estructurales de las que ha sido objeto el espacio público. Ya que desde hace un par de años se ha vuelto aficionado al *skate*, pasa muchas de sus tardes en la pista construida como parte de la ampliación de la plaza de La Paz. Sus relaciones con los vecinos se han concentrado, desde entonces, en ese recuadro en el que las rampas de

cemento y las barandas de acero interactúan veleidosamente para conformar la pista. Ya que muchas de las acrobacias pueden ser ejecutadas también en bicicleta, el espacio se hizo mixto: su uso alterna diariamente entre *skateboard* y *BMX*.

Breiner explica que, en realidad, él nunca había tenido una patineta ni se había interesado demasiado por el *skate*, pero que, justamente como producto de la construcción de esa pista a escasas cuerdas de su casa, empezó a sentir atracción hacia la idea de ser *skater*:

“Al principio era moda, todos los pelaos se venían pa’ acá, pero apenas había como dos o tres que tenían patineta. Ahí fue que llegaron los manes del BMX, que casi todos se bajan desde Bellavista [barrio vecino de más alcurnia]. A mí me quedó gustando y le estoy metiendo en serio, mani, además que ahora tengo mi combo acá”.

Después de haber convencido a su papá de que le regalara la patineta, empezó a dejar crecer su cabello cortado al ras, desapareciendo las líneas que trazaban formas geométricas encima de sus sienes; ahora lucha por darle forma a un *afro* y las réplicas de camisetas del *Junior* y el *Barcelona* dieron paso a la ropa ancha de algodón que compra a bajo precio en *las pacas*¹⁴³. Su habitual gusto por la champeta y la música «verbenera» ha menguado, de forma que los ritmos *anglo* encabezan hoy sus listas de reproducción (aunque confiesa que le cuesta un poco de trabajo entender y aprenderse las canciones). No obstante, cuando llega octubre, sacrifica algunas tardes de *skate* para ponerse su vestido de cumbiambero y asistir a los ensayos de *El Cañonazo*, comparsa *bajera* a la que pertenece desde sus once años.

¹⁴³ Dada la proximidad del puerto, existen en la calle 30, entre carreras 41 y 44 (al pie del caño *Del Mercado*), una serie de almacenes de ropa conocida localmente como *de paca*. Esto hace referencia a las pacas de prendas que son compradas “a ciegas” y traídas de Estados Unidos para la reventa local. Ya que estas prendas son compradas en remate y por peso (no por unidad), y dado que carecen de garantía alguna, su valor comercial es mucho más bajo que el de productos similares en almacenes regulares. Sin duda, este negocio provee una oferta de ropa asequible para una parte significativa de la Barranquilla popular. Hace tiempo, *las pacas* están monopolizadas por familias inmigrantes, originarias del interior del país, que surten negocios análogos en ciudades vecinas (como Cartagena). A estas familias pertenecen almacenes relativamente conocidos a nivel local, como *Don Pedro*, *Oscar de la 30* y *Forever 30* (los dos últimos hacen alusión a marcas globalmente famosas y a la calle 30 de Barranquilla, sobre la que se erigen).



Figura 93: fotograma del video *skate park "plaza de la paz"* *steven lopez B/quilla*. Marzo 13 del 2020
(https://www.youtube.com/watch?v=gWJ98H-mYXY&ab_channel=StevenLopez)

El testimonio de Breiner da cuenta de cómo la renovación del espacio urbano introduce nuevos tipos de relación entre los jóvenes del Barrio Abajo; de la forma en que el nuevo modelo de ciudad que promueve la administración repercute directamente sobre su producción social. Sería absurdo tratar de postular cualquier juicio de valor sobre el cambio estético y relacional que introdujo la pista de *skate* en la vida del muchacho. No obstante, este tipo de casos refieren el proceso paulatino en el que la gentrificación se encarga de homogeneizar las expresiones culturales; no sólo replicando los hábitos sensibles de las culturas hegemónicas en lugares insospechados, sino desestimulando la continuidad y perpetuación de las estéticas locales.

Las modificaciones sensibles y relacionales introducidas por la gentrificación en el Barrio Abajo saltan a la vista. Aunque las personas no identifican estas alteraciones como síntomas del inminente riesgo de expulsión que los acecha, se develan ante el ojo crítico como los aspectos estéticos y socioculturales asociados a la gentrificación: se trata, pues, del correlato sensible del proceso; o, en otras palabras, de su inscripción visceral en los cuerpos que habitan y producen, a través de sus relaciones cotidianas, este espacio urbano.

Conclusiones

Al contemplar con relativa amplitud la serie compleja de acontecimientos cuya concatenación desembocó en la conformación y consolidación urbana del Barrio Abajo es posible precisar algunos puntos. Especialmente cuando analizamos esos acontecimientos a la luz del contexto general en el que se desarrollaban: Barranquilla.

En primer lugar, podemos concluir que, a lo largo del siglo XIX (especialmente durante la segunda mitad), hubo ciertos elementos asociables con un eventual proyecto urbano desplegados sobre Barranquilla. Inclusive, no es descabellado pensar que se trata de un proceso que se fue gestando desde finales del siglo XVIII. Aunque algunos testimonios de viajeros y, sobre esa base, ciertas fuentes secundarias cuestionan con reiteración la idea de que la Barranquilla decimonónica fuese realmente una ciudad, las cifras del comercio fluvial, los cambios en las condiciones de navegación, la expansión urbana (física y demográfica), la proliferación de actividades semifabriles y el surgimiento de espacios públicos (como el Cementerio Universal o el Hospital de Barranquilla) minan la solidez de dichos cuestionamientos. Además de los elementos que acabamos de señalar, el surgimiento de barrios populares constituye otro síntoma de la consolidación urbana de Barranquilla. De la mano de la oferta laboral provista por la agitación comercial iba llegando gente de muchos lugares: gente que se quedaba y formaba barrios.

A pesar de la oferta laboral relativamente amplia, la vivienda social no hacía parte del proyecto de ciudad que le dio forma a Barranquilla durante el siglo XIX. Por ello, era común que las personas autogestionaran sus viviendas lo más cerca posible de la oferta laboral: al pie de los caños que forma el río Magdalena. Tanto las fuentes secundarias como la tradición oral sugieren que, generalmente, los terrenos para la construcción de este tipo de viviendas eran lotes adquiridos individualmente (predio a predio) por las familias trabajadoras, de forma que se iban incorporando paulatinamente al perímetro urbano. (Sólo hasta la década de 1910 surge, a un lado del Barrio Abajo, Montecristo, primera solución de vivienda autogestionada sobre un predio “invadido”). Esta imagen responde

idealmente a la idea de *frontera urbana*, y contribuye a creer que, tal y como afirma Andrés Salcedo, *el Barrio Abajo albergó la primera comunidad proletaria que existió en Colombia*.

Al igual que ocurría a mayor escala, en Barranquilla como totalidad, a lo largo del siglo XIX el barrio se expandía físicamente y su población incrementaba con rapidez. El encuentro ideal entre inmigrantes ribereños, dispuestos a vender su mano de obra barata, e inmigrantes extranjeros, urgidos por reinvertir sus capitales económicos de forma rentable, generó las condiciones ideales para que, a principios del siglo XX, el Barrio Abajo se hubiera ya consolidado como uno de los sectores preponderantes de la ciudad (cuyo universo se restringía a Barrio Arriba del Río, Barrio Abajo del Río y Centro).

Sin embargo, esa preponderancia nunca fue advertida por todo el mundo. A pesar de que la mano de obra *bajera* resultó indispensable para el desarrollo del proyecto urbano que le dio forma a Barranquilla, la inequidad inherente a ese proyecto se encargó de hacer creer a muchas personas que el Barrio Abajo no era más que un caserío aledaño a la ciudad, mas no una parte significativa de ella. El carácter selectivo y excluyente de aquel proyecto urbano, en el que los roles modernos quedan claramente separados entre quienes tienen la obligación de producir y quienes se pueden dar el lujo de consumir, definió las condiciones de vida de la primera comunidad proletaria del país. Durante el siglo XIX, la experiencia de los habitantes del Barrio Abajo estuvo signada por una brecha social ominosa: por el hecho de vivir en un espacio que era asumido como un caserío aledaño a Barranquilla y no como parte de ella (a pesar de que el Concejo así lo estableció desde 1857). Si bien escenarios como la Estación Montoya o el Puerto de Camacho agitaron impetuosamente la vida barrial, la novedad que introducían parece ficticia a la luz de los velones de sebo y las nubes de polvo. A pesar de su presencia en el territorio y su significativo aporte al proyecto, los habitantes del Barrio Abajo no eran considerados parte importante de ese proyecto: ni siquiera eran considerados realmente *barranquilleros*. Eso podemos evidenciarlo, no sólo a través del mutismo de los registros, sino también de la vulnerabilidad socioeconómica que se manifestaba en el tamaño de las viviendas y su falta de acceso a servicios o mejoras urbanas.

Esta tendencia no sólo continúa, sino que se recrudece a lo largo del siglo XX, cuando la ciudad crece significativamente y los veleidosos afanes de la modernidad se encargan de agrandar las brechas. A lo largo de este período es evidente la misma relación ambigua entre el Barrio Abajo y el proyecto moderno: a pesar de estar llamadas a mover las

industrias y el puerto en Barranquilla, las familias *bajeras* carecían de la capacidad adquisitiva necesaria para consumir la modernidad urbana. La cercanía física entre el Barrio Abajo y proyectos vecinos, como El Prado, Boston o Recreo rivaliza con la distancia, en términos de precariedad urbana, que los separaba. Al considerar el proyecto que trató de configurar el espacio urbano en Barranquilla, durante el siglo pasado, salta a la vista la inequidad. En cierta medida, es posible afirmar que aquel proyecto de ciudad estuvo basado en expresiones execrables de desigualdad social.

Lo paradójico es que, en medio condiciones tan desfavorables, se haya gestado la riqueza poética *bajera*. Fue justamente en medio de las calles destapadas y las casas sin acueducto que se fueron forjando las sensibilidades propias de la cultura popular barranquillera. Quizás, precisamente como respuesta a la inequidad, las personas que habitaban el Barrio Abajo fueron capaces de proponer alternativas de ciudad. La predilección expresada por algunos de los personajes vinculados al Grupo de Barranquilla hacia este sector de la ciudad no hace más que corroborar la singularidad de este espacio urbano. De alguna forma, nos recuerda que, más allá de la ostentación suntuosa y corrupta, materializada en proyectos como El Prado, “*El verdadero encanto [de Barranquilla] radica [...] en la singular manera en la que se expresa la vida comunitaria [...] En su cálida y solidaria vida de barrio*” (Salcedo, óp. cit., p. 101).

Es una historia claramente inspiradora: el barrio que, tras ser víctima de un proyecto de ciudad inequitativo, singulariza el espacio urbano a través de la fuerza poética con la que sus habitantes se relacionan. No obstante, sobre la base de esa movida poética, de esa táctica genuinamente popular de resistencia, se configuró (irónicamente) el tercer momento barrial que hemos identificado. Las fuentes dialogan para sugerir que, actualmente, el Barrio Abajo está siendo objeto de procesos de gentrificación cultural. La agenda de “patrimonialización” en la ciudad, claramente vinculada con el antecedente provisto por el Carnaval de Barranquilla, ha ejercido una influencia preponderante en el proceso análogo que vive el barrio. Al analizar el caso del carnaval es posible concluir que el uso de un discurso que gira alrededor de la idea acrítica del patrimonio ha operado como un catalizador de la gentrificación.

Los síntomas de la gentrificación del Barrio Abajo se han manifestado en distintos momentos de su historia (como en la década de 1930, tras el desplazamiento del puerto

fluvial a su ubicación actual; o en la década de 1980, con la llegada de capitales industriales). En aquellas ocasiones el desplazamiento se manifestó de forma física (familias que vivían en alquiler y se fueron a fronteras urbanas en consolidación, persiguiendo el anhelo de la propiedad privada) y «semántica» (la gente dejó de considerar al Barrio Abajo como un lugar al que se podía llegar a vivir y trabajar). A diferencia de lo que ocurre contemporáneamente, estos antecedentes de gentrificación en el Barrio Abajo carecen de vínculos con la agenda patrimonial. A partir de la década de 1990, tras la declaratoria del carnaval como patrimonio inmaterial, y del centro como Bien de Interés Nacional, se desata el proceso de gentrificación cultural del Barrio Abajo. Los vínculos que unen ambos procesos se hacen evidentes al revisar los documentos oficiales, que expresan una política deliberadamente orientada a consagrar este espacio urbano a la explotación comercial del carnaval como bien cultural.

Aunque normalmente las políticas de conservación patrimonial suelen ser un dolor de cabeza para los agentes que hacen uso de la gentrificación, que se ven atados de manos ante las cuotas de conservacionismo que comúnmente incluyen estas declaratorias, no es el caso del Barrio Abajo: allí el patrimonio es inmaterial. En el caso de la declaratoria del centro como Bien de Interés Nacional (que sí involucra un componente material) el barrio sólo figura como “área de influencia”. En adición a elementos como la centralidad estratégica de este sector urbano y su proximidad al río Magdalena, las políticas de patrimonio se encargan de configurar unas condiciones de posibilidad privilegiadas para el desarrollo de procesos de gentrificación. En otras palabras: las políticas se encargan de garantizar las condiciones de rentabilidad privada y terminan atentando, en muchos casos, contra las propias expresiones patrimoniales que supuestamente buscan proteger.

Sin embargo, al ser arbitrariamente impuestas *desde arriba*, las políticas de renovación y “patrimonialización” son asumidas críticamente por algunos vecinos. Aunque existe también un número importante de personas que se deja seducir por el embellecimiento superficial de la renovación (sin calcular o ser siquiera conscientes de los riesgos de desplazamiento inherentes al cambio), hay quienes se organizan para tomar partido en la disputa por esa frontera urbana. No obstante, llama la atención que ninguna de las formas de resistencia logre trascender la agenda de “patrimonialización”; ésta, como evidencia el caso del carnaval, opera como un catalizador efectivo de la gentrificación. Por ello, es preciso que las corporaciones preocupadas por resistir a la gentrificación del barrio sean conscientes de estas discusiones y se aproximen a experiencias y luchas similares. Que

se reapropien del barrio desde la agenda patrimonial pero también más allá de ella. Que no dependan del mercado de bienes culturales como directriz general de la economía barrial, sino que sean capaces de jugar con tantas alternativas como sea posible.

Sería genial pensar en un Barrio Abajo actual que recoja lo mejor de sus versiones anteriores: que invite con la amable apertura de aquel lugar en el que se podía llegar a vivir y trabajar, en torno al cual se configuró la primera comunidad proletaria del país; que seduzca al ser creador de una experiencia urbana genuinamente singular, esa que cautivó al Grupo de Barranquilla hace más de medio siglo; que sea capaz de resistir, a través de la unión vecinal organizada, a los embates del capital inmobiliario y su macabra caterva de especuladores. Es apropiado concluir con una invitación a pensar en un Barrio Abajo que conjugue todos estos aspectos únicos que han definido su historia urbana.

Sin embargo, me inclino a creer que, en realidad, el proceso gentrificador está en marcha y que hacerlo retroceder constituye un reto de gran envergadura. No sólo porque en la mayoría de los casos presentados a nivel teórico el desenlace termina siendo irremediamente el desplazamiento y la expulsión, sino porque ya son demasiado evidentes las alteraciones físicas y sociales. De hecho, el Barrio Abajo imaginado, almidonado por mi nostalgia adolescente, ya había dejado de existir incluso antes de que yo naciera. Eso lo pude constatar a través de esta investigación. Recorrer este sector barranquillero hoy me suscita la idea de que, al ser gentrificada, la ciudad, en efecto, se vuelve una réplica más suave, elegante y costosa de lo que solía ser, como dice Sharon Zukin.

Al comparar mis recorridos a través del Barrio Abajo con los que realizo por otros barrios populares al sur de la ciudad, como Carrizal o Nuevo Horizonte, en Soledad, la experiencia difiere radicalmente. Es irónico, pero debo reconocer que el principal criterio diferenciador está dado por la «seguridad». A pesar de que me empeño en racionalizar la experiencia y comprender que, en muchas ocasiones, es el prejuicio clasista lo que fundamenta ese tipo de sensibilidades, obnubilando la percepción e invisibilizando otro tipo de riesgos patentes como la expulsión gentrificadora, me resulta imposible no sentir miedo. Ese miedo que me suscitan los «verdaderos» barrios populares de la Barranquilla actual, claramente, no me lo despierta el Barrio Abajo. Hoy el Barrio Abajo se devela ante mí como ese lugar habilitado para el consumo exotizante de la clase media, que, a pesar de verse

genuinamente cautivada por la autenticidad popular, termina por sabotearla con sus hábitos de consumo. No puedo evitar identificar mi propio éxtasis adolescente ante las *Ruedas de Cumbia* como síntoma inconfundible de dichos hábitos de consumo.

A grandes rasgos, considero que mi trabajo investigativo logra dar cuenta del proceso histórico que dio origen a la conformación y consolidación urbana del Barrio Abajo. Sobre todo, en la primera parte, el texto revisa cada uno de los acontecimientos cuya sucesión se tradujo en la emergencia de este barrio popular de condición obrera. Al analizar el desarrollo histórico del barrio, el texto se muestra capaz de establecer cómo algunos aspectos de ese desarrollo conforman un patrimonio que será base de los procesos de gentrificación que, desde finales del siglo anterior, vienen dándose en el sector. Al destacar las asimetrías sociales y los sesgos políticos que configuraron, no sólo al Barrio Abajo sino a la ciudad entera, esta propuesta trasciende el tono ingenuo con el que muchas de las narrativas historiográficas locales presentan el pasado supuestamente glorioso de «La Puerta de Oro de Colombia».

Tras haber cimentado la reflexión a partir de dicho ejercicio historiográfico, el trabajo de investigación logra dar un salto desde las sensibilidades que definen las relaciones cotidianas en el barrio hasta las expresiones poéticas que emergen de allí, singularizando la experiencia de quienes habitan y visitan el lugar. El rastreo y la identificación de algunas de esas expresiones aparece como el mayor alcance atribuible a la segunda sección del libro.

Esto, a su vez, da base a la crítica que se logró articular, en el tercer capítulo, sobre el rol que desempeñan las políticas patrimoniales en la gentrificación barrial; sobre su papel catalizador de dicho proceso, incluso, en contextos de resistencia comunitaria. Especialmente al analizar la relación que establecen en este caso el patrimonio inmaterial, las políticas de conservación arquitectónica y el mercado de bienes culturales, el texto demuestra efectivamente que no se trata de algo inocente; que, por el contrario, dicha relación obedece a intereses particulares muy concretos, y entraña riesgos patentes de desplazamiento y expulsión. En este punto, el texto es capaz de evaluar algunas expresiones de resistencia comunitaria, suscribiendo una preocupada advertencia sobre sus relaciones comprometedoras con la agenda patrimonial.

Finalmente, es posible afirmar que a través de esta investigación se logró identificar algunas de las modificaciones sensibles introducidas por la gentrificación en las relaciones

habitualmente establecidas entre los bajos. La última sección del texto se aproxima efectivamente a la inscripción de ciertos hábitos y sensibilidades gentrificadoras sobre los cuerpos que producen socialmente este espacio barrial.

Habría sido muy interesante poder explorar más a fondo las tácticas empleadas por las familias del Barrio Abajo para hacer frente a la gentrificación, sobre todo, prestando especial atención a cómo la proximidad vecinal opera en el marco de dichas tácticas. Desafortunadamente, la lectura que se logró hacer de estas expresiones resistentes se centra de forma casi exclusiva en sus relaciones con la agenda patrimonial. Asimismo, habría valido la pena que el diálogo etnográfico se hubiese orientado hacia la formulación conjunta de nuevas alternativas para resistir a la expulsión y el desplazamiento gentrificador. Se espera que estas experiencias reflexivas provean puntos de partida para el eventual recorrido de esos derroteros. A pesar de su honesta y sentida preocupación por el desarrollo de la gentrificación que hoy vive el Barrio Abajo, el trabajo no identifica un camino a seguir; por el contrario, concluye con la consciencia de que el espectro de posibilidades es casi tan amplio como el de los intereses que se debaten en la lucha por esta frontera urbana.

Listado de personas entrevistadas por el autor

Expreso agradecimientos especiales por todas las personas que colaboraron etnográficamente con el proceso investigativo, dedicando su tiempo, sus recuerdos y sus amables reflexiones a esta iniciativa. Es evidente que, sin su colaboración, habría resultado imposible producir este documento. Tanto los colaboradores etnográficos referenciados (por ejemplo, amigos de mis padres) como aquellas personas que conocí durante los recorridos por el barrio aportaron elementos de incalculable valor. A continuación, listo algunos de los nombres más representativos, no queriendo decir con esto que sean los únicos: también hubo muchos otros colaboradores anónimos, cuyos gestos, expresiones casuales o su simple presencia en el espacio urbano, contribuyeron a la reflexión.

- Joaco Cáceres, conductor *bajero*.
- Edna Marengo, ama de casa *bajera*.
- Anita Oñoro, ama de casa vecina del sector de Santa Ana.
- Martha de Arrieta, funcionaria bancaria, vecina del sector de El Prado.
- Nelly Cantillo, anfitriona del estadero *Agosalsa*.
- Félix Marrugo, propietario del estadero *Agosalsa*.
- Josefa Gómez, ama de casa *bajera*.
- Marbel Barros, investigadora *bajera*.
- Elvia Gómez, ama de casa *bajera*.
- Alfredo Morelos, coreógrafo vecino del barrio Boston.
- Raúl Angulo Cabrera, pintor y boxeador *bajero*.
- Juan Guillermo Moreno, carpintero vecino de Boston.
- Omar Cantillo, barbero *bajero*.
- Darío Galván, funcionario de empresa constructora local.
- Delia Cortina, administradora de un local comercial en el sector del Barrio Abajo.
- Venancio Díaz, mecánico que trabaja en sector aledaño al Barrio Abajo.
- Duván Sierra, propietario de estanco en el sector del Barrio Abajo.
- Nidia Escorcía, ama de casa y madre *bajera*.
- Álvaro Mantilla, propietario de cevichería en sector aledaño al Barrio Abajo.
- Ana M. Granados, propietaria de cevichería en sector aledaño al Barrio Abajo.

- Camilo Morón, profesor universitario y propietario de casa cultural *bajera*.
- Jean Caballero, propietario de casa cultural *bajera*.
- Ruby Mutis, propietaria de casa cultural *bajera*.
- Breiner Montes Escorcia, *skater bajero*.

Bibliografía

BACCA, Ramón Illán (2003). Voces de Barranquilla. *Huellas. Revista de la universidad del Norte*, (69-70), 60-69.

BAENA DE LA ESPRIELLA, Guillermo (1978). Así recuerdo a Barranquilla. *Diario del Caribe*, 30 de abril de 1978.

BAJTIN, Mijail (2005). La cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El contexto de François Rabelais. Madrid: Alianza.

BASSI, Rafael. (2001). La música cubana en Barranquilla. *Huellas* 62, Universidad del Norte.

BELL, Carlos. (2003). El movimiento moderno en Barranquilla 1946-1964. *Barranquilla: Editorial Eos Edimsa*.

BELL, Carlos (2008). Industria, puerto, ciudad (1870-1964). Configuración de Barranquilla. *APUNTES-Journal of Cultural Heritage Studies*, 21(1), 62-74.

BELL, Carlos (2014). Barranquilla y la modernización del delta del Río Magdalena (1842-1935). *Revista M*, 11(1), 52-65.

BERNT, Matthias y HOLM, Andrej (2009). Is it, or is not? The conceptualisation of gentrification and displacement and its political implications in the case of Berlin-Prenzlauer Berg. *City*, 13(2-3), 312-324.

BOBADILLA, Emilio (1898). SUELTOS. Un día en el López – Penha. *El Promotor*, sábado 11 de junio, p. 2.

BOBADILLA, Emilio (1994). *A fuego lento*. Gobernación del Atlántico.

BUTLER, Judith (2001). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate Feminista*. (18): 296-314.

CABALLERO, Jorge (2000). Barranquilla y la modernidad. Un ejercicio histórico. Cuadernos PROA 16. Universidad Nacional de Colombia.

CABALLERO TRUYOL, Tomás (2009). Apuntes sobre agricultura, ganadería e industria en Barranquilla durante la segunda mitad del siglo XIX. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, (10), 393-416.

CARRIAZO FRANCO, I. (2019). Casa (In) material del Barrio Abajo. Universidad del Norte.

CHÁVES, MONTENEGRO y ZAMBRANO, Marta (2010). Mercado, consumo y patrimonialización cultural. *Revista Colombiana de Antropología*, 46(1), 7-26.

COCHERO, Rosario; MONSALVE, Gildardo y RAMOS, Pedro (1986). Reordenamiento urbano y diseño de vivienda para el Barrio Abajo. Facultad de Arquitectura de la Universidad del Atlántico.

CONDE CALDERÓN, Jorge (1991). La industria en Barranquilla durante el siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 28(26), 41-56.

CORREA, Juan Santiago (2012). El Ferrocarril de Bolívar y la Consolidación del Puerto de Barranquilla (1865-1941). *Revista de Economía Institucional*, 14(26).

DEL VALLE RAMÓN, Antonio (1995). Dos hechos modernos en la Barranquilla de 1920 – 22. *Huellas* 43. Universidad del Norte.

FUENMAYOR, Alfonso (1978). El barrio donde se hace el Diario del Caribe. *Diario del Caribe*, 30 de abril de 1978.

FUENMAYOR, Alfonso (2001). El Barrio Abajo. *Huellas. Revista de la universidad del Norte*, (63-66), 105-107.

GIL, Francisco Javier (2017). Poéticas de lo cotidiano, estéticas de la vida. *Nómadas*, (46), 213-225.

GUTIÉRREZ CELIA, Marisabel. (2014) Revitalización del Barrio Abajo como bien de interés cultural desde su relación histórica con el Carnaval de Barranquilla mediante la diversificación de su oferta cultural. Pontificia Universidad Javeriana.

HACKWORTH, Jason. (2011). *The neoliberal city: Governance, ideology, and development in American urbanism*. Cornell University Press.

HARVEY, David. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Ediciones Akal.

HOLTON, Isaac. (1857). *La Nueva Granada: Veinte meses en los Andes*. New York: Harper and Brother.

LASTRA, Roberto; VILLAFañE, Henry; JIMÉNEZ, Jaider (2019). Procesos de gentrificación. Resistencia comunitaria a partir de la participación ciudadana. Estudio de caso Barrio Abajo, Barranquilla, Colombia. Universidad del Atlántico.

LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.

LLANOS HENRÍQUEZ, Efraín (2017). Reflexiones Acerca del Papel de las Élités locales en la Estructuración del Espacio Metropolitano de Barranquilla y Cartagena. *Polifonía Caribe*, 147.

MANZO, Lidia. (2013). Gentrificación de sensibilidades. Política y estética en un barrio en transformación de la Ciudad de Nueva York. *Quid 16. Revista del área de estudios urbanos*, (3), 67-103.

MÁRQUEZ PRIETO, Leonardo (2017). Arqueología de los modos de Subsistencia de la Barranquilla Prehispánica: Etnoarqueología del Modo de Vida Ribereño Del Bajo Magdalena. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2002). Culturas populares. En libro: Carlos Altamirano, director, *Términos críticos de Sociología de la Cultura*. Ed. Paidós: Buenos Aires.

MAYORGA HENAO, José Mario (2016). Producción del espacio urbano en Bogotá: la ciudad de los centros comerciales y los conjuntos cerrados. *Revista Ciudades, Estados y Política*, 3(3), 7-18.

MEISEL ROCA, Adolfo; et al (2019). *Barranquilla, Paisaje Aéreo: Memoria recuperada de una ciudad pionera. Legado de SCADTA en sus 100 años*. Universidad del Norte.

MOCTEZUMA MENDOZA, Vicente. (2016). El desplazamiento de lo posible: experiencia popular y gentrificación en el Centro Histórico de Ciudad de México. *Íconos-Revista de Ciencias Sociales*, (56), 83-102.

MORALES, César (2014). *Crónicas del Barrio Abajo*. Collage Editores.

NIETO, Juan José (1839). Geografía, histórica, estadística y local de la provincia de Cartagena de Indias, República de Nueva Granada descrita por Cantones. Cartagena, Imprenta, 30.

NÚÑEZ, Enrique (2020). Crítica al Museo del Carnaval de Barranquilla. Sin Galimatías. Disponible en:

<https://singalimatias.wordpress.com/2020/02/19/critica-al-museo-del-carnaval-de-barranquilla/>

OROZCO ACOSTA, A. (2011). *Caracterización como bien de interés cultural de la nación BIC, del Barrio Abajo de la ciudad de Barranquilla*. Corporación Universidad de la Costa.

OSPINA, Porfirio. (2003) El desarrollo urbano de Barranquilla y su dinámica regional (1777-1993), en SÁNCHEZ, L., Barranquilla lecturas urbanas. Observatorio del Caribe Colombiano. Universidad del Atlántico.

PALLASMAA, Juhani (2005). Los ojos de la piel. Willey-Academy.

POSADA CARBÓ, Eduardo. (1986). Karl C. Parrish, un empresario colombiano en los años 20. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 23(8), 3-20.

POSADA CARBÓ, Eduardo (1989). Bongos, champanes y vapores en la navegación fluvial colombiana en el siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 26(21), 1.

POSADA CARBÓ, Eduardo (2014). Más libros y menos ladrillos, en BACCA, Ramón Illán, Había una vez en Barranquilla, Universidad del Norte.

PULGARÍN OSORIO, Yarleys (2009). Vivienda estatal obrera de los años 30 en Bogotá: Los casos de los barrios Restrepo y Centenario, aportes, recuperación de memoria y pautas de valoración patrimonial. Pontificia Universidad Javeriana.

RIVADENEIRA VELÁSQUEZ, Ricardo (2010), *Macrocosmum carto-graphica*. El arte de la cartografía. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Bogotá.

RIVERA SANDOVAL, Javier. (2018). Nuevos datos sobre la cronología de los pueblos del Bajo Magdalena en el periodo Formativo Tardío: el sitio de Barrio Abajo, Barranquilla (Colombia). *Arqueología Iberoamericana*, 10(40), 33-38.

ROLNIK, Suely (2019). Esferas de la insurrección. *Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Tinta limón.

SALCEDO, Andrés. (2008) Barrio Abajo. El barrio de donde somos todos. La Iguana Ciega.

SMITH, Neil (2012). *La nueva frontera urbana: ciudad revanchista y gentrificación*. Traficantes de sueños.

SOLANO, Sergio Paolo. (1989). Comercio, transporte y sociedad en Barranquilla, en la primera mitad del siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 26(21), 24-33.

SUÁREZ PÉREZ, Rosemary. (2012). ¿Barrio Abajo tiene valor patrimonial o sólo es un barrio residencial? *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, (18), 238-257.

TAN KUANG, K. Q. (2020). Reciclar-Redensificar y Rehabitar: modelo de re-densificación y ocupación de unidades habitacionales en sectores consolidados Barrio Abajo de Barranquilla como área de estudio. Universidad del Norte.

VALENCIA MARTÍNEZ, Iván Javier (2005). *Tres barrios en la historia urbana de Barranquilla: El Prado, Las Nieves y San Isidro, 1920-1940*. Universidad del Atlántico.

VARELA BARRIOS, Edgar. (2007). Las privatizaciones en Cartagena y Barranquilla. Un paradigma mercantilista en la gestión de los servicios públicos domiciliarios en Colombia. *Pensamiento & Gestión*, (23), 209-255.

VIDAL, A. ET AL. (2013). Tres miradas de Barranquilla en el siglo XIX. *Memorias: revista digital de historia y arqueología desde El Caribe*, (19), 9.

VILLALÓN DONOSO, Jorge. (2002). La Arqueología como historia en la obra de Carlos Angulo Valdés. *Jangwa Pana*, 2(1), 79-99.

VIVAS PERTUZ, Jorge Mario. (2013). Desarrollo urbano del Barrio Abajo: patrimonio olvidado. *Barranquilla: Universidad del Norte*.

VOLLMER, Lisa (2019). *Estrategias contra la gentrificación*. Katakarak.

ZAMBRANO, Fabio (1979). La Navegación a vapor por el río Magdalena, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá.

ZUKIN, Sharon. (2009). *Naked city: The Death and Life of Authentic Urban Places*. Oxford University Press.